

SAMUEL ESTEPA

# EL OTRO LADO



D.J.57

EL  
OTRO  
LADO

SAMUEL ESTEPA

**H Editorial Nidra**

*Para mi hermana Valeria,  
porque, aunque estés aprendiendo a leer,  
espero que algún día te apasione esta historia.*

*Y si nada nos libra de la muerte,  
al menos que el amor nos salve de la vida.*  
Javier Velaza

**PRIMERA PARTE**  
**SARAH**

## PRÓLOGO

«Huye, aléjate».

Algo lo ordena. Una voz en mi cabeza. Es mi instinto. El de supervivencia. Le obedezco. Corro.

«Tengo que salir de aquí, tengo que salir de aquí». Ese pensamiento recorre mi mente como una mecha explosiva. Mi cuerpo se mueve empujado por una fuerza invisible. No sé hacia dónde voy. Solo una cosa tengo clara: si paro, estoy muerta.

Sigo corriendo, sin rumbo, sin freno. Me sigue. Lo noto. Está muy cerca. Casi puedo sentir su presencia en mi espalda. Su aliento en mi nuca. Como el aliento de un lobo hambriento. El aliento de la muerte.

Avanzo lo más rápido que puedo. Las pequeñas calles se suceden a los lados. Apenas puedo distinguirlas. Todo está destruido. Los edificios demolidos, las calles anegadas de escombros, las farolas partidas en dos, los bancos de madera astillados y desmembrados por la mitad. Un fino manto de polvo cubre el asfalto y lo hace resbaladizo y arenisco. Temo resbalar y caer. Si lo hago, se acabó.

Mis piernas arden. No sé cuánto aguantarán. Ojalá supiera la distancia que le saco. Pero no puedo pararme. Tampoco mirar atrás. Si lo hago, caeré y entonces... Cierro los ojos con fuerza y aprieto el paso más si cabe. Noto mi corazón desbocado, mi respiración acelerada. Tengo miedo. Quiero escapar.

Giro por una esquina, luego por otra. Salto troncos caídos y esquivo piedras y coches oxidados. Los cristales rotos se clavan en mis pies descalzos. Reprimo un grito y continúo. Sin pausa. Las calles parecen

iguales. No logro orientarme. Si al menos pudiera entrar en alguna casa. Empujo una puerta con el hombro sin resultado. Después otra, y nada. Están cerradas a cal y canto. Empiezo a desesperarme. Más aún. Pronto me quedaré sin fuerzas. Sin resuello. Sin aire. No puedo correr eternamente. Tengo que buscar una alternativa.

Pienso rápido. Lo máximo que mi mente en esa situación puede. Y encuentro la solución. ¿Qué lugar está abierto en cualquier pueblo? La iglesia. De repente conozco el camino. De algún modo lo sé. Echo a correr. Esta vez con una dirección concreta. Giro un recodo, tuerzo por un callejón y la encuentro. Frente a mí, su campanario se alza imponente, como retándome a entrar. Detengo mi marcha un segundo y contemplo la veleta de la cúspide, inmóvil sobre el tejado. A mi espalda, ya no me sigue. Al menos no tan de cerca.

Aprovecho esa ventaja y cruzo el umbral con cautela. Los goznes del portón de madera crujen y me sobresaltan. Aun así entro. Al pasar, la entrada se cierra produciendo un sonido hondo que retumba en las paredes. Y la oscuridad se adueña del lugar. Pese a que hay ventanales, pese a que es de día. O al menos lo era. ¿Cuándo ha anochecido? Noto mis latidos en los oídos. *Pum, pum, pum*. Algo va a pasar. Lo presiento.

Busco un sitio para esconderme. Veo columnas gruesas, bancos destartalados y hasta una pila bautismal enorme. Pero al echar un último vistazo en busca de un sitio mejor, le veo.

Está allí. Encima del altar. De pie. Es solo una sombra, una mera silueta. La oscuridad le engulle el rostro. No puedo reconocerle.

Pero me ha encontrado. Y eso solo significa una cosa: estoy muerta.

Empiezo a respirar sin control. Tiemblo. El miedo me domina. ¿Qué hago? Mi corazón se dispara. Lo noto zumbiar en mi pecho. Con ahínco. Como si quisiera salirse. No puedo apartar la mirada. Y eso que aún no le he visto la cara. La puerta se ha cerrado tras de mí. Y aunque quisiera no podría llegar hasta ella. Me atraparía antes.

Pero tengo que intentarlo. Es mi única opción. «Arriésgate», diría mi madre. Doy un paso al frente, decidida. Pero justo cuando voy a dar el segundo, me bloqueo. La sombra ha saltado del altar. Los temblores ahora son sacudidas. Sudo. Las gotas recorren mi cuello, perlan mi frente. Estoy aterrada. Es el fin.

Mientras, la silueta sigue yendo directa hacia mí. Se encamina con lentitud, disfrutando de su presa, relamiéndose. Entonces un haz de luz

mortecina se proyecta sobre ella.

Y le reconozco. O mejor dicho, *me* reconozco. Su piel pálida, sus ojos verdemar, su pelo rubio largo y encrespado, sus pecas... Soy yo. Es mi reflejo. ¿Qué está pasando?

Algo en mí hace que desconfíe. «Esa no soy yo», dice una voz en mi cabeza. También puedo deducirlo en su sonrisa. Esa sonrisa endiablada. Perversa. Atroz... Yo jamás podría mostrar semejante sonrisa.

Ahora avanza con los ojos clavados en los míos. Sigo sin poder moverme. Solo tiemblo. En cambio, ella camina despreocupada, regocijándose en su victoria. Porque ha encontrado a su presa. Y no parará hasta tenerla. Lo sé. Puedo verlo en el deseo de sus pupilas dilatadas, en su ávida mirada.

De repente corre, como si no le fuera posible contener más su apetito. Salta los escalones, cruza la distancia en un suspiro. Ni siquiera tengo tiempo de pestañear. Cuando quiero darme cuenta, su cara casi roza la mía.

Entonces abre la boca. Más de lo normal. Más de lo que cualquier persona sería capaz. Se le desencaja la mandíbula. Puedo ver sus fauces estirarse más y más, sus dientes afilados brillar amenazantes. Sus tendones dan de sí, sus mejillas se desgarran. Aquello no puede ser real, no puede ser humano.

Pero, justo cuando comienza a cerrar los dientes, cuando su oscura garganta empieza a cernirse sobre mí, alguien toma mi mano. Y me arrastra. Lejos de allí. Lejos de ese horror.

Lejos de la muerte.

# CAPÍTULO 1

*Sábado, 29 de agosto. 1:09 a.m.*

—¡Sarah, Sarah, despierta!

Abro los ojos súbitamente. Miro a todos lados, alterada. Pero solo encuentro el rostro de mi padre muy cerca. Su mano aferra la mía con fuerza. Sonríe, pero noto preocupación en su expresión.

—¿Dónde...? Ha sido...

—Una pesadilla, cariño —termina él, pues ve que no logro ubicarme.

El sudor inunda las sábanas. Vuelvo a girarme en todas direcciones, aún con el corazón encogido. Pero no hay ni rastro de la iglesia. Sigo en mi cuarto, dentro de mi cama. Veo las luces del pasillo encendidas.

—Tenemos que irnos, Sarah —dice de repente mi padre.

—¿Qué? —pregunto, extrañada.

Por la rendija de la persiana no se cuele aún el sol. ¿Qué hora es? Busco el despertador y compruebo que marca las 1:09 a.m.

—¿Ahora?

—Sí, tú madre ya está en el coche.

Antes de que pueda bostezar, me levanta de la cama en brazos. Cojo como puedo el *iPod* de mi escritorio y los auriculares.

Mi madre espera con una sonrisa incómoda en la cara. La misma que lleva poniendo tres años. Estoy a punto de preguntarle qué ocurre, cuando ella dice:

—No te preocupes, corazón. Hemos encontrado una oferta buenísima y tenemos que irnos antes de que nos la quiten.

Yo, todavía con los ojos pegados, asiento como un robot. No tengo ganas de discutir. Menos a esa hora.

Poco después, ya estamos montados todos en el coche y saliendo de nuestra casa a toda prisa.

*Sábado, 29 de agosto. 5:18 a.m.*

Mis padres están tarados. Esa es mi conclusión.

Vale, en realidad no es que sean tontos, ni que les falte un tornillo por aquí, o una tuerca por allá. No. Más bien son algo raros, diferentes. O si no, ¿cómo explicaríais que, bien entrada la madrugada y ya acurrucadita en la cama, me levanten de golpe y digan que nos mudamos esa misma noche?

De acuerdo, es verdad que últimamente nos hemos cambiado más de casa que un cangrejo ermitaño, pero eso no es excusa para tener que irnos tan rápido y en plena noche. Normalmente lo hacemos por la mañana, con al menos un día de antelación para organizar lo mínimo. Que esa es otra, con tantas prisas, no nos ha dado tiempo a hacer las maletas. Es más, ni siquiera estoy segura de que me haya cambiado el pijama...

Al echar una ojeada a mi ropa, compruebo que tengo razón. Todavía hasta se notan las manchas de sudor por el cuello. Qué cerda. Generalmente suelo acordarme de con qué he salido puesto a la calle. Lo que ocurre es que a las no sé qué horas de la madrugada, el cerebro tiende a olvidarse de todo y solo piensa en una cosa: dormir, dormir y dormir.

Aunque eso sucede justo después de arrancarte de las calentitas sábanas de tu cama. Si al cabo de un tiempo aún no has vuelto a dormirte, tu mente se activa de nuevo y te desvelas. Así me pasa a mí. Por si fuera poco, mi última pesadilla me ha dejado un poco ida. Nunca había soñado nada así. Cierro los ojos y todavía puedo ver esa boca inmensa, abriéndose más y más.

La lluvia cae, suave. La observo resbalar por los cristales desde el asiento trasero del coche. El *iPod* con los suaves acordes de Ed Sheeran, mi cabeza encajada entre el reposacabezas y la ventanilla en la posición perfecta... Y ni aun así soy capaz de conciliar el sueño. Con lo marmota que suelo ser por la noche. Y también por el día. ¿Qué está pasando?

Creo que esta mudanza me ha afectado más de la cuenta. Está bien, no es que me haya influido mucho; estoy más que acostumbrada a cambiar de aires. Simplemente ha venido de sopetón y ahora estoy descolocada. Tal vez

sea esa la razón de este insomnio repentino, ¿quién sabe?

El caso es que no puedo dormir y en nuestro Ford Escort tengo tiempo para pensar. O mejor dicho, para hacerme preguntas. ¿Por qué nos mudamos? ¿Qué les ocurre a mis padres para que no nos quedemos en la misma ciudad por lo menos un año? No es que yo sea una ingenua y no les haya preguntado. Todo lo contrario. Primero decían que querían cambiar de ambiente, que se habían cansado de vivir en La Coruña. Aquella vez sí que me afectó. Tenía catorce años y a esa edad el círculo de amigos ya empieza a afianzarse. Por no hablar de lo bien decorado que estaba mi cuarto. En definitiva, la vida a esas alturas ya la tenía más o menos organizada. No recuerdo las noches que pasé llorando. Luego se trataban de cuestiones de trabajo: que si no había nada conveniente en tal ciudad, que si el sueldo era muy bajo... lo típico. Esta última vez, la excusa ha sido que hay una oferta en internet de una casa en no sé dónde, que nos sale el doble de barata, que tiene mejor entorno... más de lo mismo. Cuando una se ha cambiado tantas veces de casa, se acaba acostumbrando. Ya no se hacen amigos creyendo que van a ser para siempre, sino que se intenta entablar una amistad frágil e impersonal que resulte mucho más fácil de romper a la hora de partir.

Porque últimamente siempre partimos. Solo con decir que he vivido en siete sitios distintos en tres años, y sin contar nuestra ciudad natal.

Pero ahora, la excusa del trabajo ya huele a cuerno quemado y, como mis padres sigan queriendo cambiar de ambiente, va a ser cierto que están tarados. Además, en los diecisiete años que tengo y que llevo con ellos, sé reconocer cuál es la cara de preocupación de mi padre. Y la de esta noche al despertarme era una buena muestra, por muy bien que él crea disimularla.

Al principio creía ciegamente en ellos. Pensaba que de alguna forma, estaban haciendo lo mejor. Aunque ahora, con este fugaz traslado, mis ojos se han abierto y veo, cada vez con más claridad, que me han engañado. Pero, ¿por qué? ¿Acaso detrás de todo esto se esconde una razón que ellos, a lo mejor para no asustarme, han ocultado? ¿Una razón peligrosa?

Sacudo la cabeza rápidamente. La falta de sueño está jugándome una mala pasada. Será mejor que duerma y deje de desvariar.

Vuelvo a mirar por la ventanilla para que el cambiante paisaje me relaje. La densa capa de abetos oscuros y alargados me hace caer en la cuenta de la cantidad de lugares en los que he vivido. Las escarpadas costas de Galicia en las que vivía inicialmente, los Alpes franceses, las playas de la costa Brava, la nieve de Sierra Nevada, las avenidas de Roma, Madrid y Londres y

finalmente, Murcia. Pero claro, ahora a saber adónde vamos. Creo recordar que mi madre ha mencionado el nombre del pueblo, pero estaba medio dormida. Solo sé que no tiene costa y, a juzgar por las pendientes que estamos escalando con el motor revolucionado, es un pueblo de montaña.

Tal vez parezca divertido, incluso guay, cambiar tanto de ciudad, pero, creedme, es un rollo. Al principio todo es muy alucinante, muy nuevo, muy entretenido. Pero cuando ya lo has visto todo, lo que realmente necesitas es compañía. En otras palabras, amigos. Y hacer nuevas amistades con la idea de que sustituyan a las antiguas, ya no está tan guay.

Pero, en fin, esta va a ser mi vida por razones que aún desconozco. Tal vez debería preguntarles seriamente a mis padres qué está pasando. Decirles que ya no soy una niña, que su pequeña Sarah ya se ha hecho mayor y es capaz de reconocer una mentira, o varias.

La canción del *iPod* termina y las voces de mis padres se cuelan por los auriculares. No logro distinguir lo que dicen antes de que empiece el punteo de guitarra de *Tenerife Sea*, pero sus tonos me llaman la atención. Pulso el botón «pausa» y finjo seguir escuchando música.

Hablan en susurros pero con cierta agresividad, igual que hablaría una pareja que discute y que no quiere que se despierte su bebé.

Agudizo el oído todo lo que puedo.

—...lo hiciste? —murmuraba mi padre sin apartar la vista de la carretera.

—Quería decirle que nos dejara en paz. Ya te lo he dicho —respondió mi madre.

—¿Y esa es razón para no avisarme? Maldita sea, Araceli. Creía que confiábamos el uno en el otro.

—Cariño, sabes que confío en ti. Pero sabía que te pondrías así.

—¿Y cómo quieres que me ponga? ¿Es que esperabas un «ah, cariño, qué buena idea»? Además, no me enfado por eso, sino porque lo hicieras tú sola. ¿No te acuerdas lo que vimos? Es muy fácil caer de nuevo.

—Ya lo sé, pero...

—No, pero nada —la interrumpe mi padre, alzando la voz—. Me has dado un susto de muerte.

—¡Shhh! Vas a asustar a la niña —recuerda mi madre. Odio cuando se refiere a mí así. ¿Qué soy, una cría de parvulario?

—Sarah está con su música y no se entera de nada.

Se gira súbitamente. Aparento oír una de mis canciones favoritas

moviendo la cabeza. Nuestras miradas se cruzan un instante. Le sonrío. Me sonrío. Se lo ha tragado. Se da la vuelta y prosigue la conversación, esta vez más relajado.

—Cuando la he visto a ella, empapada en sudor, retorciéndose en la cama... creía que estaba dentro de una pesadilla... una más.

—Tú también sueñas con esto...

—Todas las noches. Pero eso no es lo peor.

Ahora silencio. Espero paciente y por si acaso desvío la mirada hacia el exterior y acentúo los ademanes con la cabeza. Si tuviera una canción puesta, sería la más *heavy* de todas sin duda. Parezco idiota.

Durante unos segundos solo escucho el rugido del Ford subiendo las cuestas y el golpeteo de la lluvia en los cristales.

—Lo peor —continúa mi padre— es que le pase algo a Sarah.

Me da un escalofrío. ¿Qué tengo que ver yo en todo esto? ¿Qué es lo que me va a pasar?

—Él no va a ir a por ella —tercia mi madre, secante.

—¿Cómo estás tan segura? Ya has visto lo de esta noche.

Mi madre sonrío. Y conozco esa sonrisa. Es la que muestra cuando sabe que tiene razón aunque no le guste. Entre mordaz y tajante, entre macabra y sincera. Agridulce.

—Porque me quiere a mí.

El escalofrío de antes se convierte en un miedo que hiela toda mi sangre.

Mi padre suelta una mano del volante y agarra la de mi madre, que reposa en la palanca de cambios. Las dos se estrechan con fuerza, dándose apoyo, ánimo, valor.

—Amor, esta vez va a ser diferente. Tenemos la pista esa. Sempiterno. Seguro que nos ayuda. Lo que quiera que sea.

Mi madre asiente levemente. Si pudiera verle la cara estoy segura de que estaría con los labios fruncidos, reprimiendo las lágrimas.

Mi padre la atrae hacia sí con un brazo. La abraza y le da un beso intenso en la frente.

—Voy a estar aquí, contigo. Siempre.

—Te quiero, Aaron.

—Y yo, Araceli, y yo.

Los dos permanecen juntos unos instantes.

Ver a mis padres así normalmente me resulta empalagoso. Pero ahora, en este momento tan confuso, agradezco que su amor les siga uniendo.

Apenas he entendido la conversación, pero sí lo suficiente como para confirmar mi sospecha sobre una posible amenaza. Y eso me aterra. ¿Quién va a por mi madre? ¿Qué puede hacerme daño?

La idea de delatarme y pedir una explicación resulta tentadora, aunque conociendo a mis padres, sé perfectamente cuándo van a darme largas y ésta es una ocasión idónea. Seguro que saltan con la excusa de que han sido imaginaciones mías, o que lo he soñado.

Vuelvo a observar el paisaje por la ventanilla y a tratar de dejarme llevar por el leve traqueteo del coche. Bueno, no tan leve porque la carretera se encuentra en tan malas condiciones que parece que los que la asfaltaron se quedaron escasos de alquitrán. O tal vez el alquitrán se les subió a la cabeza, porque menudos socavones.

Miro hacia delante y veo algo extraño a lo lejos, en medio de la calzada. No parecen los faros de otro coche en sentido contrario (más que nada porque en esa carretera no hay ni un alma). Por no haber, no hay ni iluminación. Me quedo mirando fijamente el objeto y deduzco que puede ser una bolsa, o incluso un vestido harapiento. Lo raro es que no está sobre el asfalto, sino a media altura, como sostenido en el aire. Creo que mi padre también lo ha visto porque frena.

A medida que nos vamos aproximando, lo que quiera que sea parece hacerse más borroso, como una cortina de humo que se difumina. Si no fuera por el sueño que tengo, diría que se está desvaneciendo poco a poco.

Al alcanzarlo, desaparece. No hay nada. Tal vez ha sido el reflejo de algún metal, o quizás un animal. ¿Qué más da?

Quedo pendiente de la carretera un rato hasta que veo que la modorra por fin se va apoderando de mí. Mis párpados se van cerrando cada vez más y más...

Pero de pronto se abren. He visto algo. Una figura oscura. De una persona. En la carretera. Muy cerca. Demasiado. No hay tiempo para frenar.

Aun así mi padre reacciona. Pisa el pedal a fondo. Las ruedas patinan, el sonido es ensordecedor. El coche se desestabiliza. Mi padre no puede controlarlo. La figura no se aparta. Cada vez estamos más cerca. ¡La vamos a atropellar!

De repente un volantazo. El coche evita a esa persona. Pero sale despedido.

Y entonces vueltas. Todo gira a nuestro alrededor. Los cristales estallan. Cierro los ojos. Noto cómo se clavan en mis párpados, manos, cuello, cara,

piernas. Mi madre chillar. Yo también. Oigo los crujidos de la carrocería, los golpes contra el suelo. Un choque más fuerte, y luego más vueltas. Algo me golpea la cabeza. Sangro. Pero sigo gritando. De nuevo un impacto más intenso. Se me corta la respiración, me mareo. Tengo ganas de vomitar. Mi madre ha dejado de chillar. El coche sigue girando.

Silencio.

Tardo un minuto en abrir los ojos. Al hacerlo la vista se me nubla y caigo en la cuenta del dolor que atenaza mis músculos y me impide pensar. Al recuperar la visión, todo está lleno de cristales, humo, hierros y de un rojo intenso.

—¿Sarah? ¿Estás bien? —Es la voz de mi padre desde el asiento del piloto.

—Creo que sí.

Entonces oigo el chasquido de algo y veo que mi padre sale del coche.

—Voy a pedir ayuda.

Sin embargo, algo en su voz indica que es mentira.

Lo veo avanzar delante del coche, en zigzag. Al fondo creo distinguir la silueta oscura. La misma de la carretera. Mi padre va tras ella, pero entonces se detiene. Aún está lejos. Se queda mirándola. Yo le imito. Tardo en enfocar. Entre borrones veo que ahora no me parece una persona. Al menos no alguien corriente. Como si su forma de moverse no fuera del todo... humana. La silueta se aleja lentamente y el bosque de abetos se la traga.

Entonces recuerdo algo. Mi madre. Todavía no se ha movido de su asiento.

Desabrocho como puedo el cinturón y me acerco a ella. Su ventanilla está totalmente destrozada y la puerta tiene una abolladura profunda.

Al aproximarme a su cara, veo que está inconsciente. Trato de reanimarla dándole golpecitos en la cara.

—¿Mamá? ¿Mamá, me oyes? Mamá, responde. Por favor, mamá. ¡Mamá!

Pero la respuesta no llega.

## CAPÍTULO 2

*Domingo, 30 de agosto.*

Es increíble cómo es capaz de desmoronarse el mundo de un momento a otro. Se tienen planes, proyectos, ambiciones, sueños... pero todo puede torcerse.

La vida es traicionera. Bueno, más bien es una mierda enorme. Basta con que te arrebate lo que más quieres, para saber cuánto apesta.

¿Y ahora qué? Eso es lo que pregunto. ¿Merece la pena continuar? Ojalá lo supiera...

Me he dado cuenta de que no estaremos aquí para siempre, de que la existencia es solo pasajera y que cualquier persona, por muy importante, prestigiosa o famosa que se considere, sólo es una ínfima parte de un mundo cambiante y caduco. Simples motas de polvo que antes de darnos cuenta desaparecerán.

Mi madre es ahora una de esas motas. Ella fue arrastrada por el viento, arrancada de mis brazos. Y al hacerlo, se llevaron una buena parte de mí. Puede parecer exagerado, pero solamente aquellos que han perdido alguien realmente importante, sabrán de lo que hablo. Porque siempre que se va un ser querido, también se lleva un pequeño pedazo de las personas en las que deja huella. Y ella dejó una huella enorme en mí. Inmensa.

Cuando cambias de ciudad, también lo hacen las relaciones. Las amistades se quedan inacabadas a la espera de un improbable regreso que nunca llega. Hasta que se hunden en el olvido. Solo se crea un vínculo especial con las personas con las que viajas, con tus compañeros de camino.

Ellos siempre están a tu lado y jamás se marchan. O eso creía.

Ahora me doy cuenta de que eso de «siempre estaré a tu lado» es una patraña. Una burda mentira. Ya se lo digan los amantes más enamorados del mundo, los padres a sus hijos o, qué sé yo, un niño pequeño a su primer hámster. Tarde o temprano, uno se acabará yendo. Un ataque al corazón, un derrame cerebral, o, en mi caso, un accidente de tráfico. Siempre algo fastidia esa bonita frase.

Maldigo al destino, al futuro y al jodido karma, ¿qué mal he hecho yo para merecer esto? Ya nadie me arropará por las noches como ella lo hacía. Nadie me despertará con un beso por las mañanas. Nadie hará locuras conmigo: nadie con quien saltar al vacío desde un acantilado, con quien bajar las escaleras automáticas al revés, con quien tirar globos de agua desde el balcón al vecino molesto. Nadie escuchará mis secretos. Nadie hará de mi consejera particular... Nadie me comprenderá.

Vale, sí, aún está mi padre, pero ¿cómo le voy a contar a él que me he echado un novio? Ni siquiera estoy segura de que se lo contase a mi madre. Eso, en el hipotético caso de que consiguiera novio.

Maldita sea. Ya no sé ni lo que digo. Quiero expulsar este malestar, esta asfixia. Pero por más que lloro, por más que grito y por más que descargo mi ira a golpes contra el pecho de mi padre, no se va. No sé qué hacer. Quiero seguir llorando, pero ya no me quedan lágrimas. Yo, que me negaba a entablar amistades serias, que para mí los vínculos eran algo tedioso. ¿Por qué ha tenido que marcharse la única persona con la que podía formar un lazo verdadero? Tal vez sea mejor no afianzarse a nada, tener una relación vacía con todo el mundo. Así el batacazo del adiós será menos doloroso.

Porque no hay duda de que duele. Y mucho...

*Viernes, 18 de septiembre. 7:30 a.m.*

—Papá, no quiero ir.

Mi padre observa con gesto cansado el par de ojos suplicantes que asoman por el edredón.

—Sarah, cariño, ya hemos hablado de esto y los dos hemos decidido que cuanto antes, mejor.

Entonces acerca mi ropa, mientras yo me estiro con un gesto gatuno. Acto seguido, un bostezo prolongado por mi parte y su mirada de réplica por

la suya.

—Vístete de una vez y deja de remolonear. Voy a prepararte el desayuno. Más te vale no hacerme subir otra vez.

Asiento con la cabeza, pero no prometo nada. No sería la primera vez que me quedo sobando después de despertarme. Él aún no conoce el truco de mi madre: quitar las sábanas y dejarme tiritando. Craso error.

Ha pasado casi un mes desde que ella murió y tanto mi padre como yo hemos acordado que ya es hora de que empiece a ir al instituto, así él tendrá más tiempo para rehacer su vida y no estar tan pendiente de mí. Ni siquiera estoy segura de que haya encontrado trabajo todavía. Y eso que nunca ha tenido dificultad para entrar en cualquier pastelería porque hace unos bollos de crema que quitan el sentido.

Por mi parte, creo que le vendrá bien a mi cuerpo algo de aire fresco. Me da la sensación de que los días pasan el triple de lentos encerrada en la nueva casa. Sí, tal vez parezca una locura, pero al final decidimos mudarnos a la oferta de casa. ¿Cómo volver a nuestro anterior piso donde todo nos recordaría a ella? Mejor empezar de cero en una nueva ciudad. Bueno, en un nuevo pueblo. Valdepeñas de Jaén se llama, en plena sierra, al sur de España. Apenas he salido de la casa para inspeccionar, pero, por lo que veo por la ventana, está entre montañas, todas ellas plagadas de olivos. Según tengo entendido, aquí todo el mundo se dedica a recoger aceitunas y extraer el aceite. ¡Genial!

Del accidente no logro recordar gran cosa. Los giros, los golpes, los gritos... mi madre inconsciente... muerta. Y una palabra que resuena en mi cabeza: sempiterno. Me acuerdo haberla oído en la conversación de mis padres. «Que durará siempre; que no tendrá fin», la define el diccionario. Pero, ¿qué querrá decir? Le he dado mil vueltas y buscado en algún libro, pero nada concluyente. Me temo que solo mi padre podrá sacarme de dudas, aunque, por desgracia, todavía es pronto para preguntar. La herida aún está abierta y sangrante. Muy sangrante.

La voz de mi padre sube por las escaleras:

—Sarah, el desayuno.

Vale, aún estoy acurrucada en la cama. Me levanto de un salto y estoy vestida en un periquete. Paso al cuarto de baño y la imagen del espejo me sobresalta. En él hay una chica ojerosa, más delgada que de costumbre, con los pelos rubios enredados y una cara de zombi que no puede con ella. Las pecas resaltan sobre la piel, más pálida de lo habitual. ¿Hace cuánto que no

veo la luz del sol? Hasta ese momento no soy consciente del peso que he perdido y la mala pinta que tengo. No es que antes fuera muy guapa, pero es que ahora soy un orco.

Metó la cara bajo el frío chorro del grifo. ¿Por qué cae el agua tan helada en este pueblo? Cuando ya siento el color sobre las mejillas, empiezo a arreglarme. Todo sea por crear una buena impresión el primer día de clase. Al terminar, parezco persona.

Bajo corriendo las escaleras. Tengo menos de veinte minutos para comer, lavarme los dientes y llegar al instituto. Uf, menudo reto.

—¿Has ventilado la habitación? —dice mi padre mientras tomo asiento—. Cuando he entrado olía a perros muertos. Todavía sigues siendo una apestosa por la noche... y bueno, por el día.

—Sí, papá —digo, con tono cansado. Antes él y mi madre solían llamarme la pequeña apestosa, porque me tiraba unos pedos que echaban para atrás, sobre todo cuando me ponía nerviosa o cuando mentía. Pero eso ocurría siendo yo muy niña, ahora me contengo mejor y solo se escapa alguno cuando tengo miedo o estoy alterada. Que él me venga siempre con la misma historia una y otra vez no hace más que resaltar lo poco que nos conocemos.

Mientras devoro las tostadas, él friega los platos de la cena de anoche. Desde que mamá murió ha dejado de ser el mismo. Sé que intenta ser más considerado conmigo, prestarme la atención que ella me daba. Y sé que le cuesta, porque nosotros nunca hemos conectado del todo y era mamá la que hacía de enlace entre los dos. Pero eso no es lo peor. Desde el accidente, siempre anda cabizbajo, con ojeras y varias veces lo he sorprendido llorando. Me rompe el alma verlo así. Aunque supongo que no puedo hacer nada.

Entonces él se gira y me pilla observándole. Y sonrío. Una sonrisa con un tinte amargo que en lugar de alegrarme, me entristece.

—Vas a tener que correr si quieres llegar a tiempo a clase. —Señala el reloj que cuelga de la pared.

Sigo la dirección de su dedo y... mierda. Quedan diez minutos. Las ganas de ir a clase se evaporan.

—Papá, no quiero ir, de verdad —murmuro lo más convincente que puedo.

Siempre me pasa lo mismo. Primero quiero ir, enfrentarme a ese nuevo desafío. Luego vienen los nervios, la vergüenza y hasta el arrepentimiento. Y finalmente, cuando algo se complica, la negociación, que es la etapa en la que estoy y en la que nunca consigo nada.

—¿Y si lo dejamos mejor para el lunes? Así empiezo la semana completa —propongo.

Él deja de secar los platos y se gira para encararse conmigo.

—Sarah —en su voz reconozco una ternura atípica, pero seguro que no por eso me voy a librar—, si cada vez que vayas a empezar algo te pones así, no vas a hacer nada por ti misma. Hay que aceptar que en la vida vas a hacer muchas cosas que no te gustan. Yo tampoco quiero limpiar los cubiertos y mírame.

—Supongo que eso es un «no».

—Un «no» muy rotundo, así que ya estás corriendo.

Refunfuño un poco, pero soy consciente de que no tengo ninguna posibilidad. Es una pena que en eso de negociar mi padre y mi madre sean igual de estrictos.

Llego medio ahogada y quince minutos tarde. Si hubiera sido el primer día de clase supongo que sería algo más normal. El problema es que el curso ya está empezado y casi puedo imaginarme cómo me mirarán todos al irrumpir en el aula.

Al entrar en el edificio, que es bastante pequeño, (dudo que quepan más de quinientos estudiantes), un conserje serio, pero correcto y amable, me conduce a mi clase. Al parecer ya esperaban mi llegada. Supongo que seré la «nueva», o lo que es lo mismo, la comidilla del pueblo durante una temporada.

—Es la última puerta de la izquierda —indica tras doblar una esquina.

—Vale. Gracias.

Camino hacia allí con pasos rápidos y decididos. Aunque por dentro no estoy tan segura. Sí, ya he pasado por esto siete veces, pero siempre es duro volver a sentir esas miradas clavadas en mí. Las preguntas, las risitas, los cuchicheos. Y sobre todo los nervios. Recuerdo la primera vez que apenas era capaz de articular dos palabras seguidas. Por suerte esa vez no hicieron que me presentara a toda la clase. Aquello sucedió en Madrid y menuda vergüenza. Casi sufro un ictus allí mismo. ¡Vaya profesor! Tiendo a juzgar bien a los profesores, pero aquel descubrí que era un capullo de mucho cuidado.

Vuelvo a la realidad y descubro que estoy paralizada en medio del pasillo, riendo y murmurando sola. Miro alrededor. No hay nadie. Suspiro de alivio. Solo faltaba que se corriera el rumor de que «la nueva» está algo chiflada.

Sigo andando hasta llegar a la puerta. Desvío la mirada hacia arriba: *1ºB Bach*. Así que ésa es mi nueva clase. Espero que todo salga bien, o no muy mal. No como aquella vez que tuve que quitarle el sitio a uno. Respiro hondo, toco con los nudillos y giro el pomo de la puerta.

Me encuentro con un hombre medio anciano, con cara de pocos amigos. Se ha quedado petrificado con la tiza apoyada en la pizarra. La clase entera ya está sentada y, por supuesto, escaneando todo mi ser con sus miradas. Ahora sí que estoy arrepentida de haberme acurrucado en las sábanas.

—Perdón por el retraso; me he perdido —miento.

El profesor arquea una ceja y suelta la tiza en el alfeizar de la pizarra.

—¿Y usted es? —pregunta mientras ojea el cuaderno de notas.

—Soy Sarah Pereira, la chica que...

—¡Oh! Sarah, ya sé quién es... Siéntese. Hay un asiento allí al fondo.

Los pupitres están distribuidos de dos en dos. Mientras me dirijo al único sitio libre, escucho la voz del profesor a mis espaldas.

—Y procure llegar un poco antes el próximo día. No suelo ser muy permisivo con la impuntualidad, señorita Pereira.

El sitio que me ha tocado está junto a un chico que parece estar dibujando algún tipo de arte abstracto con el boli *bic*.

—Hola —le susurro.

Él detiene sus garabatos para dedicarme una mirada y un asentimiento de cabeza.

No le presto más atención de la necesaria, pues el profesor prosigue con lo que quiera que esté explicando. Miro la pizarra y veo que son derivadas. Yo he visto eso ya decenas de veces. Se nota que el nivel de enseñanza varía mucho de una parte del país a otra. Por no hablar del extranjero.

Resoplo disimuladamente mientras saco una libreta de la mochila. Todo sea por aparentar ser una chica aplicada. El chico de al lado sí se da cuenta de mi suspiro.

—Yo también odio las matemáticas.

Le miro. Me ha malinterpretado.

—No es eso. Solo que ya las he dado. —Podría añadir algo. Pero opto por quedarme callada vaya a ser que se piense que soy una empollona.

Él asiente repetidas veces y prosigue con su proyecto.

El silencio se vuelve a instalar entre los dos. Solo la voz del profesor indicando cómo despejar la  $x$  lo rompe. El resto de la clase no parece muy entusiasmada. Como es tradición, realizo mi chequeo de los que van a ser mis

compañeros hasta saber cuándo. Los chicos, por cómo se pasan bolitas de papel y algún que otro avioncito, parecen algo infantiles. En las chicas hay más variedad. Las del principio de la clase parecen atender seriamente; otras se miran las uñas, leen, y hasta una se maquilla detrás de la espalda de un muchacho grandote. Algunas murmuran y me lanzan miradas a hurtadillas, aunque sus dotes del disimulo dejan bastante que desear. Todos están sentados de dos en dos, excepto un chico.

—Dicen que te has mudado varias veces —susurra mi compañero, interrumpiendo mis pensamientos.

¡Vaya! Es la primera vez que salgo de casa y ya saben eso de mí. Soy consciente de que las noticias vuelan en los pueblos pequeños, pero en éste han ido más rápido de la cuenta. Puede que sepan hasta qué champú uso.

—Sí —le contesto.

—Supongo que estarás harta de las típicas conversaciones para hacer amigos: hola, soy Claudia y me gusta la música *indie* porque me recuerda a mi ciudad natal, *bla bla, bla*. Yo prefiero ir al grano. ¿Qué te parece una ronda de preguntas-respuestas? Te diré lo que de verdad te interesa saber de este pueblo. Puedes plantearme lo que sea.

Me quedo de piedra. ¡Pero bueno! ¿Quién se ha creído? No es que no tuviera razón, pero esos aires de niño engreído no me gustan nada. Hasta ese instante no he reparado en su apariencia. Y tengo que reconocer que a simple vista es mono. Pelo medio corto cobrizo con un mechón rubio hasta los ojos, que, para mi gusto, es algo excéntrico y un pelín hortera. Rasgos afilados, nariz pequeña, ojos azul claro. Viste bien, huele bien. En general, bastante atractivo. Aunque todo apunta a que es el típico guaperas de clase. Chulo y prepotente. Y, claro, eso anula totalmente lo anterior.

—No me llamo Claudia —digo para empezar.

—Ya sé que te llamas Sarah. Y eso cuenta como respuesta. Venga, te toca preguntar.

Le sostengo la mirada unos segundos. No parece bromear. El profesor, o tiene mucho que explicar, o tal vez desde atrás no nos escuche. Ventajas de sentarse en la última fila.

—Está bien —acepto. Todo sea por matar el tiempo; de todas formas la clase no promete mucho—. ¿Cómo te llamas?

—Alejandro Fuentes Pirandello, pero todos me llaman Álex. Cosa que no entiendo porque mi nombre no tiene x, deberían llamarme Ale, no Álex.

—¿De dónde viene tu segundo apellido...?

—Esa es otra pregunta —interrumpe—. Me toca a mí. ¿Por qué te has mudado?

Parpadeo varias veces, sorprendida. Esa no es la primera pregunta que le haces a una chica que acabas de conocer, pero bueno, supongo que no es tan raro.

—No lo sé.

—No vale mentir —susurra con voz cantarina.

—Es la verdad —replico, alzando la voz—. No sé por qué he venido aquí. Se supone que por una buena oferta, ¿vale?

Él me observa con una sonrisa torcida muy molesta.

—De acuerdo, no te pongas a la defensiva. Es solo un juego. Te toca.

Respiro hondo y trato de no perder la paciencia. Si él empezaba así de fuerte, yo no voy a ser menos.

—¿Te gusta alguien de la clase? —No es que me importase mucho, pero sé dónde hay que darle a los chicos para que les duela.

—Sí —responde rápidamente—. Me gusta la chica de las gafas de la primera fila, la rubia que está hablando con la morena, y también la morena. Entre otras...

Admito que su supuesta sinceridad es nuevo para mí. Normalmente un muchacho de nuestra edad tendría más reparo en responder. Aunque tal vez sea mentira. Quién sabe.

—Eres todo un mujeriego.

—Puede ser. Me toca —se relame los labios y se frota las manos. Miedo me da—. Ya que has sacado el tema del amor. ¿Te gusto yo?

Arqueo una ceja. ¿Va en serio? Por su penetrante mirada deduzco que sí.

—No.

—No vale mentir —recuerda.

—No he mentido.

—Has tardado demasiado en contestar.

Este chico me pone de los nervios. Maldita sea. Encima de chulo, inteligente. ¿Por qué habré dudado?

—Está bien, está bien. La verdad, ¿no? Ahí va: me pareces guapo, sí. Pero tú flequillo rubio está más que pasado de moda y tu actitud de niño guay y chulito no me gusta nada. Resultado: no tienes ninguna posibilidad conmigo.

Álex sonrío.

—¡Guau! Buena respuesta. Admiro tu sinceridad.

¡Será tonto! Ahora se va a enterar. A ver si es tan chulito como aparenta.

—Mi turno —digo—. ¿Eres capaz de darle un beso a las tres chicas que has dicho que te gustan, o es demasiado para ti? ¿Eh, Álex? —digo, exagerando mucho la x.

—¿Ahora?

—Sí. Y eso cuenta como pregunta. Ahora vuelvo a preguntar otra vez. Porque claro, no eres capaz de hacer...

Sin esperar a que termine, se levanta y se encamina a la chica rubia que se sienta junto a la morena. El profesor aún no se ha dado cuenta pues está terminando de escribir no sé qué fórmula. Álex, sigiloso y rápido, se agacha detrás de las dos chicas que ahora sí parecen prestar atención. Le da un par de toquecitos en el hombro a la morena. Ésta se gira y antes de que le dé tiempo a ver quién le llama, le planta un besazo en los labios. La chica se queda perpleja. La parte de la clase que lo ha visto ahoga un grito. Su compañera se da la vuelta, aún sin comprender, momento que Álex aprovecha para repetir la jugada. Ella sí reacciona y se lo quita de encima de un empujón.

—¿Pero qué haces? —grita.

—Silencio, chicas —dice el profesor sin girarse.

Álex no pierde un segundo y corre a por la última chica, la de la primera fila. Ella está inmersa en la explicación y no se ha enterado de nada. Resulta increíble la facilidad que Álex tiene para moverse tan silenciosamente, parece que lo ha hecho siempre. Se coloca detrás de la chica y repite la jugada. La chica se gira sobresaltada y él la besa.

Entonces le suelta un bofetón, de esos sonoros.

—¿Pero qué te has creído?

El profesor ya no soporta más las interrupciones y se vuelve hacia la clase. Y todos miran a Álex.

—¿Se puede saber qué hace ahí de pie? —interroga.

Éste se queda unos instantes sin saber qué decir.

—No veía bien la pizarra y me he acercado un momento para copiar la fórmula para despejar la incógnita.

He de reconocer que sabe mentir. El profesor le mira, inquisitivo.

—¿Y no puede preguntarle a su compañera que para algo está junto a usted?

—Es ella la que me ha dicho que no ve.

El profesor se vuelve hacia mí. Yo me quedo petrificada. Él parece notar mi estupor pues hace un ademán impreciso con el brazo y murmura:

—Está bien, puede sentarse. Pero la próxima vez levante la mano, tanto usted como la señorita Pereira.

Álex regresa a su sitio con una sonrisa de suficiencia en el rostro. Admito que tiene agallas. Toda la clase se está riendo, menos las chicas a las que ha besado. Bueno, y otro chico, el que no tiene compañero al lado. Este último me mira como preocupado. No parece hacerle gracia lo de Álex. Tiene algo en sus ojos que me inquieta e intimida.

—Te vuelve a tocar preguntar —dice Álex, rescatándome de esa mirada.

—¿Quién es ese chico y por qué se sienta solo?

No sé por qué he preguntado eso, simplemente las palabras han salido solas.

—Eso son dos preguntas, pero acepto. Se llama Eric, es amigo mío. Se sienta solo porque no le gusta la compañía. Además, en la clase éramos impares hasta que tú has llegado y, claro, alguien tenía que quedarse sin pareja.

—Pero este sitio estaba libre cuando he llegado.

—Porque mi compañero ha faltado —explica Álex. Entonces vuelve a señalar al chico solitario y dice—: Es algo raro. No tienes nada que hacer con él. Varias mejores que tú lo han intentado, pero ninguna ha llegado a estar a solas con él cinco minutos.

¿Varias mejores que yo? ¿Pero qué es esto, un concurso de belleza?

Le dedico un par de miradas más al chico y vuelvo a observar a Álex.

—No me gusta —contesto.

—Yo no he dicho que te guste.

—Lo has insinuado.

—Como quieras, pero ¿a que te ha encantado mi atrevimiento?

—Sí —confieso—. Y se acabó el juego. Ya me he cansado.

—Oh, venga, si nos estábamos divirtiendo.

Finjo estar muy ocupada copiando la pizarra para que me deje en paz. Da resultado pues él también vuelve a pintarrapear.

Noto la mirada de Eric, el chico solitario, clavada en mi espalda. Me sonrío torcidamente. Lo observo un segundo y veo en sus ojos enigmáticos una mezcla de intriga y extrañeza, como si viera en mí algo que solo él puede ver. ¿Acaso tengo monos en la cara?

Le ignoro. A él y a Álex.

## CAPÍTULO 3

*Sábado, 19 de septiembre. 15:00 p.m.*

—Ya te he dicho que no pienso llamar a ese chico —le repito a mi padre por enésima vez.

Es sábado y estamos almorzando berenjenas rellenas de carne picada. De postre, fresas. Ha pasado solo un día desde que ese chico creído y guapo, Álex, besó en medio de la clase a tres chicas. Yo, en mi afán por congeniar más con mi padre, se lo he contado. Error. Ahora cree que Álex me gusta y se empeña en que vaya a dar una vuelta con él. Piensa que porque haya entablado «amistad» ya tiene que ser mi novio. Pobre de mí. Si lo sé, no le digo nada.

—Pero si es un chico mono y atrevido. Si hizo aquel reto fue para impresionarte, está claro que quiere algo contigo —insiste. Que mi padre hable de ese modo resulta chocante. Él es un tipo serio, correcto, el que ponía algo de freno a la alocada mente de mi madre. No le pega. Supongo que también está haciendo el esfuerzo por conectar conmigo.

—Ya, pero yo no quiero nada.

Dejo mi tazón de fresas con nata a medias y me largo del comedor. Subo a mi cuarto y cierro de un portazo. ¡Qué pesado!

Me parece genial que mi padre trate de ganarse mi confianza con consejos sobre chicos, pero no me interesan lo más mínimo. Puede parecer que estoy muy susceptible, pero es que ha estado dando la lata toda la comida con el mismo tema y ya estoy harta. Hasta he tenido que hacer el esfuerzo por no tirarme un pedo, como me pasa cada vez que me altero.

Reconozco que Álex no se parece a nadie que haya conocido, pero no tiene que ser en el buen sentido. También es guapo, sí, pero es precisamente eso lo que me disgusta. Parece uno de esos gallitos que saben que pueden conseguir a cualquiera, que solo con alardear un poco ya la tienen en la palma de la mano. Y yo de esos no quiero, gracias. Bueno, de esos y de ninguno. ¿Por qué ese empeño en que tenga novio? Solo tengo diecisiete años. ¿Ya se me empieza a pasar el arroz, o qué?

Oigo pasos por las escaleras. No me apetece hablar con él. Enciendo los altavoces, enchufo el *iPod* y busco el álbum *X* de Ed Sheeran. Es curioso que siempre que estoy enfadada trate de calmarme con mi cantante favorito. Aunque también lo escucho cuando estoy contenta... y cuando estudio... y cuando paseo... y cuando voy a dormir... Creo que siempre es un buen momento para Ed Sheeran. Supongo que es lo que tiene tener un grupo preferido.

Encuentro su canción *Sing* y le doy potencia. Por desgracia la música apenas logra acallar su voz. Necesito unos altavoces más grandes. Un amplificador.

—Lo siento, Sarah. No es necesario que te enfades.

Odio que diga eso cuando ya estoy cabreada.

—Solo había pensado —continúa—, que a lo mejor te podías distraer un poco con alguien de por aquí, del pueblo.

Respiro hondo. Trato de ser comprensible. Quizás me haya calentado demasiado rápido.

—No pasa nada, papá. Pero ¿por qué tengo que buscar una distracción? Estoy bien así.

Escucho un suspiro prolongado desde el otro lado de la puerta.

—Hija, no estás bien. Llevas cerca de un mes sin hablar con nadie que no sea yo y ahora que tienes la oportunidad de hacer amigos nuevos, no quiero que te aísles.

Aquello sí que es el colmo. Admito que no he salido mucho, que incluso he llegado a pasar varios días recluida en mi habitación. Pero, ¿qué esperaba?, ¿que nada más perder a mi madre fuera de fiesta al día siguiente? ¿Que hiciera como si nada hubiera pasado? Porque en eso él parece un experto; no hemos hablado del accidente ni una sola vez.

Noto que me pongo roja de ira. De un salto estoy en pie, abro la puerta de un tirón y clavo mi mirada en él.

—¿Amigos nuevos, papá? ¿Para qué? ¿Para que luego nos mudemos y

vuelta a llorar? ¿Para eso quieres que tenga novio?

Corro al cuarto de baño y echo el pestillo. No quiero empezar a llorar, esa etapa ya la he pasado. Pero sé cuándo las lágrimas amenazan con brotar. Y esta es una amenaza clara. No hay más que ver mi cara encendida en el espejo y mis ojos cristalinos.

—Eso no va a pasar más —afirma él con un hilo de voz.

—¿Ah, no? ¿Y por qué iba a ser diferente esta vez? Van siete veces, papá. ¡Siete veces! ¿Ya te has cansado de cambiar de aires? ¿O es que por fin has encontrado el trabajo perfecto?

Ahora guarda silencio. Siempre igual, siempre tan esquivo.

—Solo quiero lo mejor para ti.

Otra cosa que odio. Vale, sí, yo también quiero lo mejor para él. Y para todo el mundo. Quiero que se acabe el hambre, que no haya guerras... lo mejor para todos. ¿Quién no?

—Pero eso no es excusa para que no me cuentes qué pasa —le grito—. Ayer me preguntaron que por qué nos mudábamos y no tenía ni idea de qué contestar. ¿Sabes lo frustrante que es eso? No sé qué pasa en mi propia vida, ¡qué está ocurriendo!

La primera lágrima se desliza por mi mejilla. ¡Maldita sea! Antes no lloriqueaba con tanta facilidad. Se nota que algo en mí ha cambiado desde que ella no está.

—Sarah, yo...

—No, tú nada —le escupo desde el baño—. Ibas a decir que lo sientes, ¿no? Si de verdad lo sintieras me dirías lo que está ocurriendo.

Salgo a enfrentarme a él. No me importa que vea cómo lloro, sabe de sobra que lo estoy haciendo; mi voz me delata. Necesito respuestas, ya estoy harta de parecer una niña inocente y estúpida.

—¿Quién nos persigue? —pregunto, seria.

Mi padre rehúye de mis ojos, desconcertado.

—¿Quién nos persigue? —repite.

—Os escuché a mamá y a ti hablar en el coche, el día del accidente. Dijo que algo iba detrás, que la quería a ella.

Él desvía la mirada. Cómo no.

—No me vas a decir nada —no es una pregunta.

—Sarah, yo...

Pero ya es tarde. Recorro el pasillo como una exhalación y salgo de la casa, no sin antes cerrar de otro portazo. Esta vez más fuerte.

Desde la ventana escucho su voz:

—Sarah, vuelve. —Le ignoro—. Perdóname. Solo quería que rehicieras tu vida, que llenaras el vacío que tu madre ha dejado con alguna ocupación. La que fuera.

—Ese vacío nunca se llenará —murmuro sin que él pueda oírlo.

Estoy perdida. Y lo peor de todo, me da igual.

Reconozco que tengo poco aguante, al menos con mi padre. No suelo enfadarme así a menudo, es más, creo que no he llegado a tal nivel de irritación en mi vida. Pero, entendedme, llevo toda mi vida tratando con mi madre, contándole a ella todo; es la única que me comprende. Mi padre es poco más que un desconocido. Sí, de acuerdo, vivo con él desde que nací, no hay duda, pero no hemos hablado de nada íntimo. No es que no sea un buen padre, pero, ni yo me he empeñado en conocerle bien, ni él a mí. Por eso no puede venir ahora y tratar de recuperar el tiempo perdido en un mes.

Llevo deambulando por el pueblo bastante tiempo. No sé cuántas horas han pasado, pero por la posición del sol, diría que son las siete. Pronto anochecerá. Lo poco que conozco del pueblo es la panadería donde han contratado a mi padre y el instituto. Nada más. No conozco a nadie, ni mucho menos las calles. No sé dónde está mi casa, ni siquiera el nombre de la calle.

De todos modos no quiero volver. No sabría qué decir, ni mucho menos qué hacer. ¿Cojo y me encierro en mi cuarto? ¿Actúo como si no hubiera pasado nada? Eso sería ridículo. Ya veré que surge.

Lo primero es tratar de orientarme. Sé que he visto la plaza del pueblo, la iglesia, el ambulatorio (no, no hay hospital ni por asomo), una calle de bares, una heladería y varios parques con fuentes. Lo peor es que después he chocado con un hombre extraño, de andares zigzagueantes, y no ha parado de seguirme. Entonces, tras pasar un cruce, he tenido que correr para darle esquinazo. A partir de ahí, ni idea de qué más he visto, ni de por dónde he venido. Bastante concentrada estaba ya en la huida.

Ahora estoy junto a un río de aguas cristalinas, que discurre por un canal construido en medio de una maraña de árboles de toda clase. Llevo remontando su curso poco más de cinco minutos, cuando la entrada a un pasaje precioso se abre ante mí. No hay carretera, sino una senda de hojarasca marrón que cruje bajo mis pies. La maleza vercosa envuelve la entrada del camino, como una bóveda de ramas y hojas. El sol del atardecer se cuela por los resquicios creando una sucesión de rayos que parpadean a merced del

viento. Un viento fresco, cargado de gotitas diminutas del río.

Me encanta. El pueblo en sí no es feo, pero el calor que sigue haciendo en octubre a pleno sol, es horroroso. En cambio aquí, el ambiente tan refrescante, tan lleno de naturaleza, todo tan verde, tan fértil... Ahora comprendo eso de que en los bosques se respira de verdad. Menudo cambio de aire; mi padre tiene que estar encantado.

El sendero discurre paralelo al río y se infiltra en la maleza. Como aún hay cierta claridad, opto por comprobar si es muy largo.

Mis pasos rompen la calma del lugar. Cada pisada hace recrujir el suelo, parte ramas secas y hasta algún saltamontes escapa de su remanso de paz. Llego a un puente de madera, cubierto de musgo y que pasa por encima del río. No sé si la gente pasa por allí a menudo, o es un viejo camino abandonado.

Entonces escucho algo. Son pasos, se acercan detrás de mí. Me pongo nerviosa. ¿Y si es el hombre que me perseguía? El lugar resulta de repente aterrador. Algún que otro pedo amenaza con escaparse de mí. No sé qué hacer. Cada vez está más cerca. Echo a correr por el puente. La madera cruje, pero no cede. No sé dónde esconderme. Quienquiera que sea se mueve rápido. Demasiado para mí. Sigo avanzando. El camino no ofrece cobijo alguno. Corro sin descanso. Mis pies se enredan en las ramitas, pero no lo bastante como para caer. Noto mi corazón, mi respiración entrecortada. ¡Maldita sea! ¿Cómo he llegado a esta situación? Ahora sí me gustaría estar en casa, con mi padre. Pero en vez de eso huyo, huyo de algo desconocido. Siento que está muy próximo. Quizás ya me haya visto. Pero no soy capaz de mirar atrás. Avanzo lo más rápido que puedo. El camino es largo. Conforme más me adentro en él, más densa es la oscuridad.

Entonces tropiezo. Caigo de bruces. Los pasos siguen detrás. No sé qué hacer.

Veo una especie de hondonada en la pared de vegetación. Arrastro mi cuerpo a trompicones hasta allí, notando las hojas bajo mis manos y a saber qué cosas más. Me agacho. Y espero.

Mi corazón va a mil por hora, los pasos están a punto de alcanzarme. Le veo las zapatillas. Anda decidido, con prisa. Llega a mi lado, y me da la impresión de que se detiene un segundo. Cierro los ojos. Tengo miedo.

«Por favor, que pase; por favor, que pase».

Y pasa.

Cuando ya apenas se entreoyen los pasos, asomo un ojo entre las

ramitas. Y quedo impresionada. No es el hombre extraño. Es Eric, el chico solitario del que Álex habló en clase. Pese a que no corre, anda rápido, como si llegase tarde a algún sitio.

No sé si es el aburrimiento, que no tengo ningunas ganas de volver a mi casa, o simplemente la curiosidad. El caso es que le sigo. Hay algo en sus pasos que resulta intrigante.

Trato de perseguirlo con cautela, respetando siempre una distancia de seguridad y con el máximo sigilo posible. Aun así, alguna vez se oye el chasquido de una rama que mis torpes pies han partido. Me he mudado muchas veces, sí, pero no estoy acostumbrada a caminar por una capa de vegetación putrefacta. Qué le voy a hacer. Solo ruego por que no me escuche. Moriría de vergüenza si me pillase espiándole.

Eric continúa por el pasaje un tiempo. Llegado un punto, se sale del camino y toma una senda que no se merece ese nombre; todo son malas hierbas, zarzas, ramas y troncos echados abajo. ¿Adónde irá? Tengo que apretar el paso para seguirlo porque él parece hacer este recorrido todos los días. Gira por un recodo, se agacha, salta... Yo le persigo como puedo: tropiezo, caigo, se enredan espinas en mi coleta. Pero no le pierdo de vista.

Hasta que gira por una esquina y adiós. ¿Dónde se ha metido? No iba tan lejos como para perderle. ¿Se lo ha tragado la tierra? Lo peor va a ser salir de aquí. Y encima anocheciendo. Genial.

Busco el camino como puedo, quitando ramas de en medio, apartándolas de mi pelo. Empiezo a agobiarme. Ni siquiera escucho el murmullo del río. He vuelto a perderme. Y eso que ya estaba perdida. Me he «reperdido». Seré estúpida...

De repente, entre rama y rama asoma un caserón. Está abandonado, no hay duda. Eso, o al dueño le gusta que las plantas trepadoras engullan la casa hasta los cimientos. Tiene un aspecto sobrecogedor, imponente. Un escalofrío no tarda en recorrer todo mi ser.

Estoy acercándome un poco más, cuando noto una mano sobre mi hombro. Chillo. Muy fuerte. Demasiado. Y alguien chilla conmigo.

Me giro y veo que el chico al que seguía se ha asustado de mi grito. Vaya par de valientes estamos hechos.

—¿Qué demonios estás haciendo? —pregunto cuando mi corazón ha recuperado un ritmo sostenible, lejos del paro cardíaco.

—¿Qué demonios estás haciendo tú? —replica él, recobrando también la calma—. ¿A qué viene ese grito?

—¿Y el tuyo?

—Me has asustado.

—Y tú a mí.

Los dos estamos respirando entrecortadamente, solo que yo mucho más que él. Nos quedamos mirándonos fijamente un momento. Él con el rostro perlado de sudor, yo con goterones colgando de mi nariz. Menuda pinta para conocer a alguien. Menos mal que él tampoco se queda atrás: tiene el pelo alborotado, la ropa sucia y restos de no sé qué cosa oscura en la cara. Aun así, no está feo. Tiene algo especial, algo que gusta, un encanto diferente al de Álex. No es que sea guapísimo, (más bien del montón), pero por decirlo de algún modo me agrada su aspecto. Y aquellos ojos... ¿de qué color son? ¿Castaños? ¿Esmeralda? No logro descubrirlo.

—¿Por qué me seguías?

—No te seguía —miento.

Él señala mi cabeza con el dedo. Palpo con cuidado y noto vestigios de vegetación por todo el pelo. Más me vale pensar una buena mentira que justifique mi deprimente estado. Pero por más que pienso no encuentro ninguna.

—Entonces —dice él— has acabado en medio del bosque por propia voluntad, con la cabeza llena de hojas, como si te hubieras escondido en un agujero, o en una hondonada...

O sea que sí me ha visto. No me he imaginado que se detenía, sino que se ha parado de verdad.

Me ruborizo, aunque no creo que se note por el susto de antes, que todavía lo tengo metido en el cuerpo.

—Vale, te estaba siguiendo —admito. Reconozco cuándo es demasiado tarde para mentir.

—Eso ya lo sé, te he preguntado por qué.

—Me aburría —digo simplemente.

—¿Y cuando te aburres te escondes entre los arbustos y espías a los demás, «si a eso se le puede llamar esconder»?

Dicho así parezco un poco estúpida. Bueno, bastante estúpida.

—No exactamente —explico—. Antes ha estado siguiéndome un tipo muy raro y cuando te he escuchado pensaba que era él. Por eso me he escondido.

—Y luego has dicho: «Ah, no es él, vamos a seguirlo», ¿no?

Me quedo sin palabras. Eric me observa, medio riéndose, con la

incredulidad plasmada en el rostro. La verdad es que si yo fuera él, tampoco sabría si creer mi historia. ¿Para qué le habré perseguido?

—Tuve curiosidad —confieso—. Y ya que estaba perdida no tenía nada que perder.

El chico se rasca la barbilla y dice:

—Recapitulando, que te has perdido por el pueblo porque alguien te perseguía y cuando me has visto a mí, te has tirado entre las hierbas y has decidido seguirme... porque sí.

—Suenas muy absurdo, pero sí.

Asiente varias veces con la cabeza. Parece a punto de echarse a reír. Y no le faltan motivos.

—Vaya con la nueva...

—¿Y tú qué hacías aquí? —pregunto, tratando de desviar la conversación a un tema menos vergonzoso para mí.

—Desde luego, espiar no —contesta—. Daba un paseo.

¡Claro! Un paseo. ¿Cómo no se me ha ocurrido esa mentira a mí antes? No digo que en su caso sea falsa, pero tampoco es que tuviera pinta de ir a dar una vuelta con esas prisas. Seguro que le he interrumpido. Pero, en fin, aquí la que ha sido pillada *in fraganti* he sido yo.

Ahora reina el silencio. Ninguno sabe qué decir. Veo que está mirando alrededor, como apreciando el ambiente. O tal vez esté incómodo en mi presencia. Recuerdo que Álex mencionó que prefería estar solo. Aprovecho y le miro los ojos, intentando averiguar de qué color los tiene. Parecen entre grises y verdes, pero con motas castañas. De repente me mira y nuestras miradas se cruzan. Un segundo. Lo suficiente para morir de vergüenza. ¿En qué estaría pensando?

—Bueno, ya hemos jugado a los espías y yo te he descubierto. Fin del juego. Ya puedes irte a perseguir a otro. Déjame a mí con mi paseo.

—Te he dicho que me he perdido.

—Pero ha sido en el pueblo.

Suspiro. Estoy cansada, ahora sí que quiero llegar a casa. Seguro que ese chico ya tiene cientos de motes para mí. La hierbajos, o la acosadora. Solo quiero que acabe este absurdo encuentro ya. Si al menos supiera regresar...

—Aunque supongo —continúa hablando— que aquí también estarás más que perdida.

Asiento, resignada. Eric también parece rendido. Aun así, no se le borra esa sonrisa escondida, como si le hiciera gracia la situación.

—Te acompañaré a casa.

Emprendemos el camino de vuelta en silencio. Él va delante, abriéndose paso. Solo habla para señalar algún agujero, alguna raíz suelta, o para indicar que agache la cabeza. La mayoría del trayecto me sostiene las ramas y me da la mano para saltar algún que otro tronco en el que antes he tropezado. Aparecemos en el sendero del río y me conduce hasta el principio, donde ya empieza la carretera. Se queda esperando a que prosiga yo sola el camino. Pero no muevo un dedo. Entonces él lo comprende al momento.

—Sigues sin saber volver —afirma, categórico.

—Soy nueva aquí —me excuso.

—Está bien, tendré que dar el paseo acompañado.

No puedo evitar sonreír. Le he chafado su plan, sea cual sea, pero no parece muy enfadado. Todo lo contrario, sonrío.

Para sorpresa mía, sabe dónde vivo. Claro, en un pueblo, todo el mundo conoce a la nueva.

La luz de las farolas ilumina nuestro caminar. El sol hace poco que se ha puesto entre las montañas de olivos. Suerte que Eric me acompaña, porque si no estaría muerta de miedo.

Cuando reconozco la calle, suelto un suspiro de alivio.

Estoy deseando llegar a casa y darme un buen baño. Que el agua se lleve el recuerdo de aquel día nefasto. Aunque seguro que a la mañana siguiente ya estoy bautizada con algún mote ingenioso, pero odioso.

—Muchas gracias, Eric —digo sinceramente.

—¿Cómo sabes mi nombre? —inquire él, con una ceja arqueada.

¡Mierda! Otra metedura de pata. No doy una.

—Y luego dices que no me acosas...

Sigo sin poder decir nada. ¿Dónde se ha metido mi lengua? ¿Qué les pasa a mis cuerdas vocales? ¡Vamos, espabilad, defendeos!

—Si tanto interés tienes en mí —murmura—, podríamos quedar mañana, así no tienes que perseguirme y observarme desde las sombras.

Me quedo pasmada. ¿Qué lógica es esa? Es como si yo le propusiera al hombre que me ha seguido esta tarde que fuésemos a tomar un café.

—No quiero nada contigo —le digo, pareciendo más brusca de lo que quiero ser.

—Yo no he dicho lo contrario —replica—. Solo es para enseñarte el pueblo, vaya a ser que te vuelvas a perder.

Me sonrojo. Y esa vez sí que lo noto.

—Vale, pásate mañana —logro decir.

—No hace falta que me digas tu dirección.

No tengo tiempo de despedirme porque ya se ha girado y rehace sus pasos.

Al entrar a casa, veo que mi padre está en la posición en la que lo dejé; mirando por la ventana. Parece que lo cotilla de mi madre se le haya pegado a él. Pero ya no estoy enfadada. Es más, para cuando quiero darme cuenta, siento que estoy sonriendo. Y mi padre ha visto esa sonrisa. Bah, qué más da.

Después de todo, no ha sido un día tan malo.

## CAPÍTULO 4

*Domingo, 20 de septiembre. 10:00 a.m.*

Nota unos golpecitos en mi hombro. Medio en sueños, digo:

—¿Mamá?

—No, soy yo, cielo.

Entreabro los ojos y encuentro una sonrisa amarga estampada en el rostro de mi padre. Tardo en asimilar mi metedura de pata. Confundir a tu padre con tu madre cuando ella hace poco que ha muerto, no debe de sentar nada bien. Mala forma de empezar el día.

—Un tal Eric pregunta por ti.

Bostezo y trago saliva. Todavía no he procesado sus palabras. Pero cuando lo hago, doy un brinco en la cama. Miro alrededor, asustada por si anda en la habitación, viéndome roncar. Trato de enfocar en las esquinas, y luego en el umbral, pero no hay rastro. Menos mal, eso sí que hubiera sido una mala manera de comenzar el día. ¡Qué vergüenza!

—Está en la entrada. Ha preferido esperar allí. Dice que habéis quedado.

Mi cerebro absorbe la información lentamente. Todavía estoy medio dormida. ¿Y si sigo soñando?

—¿Qué hora es? —murmullo, con un prolongado bostezo.

—Las diez en punto.

Suelto un bufido de queja, mientras me tiro de nuevo en la cama. Mi cuerpo rebota entre las sábanas hasta quedar cómodamente envuelto al abrigo del edredón.

—¿Le digo que no vas? —pregunta mi padre al interpretar mi reacción.

Por un momento, la idea suena tentadora allí acurrucada y calentita. Pero es solo un instante.

—No, da igual. Ya le digo yo lo que sea.

—Vale, cariño. Si vas a salir, deberías arreglarte un poco. Tienes una pinta... curiosa.

Me incorporo y observo mi imagen en el tocador. ¡Parezco una leona! Toda mi melena está al estilo afro y mi cara de sueño llega hasta el suelo. ¿Qué ha pasado esta noche? ¿Alguna fiesta que no recuerde? Me acicalo como puedo y cuando creo que estoy algo decente, asomo el rabillo del ojo por las cortinas.

Él está ahí, con una pierna apoyada en la pared y los pulgares enganchados en los bolsillos. No le oigo, pero parece que silba. Mi corazón se acelera. ¿Por qué? No lo sé, preguntadle a él. Suerte que Eric está de espaldas y no ha visto mi cara de pánico y nervios. Desde esa perspectiva parece un chico encantador. Entonces se gira y me pilla de pleno. Mis latidos ahora se disparan. Creo que me sonrojo. Él sonrío y saluda con la mano.

Como veo que es inútil fingir que no le miraba, abro la ventana para disimular, aunque sea un poco.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—Buenos días a ti también. Habíamos quedado.

—No creía que llegarías tan pronto.

—Pues pensaba venir más temprano, a las siete más o menos; aquí es tradición levantarse pronto para ir al campo, a los olivos. Aunque, claro, viéndote con el pijama de corazoncitos, supongo que he hecho bien en venir más tarde.

Me ruborizo. Debía de haberme vestido antes de asomarme. Es obvio que mi significado de decencia está lejos de ser aceptable. Maldita sea. Si al menos estuviera más espabilada, habría caído en ese detalle.

—Vamos, Sarah, tenemos un pueblo en el que perdernos.

Aquello suena raro, pero asiento con la cabeza.

—Ahora bajo —le digo sin pensar.

Vuelvo a ser humana tras pasar no sé cuántos minutos en el baño. Lo siento por Eric, pero debía haberme avisado de que llegaría a esa hora. Doy gracias de que mi padre tenga el desayuno listo, pues sería otra media hora de espera. Ya no estoy enfadada con él. Es más, la conversación de ayer parece tan lejana, que es como si el tiempo hubiese curado la herida. Debe de ser la

cantidad de cosas que han ocurrido desde entonces.

Mientras tomo mi tazón de cereales, me entran las dudas. En el momento me pareció bien que Eric se ofreciera a enseñarme el pueblo, pero ahora en frío no tanto. ¿Y si no es tan buena persona como parece? Después de todo apenas le conozco. Pero la duda peor de todas es: ¿y si él quiere algo más conmigo? No sé cuánto tiempo voy a estar en este pueblo, ni tampoco si estoy preparada para tener algo con alguien. Pero tampoco quiero encerrarme en casa como mi padre dice que hago. Me gustaría salir a distraerme, pero sin tener que entablar amistades serias. Pero una cosa implica la otra. Y si no la implica, acabo perdida entre árboles y un río. No sé si me explico. En definitiva, que estoy hecha un lío.

Ahora lo recuerdo, eso era lo que me reconcomía anoche y por lo que he dado tantas vueltas en la cama. Y la razón de mi peluca de leona.

En casos como este, mi madre solía ayudarme. Ella era partidaria de no achantarse ante nada, de salir a la aventura. Aún parece que la oigo diciendo: «arriésgate». No había cosa que repitiera más. ¿Que no sabía si le gustaba a tal chico?, arriésgate y pregúntaselo; ¿que no sabía si probar la salsa habanera en los espaguetis?, arriésgate y échasela, ¿que no estaba segura de cómo resolver las matrices?, arriésgate e invéntatelas... Para todo igual.

Pero ahora ella no está. Eso no quiere decir que me niegue en redondo a hacer amigos, a probar cosas nuevas. Solo digo que de los errores se aprende y yo he aprendido a no encapricharme con algo que después voy a perder. Porque tal vez al probar algo nuevo, me guste, pero sé que con el tiempo se alejará de mí. O yo de él. Y paso de sufrir a lo tonto.

Vuelvo a la realidad y veo que mi padre me está hablando, pero no logro pillar el hilo de la conversación.

—¿Qué dices, papá? —pregunto.

Él parece comprender que no le estaba atendiendo y murmura con gesto resignado:

—Nada, solo que vendría bien darle una manita de pintura a la casa.

—Estoy de acuerdo. —La fachada de la casa da pena y el interior de algunas habitaciones, más todavía.

—¿Vienes para comer?

—Ni siquiera estoy segura de que vaya a ir con él.

—¿Por qué no? —pregunta. Parece decepcionado.

Engurruño los labios.

—No sé, lo acabo de conocer. Además no sé si...

—Vamos, Sarah, no tienes nada mejor que hacer. Aunque no te guste, puedes ir a dar una vuelta con él y ya está. No te vendrá mal tener un amigo.

Barajo esa posibilidad un momento. Para ser el primer consejo serio de mi padre no está mal. Un simple paseo por el pueblo no tiene por qué implicar nada más.

—Arriésgate —dice.

En sus ojos parece asomar la sombra del recuerdo de mi madre.

—Me arriesgaré.

Cuando conoces a alguien y quedas con él por primera vez, la conversación pasa por tres etapas. La primera, la vergüenza. Se miden mucho las palabras, se trata de caer bien al otro, haciendo comentarios vacíos sobre cosas superfluas. Es una mezcla de silencios con palabras que suelen empeorarlo. ¿Por qué entonces las parejas van al cine al principio? Para tener una excusa con tal de no hablar demasiado, y que la conversación no se sumerja en un silencio incómodo.

Luego sigue la toma de confianza. Cada uno se muestra cómo es realmente. Aquí se dice lo que se piensa, con más o menos control. Lo peor de esta fase es perder demasiado el control. Lo que lleva a las meteduras de pata. La clave está en cómo se toma el otro esa cagada.

La última etapa es la que yo llamo la incertidumbre. Cuando ya se acaba el encuentro y hay que poner fin a la conversación. Nadie sabe cómo le ha caído al otro, cómo despedirse, o qué hacer luego. Y solo sabes que ha ido bien cuando pasa un tiempo y los dos sentís ganas de volver a quedar.

Con Eric la cosa no va a ser distinta, por supuesto. Al principio, la vergüenza nos domina. Apenas sabemos qué decir. Él se limita a enseñarme el pueblo, cual guía turístico. Yo simplemente le sigo, cual perrito faldero, y asiento a sus explicaciones sobre cada lugar. No parece un chico muy locuaz, aunque claro, yo tampoco es que le dé mucho juego. Siento admitirlo, pero parecemos una pareja de críos que lleva hablando por internet varios meses y ahora, cara a cara, se les atragantan las palabras.

Aun así, no tener una conversación muy fluida me permite prestar plena atención a lo que nos rodea. Descubro que la plaza está a una calle de mi casa. Quizás si lo hubiera sabido ayer, no hubiera acabado perdida, ¿quién sabe? Me enseña la Calle Real, con varios bares que apestan a alcohol, patatas de bolsa y pipas. El ambiente dentro ya está bien caldeado; y eso que son las once pasadas. Habría que verlo a las dos de la madrugada.

Poco a poco la conversación se va animando y entramos en la segunda etapa. De vez en cuando me lanza alguna pullita sarcástica del estilo: «te estás quedando con el camino, luego vas a tener que rehacerlo tú sola». A lo que yo le respondo: «si me pierdo será porque eres un mal guía».

Pronto deja de ser interesante el pueblo y me entran ganas de saber más sobre Eric. Pero solo por mera curiosidad, como un amigo más. Un paseo no implica nada más, en eso hemos quedado.

—¿Qué hacéis aquí para divertirlos?

Es una pregunta típica, pero creo que servirá para luego indagar más sobre él.

—Creo que los bares llenos de gente te responden bastante bien.

—Me refería a los jóvenes como nosotros.

—Yo me refería a todo el mundo. Aquí prácticamente el pueblo entero bebe. Incluidos los de nuestra edad. Los mayores, a los bares; y los pequeños como nosotros, al botellón, y un poco más tarde a la Azahara, la única discoteca de aquí. No hay mucho más que hacer.

—¿En serio? —Asiente—. ¿Y tú también bebes?

—No, yo no. Ni me gusta bailar, ni me gusta el ambiente de esa fiesta.

Suspiro de alivio. La bebida y yo no hemos congeniado bien nunca. Menos mal que Eric también la aborrece.

Entonces dice, malinterpretando mi suspiro:

—Bueno, también está la feria y las fiestas realengas donde la gente se disfraza de época, con trajes medievales y demás. Pero claro, es una vez al año, y para una chica de ciudad como tú, tampoco debe de ser gran cosa.

—No soy una chica de ciudad. Nací en Galicia, pero luego me mudé.

—¿Por qué te mudaste?

—Oficialmente, porque queríamos cambiar de aires. ¿La verdad? No tengo ni idea.

—¿Y por qué aquí, a Valdepeñas de Jaén? Mira que hay pueblos y mucho más entretenidos que éste.

—No había caído en esa cuestión. Otra incógnita más para la lista de enigmas sin resolver de mi vida.

Eric sonrío. Le ha hecho gracia mi comentario. Aunque pronto su sonrisa se apaga.

—Debe ser muy frustrante cambiar de ciudad sin saber por qué.

—No lo sabes tú bien —digo, resignada.

Quedo callada un rato mirando el suelo. Jamás había comentado mi

situación con nadie. Y la verdad es que me siento mejor. Es cierto eso que dicen de que hablarlo es bueno. El problema es que ahora no tengo ánimos de seguir paseando. Me gustaría saber qué va a ocurrir en mi vida, qué le pasó a mi madre... No tengo ganas de conocer un pueblo del que posiblemente me mude al día siguiente.

—Mira el lado positivo —comenta Eric, consciente de que he cambiado el gesto a uno bien serio—, has viajado, visto mundo, y eso siempre será mejor que quedarse en un pueblucho plagado de olivos y bares.

Me río. Resulta agradable que alguien trate de animarte cuando lo necesitas. Hacía tiempo que no sentía algo así.

—Tu panorama tampoco parece muy brillante —admito—. Aun así, sigo pensando que es mejor que el mío. Creo que un poco de estabilidad, aunque sea muy repetitiva, es mejor que vivir con el miedo a que tu padre te despierte diciéndote que cambiáis de casa.

Caigo en la cuenta de que más que indagar en la vida de Eric, ha indagado él en la mía. Vaya idiota.

—Me has dicho que tú no bebías —recuerdo mirando hacia arriba—, entonces ¿qué es lo que haces para pasártelo bien? Álex me dijo que era amigo tuyo, quedarás con él para hacer algo, digo yo, ¿no?

—Sí.

Espero paciente a que prosiga, pero no lo hace.

—¿Y bien?

Él parece dividido. Como queriendo contarme algo, pero reprimiéndose por algún motivo.

—Mira, Sarah —explica—, en este pueblo, lo que más se valoran son los secretos. La gente se pirra por ellos, están deseando tener un nuevo chismorreos para intercambiarlo con la vecina, con su hija, o con quien sea. Y éstos a su vez con sus amigos. Y así se entera todo el pueblo. No hay vida privada. ¿No has visto los cuchicheos de la gente cuando pasamos a su lado? Ellos me conocen a mí, pero no a ti. Pronto se correrá el rumor de que estamos juntos, o de que eres mi prima, o sabe dios qué. Te daré un consejo: guarda bien tus secretos y tendrás vida privada.

—Resumiendo, que no vas a contarme qué haces para divertirte.

—Lo siento —dice.

—Vaya, qué misterioso —trato de ser irónica

—No pretendo serlo. Solo digo que...

De repente, noto una mano en mi hombro. Doy media vuelta y veo al

tipo que me persiguió ayer, el de andares zigzagueantes. Pego un grito.

—Las más oscuras sombras se ciernen sobre ti, criatura —me susurra.

Corro detrás de Eric y me refugio en su espalda.

—¡Este es! ¡El hombre que me seguía ayer! ¡Es él!

Eric suelta una carcajada.

—¿Este? Es Nico el loco, Sarah. No tienes de qué preocuparte. Es buena persona, el pobre enloqueció cuando perdió a su mujer. —Se vuelve hacia él—. Hola, Nico.

Sin embargo, el hombre no parece nada pacífico. Mira intimidantemente y se acerca poco a poco con una mano a modo de garra.

—Él se hace más poderoso. Cada día tiene más abyectos. Pero vosotros no tenéis que caer en su trampa. Debéis evitar el contacto, no os dejéis engatusar con sus trucos. Es muy fuerte, cada vez más. Debéis huir. ¡Huir!

El hombre se abalanza sobre nosotros con movimientos lentos. Extiende los brazos con la intención de estrangularnos.

Eric le retiene, desconcertado.

—Vamos, Nico. Soy Eric. ¿No me reconoces?

—¡HUIR!

El loco forcejea con mucha intensidad. Parece más agresivo conforme pasa el tiempo.

—Sarah, no sé qué le ocurre. Sal de aquí. —Me quedo bloqueada—. ¡Ya!

Su grito me hace reaccionar. Salgo disparada. Sin rumbo. Solo corro.

Mi corazón se acelera. Me entra el pánico. Escucho un gritito tras de mí. Luego un golpe. Miro y veo que Eric ha empujado al loco y éste ha caído. Eric me da alcance en un santiamén. Coge mi mano y me conduce por un sinfín de calles. Giramos a la izquierda, luego derecha. Bajamos una cuesta. Estoy cansada. Eric tira de mí. Noto unos pasos que nos siguen. Me agobio.

—¡Nos está persiguiendo! —grito, histérica.

—Ya lo sé. No te preocupes, no pasará nada.

Pasamos por una carretera que sale del pueblo. Atravesamos un pequeño puente. Giramos por un camino de tierra y luego pierdo la noción del espacio. Veo matorrales, ramas, raíces secas. Yo esquivo, salto, me agacho. Imito a Eric, pero sin soltar su mano. Me aferro a ella como si dependiera mi vida en ello.

Seguimos el curso de un río. Tengo sed, ojalá pudiera beber un sorbo de agua... Pero en lugar de eso, corro. Y Mucho. Me falta el aliento.

—Eric, no puedo más.

Él para en seco y se detiene a escuchar. Agudizamos el oído, pero solo logro oír mi ajetreada respiración. Estoy agotada.

—Parece que lo hemos despistado.

—Menos mal —suspiro, recuperando la normalidad.

Noto mis latidos en los tímpanos. No sé cuánto tiempo hemos pasado corriendo, pero se me ha hecho eterno. Y vuelvo a estar perdidísima, cómo no.

—Ahora tienes que volver a casa sola —afirma Eric.

Le miro con mi ceja arqueada.

—Es broma, ¿no?

—Obviamente.

Tengo el impulso de propinarle un codazo, pero lo reprimo apretando los dientes.

—¿Cómo puedes gastar una broma en un momento así?

—Porque sabía que en un momento así te la creerías.

Ahí me ha pillado.

Reemprende la marcha, pero no para regresar, sino siguiendo el sendero. Yo le sigo sin rechistar unos segundos hasta que mi sentido de la orientación se da cuenta de que nos estamos alejando del pueblo, en vez de acercarnos.

—El pueblo está para allá —señalo.

—Muy aguda —aplaude, irónico.

—Me refiero a si no deberíamos volver.

—Un momento, me gustaría enseñarte algo —dice, haciéndome un gesto para que le acompañe.

—Mientras no nos acorrale el loco ese... —le recuerdo—. ¿Buena gente? ¡Y una leche!

—Suele serlo. Nunca había pasado algo así. Debe ser que no te conoce, supongo.

—Supongo... —repito, pareciendo algo estúpida.

Y los dos nos sumergimos entre la naturaleza..

No sé muy bien cómo hemos acabado aquí, pero, tras apartar arbustos, ramas de olivos, meternos en algo parecido a una cueva y subir unas buenas pendientes; surgimos en un risco desde donde se ve todo el pueblo.

Vale, reconozco que no soy muy impresionable con esto de los paisajes, sobre todo porque he estado en los Alpes y eso es difícil de superar. Pero

tengo que decir que aquella vista tiene su encanto. Las casas blancas, recogidas al abrigo de las montañas, parecen estar protegidas de cualquier peligro. Y aquellas hileras de olivos... se pierden en el horizonte cual mar en tierra.

—Por eso dicen que Jaén es el mar de olivos —dice Eric.

—Es... increíble. Todos los árboles tan bien alineados...

—Si tuvieras que ir a la aceituna, lo verías con otros ojos.

—¿Qué es la aceituna? —pregunto—. A parte del fruto, claro.

—Ves que hay cientos de olivos, ¿verdad? —Asiento. Parezco una novata aprendiendo cultura agraria—. Pues imagínate que tienes que recoger las olivas de todos ellos en pleno invierno a las siete de la mañana.

—No creo que me guste —admito.

—Ni a ti, ni a nadie. Pero es lo que hay. Prácticamente todo el pueblo se dedica a eso.

Admiro el paisaje un rato, hasta que Eric me sorprende con un bocadillo y una cantimplora.

—¿De dónde lo has sacado?

—Tengo provisiones escondidas aquí.

—¿No viene alguien y te las quita? —me extraño.

—Poca gente conoce este lugar. Como parecí algo brusco antes al decirte lo de los secretos, pensé que tal vez este secreto sí lo podía compartir contigo. Total, puede que mañana te mudes, ¿no?

—Vaya, qué honor —digo, exagerando mi sorpresa.

«Seguro que no se ha traído a más chicas a este precioso rincón, vamos» pienso, pero obviamente no lo digo. No sé por qué, pero tan pronto cruza esa idea por mi mente, la rechazo. No imagino a Eric haciendo esas cosas. Aunque también es verdad que lo acabo de conocer. Pero no sé, mi instinto parece convencido.

—¿No te gusta? —interpreta, claramente mal, mi ironía.

—No, no es eso. Me encanta. Es solo que...

—Espera a verlo en la puesta de sol y verás.

—Pues que así sea —le digo sin meditarlo.

Pasar una tarde aquí sentados, tampoco tiene que ser nada malo, ¿no? Quizás me arrepienta, pero me gusta su compañía.

—¿Pero y el *tour* por el pueblo? —recuerda.

—La verdad es que estoy harta de andar, bastante hemos corrido huyendo del chiflado ese.

Eric se ríe. Y yo río con él. Me gusta su compañía.

Anochece. No sé cuánto tiempo llevamos hablando, pero se me ha pasado volando. Cuando quiero darme cuenta el sol ya adquiere esa tonalidad anaranjada.

Cuanto más charlo con Eric, mejor me cae. Me ha contado cosas de la gente, de su llamativo acento cerrado, de la aceituna, de la dichosa manía de mirar sin descaro a cualquier desconocido. También de los motes más graciosos de algunas familias, como los *matarratas*, los *guardamierdas*, los *rancheros* o los *pistolos*. Pero sobre todo me ha hablado de chismorreos: que Álex es un mujeriego de mucho cuidado, que un día está con una y luego con otra, o que ni siquiera deja a la otra y está con dos a la vez... Aunque luego ha añadido que es un gran amigo. Otro es que hace poco encontraron un cementerio bajo la iglesia del pueblo. Y demás cosas curiosas.

En definitiva, una conversación agradable que hacía tiempo que no mantenía con nadie.

—Deberíamos irnos —dice.

¿Detecto cierto tono de disgusto en su voz?

Emprendo el camino de vuelta, pero me doy cuenta de que Eric no viene conmigo, sino que continúa sentado en el peñasco, observando el horizonte. Los rayos de sol hacen que su pelo parezca de cobre.

—¿Qué te pasa? —pregunto.

Me acerco a él y le pongo una mano en el hombro.

Entonces me besa.

Y me quedo de piedra.

Pero luego me dejo llevar.

Y me gusta.

Me dan escalofríos.

Y me encanta.

Mis dedos se enredan en su pelo.

Los suyos, en el mío.

Y me encanta aún más.

Cuando retira sus labios de los míos, todas esas sensaciones se hacen a un lado y dejan paso a un pensamiento, a una imagen: Eric besándose en ese mismo sitio con una chica distinta. Y luego con otra, y otra y otra... Su picadero... Maldita sea, y yo me he dejado engañar. Soy muy estúpida por no haberlo visto venir.

Abro los ojos y veo que Eric se aleja de mí. Pero no parece triunfante, ni feliz. Sino aterrado. No es la expresión que esperaba. ¿Tan mal beso?

Se quita de mi lado y recoge sus cosas rápidamente, mientras sigue en él esa cara de miedo. Como si hubiera cometido un gravísimo error.

—Sarah, lo siento. No quería hacerlo. Ahora pensarás que soy el típico chico que se trae aquí a cualquiera para hacer esto, que me enrolló con la primera que se deja engatusar. Pero no soy así. No me parezco a Álex en absoluto. Es que contigo me siento... pienso que puedes mudarte al día siguiente y... no sé, me noto diferente, como si... —Le cuesta mucho pronunciar cada palabra— no pudiera apartarme de ti. Suena estúpido. Olvídalo. Ya no sé lo que digo. Lo siento, de verdad. No debería haberlo hecho.

Y, arrepentido y maldiciendo, se va.

## CAPÍTULO 5

*Lunes, 21 de septiembre. 16:01 p.m.*

**E**stoy hecha un lío. Y enfadada. Y extrañada. Y faltan adjetivos para definir mi situación ahora mismo. Como dice la canción de Ed Sheeran, *I'm a mess right now*.

Lo de ayer fue surrealista. Estuve con Eric, nos persiguió un loco y nos escondimos en la montaña. Hasta ahí, más o menos normal. Pero entonces me besó y lo que estaba siendo una tarde bien agradable, se transformó en una de lo más rara. Eric se escabulló casi corriendo, como si yo tuviera un virus y le hubiese contagiado. O como si besase realmente mal. Que vale, he besado a pocos chicos en mi vida, pero tampoco creo que sea para tanto. ¡Si prácticamente no tuve tiempo de reaccionar!

Por si fuera poco me dejó tirada en la montaña y tuve que salir sola. Creo que ha quedado bastante claro lo malo que es mi sentido de la orientación. Menos mal que se veían las casas del pueblo y podía tomar esa referencia. Aun así, las pasé canutas para llegar a casa. Os podéis imaginar la situación: yo asustada, casi de noche, tropiezo, caigo, me arañó los brazos, sufro moratones... En resumen, un sinfín de desgracias fruto de mezclar el senderismo con mi persona.

Por eso estoy tan cabreada con Eric, porque después de ofrecerse para mostrarme el pueblo y ser tan considerado, me abandonó a mi suerte en el campo. Bueno, por eso y porque hoy no ha aparecido por clase para dar explicaciones. Más le vale que no esté evitándome...

Lo peor de todo es que creo que siento algo. Es pensar en él y los

nervios bullen en mí como una chispa en un bidón de gasolina. Y como recuerde el beso... me dan escalofríos. Maldito. No sé bien qué significa eso, si estoy enamorada, o si es la rabia lo que me corroe por dentro. El caso es que estoy indecisa. Por un lado quiero toparme con él para cantarle las cuarenta y hacerle pagar la jugarreta. Pero por otro estoy deseando volver a verle, de pasar otra tarde así. Es raro, sí, pero quizás tenga algo que ver el hecho de que no tengo más amigos con los que entretenerme en este dichoso pueblo.

En cuanto al beso, tengo que admitir que me gustó. Sí, a mí, Sarah Pereira, la que antes daba arcadas con estas cosas, la que cuando veía una pareja dejándose los morros en el parque desviaba la mirada para no vomitar. Pero con Eric es distinto. ¡Me han dado escalofríos! Y eso ya es mucho decir en mí. Quizás fuera el hecho de que me pilló de improviso, de que nunca había besado así a nadie, o que el paisaje era perfecto para hacerlo... yo qué sé. Lo que digo es que jamás había sentido lo que noté ayer y quiero saber si me pasa exclusivamente con Eric, o si mi padre tiene razón y ya ha llegado la hora de tener novio.

Tan solo quiero salir de dudas y averiguar a qué venía esa huida porque si al menos hubiera sido yo la que se lanzó, pues vale, acepto que saliera corriendo. ¡Pero me besó él! No tiene sentido salir corriendo. Para que luego digan que las tías son complicadas. Como oiga a alguien decir eso...

Solo queda esperar. Esperar a que mañana aparezca por clase. Esperar a que me dé una explicación lógica. Y esperar a que despeje mis dudas. Porque ni yo misma sé lo que quiero.

*Martes, 22 de septiembre. 8:19 a.m.*

He pasado una noche de perros. Ya van dos días seguidos sin pegar ojo y todo por su culpa. Me estoy comiendo la cabeza de una forma descomunal. He llegado a pensar que Eric salió corriendo porque es diabético y tenía que tomarse su dosis de insulina. Hasta se me ha ocurrido que podía haberle dado un apretón. Fijaos el tamaño de mi paranoia.

El problema es que ya va a empezar la clase y sigue sin aparecer. Miro la puerta, rezando por verle cruzar el umbral. Pero, por desgracia, no llega. Me enfado más aún.

—Hoy tampoco va a venir —explica Álex, adivinando lo que estoy

pensando.

Le miro, asombrada, como recabando por primera vez en su presencia. Todavía sigo sentada a su lado. Su compañero continúa enfermo.

Entonces caigo en la cuenta de que Álex es su amigo, al menos eso afirmó el primer día. Supongo que él sí sabrá qué le pasa. Aunque, claro, no sé hasta qué punto son amigos.

—¿Sabes por qué no viene? —pregunto. Finjo desinterés, pero si Álex me ha estado observando estos dos últimos días, seguro que me tiene más que calada.

—No, pero si quieres te puedo decir su dirección.

Le miro fijamente, intentando descubrir si me está tomando el pelo. Sus ojos azules no parecen mentir.

La idea de plantarme en su casa y exigir explicaciones suena tentadora.

—¿Dónde vive?

¿Seré capaz de hacer semejante locura?

*Miércoles, 23 de septiembre. 16:15 p.m.*

Estoy frente a la puerta de la casa de Eric.

Han pasado ya tres días y el muy capullo no da señales de vida. Al final va ser verdad que le he contagiado algo malo y lo he dejado tieso. Conforme pasan los días, en mi mente surgen nuevas teorías cada cual más descabellada. Quizás los habitantes de este pueblo no estén inmunizados contra las bacterias y los virus de los forasteros. O quizás haya una prohibición local de tener relaciones con personas de fuera. ¿Quién sabe?

El caso es que he necesitado un día entero para armarme de valor y acudir a su casa. Ahora contemplo la argolla de la puerta con temor. No ha sido fácil, pero ya estoy harta de no poder conciliar el sueño. No es que pase toda la noche sin pegar ojo (eso solo ocurrió los dos primeros días), pero sí que cuesta. Y, por lo que veo, no tiene intención de aparecer por clase. Así que no tengo más remedio que dar yo el siguiente paso.

Y lo primero es tocar el timbre.

Al alzar la mano siento que un ligero estremecimiento me recorre el cuerpo. ¿Qué me ocurre? ¡Estoy nerviosa! Pero si solo voy a llamar a la puerta. Luego le pediré explicaciones, él tendrá que darlas y arreglado. Sin pensarlo más, presiono el botón. Y espero... espero... espero.

Hasta que cunde el pánico en mi interior. ¿Por qué he llamado tan deprisa? Tenía que haberlo pensado mejor. Ahora miles de problemas amenazan con hacerme salir huyendo. ¿Y si solo está enfermo de verdad? Quedaría como una idiota por haber ido a su casa. ¿Y si no es aquí donde vive y el traidor de Álex me la ha jugado? ¡¿Y si abren los padres?! ¿Qué les voy a decir? «Hola, soy Sarah y me preguntaba por qué su hijo me besó el otro día, echó a correr y desde entonces no aparece por el instituto». ¿Y si le he pillado echando la siesta? Son poco más de las cuatro de la tarde, no me extrañaría nada.

La espera se está haciendo eterna. Reprimo un pedo. «Ahora sí que no», le digo. Sí, estoy hablando con un pedo. Me pregunto cuánto puede tardar una persona en abrir suponiendo que esté en el otro extremo de la casa. ¿Y si fuera la persona más lenta del mundo? No creo que sea más de lo que llevo yo aquí esperando y comiéndome la cabeza como una estúpida.

Decido tomar las riendas de mis nervios y poner algo de control.

«Vamos, Sarah, no has hecho más que llamar a una puerta. Nadie te va a matar por ello». Respiro hondo y empiezo a contar. «Si llego hasta diez, me largo», me digo.

Uno, dos, tres... Tal vez no haya nadie y esté yo aquí apurando mis uñas a lo tonto.

Cuatro, cinco, seis... O no han oído el timbre. Me planteo volver a llamar, pero rechazó inmediatamente esa idea. Eso implicaría duplicar la espera.

Siete, ocho, nueve... O simplemente estén observando por la mirilla y no quieran abrir porque no saben quién soy. Puede que piensen que vengo a endosarles un seguro de vida, o vete a saber qué. Aunque, claro, mucha pinta de vendedora con mis *Vans* desgastadas y un jersey grueso, no tengo. Solo espero que no estén viendo todo lo que estoy moviéndome a través de la puerta. Menos mal que en mis pensamientos no se puede colar nadie, porque si no...

Diez. Se acabó, me voy de aquí, YA.

Comienzo a bajar las escaleras del zaguán, cuando escucho a mi espalda que la puerta se abre. ¿En serio? Todo el tiempo que llevo esperando como una campeona, para que abra la puerta ahora, cuando ya daba por hecho que no tendría que enfrentarme a nadie. Rezo por que al menos no sean sus padres.

—¿Sarah? ¿Qué haces aquí?

Suspiro de alivio. Reconozco esa voz. Doy media vuelta y le veo. Al muchacho que me dejó plantada en mitad del campo, al que por su culpa casi no vuelvo al pueblo y por el cual tengo las piernas plagadas de arañazos y moratones. Pero, por algún extraño mecanismo de mi cerebro, cuando nuestras miradas se cruzan, solo aparece la imagen de aquel beso repentino. Y de nuevo un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Lo cual solo sirve para aumentar mis nervios más si cabe.

—Hola —logro decir.

Recordar el dichoso beso no ha hecho más que dejarme sin habla. La cosa empieza mal.

—¿Qué haces aquí? —repite él, entre sorprendido e intrigado.

Mi voz se resiste a salir. ¿Dónde están todas las preguntas que tenía pensado soltarle? Con lo sencillo que sonaba en mi cabeza por la noche, envuelta en mi edredón.

—Quería hablar contigo.

Es curioso que todas las conversaciones importantes empiecen por esa frase. Es como el preámbulo de algo serio. Vale, ya empiezo a desvariar otra vez, cómo no.

—¿Quién te ha dicho dónde vivo? —inquire él.

—Álex.

—¿Y por qué has venido?

—Porque quiero hablar contigo —repito.

Con la de cosas que tengo que averiguar y quien no pare de acribillarme a preguntas es él.

—No hacía falta que vinieras aquí —afirma.

Aquello ya hizo que explotase.

—¿Qué no hacía falta que viniera? —repito—. ¿Lo dices en serio? ¿Y cuándo tenías pensado darme una explicación? ¿En el instituto? Ah, perdona, que llevas sin ir a clase tres días. No sabes la de noches que llevo rallándome por tu culpa. No sé si tú lo ves normal, o quizás es que estáis todos locos en este pueblo, pero si un chico se lanza a una chica y la besa, no es lógico que el chico salga corriendo y, si lo hace, al menos que dé una buena razón.

Cojo aire. Le he escupido todo de golpe sin siquiera respirar.

Creo que ha quedado bastante claro que mi timidez solo aparece en el principio de una conversación, luego, cuando empiezan a calentarme, soy otra. El problema es que si me dejo llevar por mis emociones, éstas se pueden adueñar de mí. ¿Y eso en qué se traduce? En lágrimas. Me resulta incómodo

admitirlo, pero sí, cuando pierdo el control, me enfado o simplemente sufro demasiada tensión, lloro. Y me peo, pero esa es otra historia. Odio parecer débil a ojos de los demás, pero no puedo evitarlo. Aun así, ahora mismo, parece que lo controlo.

—Sarah, lo siento. Yo solo...

—Tú solo, ¿qué? ¿Querías ver cómo besa una chica forastera? ¿Querías dejarla loquita por tus huesos?

—¡No! ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

—¿Y qué esperas que piense? Me besas de repente, sin apenas conocernos y luego sales pitando. Y encima me dejas en medio de la montaña. ¿Sabes lo que tuve que pasar para salir de allí?

Eric por fin parece reaccionar. Durante toda la conversación mostraba un gesto desairado, como ligeramente molesto por venir a increparle a la puerta de su casa. Bueno, ¿y qué esperaba? Necesitaba una explicación y si no pensaba dármela por las buenas, tendría que ser por las malas.

No obstante, como digo, por fin parece asumir las consecuencias de sus actos. Estoy segura de que si levanto el pernil de mis vaqueros y le enseño las heridas, se apiada aún más de mí.

—Lo siento mucho, Sarah —murmura. Parece arrepentido de verdad—. No era mi intención.

—¿Y cuál era tu intención? ¿Por qué me besaste? —pregunto yo al fin.

Él desvía la mirada, incómodo. ¿Dónde ha quedado la confianza de toda la tarde anterior? ¿Todo arruinado por un beso? Espero que no.

—Sarah, tú me gustas —suelta de golpe y porrazo.

Noto la sangre subir a mi cabeza. No me esperaba aquello. Bueno, en el fondo puede que sí, pero no en ese momento. Por suerte él sigue hablando porque yo no sería capaz de decir palabra.

—Pero no deberíamos estar juntos —concluye.

Esto me deja aún más descolocada. ¿No debería decir eso yo, que soy quien posiblemente se mude de un momento a otro? ¿Por qué tengo la sensación de que con Eric los roles se han invertido? Primero me besa y, en vez de echar yo a correr, lo hace él; ahora me dice que le gusto, pero que no deberíamos estar juntos. Todo lo que supuestamente tendría que hacer yo, lo asume él.

—Tienes novia —reflexiono, tras meditarlo un tiempo—. Genial, ahora además de ser la nueva, la hierbajos y no sé qué más, también soy la robanovios.

—¡No! No es eso. ¿De verdad me ves capaz de algo así?

—Te conozco de dos días. No sé cómo eres.

—No soy de esos —afirma, categórico.

—¿Y entonces por qué te marchaste? O mejor, ¿por qué no deberíamos estar juntos?

Eric suspira. Se muerde el labio con fuerza, como tratando de contenerse. Parece que tenga algo que quiera contar con toda su alma, pero no pueda por alguna causa. Entonces recuerdo aquello que dijo sobre los secretos. Algo así como «guarda bien los secretos en este pueblo si no quieres que la gente se meta en tu vida».

—¿Es por algo que no puedes contar? —pregunto.

Eric levanta la cabeza y me mira fijamente. He dado en el clavo.

—Aunque te lo contara no me creerías.

—Puedes probar —le tiento.

—Seguramente saldrías corriendo —garantiza—. Y no quiero perderte, al menos, no como amiga.

Reconozco que eso suena a típica frase de peli romántica, pero al parecer la gente normal también la dice. Bueno, si es que a Eric se le puede considerar normal. Sin embargo, su efecto conquistador lo hubiera conseguido si no estuviera tan intrigada por el supuesto secreto.

—Tampoco sería yo la primera que sale corriendo. Además, si no me das un buen motivo, dudo que seamos amigos.

Eric sonrío por primera vez. No recordaba lo bien que se le daba hacerlo.

—Está bien. Pero me vas a llamar loco.

—Es posible.

Entonces coge aire, mira a su alrededor y, tras comprobar que nadie está escuchando a hurtadillas, clava su mirada en mí.

—¿Tú crees en el más allá?

Aquello me deja muda. Cuando por fin estaba arrojando algo de luz a este asunto, mira por dónde me sale.

—¿Ahora me vas a decir que eres un espíritu y que no te marcharás a tu mundo hasta que beses a todas las chicas del pueblo? —pregunto, burlona. Hasta yo me sorprendo de mi brote de originalidad.

—¿Ves? Sabía que no me creerías.

Amenaza con marcharse, pero yo le retengo inmediatamente.

—Un momento, ¿entonces es verdad? ¿Eres un fantasma?

Eric hace un mohín.

—¿Cómo voy a ser un fantasma? Todo el pueblo sabe quién soy, me vieron crecer.

—Eso no lo puedo garantizar yo, quizás seas solo una proyección de mi mente y esté hablando sola. ¿Quién sabe?

—Tal vez en un mundo paralelo sí, pero en éste, no.

¿Soy yo, o la conversación cada vez me parece más absurda?

—Sería mejor que no hubiera venido —reflexiono, agotada.

—No digas eso —dice—. A mí me has alegrado la tarde.

—¡¿Entonces por qué no podemos estar juntos?! —le grito. Ya no me importa que los vecinos se enteren, que seamos la comidilla de todos.

Eric apoya sus manos en mis hombros con una delicadeza que me hace estremecer. Sus ojos agrisados, a escasos centímetros de los míos.

—Porque soy médium.

## CAPÍTULO 6

*Jueves, 24 de septiembre. 16:35 p.m.*

Eric es médium. Sus palabras resuenan en mi cabeza como si las estuviera repitiendo él en persona.

Los dos seguimos plantados en la entrada de su casa, sin siquiera pestañear. Las calles respetan nuestro silencio y ni siquiera un vecino inoportuno se digna a aparecer por la esquina. Solos él y yo. Solos con su secreto y mi asombro.

Le sostengo la mirada, esperando que sea una broma pesada, pero sus ojos no mienten.

—Puede que no creas en estas cosas —dice—, pero, créeme, suceden.

Eric se muestra cohibido. En su rostro se dibuja una expresión de arrepentimiento, como si hubiera cometido un terrible error.

—Yo no he dicho que no crea —contesto.

—Tampoco has dicho que sí —replica él.

—Porque no me lo he planteado. Además, qué importa lo que yo crea. Si a ti te pasa, da igual mi opinión.

Trato de llevar lo mejor posible la situación. El viento sopla suave entre ambos, agita mis cabellos y éstos oculta mi cara bajo una cortina dorada. Aun así, no le quito ojo. Todavía estoy esperando que diga que todo es mentira. Pero no lo hace. En lugar de eso murmura:

—Tú opinión sí importa porque ahora eres de las pocas personas que conocen mi secreto.

¿Pocas personas? ¡Vaya, me siento halagada! Si de verdad Eric es

médium y me ha revelado su secreto, debo de ser alguien muy importante en su vida. Aunque, claro, tampoco sé cómo he llegado hasta este punto si apenas hemos tenido tiempo para conocernos. Quizás tenga otras razones para contármelo. Sea como sea, me siento privilegiada.

—¿Quién más conoce que eres...? ¿Tus padres?

Eric se echa las manos a la cabeza. Parece que he dicho alguna locura.

—¿Mis padres? —Suelta una única carcajada que me sobresalta. Con lo bajito que estábamos hablando...—. Ojalá pudiera contárselo, pero en un pueblo tan remoto como este, donde no hay otro modo de vida que no sea el campo, la mayoría de las mentes son algo reacias a reconocer nuevos horizontes.

—Vamos, que ni loco se lo cuentas —simplifico.

Eric asiente repetidas veces.

—Para empezar, no creo que me creyesen y, en el hipotético caso de que lo hagan, seguro que me dan toda clase de pastillas y me llevan al psicólogo.

Eric sonrío amargamente. Siento algo de lástima por él. Imagino todo lo que habrá tenido que sufrir y la de veces que ha tenido que ser rechazado. Esa sonrisa refleja su situación: incomprendido por un pueblo cuya mentalidad aún está lejos de aceptarlo. Aunque, claro, más que un pueblo, también se puede generalizar y decir la sociedad entera porque no sé yo si en otras ciudades lo reconocerían tal y como es de buenas a primeras. Ni siquiera yo misma sé cómo voy a reaccionar. Todavía sigo en estado de *shock*.

—¿Entonces quién lo sabe? —pregunto.

—Con lo que habla la gente en este pueblo, solo lo saben personas de confianza. Entre ellas, cuatro chicas que trataban de tener algo conmigo. No es que yo sea un donjuán —aclara al ver mi gesto torcido—, pero sí que he intentado mantener alguna relación. Y antes de llegar a nada, tenía que contarles lo que era realmente. No me sentiría bien conmigo mismo si no lo hiciera.

¡Vaya, qué caballeroso por su parte! Admiro ese gesto de sinceridad, pero ni que fuera a casarse con ellas. Conozco a chicos que con tal de liarse con alguna son capaces de ocultar hasta su propio nombre. Aun así, es preferible ser sincero a canalla.

Entonces, justo en ese momento, caigo en la cuenta de que Eric me está revelando toda su vida, y que soy una chica, y que estamos a solas, y ya me ha dicho que le gusto... Otro escalofrío. Uno más. O me voy a resfriar, o algo serio me está pasando con este chico.

Regreso a la realidad con una sacudida de mi cabeza. Será mejor que me centre antes de que Eric piense que le estoy tomando por el pito del sereno.

—Cuando me creían —prosigue Eric. Parece que le cuesta mucho hablar de este tema. Lógico—. Ellas salían corriendo, me llamaban loco o me soltaban cualquier excusa para que no siguiéramos juntos.

Su voz se entrecorta ligeramente. Durante toda la conversación tenía la corazonada de que en cualquier momento diría que estaba de broma y que todo era mentira. Pero ahora me doy cuenta de que Eric ha sufrido mucho y que con algo así no se bromea. Eso, o es un actor nato.

—Pero tampoco es tan malo —continúa, parece que le está dando una explicación al mundo entero, más que para mí—. Lo único que me pasa es que puedo sentir a los muertos, siento cuando algún espíritu está cerca de mí, a veces puedo verlos, comunicarme con ellos. Hay cosas mucho peores.

Ahora parece enfurecido, indignado y agotado, todo a la vez. Yo trato de poner mi mirada más comprensiva, pero reconozco que no sé cómo apoyarlo.

Entonces Eric vuelve a clavar sus ojos en los míos, y yo, en contra de lo que pueda parecer, me siento atraída. Suena absurdo, ¿verdad? Hasta mi más objetivo y racional punto de vista se percata de que lo normal es sentir algo de miedo, o estar intimidada al menos. Pero sucede lo contrario. Veo a Eric y lo comprendo a la perfección. Sé lo que es sentirse rechazado, no encajar en lugares donde solo estás de paso, donde cada persona tiene ya sus amigos, sus planes... sus vínculos. Quizás no sea por los mismos motivos, pero Eric y yo tenemos historias similares. Ambas transcurren por caminos paralelos. Senderos sembrados de rechazos y abandonos, de despedidas y de incomprendiones... vidas anegadas de soledad.

—Sarah —murmura él, recobrando la compostura. Su anterior tono de voz se le ha ido de las manos y no me extrañaría nada que algún vecino cotilla estuviera asomado detrás de las cortinas—, ya conoces mi secreto. ¿De qué clase de chica vas a ser tú?

Creo que sé a qué se refiere, pero por si acaso prefiero asegurarme.

—No te entiendo —miento.

—¿Me vas a llamar tarado, vas a salir corriendo, o simplemente vas a dejar de dirigirme la palabra? La mayoría optan por la última opción.

Miro a Eric, sorprendida. Me acerco a él con el propósito de que vea que no tengo miedo. Entonces le miró fijamente a los ojos y le digo con una seguridad impropia de mí:

—Eric, tú me gustas. Y me da igual lo que seas, quiero estar contigo.

Él tarda en reaccionar, pero cuando lo consigue, lo hace de la mejor manera posible. Me besa. Y todas sus dudas y temores se derrumban. Adiós a todo. Los escalofríos me recorren todo el cuerpo... otra vez. Soy un flan.

No quiero admitirlo, pero sí, he soñado con este momento. No esperaba que fuese tan raro al principio, pero el final es lo que cuenta. Y no hay mejor final que este.

Pierdo la noción del tiempo. También la del espacio. Cuando paramos para coger aire y mirarnos a la cara, no puedo dejar de sonreír. Y creo que es la primera vez que sonrío de verdad desde que mi madre murió.

Mi mente inquieta no tiene mejor momento que ese para formar una pregunta. Una de esas que no se pueden retener ni un segundo.

—Eric, ¿por qué me besaste el otro día? El hecho de que seas médium no viene a cuento para hacerlo.

Sus ojos observan los míos con interés, como recabando en que no soy la típica chica tonta que no se cuestiona nada. Aunque si no llega a ser por mi mente astuta que ha sido la que se ha dado cuenta de que algo no encajaba, yo ni me entero. Tengo un subconsciente tremendo.

—Un momento un tanto curioso para preguntarlo —dice.

—Se me ha ocurrido de repente —explico. Tal vez tenga razón y no sea la ocasión más idónea.

Entonces el rostro de Eric se pone serio.

—Esperaba no tener que contártelo tan pronto, pero, ya que parece que no vas a salir corriendo, será mejor que lo haga.

Mi corazón se acelera sin poder remediarlo. No, por favor, más problemas no. Ojalá diga que me besó porque le resulto irresistible, porque no se puede contener o cualquier otra cursilería. Lo prefiero mil veces antes de que ponga más impedimentos para estar juntos. Después de todo lo que hemos tenido que pasar, que vale, solo llevamos intentado tener algo (si es que a esto se le puede llamar intentarlo) poco menos de una semana, tres días concretamente, pero ¿y las trabas que hemos tenido que superar?

—Tranquila —susurra, al ver mi cara de espanto—, no es nada grave... bueno, en realidad no estoy seguro, tal vez pueda ser un aviso, o quizás una mera casualidad. El caso es que...

—¡Quieres contármelo ya! —exploto—. ¿Por qué cuesta tanto sacarte las cosas? Lo de guardar bien tus secretos lo llevas al extremo, eh.

Eric se ríe. Entonces deduzco que lo que pretendía era ponerme de los nervios. Maldito.

—Está bien, basta de rodeos. Desde la primera vez que te vi, sentí algo. No, por desgracia, no fue amor a primera vista. Al principio pensé en una coincidencia, algo que había ocurrido una sola vez y ya está. Pero cuando nos encontramos en el pasaje del río, se repitió.

—¿El qué? —pregunto intrigada. No estoy segura de querer saber la respuesta.

—Noté el otro lado más cerca. Mi... ¿cómo decirlo?... mmm... capacidad como médium se agudizó. Oía a los espíritus, sus voces, más claras; los veía con más frecuencia y mucho más nítidos. Es una sensación difícil de describir... es como si fuera más médium. Además, tu aura...

—¿Mi qué? —interrumpo.

—Tu aura, es como una especie de brillo que todos tenemos. No sé exactamente qué es, pero cada persona tiene una. Es algo así como tu esencia. O incluso tu alma. Yo lo llamo aura. El caso es que la tuya es distinta.

—¿Cómo distinta? —pregunto. Estoy empezando a asustarme.

Eric hace un gesto impreciso con el brazo restándole importancia.

—Normalmente —explica— la gente mantiene su aura cerca de su cuerpo, como si fuera una prolongación de su piel. En cambio la tuya es alargada y más vaporosa, como si quisiera escaparse. Y también tiene dos tonalidades distintas, una más oscura que otra. Creo que es por eso por lo que contigo puedo sentir a los espíritus más cerca. Como si tu aura fuera una especie de imán.

Me quedo paralizada. Aquello ha sonado realmente extraño.

—¿Y eso es malo? —pregunto con miedo.

—Oh, no, no te preocupes. A ti no tiene por qué afectarte. Después de todo, el que ve fantasmas aquí, soy yo. Eso sí, si cuando estamos juntos de repente me abduce un espíritu maligno, que no te extrañe si escupo por la boca y digo palabrotas.

Le miro con una ceja arqueada.

—Estás de coña, ¿no?

—Obviamente.

—Idiota —le suelto con desdén—. ¿Entonces qué significa?

—No lo sé. Contigo me siento más paranormal que nunca. —Se encoge de hombros—. Pero no veo que eso sea malo para ninguno de los dos. —Se rasca un poco la barbilla y entonces dice—: posiblemente sea porque estamos hechos el uno para el otro. Tú, mi chica fantasma; yo, tu chico médium.

Esta vez soy yo la que se lanza a sus labios. Y vuelvo a perder la noción

del tiempo y del espacio.

Cuando regreso a la realidad, mi mente, implacable, no da su brazo a torcer y amenaza con chafarme la tarde tan bonita que está quedando.

—Un momento. Si conmigo has notado que tu... capacidad se ha intensificado, ¿por qué me besaste? No sería más lógico que te alejases de mí.

Eric me dedica su más encantadora sonrisa torcida.

—¿No te has dado cuenta de que contigo no me puedo contener?

## CAPÍTULO 7

*Viernes, 25 de octubre. 20:00h.*

No le quito ojo al reloj de mi cuarto, mientras devoro una uña. Ya es la hora y él todavía no ha llegado. Raro. Muy raro. Eric nunca se retrasa. Todo lo contrario, casi siempre me pilla a medio vestir, o incluso en la ducha. Pero hoy no. Por algún motivo esta vez soy yo la que espera y no al revés.

Mordisqueo la uña y cuando noto que está a ras de la yema del dedo, cambio y ataco al índice. Normalmente no suelo impacientarme tanto, pero Eric me ha dicho que tenía algo preparado, que estuviese lista a las ocho. Ya el hecho de que me advirtiera de una sorpresa resulta extraño, sobre todo cuando siempre se presenta de improviso en mi puerta, con una sonrisa en los labios, y una única frase: «nos vamos». Casi nunca sé adónde, pero yo acabo accediendo. Ya sea subir una colina, colarnos en el campanario de la iglesia, o dar un simple paseo. Simplemente estar con él, basta. Porque a su lado tengo la sensación de que puedo hablar de cualquier cosa, desde la tontería más absurda, hasta la cosa más íntima. Creo que hasta le he contado que soy una pedorra en potencia. Con eso os lo digo todo.

De lo único que no hemos hablado es sobre mi madre. Él debe de saberlo, pues en un pueblo tan cotilla como Valdepeñas de Jaén, ese tipo de noticias no solo vuela, sino que se teletransportan. Yo tengo la teoría de que los vecinos comparten un poder extrasensorial e intercambian los chismorreos a través de sus mentes, sin necesidad de moverse. El caso es que Eric, quizás por respeto, no ha sacado el tema y yo le estoy agradecida porque no sé si estoy preparada. Han pasado dos meses desde el accidente y

aunque me olvido por momentos, todavía es pronto para hurgar en la herida.

Unos nudillos tocan en la puerta y me sobresaltan. El pomo gira y mi padre asoma con el traje de pastelero por el umbral. Al parecer ha salido antes del trabajo.

Veo que abre la boca para decir algo, pero se detiene y olfatea exageradamente.

—Puf, Sarah, ¿has sido tú? ¿Qué son? ¿Los nervios? —pregunta.

—¿De qué hablas? —inquiero.

—Que huele un poco raro aquí, como a...

—¡Habrás sido tú! —le suelto.

Estoy a punto de lanzarle la almohada, pero se esconde y solo escucho su risa desde el pasillo. Que mi padre me eche en cara que la habitación apesta es solo para reírse de mí, porque allí nadie se ha tirado ningún pedo. Al menos no recientemente.

La puerta casi se cierra por completo, hasta que asoma de nuevo la cabeza y recuerda que iba a decir algo:

—¿Aún no te has ido? —pregunta—. Creía que habíais quedado a las ocho.

Le dedico una mirada de desconcierto. No recuerdo haberle comentado nada de mi cita con Eric.

Es cierto que él sabe lo nuestro, y está encantado. Dice que el muchacho es un buen partido. Además Eric está un poco chapado a la antigua y vino a presentarse oficialmente a ojos de mi padre. Como si tuviera que darle su bendición. «Costumbres de pueblo», dice. El caso es que con ese detalle ya se lo metió en el bolsillo. Y aunque sea un chico tímido, ya no le da vergüenza tener que venir a buscarme a casa. Por si fuera poco, también está distrayéndome, que es lo que mi padre quería en un primer momento, que no me aislase.

—¿Quién te lo ha dicho? —pregunto levantándome de la cama de un salto.

Él tuerce el gesto, como si fuera obvio.

—Eric —contesta con indiferencia.

—¿Desde cuándo te cuenta Eric nuestros planes?

De aceptar nuestra relación a que sepa más cosas de ella que yo, hay un paso, uno bastante grande.

—Desde que ha venido a la pastelería a pedirme permiso.

Noto cómo mi ceja sube lentamente.

—¿Permiso para qué?

Se encoge de hombros.

—Voy a ducharme. Pasadlo bien.

No va a soltar prenda. Maldita sea. Y yo con estos nervios. Pronto estaré sin uñas.

En momentos así preferiría haber llevado nuestra relación en secreto. Aunque lo intentamos, sí, pero solo cuatro días. No os imagináis el sinfín de estupideces que hay que tener en cuenta en un pueblo como este para que no descubran algo así. Que si no podíamos besarnos porque la vecina de arriba estaba tendiendo la ropa, que si no nos cogíamos de la mano en la plaza porque los ancianos no paraban de mirar... En resumen, sandeces que solo iban a retrasar lo que era inevitable. Porque estaba claro que todo el mundo se enteraría. De modo que nos olvidamos del «qué pensarán» y empezamos a hacer lo que nos daba la gana.

Soy consciente de que hace unas semanas era yo la que se negaba en redondo a formar un lazo serio con cualquiera, la que afirmaba que era mejor no entablar ninguna relación porque tarde o temprano se rompería. Sobre todo después de lo de mi madre. Pero Eric ha hecho añicos esa creencia. Con él veo la vida de otra forma, más parecido a la filosofía de mi madre. Porque he comprendido que lo contrario de vivir no es morir, sino no arriesgarse.

Que hayamos formado un vínculo tan intenso en tan poco tiempo suena algo peliculero, lo reconozco. Pero la verdad es que no concibo la vida sin él. Me da igual lo que venga después, quiero aprovechar este momento, esto que siento, sin importarme el futuro.

Sé que aún es probable que me acabe yendo de este pueblo de un momento a otro, pero con lo contento que está mi padre al verme sonreír, que hasta dice que parezco otra, supongo que ese momento se va a retrasar mucho, o puede que para siempre. Y si finalmente llega, estoy preparada para enfrentarme a él con uñas y dientes. Bueno, solo con dientes, porque le estoy dando un repaso a mis uñas...

Vuelvo a mirar el reloj por octava vez. Diez minutos tarde. ¿Le habrá pasado algo? Cuando estoy a punto de asomarme por la ventana, escucho el timbre. Sonrío. Corro al espejo y echo una última ojeada a mi reflejo. Llevo el jersey rojo de lana que me regaló por Navidad mi madre, unos vaqueros ajustados y mis *converse* desgastadas y algo descoloridas. No es un modelo muy arreglado, pero con Eric nunca se sabe. Lo mismo nos metemos en mitad del bosque, que cenamos en algún restaurante. Prefiero ponerme algo

cómodo que luego acabar por los suelos.

Doy unos retoques finales a mi peinado y coloco un mechón inquieto detrás de la oreja.

Eric me recibe con una sonrisa plasmada en su cara. Lleva el pelo un poco alborotado y... ¿son restos de hojas lo que asoma por su nuca? Creo que he acertado en ponerme esta ropa, sobre todo mis zapatillas.

—Siento mucho la espera, he tardado más de lo que creía.

—¿Haciendo qué?

—Paciencia, mi *lady*, pronto lo sabrás. —Hace una reverencia exagerada y me tiende su mano con elegancia forzada—. ¿Me permite usted este paseo?

Le sigo por una vía menos angosta que de costumbre, pero eso sí, más apartada del pueblo. Hemos subido hasta lo más alto, donde las casas se abren y las cordilleras se alzan poderosas sobre una falda de abetos verdes. Ahora la carretera se ha convertido en un serpenteante sendero de guijarros y grava. El sol hace unos minutos que se ha ocultado y solo los últimos destellos nos alumbran.

Pronto el camino se hace más estrecho y los árboles se ciernen sobre nuestras cabezas como sombras alargadas. Deduzco que ha debido de ser por aquí donde se ha despeinado. Su mano me guía sin titubeos. Su facilidad para apoyar un pie sobre las rocas y dar el siguiente paso, contrasta con mi torpeza y mis resbalones constantes. Menos mal que él siempre está ahí para sujetarme, o para caer conmigo. Pero eso sí, nunca me suelta.

A veces aún me cuesta asimilar que seamos novios. Es más, me he hecho antes a la idea de que es médium que a que estemos juntos como pareja. Porque que sea médium tampoco me influye tanto; algún que otro aspaviento sin motivo, miradas al infinito... Poco más. Es cierto que mi dichosa curiosidad no ha podido quedarse calladita y hemos hablado del tema.

Eric me dijo que hay cientos de voces que le susurran frecuentemente, que a veces puede verlos, pero casi nunca hablarles. También me explicó que en ciudades todo se acentúa, como si dentro de ellas hubiera más espíritus. Quizás por eso le gusta tanto salir al aire libre, a un sitio apartado del mundo. Aunque si mi aura atrae a los espíritus, como él asegura, no sé si servirá de algo. Aún no comprendo del todo qué significa eso. No me gusta la idea de ir por ahí siendo un imán andante para los espíritus. Eric ha buscado alguna

explicación, pero nada.

—No he visto ningún aura como la tuya —comentó una noche mientras terminábamos de cenar en la terraza de su casa cuando sus padres estaban fuera. Sus ojos mostraban la misma intriga que cuando me miró por primera vez en el instituto—. Pero no tienes de qué asustarte. Los espíritus son pacíficos por regla general. Todos proceden de personas a quienes les ha quedado algún asunto pendiente antes de morir. Hasta que no lo resuelvan, no se marcharán.

Aquello me relajó un poco y decidí no darle mayor importancia. De todos modos si él no hubiera dicho nada, yo ni me habría enterado.

Lo que me llamó la atención son los escalofríos. Según explicó, muchos de los escalofríos sin motivo se producen porque un espíritu te ha atravesado, o porque tienes uno que te está rondando.

Al final ya veo su capacidad como otra peculiaridad. Unas personas se comen el postre antes que el primer plato, o, peor todavía, se duermen bocarriba. El caso de Eric es que es médium. Y no es nada del otro mundo... aunque no sé si esa expresión es la más acertada.

En cambio, que seamos novios... todavía no me acostumbro. Yo, que me consideraba la chica más anti-empalagosa del mundo, y fijaos ahora, corriendo por el campo de su mano, sin poder evitar sonreír cuando nuestras miradas se cruzan. ¡Qué cosas!

De repente se detiene y se gira hacia mí. En su cara veo reflejada la ilusión, como un niño a punto de abrir un regalo de cumpleaños. De su bolsillo extrae una especie de pañuelo negro. Lo extiende.

—Ahora es cuando tienes que ponerte esto.

Lo observo detenidamente y descubro que no es un pañuelo, sino una venda.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente.

Noto cómo mi ceño se frunce poco a poco hasta dejar mis cejas muy juntas, casi rozándose.

—¿Pretendes que vaya con los ojos vendados por el campo? Creía que me conocías mejor.

—Sé que es un gran reto para una patosa como tú, pero aquí estaré yo para no dejarte caer. Tómatelo como una prueba de amor.

Le sostengo la mirada. No bromea.

—Como me pase algo, te dejo —garantizo con toda la convicción que

logro acumular, que no es mucha.

Él sonrío y me acaricia la cara con un gesto único.

—Me gustaría creerte, Sarah.

Entonces me ata la venda a los ojos con un doble nudo sencillo. Con los pelos que tengo cualquiera me hubiera dado un buen tirón, pero él se toma su tiempo para ir apartando mechón a mechón.

—Espera un segundo —dice cuando termina.

Sus pisadas se alejan, pero pronto toma mi mano con delicadeza. Su tacto cálido me reconforta. Aún estamos en otoño pero el frío en este pueblo empieza a apretar, sobre todo al anochecer. Menos mal que esta noche parece dar un respiro.

Con sumo cuidado, soy guiada por sus manos sobre mis hombros. De vez en cuando, me avisa de algún obstáculo y yo lo esquivo como puedo. Para cuando nos detenemos, solo he trastabillado dos veces. Récord.

Eric se coloca detrás de mí y deshace el nudo. Noto su olor, esa fragancia suya a bayas y bosque, aunque también distingo algo diferente, algo que me encanta. ¿Lavanda? No tiene sentido, por allí no crece esa planta. Lo he preguntado.

—¿Lista? —pregunta antes de que deje caer la venda.

Estoy nerviosa. No tengo ni idea de lo que tiene preparado, pero con solo recordar su cara de ilusión, debe de ser muy bueno.

—Lista.

Entonces me destapa los ojos. Parpadeo un par de veces hasta que mi vista se acostumbra.

Y se me escapa un grito ahogado.

En un claro del bosque, recogido al abrigo de bajos arbustos y de pinos altísimos, una pequeña tienda de campaña descansa sobre un manto de verde pasto. Junto a ella el fuego de una hoguera modesta crepita suave. Dos palos de madera a modo de pinchos descansan clavados en la tierra, al lado de las llamas. Una decena de velas envuelven el lugar, con un aroma embriagador. Así que eso era lo que olía a lavanda. ¿Cómo habrá descubierto que es mi olor favorito?

—Bienvenida a mi gran resort natural.

—Eric, esto es...

—Una pasada, lo sé. Tenemos un menú de primera, que a las brasas sabe incluso mejor, calefacción natural al estilo Eric —dice, señalando la hoguera—, dos colchones a modo de sacos de dormir y, por último, una

tienda de campaña que casi no monto porque me ha costado un trabajito y ha hecho que llegue tarde a mi cita contigo. Y, si miramos al cielo un momento, tenemos el plato fuerte, la gran atracción de mi complejo: lluvia de estrellas. Aunque también puede que haya alguna otra sorpresa a lo largo de la noche...

Sigo la dirección de su dedo y, aunque la luz del fuego molesta, puedo ver miles de puntos brillantes sobre nosotros.

—Te ofrezco una noche bajo un cielo estrellado, pero eso sí, con un tío loco que dice oír voces y ver fantasmas. No creas que todo iba a ser bueno.

Llevo con la boca abierta más tiempo de lo normal, lo noto.

—Y... —prosigue, mientras hurga en el otro bolsillo de su vaquero— por si quieres salir corriendo en mitad de la noche cuando mis amigos los espíritus me raptan, esto te ayudará a no desorientarte.

Extiende la mano y de ella cuelga una esfera enganchada a una fina cadena plateada. Observo cómo se balancea un instante, mecida por el titubeante brazo de Eric. Trato de distinguir de qué se trata cuando él la deposita en mi mano con suavidad. La pongo a la luz de la hoguera y descubro que no es circular, sino hexagonal y con dos caras planas. Una aguja roja yace encerrada dentro de una cápsula de cristal dividida en segmentos. La aguja se mueve inquieta: da vueltas, se detiene, cambia de opinión y vuelve a girar en dirección contraria... ¡Es una brújula! Creo que no hay regalo más apropiado para alguien como yo. Posee remates sencillos en cada vértice en la misma tonalidad que la cadena y las letras de los puntos cardinales N, W, E, S tienen relieve y están grabadas fuera del cristal.

—Señala lo que más deseas en este mundo.

Miro hacia Eric, con los ojos dibujando dos enormes oes. Luego bajo la cabeza hacia la aguja que yace en mi mano y, después vuelvo a Eric.

—Estoy de broma —se ríe al ver que me voy a romper el cuello de tanto mirar a uno y a otro—. Eso solo pasa en Piratas del Caribe. En realidad esta brújula está rota. No señala el norte.

Noto que arqueo una ceja. Por el continuo movimiento de la manecilla roja, deduzco que puede ser verdad.

—Te conocí gracias a que te habías perdido por el campo. A veces me pregunto qué hubiera pasado si tu sentido de la orientación fuera bueno, si no te hubiera acompañado ese día, si tú hubieses sabido volver sola a casa. ¿Nos habríamos conocido?

—Eric, claro que...

Él niega con la cabeza. Quiere explicarse, es algo que necesita expresar. Puedo ver esa preocupación, ese sentimiento queriendo emerger, reflejado en sus pupilas.

—No quiero perderte, Sarah. Solo imaginar que nuestro destino hubiera sido distinto si no te hubieras desorientado... —Aprieta los párpados, como borrando esa idea de su cabeza. Luego recupera su sonrisa—. Por eso te he regalado esta brújula, para que sepas que a veces perderse es la mejor opción.

Paseo la yema de mi pulgar repetidas veces por las letras grabadas de la brújula, como si su tacto rugoso me trajera de vuelta de la fantasía en la que Eric me ha metido.

—Eric, es... preciosa...

Me ayuda a abrocharme el cierre alrededor de mi cuello y nuevamente sostengo la brújula entre mis dedos. Tiene detalles por todas partes, apenas puedo apreciarlos con el brillo de las llamas.

—Te queda genial.

No puedo verme, pero su sonrisa de oreja a oreja es la mayor verdad posible.

—Eric, ¿por qué? —no puedo evitar preguntar. Yo no tengo nada para él, me siento fatal.

—Hoy es un gran día —murmura—. ¿No te has dado cuenta?

Lo pienso un instante, pero no logro entenderlo. Que yo recuerde no es ninguna fecha especial. Tampoco es que llevemos mucho tiempo juntos, pero a bote pronto, diría que es un día como cualquier otro.

Niego con la cabeza.

—¡Hoy hacemos un mes, menos un día juntos! —aclama.

—Idiota.

Él sonrío. Yo le beso. Tierna y lentamente. Noto de nuevo ese escalofrío. Si es un espíritu atravesándome, tiene la costumbre de hacerlo siempre que Eric y yo nos besamos. Esa sensación recorre mi cuerpo desde los pies hasta la nuca. Como una corriente eléctrica de placer. ¡Bendito espíritu! Yo antes no creía en estas cosas. Pensaba que eran exageraciones, que en la vida real no existían.

Qué equivocada estaba.

La cena no salió como esperábamos. Primero intentamos asar la carne, unas pechugas de pollo fileteadas, demasiado cerca del fuego. Resultado: carne cruda por dentro y chamuscada por fuera. Luego nos pasó lo contrario,

la dejamos demasiado rato a fuego lento y no había dentadura que le hincase el diente. Para cuando encontramos el punto exacto solo nos quedaban un par de filetes. Ya hemos dejado claro que las barbacoas y nosotros no cuajamos del todo bien.

Ahora estamos tirados en la tienda de campaña, con los cuerpos metidos en los sacos de dormir, y las cabezas asomando. Mis dedos juegan con los eslabones de la cadena de mi brújula. Se enredan, se desenredan; se enredan, se desenredan...

Miramos las estrellas y, por supuesto, de vez en cuando se nos escapa un grito de sorpresa al ver un haz de luz cruzando el firmamento.

—¿Crees que seremos los únicos? —pregunta Eric.

—Sería muy egocéntrico por nuestra parte pensar que somos el único planeta con vida, ¿no crees?

No le veo la cara, pero sé que asiente.

—A veces creo que al morir —dice—, nuestras almas viajan a un planeta en la otra punta del universo y vuelven a nacer allí.

—Antes pensaba que cuando alguien moría —confieso—, moría y ya está. No creía en que hubiera algo más allá. Ni otro mundo, ni nada parecido. ¿Por qué iba a haberlo? Pero ahora, contigo...

—He echado por tierra tus creencias —concluye Eric—, vaya, lo siento. Yo niego con la cabeza.

—No tienes que disculparte. En cierto modo creo que es mejor así. Da esperanza a quienes ya no están.

—Y a quienes están a punto de irse.

Las estrellas fugaces se suceden una tras otra, como líneas de luz. Sopla una brisa fresca, pero las ascuas de la hoguera y nuestras envolturas de poliéster nos mantienen calientes. Además, Eric está bien pegado a mí y prácticamente puedo notar su calor desde aquí. Creo que estoy en el cielo.

—¿Si pudieras desear algo ahora mismo, qué pedirías? —pregunta de pronto.

—¿A qué viene eso?

—Se supone que cuando ves una estrella fugaz tienes que pedir un deseo.

Contemplo durante un instante mi alrededor. Sus brazos rodeándome, las estrellas parpadeando, la calidez de nuestros sacos de dormir, el olor a lavanda...

—Estoy perfecta así —concluyo.

—Vamos, seguro que hay algo, un detalle, que mejoraría mi pequeño complejo turístico. Dímelo, aunque solo sea para tenerlo en cuenta con los próximos clientes.

Sonrío. Entonces pienso un segundo y caigo en la cuenta de algo. Ese detalle que pondría el broche de oro a la noche.

—Ahora que lo dices, no vendría mal...

—Shhh. Si lo dices no se cumple.

Noto que Eric se mueve a mi lado y corre la cremallera de su saco. Se levanta e introduce entre la maleza.

—¿Adónde vas?

—Cierra los ojos —me pide—. Es mi última sorpresa.

Yo obedezco sin rechistar. No puedo creer que aún tenga algo más preparado. Y que lo haya estado guardando todo este tiempo...

Espero y espero. Hasta que un sonido agudo llega a mis oídos. Y lo reconozco. Madre mía si lo reconozco. Abro los ojos. Los pelos se me ponen de punta. Me dan escalofríos.

—No puede ser...

Esas notas, esos acordes. Es una guitarra. Una acústica. Y es Ed Sheeran. Y no solo eso. ¡Es *The A Team*! Mi canción favorita. La mejor.

Me levanto de un brinco del suelo y veo a Eric con una *Gibson* oscura como la noche enganchada del hombro. Me mira entre avergonzado y entusiasmado.

—Como lo de médium es un secreto que más gente sabía, quería enseñarte algo que nunca he revelado a nadie.

Entonces empieza a tocar con más fuerza. Las cuerdas resuenan entre las montañas. Baja los párpados y canta. Su voz inunda el claro. Suave, frágil y temerosa. Suena distinta en inglés. También se inventa palabras. Pero me gusta. Me encanta. Veo que se traba en alguna parte, que las cuerdas se le resbalan, que las manos le sudan, que la voz le tiembla, que su pie pierde el ritmo un segundo. Está nervioso. Nunca le he visto así. Debe de ser la primera vez que canta delante de alguien. O incluso que toca. Pero al llegar al estribillo se suelta. Le veo sonreír para sí, como compartiendo un recuerdo que solo él y su guitarra conocen. Quizás alguna parte temida y que ha superado. O algún fallo que solo él percibe.

Los últimos acordes se apagan en nuestro refugio y veo su cara de vergüenza asomar. Yo no tardo en lanzarme a sus brazos. Y la expresión «comérmelo a besos» cobra sentido. Él, sorprendido por mi reacción, tarda

un poco en corresponderme. Pero luego me devuelve los besos con énfasis y me abraza intensamente. Como si hubiera superado un reto imposible.

—¿Desde cuándo tocas la guitarra? —pregunto excitada entre beso y beso. Mi voz suena tan chillona que se me escapa un gallo.

—Empecé hace unos años, pero lo abandoné. Luego vi que te gustaba la misma música que a mí, y decidí retomarlo. Un día, mientras esperaba a que te ducharas, cogí tu *iPod* y vi cuáles eran las más escuchadas. No me sorprendió en absoluto que las veinticinco fueran de Ed Sheeran.

—Eres... —pero no se me ocurre nada.

«Perfecto», me sugiere mi mente. Pero cuando quiero decírselo él ya empieza la siguiente canción, *Kiss me*.

—Canta conmigo —dice.

Yo sonrío.

—Ya tenía pensado hacerlo.

Cantamos tanto tiempo que las llamas de las velas hace rato que se han extinguido y las brasas de la hoguera son solo un tenue resplandor. Primero empezamos con *Kiss me*, *Give me love* y *Tenerife Sea*. Después tocó *Photograph* y a los dos se nos escapó alguna lágrima. Entonces dejamos las más románticas y nos animamos con *Sing* y *Don't*. Yo hacía los coros y, aunque llevar el ritmo no es lo mío, de vez en cuando chasqueaba los dedos. Hasta nos atrevimos con el rap de *Eraser*. Eric se las conoce todas. Quizás alguna muy antigua no le suena, pero el resto se las sabe tan bien como yo. Es verdad que la letra se la inventa un poco, que el inglés no lo maneja del todo bien y que los agudos se le van bastante, pero me da igual. El hecho de encontrar a alguien que comparta mi gusto musical con tanto entusiasmo como yo es algo especial. Mágico.

—¿No se nos olvida una canción? —pregunta, al terminar *I see fire*.

Yo hago memoria, pero hemos cantado tantas que no estoy segura.

—No hemos cantado *Thinking out loud* —dice—. Y ésta sí que entiendo lo que dice.

Sus dedos empiezan a rasgar la guitarra, pero esta vez no quiero cantar. Prefiero escucharle. Nuestras miradas se cruzan. Me la está dedicando. Otra más. Hago todo el esfuerzo por reprimir las ganas de abalanzarme sobre él. De devorarlo a besos.

Pero entonces llega al estribillo:

—*So, honey, now / take me into your loving arms, / kiss me under the*

*light of a thousand stars, / place your head on my beating heart, / I'm thinking out loud, / maybe we found love right where we are.*

Y no puedo aguantar más. Me lanzo sobre él con un beso por delante. Responde con frenesí. La canción es nuestra. Lo comprendo. Le quito la guitarra. Su cazadora. Damos rienda suelta a nuestra pasión. A nuestro amor.

Cuando estoy plenamente a merced de sus labios, se separa lentamente y no puedo evitar sonreír. Entonces le miro y veo que él también sonríe. Como si fuéramos uno.

Pronto nos quedamos sin ropa. Desnudos. No nos importa el frío. Nuestros abrazos pueden con él y con mil ventiscas más. Los besos se entremezclan unos con otros. No sé dónde acaba y empieza el siguiente. Estoy sedienta de él. Él de mí.

Entonces se detiene en seco. Me coge el rostro con ambas manos. Sus ojos muy cerca de los míos. Noto que tiembla y no es por el frío.

—Sarah, si no quieres, no tenemos por qué hacer...

Yo también estoy asustada, pero con él sé que nada me puede pasar. Por eso le tiro al saco y ahogo su voz entrecortada con un beso acelerado, ansioso. Como si esos dos segundos de pausa fueran una eternidad. Como si nunca más pudiera separarme de él.

Y los dos, bañados por el fulgor de un millar de estrellas, nos fundimos en un único ser.

## CAPÍTULO 8

*Jueves, 29 de octubre. 17:30 p.m.*

Ojalá todas las noches fueran como esa.

Eric y yo lo hemos hecho. Aún no lo asimilo bien. Yo ni me lo había planteado. Pero ocurrió. Me trae sin cuidado que fuera demasiado pronto, que solo lo conozca de un mes o vete a saber qué más habladurías de pueblo pueden surgir por ahí. Esa noche fue mágica. Las estrellas, su calor, nuestros besos... y luego dormir acurrucada en su pecho, notando el roce de su piel con la mía. Jamás hubiera pensado que un simple saco de dormir y su pecho desnudo le quitarían el primer puesto en comodidad a mi cama. Cierro los ojos y aún puedo notar su respiración, el leve subir y bajar de su abdomen. Todo quedará grabado para siempre en mi cabeza. Nunca lo olvidaré. Estoy segura.

Aunque, claro, no todo es tan bonito cuando llevo dos días de atraso con la regla y la dichosa no se digna a aparecer. Algunos diréis: «bah, dos días no es nada. No tienes por qué preocuparte». Pero sí me preocupo. Porque nunca he tenido un retraso. Soy como un reloj suizo; si tiene que bajar un día, baja ese día. Salvo ahora. Quizás sea el ambiente cargado de polen de olivo, o tal vez vivir a esta altitud. Ojalá lo sea.

Como es lógico la amenaza de un bebé sorpresa me ha asustado tanto que se me ha escapado un pedo al darme cuenta. Pero que no cunda el pánico. Lo he hablado con Eric, que está casi más angustiado que yo, y esta misma mañana ha ido a Jaén en autobús a comprar uno de esos tests de embarazo. ¿Que por qué ha tenido que ir hasta a la capital de la provincia a por uno?

Imaginaos a Eric saliendo con una cosa de esas de la farmacia del pueblo donde todo el mundo le conoce y donde todo el mundo se va de la lengua. La noticia la sabría el pueblo entero antes de que Eric saliese por la puerta.

Ahora estoy encerrada en el baño de mi casa, con las bragas en los tobillos y el chisme ese entre las piernas. Suerte que mi padre trabaja. La brújula cuelga de mi cuello, describiendo círculos en el aire. Veo que la aguja no para de girar, frenética. «A veces perderse es la mejor opción», había dicho Eric. Solo espero que no nos perdamos en esto.

Eric aguarda pegado a la puerta, con temblores. Casi puedo notar sus palpitos desde aquí. Puede parecer que es un poco absurdo que él espere fuera cuando ya me ha visto sin nada encima. Pero lo prefiero así.

Miro el test dándole vueltas entre mis manos. Hemos leído cerca de veinte veces las instrucciones y más o menos nos ha quedado claro. Dos líneas, embarazada; una, alivio. Y no rosa, niña; azul, niño, como bromeaba Eric. Me gusta que le quite hierro al asunto, pero éste es de gravedad mayor, así que el coscorrón se lo mereció. Además, ¿por qué esa asignación de los colores? ¿Por qué no puede ser rosa el chico; y el azul, la chica? Nunca lo entenderé.

Suspiro hondo por última vez. Allá vamos. Lo introduzco abajo y espero paciente con los párpados bien apretados. Estrujo tan fuerte la brújula en mi puño, que creo que voy a partir el cristal.

El prospecto aconseja que pase más de cinco minutos para dar un resultado fiable. Yo no soy capaz de aguantar ni cinco segundos con los ojos cerrados. Lo observo con pavor... hasta que pasado un tiempo (el más eterno de mi vida), solo aparece una fina banda gris. Suspiro. Menudo peso acaba de desaparecer de mis hombros. Unas dos toneladas, calculo; una por cada día de retraso.

Salgo del cuarto de baño y, al ver el pánico en la mirada de Eric, no lo puedo evitar. Me llevo las manos a la cara y finjo llorar.

—No —musita, pasmado—, no, no, no.

Se queda quieto como una estatua. Sus ojos están a punto de salirse de sus órbitas. Yo me echo a sus brazos antes de que me entre la risa. Él me abraza, pero con tan poca fuerza que apenas noto sus manos sobre mi espalda. ¡Está tieso! Como una tabla. Si le doy un empujoncito seguro que se da de bruces contra el suelo. Pobre. Creo que ya he cumplido mi venganza por todas las veces que me toma el pelo.

—Yo quería ser mamá —miento, entre risas.

Le muestro el test. Él lo observa con el ceño muy arrugado y tarda casi medio minuto en comprenderlo. Entonces me alza por la cintura, mientras mis carcajadas retumban por los pasillos. Cuando quiero darme cuenta, estoy tumbada sobre el sofá, atrapada con una especie de llave de kárate.

No recuerdo el tiempo que estuvo torturándome con cosquillas.

*Sábado, 31 de octubre. 18:06 p.m.*

—¿Adónde vamos? —pregunto.

Eric me conduce por un revoltijo de callejuelas y pronto dejo de saber dónde estoy. Sí, todavía no he aprendido a orientarme por el pueblo, soy así de desastre, ¿qué le voy a hacer?

Se acaba de presentar en mi casa diciendo que tenía una sorpresa, que usara deportivas cómodas y corriera antes de que el sol se ocultase por las montañas.

Hoy es *Halloween*. Al parecer aquí también lo celebran, aunque nosotros no vamos disfrazados. Es curioso cómo llegan otras culturas a sitios tan recónditos como este. Aunque en Valdepeñas la gente no se disfraza y va pidiendo caramelos de casa en casa; aquí la gente se disfraza y va a beber al botellón. Es triste que todas las fiestas y tradiciones se conviertan en una excusa para empinar el codo. Supongo que se lo pasarán bien, pero digo yo que también hay otras cosas más sanas y a la vez igual de entretenidas. O quizás sea yo la rara al detestar el alcohol.

En fin, que me voy del tema. Eric está prácticamente arrastrándome por las calles del pueblo y no tengo ni idea de adónde vamos. Ni siquiera consigo orientarme con una brújula. Aunque, claro, está como una regadera. La he puesto a prueba, y aunque permanezca inmóvil sobre la mesa, la aguja nunca se está quieta. De mucha ayuda no va a ser.

—Ya lo verás, impaciente —dice. Detecto en su voz cierta ilusión, parecida a la de aquella noche bajo las estrellas. Eso no hace otra cosa que avivar mi curiosidad.

Dejamos atrás las casas y nos adentramos en el pasaje del río donde perseguí a hurtadillas a Eric. Allí fue nuestra primera conversación, un tanto absurda, pero fue la primera. Han ocurrido tantas cosas que parece mentira que haya pasado poco más de un mes. Recuerdo aquel sendero serpenteante que trascurre paralelo al agua. Aunque había olvidado lo bonito que es, con

esos túneles de hojas y esa paz que trasmite el murmullo del agua y el canto de los pájaros.

Bordeamos una hermosa cascada con aguas heladas y atravesamos varios puentes de madera. No sé qué trama, pero cada vez nos alejamos más del pueblo. Entonces nos desviamos del sendero y nos introducimos en una vegetación más densa y angosta. Las ramas de los arbustos me molestan al andar y cada vez se hace más intransitable el supuesto camino. Si no supiera cómo es Eric, empezaría a desconfiar y a montarme mis propias paranoias sobre posibles secuestros, o vete tú a saber. Pero le conozco y sé que haga lo que haga va a sorprenderme para bien.

—No recuerdas este camino, ¿verdad? —Niego con la cabeza—. Fue el primero que te enseñé. Supongo que soy un mal guía.

Río. Eric todavía usa la excusa de enseñarme el pueblo para raptarme a todo tipo de lugares pintorescos.

De repente el camino se abre. Ante nuestros ojos, se alza un viejo caserón de madera oscura. Las enredaderas escalan por sus cimientos y se cuelan en el interior a través de unos ventanales que en su época debían de ser grandiosos, pero que ahora solo le dan un aspecto apagado. El tejado está medio derrumbado por el ala norte y únicamente el otro extremo parece estar en mejor estado. La antigua construcción se eleva sobre un manto de hojas secas y se halla al pie de un risco de piedras afiladas. La luz del atardecer tiene dificultades para infiltrarse a través de ese amasijo de ramas y troncos, lo cual le confiere un aspecto aún más sombrío.

Un repelús no tarda en recorrer mi espalda. Eric lo nota y coge mis dos manos con suavidad.

—Espero que no hayamos venido hasta aquí para entrar ahí.

Él me mira fijamente y siento que me relajo. Debe de tener un don para tranquilizarme, si no, no lo entiendo.

—Sarah —murmura con una voz melodiosa que contrasta con el ambiente tan siniestro—, ¿recuerdas la primera vez que me seguiste? Creo que fue de las pocas veces que te mentí.

—¿De las pocas veces? —le interrumpo—. ¿Me has mentido alguna otra?

Eric asiente.

—Sí, pero solo para ocultarte las sorpresas. —Se encoge de hombros—. El caso es que aquel día te dije que iba a dar un paseo y no era así. Me dirigía a esta casa abandonada.

Es verdad, ahora lo recuerdo. No es la primera vez que observo esta casa. Cuando perseguí a Eric tras perderle la pista, pude verla un segundo. Luego me dio un susto de muerte por la espalda y la olvidé.

—¿Para qué vamos a entrar? —pregunto con una voz chillona que ralla la histeria.

Eric suelta una de mis manos para acariciar con ternura mi mejilla. Definitivamente tiene un don para calmarme.

—Creo que ya ha llegado la hora de que te presente a mis amigos.

—Ya conozco a tus amigos: Álex, Iván...

Después de un mes, lo raro sería que no los conociera.

—Esos no —aclara—. Mis *otros* amigos...

Noto que abro mucho los ojos sin remedio. En mi mente se empiezan a formar toda serie de ideas, cada cual más descabellada. Pero, tengo razón, ¿quién queda con sus *otros* amigos en un sitio como este? ¿Para qué?

—No me digas que tus *otros* amigos no son... de este mundo —digo, suavizando lo que está pasando por mi cabeza.

Él suelta una carcajada que retumba entre la maleza.

—No, no, Sarah, no son espíritus. Estos amigos son de carne y hueso, como tú y como yo.

Suspiro de alivio. Con un novio médium nunca se sabe.

—Lo que sí te tengo que pedir es que no te asustes. Este es otro gran secreto y no quiero que te entre el pánico.

—¿Qué otro gran secreto?

—Ahora lo verás, pero tienes que mantener la calma. ¿Lo harás por mí?

Me mira cariñosamente. ¿Así cómo voy a negarme?

—Peor que lo de ser médium no creo que sea, ¿no?

Eric sonrío.

—Entonces vamos allá.

Y emprendemos el camino al viejo caserón.

Al atravesar el umbral, me invade el miedo. Lo noto porque uno de mis gases infalibles se va formando en mi barriga y pide paso. Lo contengo como puedo, pero conforme avanzamos cuesta más.

La oscuridad apenas deja ver nada, el frío parece más intenso dentro y la humedad es tan densa que se puede respirar. Se me erizan los pelos. Menos mal que está Eric sujetándome la mano con fuerza, porque si no habría echado a correr hace rato. No suelo asustarme con facilidad, pero tampoco

entro todos los días en una casa abandonada cuando está anocheciendo, llamadme rara... otra vez.

Atravesamos varios corredores inmensos, de esos que no se ven el final. Los viejos tablones de madera restallan con nuestras pisadas, a lo que yo respondo con un sobresalto. Eric se detiene frente a una puerta cerrada que no tiene nada distinto de las anteriores. Toca con los nudillos de una manera peculiar, como si fuera una clave secreta. ¿Para qué necesitan contraseña en un sitio como este? ¿Quién iba a venir aquí a estas horas? La puerta se abre con un chasquido brusco.

Paso al interior con pasos indecisos y una luz tenue me recibe. A pesar de su baja intensidad, mis ojos tardan unos segundos en adaptarse. Parece una habitación igual de estropeada que el resto de la casa. En el centro, un grupo de chicos de nuestra edad se sientan sobre cojines alrededor de una mesita. Hasta ahí todo normal. El problema es que la sala está iluminada con velas en cada esquina y... ¿es incienso eso que huelo? Eso ya no parece una fiesta de *Halloween* habitual. Por si fuera poco, los chicos no van vestidos con trajes de vampiro, de hombre lobo o de Freddy Krueger; llevan una túnica negra entera con capucha, como si pertenecieran a una secta o dios sabe qué. Admito que estoy aguantando las ganas de ir al baño y no precisamente a orinar.

Detecto que algo se mueve a mi lado. Me giro y veo que hay otro individuo de igual manera disfrazado detrás de la puerta.

—Al final la has traído —dice—, ¿seguro que no echará a correr?

Un momento. Conozco esa voz. Ese aire de superioridad en su tono, la forma tan pedante de dejar caer las palabras...

—¡Álex! ¿Qué haces aquí?

El encapuchado muestra su cara y reconozco aquel flequillo rubio pollo pegado a la frente, como el cuerno a un unicornio. No esperaba encontrar una cara conocida entre los *otros* amigos de Eric.

—Yo también me alegro de verte, Sarah.

«No puedo decir lo mismo», pienso. Aunque por otro lado no sé si es peor conocer a alguien nuevo, o vérmelas otra vez con el creído de Álex.

—¿Qué haces tú aquí? —repito.

—Lo mismo que tú; espiritismo.

Miro a Eric esperando que él lo desmienta. Pero solo aprieta más fuerte mi mano.

—No lo digas así, que la vas a asustar —dice. Entonces nos acercamos

al resto del grupo sin dejarme tiempo para pensar—. Chicos, esta es Sarah. La chica de la que os hablé.

Noto que me pongo algo nerviosa porque aprieto la cadena de mi brújula. Son en total cinco chicos, contando a Eric y a Álex. Los tres que aún no conozco se levantan de sus asientos para saludarme uno a uno. El primero es un chico rollizo, que no me suena de verlo por el instituto, lo cual es extraño en un pueblo tan pequeño. Lleva una bolsa de patatas pegada a la mano y cuando me saluda noto la grasa en sus dedos.

—Éste es Kevin, el niño más cagón de todo Jaén —le presenta Eric con un tono de provocación en su voz.

—No soy un cagón —replica—, solo soy el más cauto de todos vosotros.

—Claro que sí —le suelta Álex—, y yo soy el menos ligón. Puestos a soñar...

Todos se ríen. Y sus risas aflojan la tensión que atenaza mi cuerpo. Qué alivio, al menos parecen humanos. Con el ambiente tan solemne y sus trajes oscuros a juego, seguía en pie mi teoría de que eran fantasmas.

—Yo soy Félix —indica un chico que será uno o dos años menor. Tiene unas gafas de enorme montura y un peinado con la raya en medio que le dan un aspecto muy remilgado—, es un gran honor recibir a un nuevo miembro en nuestra humilde asociación. Si tienes alguna pregunta o quieres saber algo más, yo soy tu hombre.

Le sonrío. Con esa pinta de niño mimado parece cualquier cosa menos un hombre. Aun así, admiro su manera de hablar; transmite confianza, y parece bastante inteligente.

—¿Saber algo más sobre qué? —pregunto mientras le devuelvo el saludo.

—Pues creo que está claro, si no, no sería necesaria toda esta parafernalia —contesta, extendiendo los brazos.

—Es el sabelotodo del grupo —interrumpe Eric—, a veces no para de hablar y es un incordio, pero es el más listo sobre el tema.

—¿Sobre qué tema?

—Primero las presentaciones —canturrea Eric. Noto el temblor en su voz; está nervioso, y me está poniendo más nerviosa a mí. Si estuviera a solas con él, ya estaría cantando qué ocurre—. Esta es Adriana.

Me sorprende que haya otra chica, aunque con esa túnica resulta difícil distinguirla. La tal Adriana es una chica mona, elegante. Pelo moreno largo

hasta la cintura y rizado. Cara pálida y con pinta de cuidada. Parece un pelín más mayor que nosotros. Sus ojos son completamente negros, pero a la vez tan grandes que le dan un aspecto muy peculiar.

—La guapa del grupo —aclara Álex, a la vez que emite un silbido.

—Aún no hemos ni abierto el portal y ya vas a empezar tú a darme el latazo —dice la chica con una voz débil, pero tajante.

—¿Qué portal? —pregunto yo sin poder aguantar más—. ¿Me quiere explicar alguien qué se supone que vamos a hacer aquí?

—La primera vez siempre impresiona —me susurra Adriana con una voz que da escalofríos—. Pero tú no tengas miedo.

—Eso es —se mete Álex, que ha escuchado a hurtadillas—, mejor no tengas miedo porque ellos huelen el miedo, se alimentan de él.

—Quieres dejarla ya en paz —se encara Adriana—, ¿acaso tú no estabas cagadito la primera vez?

Álex hace un ademán con los brazos en son de paz.

—Está bien, Adri.

—Te he dicho que no me llames así —le grita. La chica se acerca tanto a la cara de Álex que temo que en cualquier momento se enzarcan en una pelea.

—De acuerdo, A-dri-a-na. Con tanto amor, Sarah se va a creer que estamos juntos.

Entonces ella se acerca, pero con otra intención. Le pasa la mano por los hombros, mientras se pasea a su alrededor con ademanes seductores. Entonces susurra en su oído:

—¿No me digas que no te encantaría? ¿Que no lo desearías?

La chica le acaricia el pecho y le sigue rodeando con andares sinuosos. Álex se deja hacer. Veo cómo se dibuja la sonrisa en su cara. Solo le falta la baba colgando.

—Lo deseo con toda mi alma —admite.

Entonces los dos se quedan muy juntos, casi rozándose. Pero cuando Álex la va a besar, Adriana se gira y le deja de morros, dando un beso al aire.

No puedo evitar soltar una risa ahogada.

—Sigue soñando, chaval —dice volviendo a sentarse en su sitio junto a la mesa—. Antes te corto ese flequillo rubio que tienes.

Álex se muerde el labio de impotencia. Aun así, en su rostro asoma una sonrisa pícaro, como consciente de que se la iba a jugar así.

Eric, que ha permanecido a mi lado durante toda la escenita, les observa,

cansado.

—Esto pasa siempre —comenta cerca de mi oreja—, están todo el día discutiendo. No hay de qué preocuparse.

—Pues vaya amigos.

—No estoy del todo seguro de que sean realmente amigos. Lo que pasa es que ambos están unidos por lo que hacemos.

Entonces caigo en la cuenta de que aún no sé qué estoy haciendo allí.

—¿Y qué es lo que hacéis? ¿Piensas contármelo algún día?

Eric parece reacio a contestar. La situación es idéntica a cuando me reveló que era médium. La misma mirada indecisa, la misma vibración en su labio inferior... al final va a ser verdad que es un secreto comparable al de ser médium.

—Pues verás...

—De verdad, Eric —le corta Adriana—, con lo decidido que eres con nosotros y lo que te cuesta con Sarah. —Entonces me mira a mí fijamente y suelta sin reparo—: Hacemos la güija, ¿sabes lo que es?

—Es una especie de tablero que sirve para comunicarse con los muertos, ¿no? —contesto. He oído hablar de ella, pero tampoco estoy muy segura.

—No es solo un tablero —interviene Félix—, es una entrada a otro mundo, un enlace entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Aunque en realidad no se contacta con el mundo de los muertos-muertos, sino que se suele quedar en un espacio intermedio: el mundo de los espíritus. Porque, claro, la mayoría de personas al morir pasan al más allá, pero hay algunos que se quedan atrapados entre los dos planos y que sin la ayuda de...

—Félix —le interrumpe Eric—, no hace falta que des tantos detalles...

—O sea que aquí habláis con los espíritus, o con los muertos-muertos —le digo a Eric que rehúye de mi mirada. Parece tener miedo a mi reacción. Le observo intensamente hasta que no tiene más remedio que mirarme a la cara.

—En realidad solo con los espíritus, aquellos que no han conseguido pasar del todo al más allá. Siento no habértelo dicho antes. No sabía cómo te lo ibas a tomar.

Me coge de las manos y clava su mirada piadosa en mí. Percibo pavor en sus ojos, pero no es por la situación, sino porque teme que me marche, que coja la puerta y salga pitando.

Vale, admito que hablar con los espíritus, o con quien sea que no esté vivo, no me agrada mucho, es más, le tengo bastante respeto. Pero no es razón para que abandone a Eric. Supongo que cada uno tiene sus costumbres

y gustos, y si a Eric le gusta hablar con los muertos, pues allá él. Es como si a mí Eric me dejara porque no le gusta que duerma hasta las tantas, que no es que sean cosas equiparables, pero si no aceptamos las rarezas de cada uno, entonces adiós. Hay que adaptarse, aunque sea un poco. Además, después de contarme que puede ver a los muertos y sentir cómo le atraviesan, hablar abiertamente con ellos supongo que no es para tanto, ¿no?

Eric espera una respuesta sincera. Me observa con ojos de cordero degollado y, lo siento, pero no me puedo contener. Le planto un beso ahí, delante de todos. Luego, vuelvo a la realidad y me doy cuenta de mi atrevimiento. Y, claro, me ruborizo. Maldita vergüenza. Suerte que está bien oscuro y no se nota.

Los dos nos miramos y sonreímos a la vez. Y noto que le quiero más.

—Siento interrumpir este momento tan romántico, pero vamos a empezar ya.

Eric y yo nos giramos de mala gana y vemos a Álex que nos indica que nos sentemos.

Un momento, ¿entonces pretenden que yo participe en la güüija? Eso ya me da más mala espina. Una cosa es saber que otra persona la hace, y otra muy distinta realizarla tú también. Es como si le pidiese a Eric que durmiese conmigo hasta la hora de comer, a pesar de que a las ocho ya está en pie.

—¿Yo también tengo que hacerla? —le murmuro con una nota de pánico en mi voz.

—Sarah, no tienes de qué asustarte, es solo un *hobby*, como quien juega al fútbol. Pero si no quieres, no hace falta que intervengas, ¿verdad, Félix?

—Exacto —corroborra el chico colocándose bien sus gafas—, se puede acudir aquí en calidad de observador si lo prefieres. Pero luego no puedes inmiscuirte en la sesión de repente, el ente se puede sorprender y no es aconsejable hacerlo.

—¿No es peligroso que yo esté aquí sin decir nada?

—Generalmente, los espíritus tienden a contactar con las personas que lo están llamando. Por ponerte un ejemplo, es como si tú llamas a tu padre por teléfono y tu padre, que sabe que estás con Eric, te pide que le pases a Eric a pesar de que eres tú la que quiere hablar con él. No tiene mucho sentido, ¿verdad?

—Suena convincente —digo tras pensarlo un segundo.

—Lo es —confirma Álex acercándose a Félix—, este chiquitín es el más listo del espiritismo.

—No le llames chiquitín —interviene Adriana.

—O si no, ¿qué?

—Chicos, chicos —se mete Eric con aire apaciguador—, no empecéis otra vez. Hagámoslo antes de que se nos pase este día y no nos dé tiempo de hablar con nadie.

—¿Qué pasa en este día? —pregunto yo.

—Hoy es *Halloween*, querida amiga —explica Félix con dotes de profesor—, es el mejor día para contactar. Desde sus orígenes celtas, (y no estadounidenses, como piensa la mayoría), se ha dicho que la franja que divide este mundo del otro es más fina esta noche y eso permite el paso de los espíritus con más facilidad. Los celtas usaban los trajes y máscaras como forma de ahuyentarlos, porque creían que si adoptaban una forma tenebrosa, espantarían a los entes.

—Entonces, ¿por qué lleváis todos esas túnicas? Vosotros queréis hablar con ellos, no ahuyentarlos, ¿no?

—En la actualidad han cambiado mucho las cosas, Sarah —dice Eric—, nosotros llevamos túnicas, ponemos velas, encendemos incienso y nos metemos en esta casa abandonada porque así se crea ambiente. La atmósfera es muy importante, a veces es lo primordial a la hora de entablar conversación.

—También es clave no asustarse, tener confianza en uno mismo y tranquilidad mental. Yo siempre digo que una persona atrae lo que siente. Si una persona está deprimida, atraerá a espíritus deprimidos. Así de simple.

—¿Y nunca habéis atraído a algo... no sé... peligroso?

Todos se miran.

—La primera vez casi me lo hago encima —dice Adriana.

—A mí se me escaparon algunas gotas... —confiesa Kevin, concediéndole un respiro a su bolsa de patatas mientras le da un respingo.

—¿Qué pasó? —pregunto, medio intrigada, medio asustada. No olvido que estoy en una casa abandonada... en medio del campo... de noche...

—El vaso se estrelló contra la pared y todas las velas se apagaron. Te puedes imaginar la situación, niños de trece, catorce y quince años corriendo despavoridos completamente a oscuras por el campo. Fue bastante traumático. Pero entre la inexperiencia y lo asustados que estábamos, no fue para menos.

—No te preocupes, Sarah —me consuela Eric, al ver, supongo, mi cara de horror—, ahora ya estamos preparados.

—Sí, ahora tenemos linternas —dice Álex, burlón, deslumbrándome con ráfagas de luz.

—La clave es mantener la calma —recuerda Eric—. También hay que tener en cuenta que hay espíritus traviesos que solo quieren divertirse.

—Son los *poltergeists* —prosigue Félix—. Supongo que conocerás la película. Lo más probable es que nosotros contactásemos con alguno de ellos la primera vez. Solo buscan algo de diversión a nuestra costa, pero si sabemos identificarlos, no hay problema porque normalmente se van cuando son descubiertos.

—¿Entonces esperáis que me quede tranquila y calmada si un vaso explota o si se apagan las velas? —pregunto. Ni siquiera sé si soy capaz de aguantar cuando el vaso empiece a moverse.

—No vamos a contactar con nada raro, Sarah. Solo nos ha pasado ese incidente una vez de todas las veces que hemos hecho la güija.

—¿Es que hacéis esto todos los días?

—Solo en días especiales como hoy —explica Eric—. Adriana y Kevin viven en Jaén capital y Félix en Martos, un pueblo vecino. Nos reunimos una vez cada dos meses.

Así que por eso no me suenan sus caras...

—Ahora que tengo carnet de conducir es más cómodo —señala Adriana. Efectivamente, es mayor que nosotros—. Antes teníamos que venir en autobús.

—Y las combinaciones con este pueblo no son nada buenas —recuerda Félix.

Eric aprovecha el silencio para clavar su mirada en mí. Me toma de las manos firmemente y dice:

—Sarah, si no quieres hacerlo, lo entiendo. Nos iremos de aquí y volveremos a casa. No quiero que te asustes por caprichos de un tío loco como yo, de verdad.

La idea de volver al resguardo de mi calentita y segura casa suena tentadora. Aun así, lo pienso mejor. Hasta hace poco siempre he pensado que esas cosas no eran ciertas, que ni los fantasmas, ni los espíritus existían. Pero desde que conozco a Eric las cosas han cambiado y ahora creo en todo eso. Aunque, claro, creer no es lo mismo que comprobarlo con tus propios ojos. Yo sé que Eric no miente, es más, ¿quién diría que ve muertos y que puede sentirlos? La cuestión es que siempre queda una duda inquieta que se muere por comprobar que todo eso es cierto. Que hay algo más allá. Que la muerte

es solo el tránsito a otro sitio.

Y claro, es esa duda, esa curiosidad incansable, la que me corroe por dentro y hace, como diría mi madre, arriesgarme.

—Veré cómo la hacéis.

Eric sonrío.

Todos se sientan alrededor de la mesita mientras yo me coloco detrás de Eric, sin apartarme más de dos palmos de su espalda. Estoy nerviosa, lo reconozco, pero su presencia me reconforta.

—Antes de nada, Sarah —dice Félix girándose hacia mí—, debes sentarte sin cruzar las piernas, ni tampoco los brazos. En el hipotetiquísimo caso de que se dirigiese hacia ti, ni se te ocurra salir corriendo. Recuerda mantener la calma y responder con normalidad, como si estuvieras hablando con nosotros. No le preguntes por alguien conocido que haya fallecido. Y, por encima de todo, nunca le preguntes si el ente es bueno o malo, ni mucho menos cómo murió. Algunos seres creen que todavía siguen con vida y desvelarles que están en el otro lado les altera.

Asiento con la cabeza repetidas veces.

—De todas formas no creo que le vaya a preguntar nada —aclaro.

Entonces se cogen de las manos formando un círculo y guardan silencio en torno a la mesa. En ella hay un vaso de cristal bocabajo sobre un tablero con un «sí», un «no», un «hola», un «adiós» y todas las letras del abecedario en forma de abanico. No sé bien cómo funciona eso, pero, por lo que he visto en las películas, creo que tienen que apoyar los dedos sobre el vaso para que reaccione. Sin embargo, ellos siguen agarrados sin moverse un centímetro.

Se me ponen los pelos de punta. Todo está en la más inquietante de las calmas. La atmósfera está cargada de humedad, incienso y tensión. Mucha tensión. El titilar de las velas hace que nuestras sombras dancen a su antojo con parpadeos fugaces. No entiendo cómo se mueven las llamas si la habitación está cerrada a cal y canto, incluido las ventanas. Supongo que alguna brizna de viento se debe colar por los resquicios, aunque yo no noto que haya una gota de aire en la estancia. Ya empiezan mis delirios.

Permanecen inmóviles unos minutos eternos. Hasta que lentamente van colocando con suma delicadeza el dedo índice sobre el centro del vaso, uno a uno. Primero Eric. Luego los demás.

Entonces, Eric inspira hondo y dice:

—¿Hay alguien ahí?

Su voz, fuerte y honda, retumba en las esquinas. Todos esperan en

silencio, pero no sucede nada. Yo no le quito ojo al vaso, expectante ante el más mínimo movimiento. Lo miro tan fijamente que hasta tengo la sensación de que se mueve. Lo que es la mente humana, te hace ver cosas que no son.

—Entes del más allá, seres del otro mundo, si estáis ahí, acudid a mi llamada —insiste Eric.

Si se supone que no se les debe decir que están muertos, con eso de «entes del más allá» y «seres del otro mundo», Eric se ha lucido. Espero que no se lo tengan en cuenta.

El vaso tiembla. Esta vez no me lo he imaginado. Todos lo han notado, pues se han erguido como ávidos sabuesos a punto de ser alimentados con carne fresca.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —El vaso se niega a moverse—. Si estás ahí, te ruego que te manifiestes.

Quietud. Pasan segundos. Luego minutos. Pero nada sucede. Yo doy por perdido aquel ente, cuando Eric pronuncia:

—Ya está aquí.

Las velas se agitan con más vehemencia. Doy un sobresalto. Sin querer me aferro a Eric como si dependiera mi vida de ello. No sé si puedo tocarlo, pero me niego a soltarme. La temperatura desciende, lo noto. Como si alguien hubiera abierto un ventanal al polo norte, solo que sin nieve y sin viento. Me dan escalofríos, y esta vez de los malos. Seguro que tengo miles de espíritus atravesando mi cuerpo en este momento. ¡Y encima siendo yo un imán! No quiero admitirlo, pero mi confianza y tranquilidad mental se evaporan. Creo que Eric se da cuenta porque me aprieta fuerte la mano que le queda libre.

Pasan pocos segundos y el vaso se desplaza, lenta pero incesablemente.

«Hola»

—Hola —contesta Eric con una voz potente y clara. Es sorprendente que guarde tanto la compostura en una situación como esa. Verlo tan seguro me resulta admirable. Los demás, aunque serenos, no parecen por la labor de hablar. En cambio, él asume el control de la situación y no muestra señales de miedo o duda. Ni siquiera un titubeo—. Somos un grupo de chicos que estamos interesados en hablar contigo. Mi nombre es Eric y ellos son Álex, Adriana, Félix y Kevin. —No ha dicho mi nombre, aunque como no estoy participando en la sesión, supongo que será mejor así. Espero que los espíritus no me puedan ver, allá donde estén—. ¿Nos puedes decir tu nombre?

El vaso tarda un poco en reaccionar, pero cuando lo hace se desplaza de una letra a otra sin detenerse.

«Ya os conozco», dice.

Me da un escalofrío. Aquello no me gusta. ¿Por qué los conoce? ¿Cómo es posible? Ahora sí que estoy asustada.

—¿Eres Bartolomé? —pregunta Eric sin temblarle la voz ni nada. Vaya tío.

«Sí».

Entonces todos parecen tranquilizarse un poco: la mayoría suspiran de alivio, otros relajan los hombros. Pero yo no logro entender por qué. ¿Quién es ese tal Bartolomé? ¿Es un espíritu bueno o malo? ¿Puedo hablar ya?

Kevin, que parece darse cuenta de mi estado, se gira y me susurra al oído:

—No es la primera vez que hablamos con él. Bartolomé es un espíritu pacífico. Hace tiempo que se quedó atrapado entre este mundo y el otro y no recuerda bien por qué. No tienes nada que temer.

Ahora soy yo la que suspira de alivio. Menos mal.

—¿Todo bien por ahí, Bartolomé? —pregunta Eric.

«Sí».

—¿Hay mucha gente como tú en ese plano? —dice Félix de pronto—. Me refiero a personas que no recuerdan lo que han ido a hacer, o lo que no han terminado.

«Bastantes».

—¿Recuerdas hoy por qué estás atrapado en ese lugar? —dice Álex.

«No».

—¿Sigues sin ver a mi hermana, verdad? —pregunta Adriana.

«Nunca la he visto».

—Adriana perdió a su hermana pequeña hace dos años—me susurra Eric—. Teme que algún día contacte con ella, lo que significaría que no ha podido pasar al más allá.

—Pobre —murmuro.

Todo parece ir con normalidad. Pero entonces, un soplo de viento apaga parte de las velas. Solo quedan encendidas dos. La temperatura desciende varios grados más de golpe. El frío me atenaza los músculos. El pánico se apodera de mí. No sé qué sucede.

—Bartolomé, ¿qué ocurre? —pregunta Eric.

Pero el viento vuelve a arremeter. Una de las ventanas cede y deja pasar

un chorro de aire que zarandea mis cabellos. No veo nada. Las velas se han apagado. Estoy aterrada. Noto mi corazón desbocado, mi respiración entrecortada.

Un haz de luz ilumina la estancia. Y luego otro. Son las linternas. Gracias a dios. Veo el rostro de Eric. No parece tan asustado para todo lo que está ocurriendo, no me ha soltado la mano ni un instante.

—Vámonos de aquí, por favor, Eric.

—Tenemos que cortar la conexión, si no puede ser peor.

De pronto silencio. El viento ha amainado por completo. Solo se oyen nuestras respiraciones. Los rayos de luz alumbran la habitación. Los amigos de Eric siguen con el dedo sobre el vaso, después de un estoico esfuerzo por no retirarlo.

—Bartolomé —comienza Eric—, no sé qué ha ocurrido, pero tenemos que regresar ya. ¿Podemos irnos?

El vaso se toma unos segundos en responder. Cuando lo hace se dirige hacia un monosílabo. El peor.

«No».

Los amigos se quedan de piedra. A mí me entran ganas de llorar. Para nuestra sorpresa, el vaso prosigue su marcha.

«Alguien quiere hablar con Sarah».

Noto cómo se hiela mi sangre. ¿Por qué sabe que estoy allí? Y lo peor de todo: ¿cómo sabe mi nombre? Antes Eric no dijo nada al respecto. Todos se miran, atónitos. El vaso parece convulsionar. Temo que vaya a salir disparado contra la pared, o contra mí. Entonces se queda inmóvil. Nadie se mueve un ápice. Miramos el cristal sin pestañear. Esperamos un buen rato... hasta que a Eric le da un escalofrío.

—Hay alguien más —susurra— y no es conocido.

El vaso se activa con movimientos fugaces. Va de aquí para allá, primero en círculos, luego de una punta a otra sin marcar una letra concreta. Se ha vuelto loco, y nos va a enloquecer a nosotros también. Sobre todo a mí, que estoy al borde de la histeria.

Se detiene justo en el centro del tablero. Entonces señala muy lentamente una letra tras otra. Y mis ojos no dan crédito al mensaje:

«Hola, Sarah. Soy yo, mamá».

## CAPÍTULO 9

*Sábado, 31 de octubre. 20:30 p.m.*

No puedo creerlo.

El mensaje resuena en mi cabeza, como si la voz de mi madre lo hubiera pronunciado. «Hola, Sarah. Soy yo, mamá». Trato de asimilarlo, de asumir que no es ninguna mentira, ninguna mala jugada de mi imaginación, ninguna broma de los amigos de Eric. Tengo que comprender que el vaso se ha movido por aquello que dice ser mi madre.

Pero no lo consigo. Mi mente se niega a procesar la información, a admitir que aquello está ocurriendo de verdad, que no es una pesadilla.

—¿Cómo que tu madre? —me pregunta Eric—. ¿Es que ella está muerta?

Soy incapaz de escucharle. Mi mirada sigue fija en el vaso de cristal. ¿Cómo es posible que hayamos contactado con ella? Hace casi dos meses del accidente. Yo ya empezaba a olvidarla, a hacerme a la idea de que se había marchado, de que estuviera donde estuviese, ya no estaba conmigo. ¿O es que todavía hay posibilidades de que regrese? ¿Acaso no está muerta del todo? ¿Eso es posible, o simplemente desvarió?

Siento que no estoy preparada para esto. No puedo reabrir esa herida. No de esta forma.

—¡Sarah, reacciona! —insiste Eric.

Hasta que no me zarandea por los hombros, no consigo volver en mí. Sé que he entrado en *shock*, pero desconozco cuánto tiempo. Miro alrededor y comprendo que sigo en el mismo caserón. Las linternas iluminan como

pueden la estancia. Eric y sus amigos aún tienen el dedo posado sobre el vaso y éste permanece sobre la letra «a», de la palabra «mamá». Ha debido de ser un breve lapso de tiempo.

—Tuvimos un accidente —digo. Soy incapaz de despegar la mirada del tablero—. Hace dos meses.

Eric recibe mis palabras con ojos muy abiertos. No da crédito a lo que oye.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿No sabes lo peligroso que puede llegar a...?

—Eric, no es momento de discutir —interviene Adriana.

Lo dice por una buena razón: el vaso ha comenzado a agitarse. Y me da miedo, me aterra. No sé si estoy lista para ver qué sucede. Aquello me sobrepasa. Estoy tan impactada que lo vivo todo como en un sueño. Como cuando llevas más de un día sin dormir y todo parece que vaya a cámara lenta. ¿Cómo he llegado a esta situación?

El vaso cesa sus temblores. Luego se desplaza despacio, pero sin pausa.

«Te necesito».

Se refiere a mí. Mi madre desde el otro lado, me necesita. ¿Por qué? Estoy hecha un lío, no entiendo nada.

Entonces caigo en la cuenta de algo. Si mi madre está comunicándose conmigo y nosotros solo podíamos contactar con espíritus que no han pasado completamente al más allá, ella aún no descansa en paz. Tiene un asunto pendiente por resolver.

Aquello hace que reaccione por fin. Me activo. Noto la energía bullir en mí. De un brinco me incorporo al círculo de amigos y pongo mi dedo índice también sobre el vaso.

—Mamá, estoy aquí, ¿qué te pasa?

Todos se quedan perplejos ante mi iniciativa. No sé si es lo correcto, si debería haber hecho algún tipo de ritual antes de entrar, pero me da igual. Mi madre necesita mi ayuda. Solo con pensar que ella puede estar atrapada... Me da un vuelco el alma.

El vaso se mueve.

«Tienes que sacarme de aquí».

Aquello reabre la idea de que mi madre aún tiene posibilidades de volver conmigo. Y no puedo controlarme, necesito saber qué ocurre.

—¿De dónde te tengo que sacar? —grito—. ¿Qué tengo que hacer?

Entonces el vaso se detiene. Es un parón brusco. Temo que se haya

perdido la conexión, que haya hablado demasiado alto o que haya hecho alguna cosa mal de las que me explicó Félix. El frío sigue haciendo mella en nosotros y en aquellos momentos de aparente calma es cuando más se nota. Las linternas enfocan la güija, expectantes al recorrido del vaso. Pero éste no se mueve ni un centímetro.

Entonces monto en cólera y la histeria me domina.

—¿Por qué no se mueve, Eric?! ¿Qué está pasando?! —Le agarro por los brazos, clavándole las uñas, y ahora soy yo quien le zarandea.

—No lo sé, Sarah. Tienes que calmarte.

—¿Que me calme? —repito con una voz tan chillona que cuesta reconocerla—. ¿Cómo quieres que me calme cuando estoy hablando con mi madre muerta? Tienes que arreglar la comunicación. —Me dirijo entonces al resto del grupo—. Tenéis que arreglarla, como sea.

—A veces los mensajes tardan más tiempo en llegar —dice Félix con un hilo de voz.

Me lanzo sobre él con una velocidad pasmosa. Noto que estoy respirando muy rápido, como si un torrente de adrenalina corriera por mis venas.

—¿Cuánto tiempo? —le exijo saber.

—Minutos, puede que incluso horas. En cada caso depende de las condicio...

Se interrumpe al notar que el vaso vuelve a vibrar. Para mi alivio, reemprende su camino sobre el tablero. Jamás hubiera pensado que necesitaría tanto seguir hablando por la güija. Pero es de mi madre de quien estamos hablando. Tengo que saber qué le ocurre, lo necesito.

«Ayúdame a pasar al más allá».

Aquello destroza la posibilidad de recuperar a mi madre. Aunque, siendo realistas, creo que esa idea solo era fruto de mis más ansiados sueños. Yo misma vi cómo cerraban la tapa de su ataúd. Aun así no es momento para depresiones. Decido olvidar ese tema y prestar atención.

—¿Por qué no puedes pasar?

—Le tiene que faltar algo por hacer —contesta Félix—, todos los espíritus no pasan definitivamente al más allá porque les queda algo por hacer en este mundo.

El vaso se activa esta vez más pronto. Es raro notar que el cristal se mueva de forma tan decidida y sin parar un segundo. Ahora que estoy yo con el dedo puesto, noto perfectamente que nadie lo está manipulando, que no

hay ningún gracioso gastando una broma. Aunque quizás lo hubiera preferido.

«No queda tiempo».

—No queda tiempo, ¿para qué? Dime qué tengo que hacer.

El vaso vuelve a pararse en seco y me entra miedo. Miedo a que se corte la conexión. Miedo a que mi madre esté en peligro. Miedo a que haya cometido algún error al hablar. Y lo peor de todo: miedo a no saber qué ocurre.

—Por favor, mamá, no me abandones. Por favor, contesta. Yo te quiero. Háblame. Por favor...

De repente el vaso responde a mis súplicas. Se agita. Pero esta vez lo hace a una velocidad sorprendente. Va de una letra a otra sin tiempo a recordar la anterior. Adriana reacciona a tiempo y coge boli y papel. No sé de dónde los ha sacado, pero doy gracias de que los tenga a mano. Cuando el ajetreo cesa, me muerdo las uñas esperando a que me muestre el mensaje. Primero es ella la que lo lee, supongo que para ver si tiene sentido, y por la mueca y lo mucho que se abren sus ojos, deduzco que sí lo tiene. Y no parece agradable.

Me muestra el folio. Y me quedo sin aliento.

«Sálvame. Mi muerte no fue lo que parece. No fue un accidente. Te necesito, Sarah, por favor, te necesito».

Todos clavamos la mirada en el tablero. Sin embargo, el vaso permanece inmóvil, sin signos de que vuelva a moverse.

*Sábado, 31 de octubre. 21:36 p.m.*

Yo era feliz en la ignorancia. Bendita frase esa de «ojos que no ven, corazón que no siente». No puedes preocuparte por algo que no sabes. Así de sencillo.

En cambio ahora no puedo dejar de pensar en mi madre. En sus mensajes: «Te necesito», «sálvame...», «...no fue un accidente...» Parece que su voz resuena en mi cabeza una y otra vez, una y otra vez, incansable. Como una pésima canción.

—¿...Quieres escucharme?

Vuelvo a la realidad y veo que unos ojos grisáceos se clavan en los míos. Por su ceño fruncido parecen molestos.

—¿Qué decías? —le digo a Eric como una autómatas. Es como si aquella maldita sesión de espiritismo me hubiera absorbido la energía.

Acabamos de recoger los bártulos y ahora emprendemos el camino de vuelta a casa todos juntos, sin separarnos demasiado y cabizbajos. Parece que volvemos de la guerra y la hayamos perdido. ¿Quién me mandaría a mí hacerle caso a Eric? Sería mejor que le hubiera dejado a él con sus rarezas y yo haberme quedado tan a gusto en la cama.

El silencio del bosque solo queda roto por la fractura de alguna que otra rama, o el batir de las alas de algún pájaro que vuela despavorido ante nosotros. Bueno, y por la voz de Eric que no para de acribillarme a preguntas. Parece enfadado, pero no estoy de humor para dar explicaciones. Solo quiero regresar cuanto antes y olvidar ese día.

El problema es que él no para de hablarme. Decido prestarle algo de atención por fin.

—...vez no sea el mejor momento, lo admito —va diciendo—, pero solo te pido que me expliques por qué no me has contado antes lo de tu madre.

—Yo creía que tú lo sabías. Bueno, que todo el mundo lo sabía —me defiendo—. ¿No me dijiste que en este pueblo la gente se entera de tus secretos? Pues ése ni siquiera era un secreto. Era un hecho. Mejor dicho, es un hecho: mi madre está muerta.

—Pues no lo sabíamos, no. Deberías habérmelo contado —insiste él. ¿Cómo puede ser tan cabezón? Me está poniendo negra.

—¿Y cómo quieres que te lo dijera? «Hola, Eric, ¿has visto que día tan bonito hace hoy? Ah, por cierto, mi madre murió en un accidente de tráfico. Ya podemos ir a dar un paseo».

—No me hace gracia —dice de pronto.

—¡Ni a mí tampoco!

No entiendo a qué ha venido ese comentario. Ni que me estuviera tronchando de la risa en su cara. A lo mejor no sabe diferenciar la cara que pongo cuando río, de cuando estoy a punto de llorar.

—Pues no lo parece. Tú tal vez no lo entiendas, pero nos has puesto en grave peligro a todos.

Espera que ahora voy a ser yo la culpable de que mi madre se haya muerto.

—¿Grave peligro?

—Sí, Sarah, en tu estado has participado en la güija. Y eso no es nada bueno.

—¿En mi estado?

—Todas las personas que participen y sientan baja su autoestima, o se sientan deprimidas, ponen en riesgo la sesión y atraen a entes malignos. Félix te lo dijo bien claro: «una persona atrae lo que siente». Y tú aún estás afectada por la pérdida de tu madre.

—Eso es una estupidez —me excuso—. Además fuiste tú quien prácticamente me obligó a participar.

—Pero te pregunté antes si querías hacerlo y si estabas segura. ¿Recuerdas lo de la tranquilidad mental y todo eso? No eran tonterías, es algo que hay que cumplir.

—¿Cómo pretendes que me acuerde de todas las reglas que ha soltado tu amigo en un momento? ¿Y qué esperabas que hiciera? ¿Que me hubiera ido yo sola de vuelta a casa porque no tenía paz mental? ¿Que te hubiera obligado a acompañarme? Me habrían llamado la aguafiestas de por vida. Además creo que te estás yendo de la cuestión, porque lo importante aquí...

—No, Sarah, lo siento pero no. La cuestión aquí es que has puesto en peligro a todo el grupo, al saltarte una norma crucial, ¿verdad, Félix?

—A mí no me metas —dice el chico que permanece detrás de nosotros junto al resto de la comitiva con gesto incómodo. No debe ser grato presenciar semejante escena.

No sé si es porque Eric está delante de sus amigos, el caso es que no le reconozco. ¿Dónde está el chico considerado y divertido del que me enamoré? Desde luego ése no es.

—Bueno —prosigue—, el caso es que no nos has hecho caso y creo que todos nos merecemos una disculpa.

Espera, espera, espera. ¿Una disculpa? ¿Por no tener paz mental o como sea?

—¿Pretendes que me disculpe yo? —repito, incrédula—. ¿Que pida perdón después de lo que he pasado? Por si se te ha olvidado, mi madre está muerta y lo peor de todo es que acabo de hablar con ella y me ha pedido ayuda. Y no sé qué hacer, no sé cómo ayudarla. Por si fuera poco tú no me apoyas y te encaras conmigo como si yo lo hubiera estropeado todo, como si fuera la única culpable.

Sí, estoy llorando. Las lágrimas recorren mis mejillas y salen de mis ojos a borbotones. Pero me da absolutamente igual.

Eric por fin parece que se da cuenta de lo mal que lo estoy pasando. Me envuelve con sus brazos y me pega contra su pecho.

Pero aquello no me sienta bien. No después de todo lo que me ha soltado. Si hubiera sido una disculpa por su parte, un «lo siento», o simplemente una explicación de por qué se está comportando así, me valdría. Pero no consiento que acalle mi llanto contra su pecho, porque así parece que solo soy una niña chica que pierde la paciencia muy pronto y que esa es su forma de consolarme. Yo no necesito consuelo, necesito ayuda. Alguien que sepa cómo actuar ahora, que coja las riendas de la situación.

Pero Eric no es ese alguien. Solo es el terco que cree tener razón cuando más equivocado está.

Por eso me libero de su abrazo y seco mis lágrimas con los puños de mi chaqueta.

—Déjame en paz. Ya sé volver sola.

La brújula tintinea con cada pisada y se me clava en el cuello. Nunca me ha molestado tanto.

—Espera, Sarah.

Aunque yo ya estoy corriendo camino abajo. Lejos, muy lejos de él.  
Demasiado...

## CAPÍTULO 10

*Martes, 3 de noviembre. 10:17 a.m.*

—Vamos, Sarah, tienes que comer algo —la voz de mi padre tiene la súplica escondida en su tono.

Llevo cerca de media hora con el plato de las tostadas delante y sin probar bocado. Tengo el estómago cerrado, bueno, mejor dicho sellado. Y eso que no me he llevado nada consistente a la boca desde hace varios días. No quiero preocuparle, pero si intentase comer algo, lo echaría todo de vuelta.

Han pasado tres días y aún no sé qué pasó en *Halloween* exactamente. Conocí a los amigos de Eric, hicimos la güija y nos comunicamos con un espíritu aparentemente pacífico. Hasta ahí, todo está dentro de una normalidad relativa. Pero entonces el ambiente se volvió oscuro y no estoy segura de vivir los momentos siguientes: la conversación con mi madre, su mensaje de ayuda y, lo peor de todo, la discusión con Eric. Ojalá hubiera sido todo una pesadilla, una alucinación o cualquier otra cosa. Sin embargo, no he vuelto a ver a Eric desde entonces y eso es como un jarro de agua fría que la realidad me lanza sin piedad. Vamos, que todo ocurrió, no hay duda.

No he ido al instituto desde entonces. El hecho de que no haya comido nada en días basta para que mi padre se crea aquello de «no me encuentro bien» y me deje en la cama sin presionarme. Es cierto que no tengo hambre, que me entran arcadas nada más pensar en comida, pero creo que la culpa no es de una enfermedad, sino de una persona: Eric. El dichoso muchacho del que hace cuatro días estaba locamente enamorada. Él es el causante de todos

mis males. De mi falta de apetito, de mis embelesamientos inoportunos, de mis noches en vela y de algún que otro llanto nocturno. Cuesta reconocerlo, pero sí, es la primera vez que lloro por algo así.

Diréis que menuda estupidez, que vaya imbécil, o que soy una peliculera. Pero es así. Pienso en los días que pasamos juntos, en la noche bajo las estrellas, en lo que me reía con él, en nuestros besos, en cómo me miraba con aquellos ojos que parecían decir «te quiero»; y me entra nostalgia, ganas de correr a su casa y lanzarme a sus brazos. Pero entonces recuerdo la noche de *Halloween* y todo se desmorona.

Cualquiera con dos dedos de frente se habría dado cuenta de mi estado, de que después de hablar con mi madre muerta no estaba para discutir y que lo único que necesitaba era comprensión y apoyo. Pero Eric parece que solo tiene un dedo de frente porque no ha venido a disculparse, o al menos a explicarme por qué se puso así de estúpido. Es verdad que yo no estaba del todo tranquila para hacer la güüija, pero eso es lo de menos, al fin y al cabo, en esa sesión no atraje a nada peligroso, a ningún ente malvado. Aunque, sinceramente, quizás lo hubiera preferido. Porque la conversación con mi madre es la otra gran razón de mis noches sin pegar ojo.

«Te necesito, Sarah», sus palabras resuenan en mi cabeza con su voz, y eso que las formaron un vaso encima de un tablero. Es de locos. Yo no tengo ni idea de cómo ayudar a una persona atrapada entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Otro motivo más por el que deseo ver a Eric, estoy segura de que juntos ya habríamos encontrado alguna forma de ayudarla.

Luego está lo de que su muerte no fue un accidente. Le he dado miles de vueltas en la cabeza y en una de esas vueltas, he conseguido recordar la conversación de mis padres antes del accidente. Ellos dijeron que alguien estaba detrás de mi madre, que quienquiera que fuera no iba a ir a por mí porque la buscaba a ella. Mi padre no quiso contestar cuando le pregunté más tarde. Entonces conocí a Eric y ese asunto se quedó guardado en algún profundo rincón de mi mente. Hasta ahora.

Si como mi madre dijo, su muerte no fue un accidente, es probable que quien estaba persiguiéndola, sea la misma persona que la mató. Pero eso es solo una suposición porque no veo la relación entre el accidente y un supuesto asesinato. Nuestro coche no dio señales de estar estropeado o de haber sido manipulado. Además, llevábamos cientos de kilómetros recorridos cuando sucedió, así que si hubiera sido sabotado, se habría notado antes, digo yo. Aunque tampoco estoy muy puesta en el mundo del motor.

Sé que debería preguntarle a mi padre, que él es el único que puede arrojar algo de luz. Pero ahora lo veo con algo más de energía desde que ella murió, con alguna que otra sonrisa sincera a lo largo del día y, conociéndolo, soy consciente de que indagar en el asunto sería como hurgar en la llaga. Y no quiero eso. Para una vez que se encuentra más recuperado, prefiero morir de incertidumbre. Además, tarde o temprano Eric y yo tenemos que hablar. Aunque no sé a qué espera para aparecer por casa, porque si se cree que voy a ir yo a la suya, va listo.

—¿...no crees que deberíamos? —pregunta mi padre.

No he seguido el hilo de la conversación, así que no me queda más remedio que decir:

—¿Qué?

Mi padre suspira, cansado.

—Decía que aún tenemos el trastero lleno de cajas con cosas antiguas y que tampoco vendría mal una manita de pintura a la casa, ¿no crees?

Reconozco que la fachada da un poco de pena. Por no hablar de los desconchones del desván y del salón.

—Podríamos pintarla esta tarde —sugiero.

Mi padre abre muchos los ojos, impresionado.

—¿Lo dices en serio?

No entiendo a qué viene tanta sorpresa, hasta que intento recordar cuándo fue la última vez que mi padre y yo hicimos algo juntos. Y, claro, no consigo hacer memoria. Alguna que otra vez habremos ido a lavar el coche, o a hacer la compra, pero poco más. Supongo que de ahí su ilusión. Ahora veo que he sido bastante desconsiderada con él. El pobre no creo que tenga muchos amigos en el pueblo y desde que mamá murió solo ha salido de casa para ir a trabajar y poco más. Yo encima apenas le he prestado atención. Me siento fatal.

—Claro que lo digo en serio. Creo que algo de actividad nos vendría bien para... despejarnos —digo finalmente.

Mi padre asiente repetidas veces. No le he comentado nada sobre Eric, pero está claro que algo se huele porque si no hubiera preguntado. Deduzco por su cara que prefiere no decir nada antes que meter la pata.

—Primero tendríamos que ordenar un poco todo lo que hay en el trastero. —Se detiene un momento, como si no supiera cómo seguir hablando—. La mayoría son cosas de tu madre. Yo no sé qué hacer con ellas. A ver si entre los dos...

—Está bien, papá.

Soy consciente del esfuerzo que tiene que hacer para hablar de su gran amor. Tengo el impulso de abrazarlo, pero no sé muy bien cómo hacerlo, así que me contengo. Todavía me sigue dando algo de corte, qué le voy a hacer.

—Primero tendrás que comer algo si quieres tener fuerzas para cargar con todo.

Y milagrosamente, parece que el hambre llama a mi estómago.

Ordenar las cosas de un muerto es la actividad más enigmática y pesada del mundo. Y si le añades un fuerte vínculo emocional, como el que tenía yo con mi madre, la cosa se hace aún peor.

Por un lado es intrigante ver qué te vas a encontrar entre tantas cajas, bolsas, arcones y armarios. Que si un vestido mono que podría ponerme hasta yo, que si unos zapatos que ni muerta me pondría yo, que si su diario de cuando era joven, que si su móvil, maquillaje, monedero, bolso..., hasta acabar con las manos entre sus tangas dados de sí. Esa puede ser la parte más entretenida de la organización, lo que yo he bautizado como el «qué encontraré».

Luego está la parte más «ahogadiza», como dicen en el pueblo; la que más cuesta. Cuando encuentras una foto de mi padre y ella de vacaciones en no sé qué isla, o cuando ves otra del día en que yo nací, en los brazos de mi madre: la primera foto familiar. O peor aún, cuando te topas con el álbum de su boda, con aquel hombre joven, sonriente y trajeado, junto a aquella mujer de blanco, igual de feliz, bajo una lluvia de arroz, a las puertas de la iglesia.

También está cuando tropiezas con el primer CD-ROM de mi madre de Robbie Williams y recuerdas aquella vez que intentó ponerlo en el reproductor de vinilos por equivocación. O cuando desembalas una maleta y ves aquel albornoz que ella solía dejar mojado y lleno de pelos para irritación de mi padre.

Recuerdos y más recuerdos. Muchos son dolorosos, no hay duda; otros te sacan una sonrisa espontánea, que, por desgracia, pronto adquiere ese matiz amargo. Porque ya no está allí contigo relatando cada anécdota, probándose de nuevo cada camiseta roñosa, cada vestido harapiento. Porque sabes que eso no lo podrás repetir, que no regresará.

Menos mal que tengo a mi padre al lado. Ahora es él el que narra cada batallita, cada historia que yo aún desconozco. En definitiva, dándole algo de alegría al ambiente. Está la historia de la rata que salió del bolsillo del

pantalón de mi madre. El cortaúñas que le rebanó medio dedo gordo a mi padre. «Herencia de tu querida madre», dice, pues fue ella quien se lo hizo al asustarse con una abeja. También está la vez que les llovió de camino a Marsella en mitad de un carril embarrado y quedaron atrapados en el coche. Mi padre asegura que esa fue la peor noche de su vida; tuvieron que dormir en el coche y encima había una manada de lobos afuera. Suerte que a la mañana siguiente hizo sol y pudieron arrancar sin bajarse.

De historia en historia perdemos la noción del tiempo y cuando nos damos cuenta ya son más de las cuatro de la tarde. Y todavía no hemos comido nada.

—¿Tienes hambre? ¿Qué te parece si me paso a por un pollo asado? — propone.

Asiento. El desayuno me parece un tanto lejano y ya no hay ni rastro de las náuseas al pensar en comida. Es más, mi estómago ruge como apoyando su propuesta.

—¿Quieres acompañarme? —pregunta.

La verdad es que con las pintas de zombi que debo tener, mejor no salir a la calle, vaya a ser que me den caza.

—Prefiero quedarme aquí.

—Como quieras. Puedes descansar, llevamos toda la mañana ordenando cosas sin parar.

Pero yo no tengo ganas de parar. Cuando mi padre sale por la puerta, sigo desempaquetando las últimas cajas que nos quedan. Hay de todo, desde disfraces, hasta contratos de alquiler de a saber qué época. Intento agruparlas como puedo, porque después de tanto tiempo en el desván, tampoco hemos organizado muy bien tanto trasto. Básicamente dejamos en un montón lo que sirve y en otro lo que no. Apilo como puedo los papeles en una esquina y me encamino hacia otro mueble. Es un tocador antiguo que dudo que aguante mucho peso. No recuerdo haberlo visto, quizás estuviera allí antes de que nos mudásemos. Abro sus cajones y compruebo que están casi vacíos. Salvo uno. Algo del fondo llama mi atención. Lo extraigo con cuidado y le quito la capa de polvo con un soplido.

Mi corazón se detiene un instante. Aquello no puede ser cierto, después de tanto tiempo sin comer bien, debe de faltarme alguna vitamina y no veo con claridad. Me restriego bien los párpados con el puño de la camiseta, pero lo sigo viendo igual. Un tablón de madera astillosa, con una luna y un sol en cada esquina. Con las letras y los números borrosos, pero visibles. ¡Es una

güija! Pero, ¿qué hace allí? No es el mismo modelo que la que usé con los amigos de Eric, ésta tiene un color ocre, mientras que la de ellos era negra y con símbolos blancos. Aun así, supongo que debe funcionar igual.

Me siento intrigada. No sé si es de mi madre o estaba ya en la casa cuando llegamos. Por su aspecto diría que lleva aquí un tiempo. Lo que es extraño es que mi padre no se haya dado cuenta de ese tocador en el rincón.

«Te necesito, Sarah», la voz de mi madre parece arremeter de nuevo. A mi mente acuden los recuerdos de la sesión güija. De cómo el vaso se movía pidiendo ayuda. De que no le quedaba mucho tiempo. Y el pánico se apodera de mí.

Llevo el tablón a la cocina y cojo un vaso de cristal. Mi padre hace apenas unos minutos que se ha ido, todavía le tiene que quedar un buen rato.

De repente noto el peso de la brújula que me regaló Eric. La cadena araña la piel de mi nuca, como si alguien estuviera tirando hacia abajo. En todo este tiempo me he negado a quitármela, ¿por qué sé yo? ¿Esperanza tal vez? La aguanto sobre mi mano un instante. Veo cómo la aguja se agita sin cesar, como siempre. «A veces perderse es la mejor opción», recuerda la voz de Eric en mi cabeza.

—¿De qué sirve perderme, si tú no me ayudas a encontrarme?

Desabrocho el enganche al segundo intento, le dedico una última mirada y la deposito sobre la encimera de la cocina. La brújula parece lejana separada de mi cuello.

No estoy segura de qué es lo que me impulsa a hacer aquello yo sola, supongo que las ganas de salir de dudas. El caso es que cojo un vaso y lo coloco al revés sobre la madera.

—¿Hay alguien ahí? —pregunto.

Y el cristal no tarda en moverse.

**SEGUNDA PARTE**  
**EL OTRO LADO**

## CAPÍTULO 11

*Martes, 3 de noviembre. 3:00 p.m.*

«**S**oy un idiota, soy un idiota».

Eric no para de repetírselo una y otra vez. Luego lo piensa de nuevo y no se recrimina tanto su actuación con Sarah. «Es que ha puesto en peligro a todos mis amigos. Si al menos hubiéramos estado los dos solos...». Aunque más tarde recapacita otra vez y vuelve a lamentarse. «Si es que soy un idiota, un completo idiota».

Han pasado tres días desde que Sarah se marchó enfadada y ha tenido tantos pensamientos contradictorios que ahora mismo le cuesta sumar dos más dos. Juega a la consola en su casa, acompañado de Álex, que sospechosamente no quiere dejar solo a su amigo, a pesar de que Eric afirma y reafirma que se encuentra bien. Álex no se fía del todo y por eso pasa con él más tiempo del habitual.

—Tenemos que llegar a la base antes que los nazis —dice Álex taladrando el mando.

Los altavoces de la televisión rugen a tope en el cuarto de Eric, pero nadie les escucha; ventajas de tener su habitación en la buhardilla.

Eric también colabora en la lucha: dispara, cubre a sus compañeros, salta, se agacha... Pero lo hace prácticamente por inercia porque dentro de su cabeza está teniendo lugar otra batalla, una crucial. Por un lado se muere de ganas de ver a Sarah, hablar con ella, disculparse por haberle hablado así. Reconoce que no actuó bien. En su defensa alegaría que él también estaba nervioso ese día, que era la primera vez que llevaba a alguien tan especial a

una de sus sesiones y, lo peor de todo, que habían hablado con la madre de Sarah. Aunque, pensándolo detenidamente, podían haber contactado con algo mucho peor, con cosas horribles... Sin embargo, lo que más le molesta a Eric es que Sarah no le haya dicho nada sobre ese tema. Él sabía que vivía sola con su padre y se imaginaba que tal vez sus padres estuvieran divorciados o cualquier otra cosa. Pero nunca que había muerto en un accidente de tráfico dos meses antes. Eso es lo que le molesta, que ella no le haya dicho nada. Es verdad que no es una cuestión que salga de manera espontánea, pero si realmente le preocupa, debería habérselo contado, ¿no? Para eso están los..., bueno, lo que quiera que sean en ese momento ella y él, que, desde luego, no lo tiene nada claro.

—¡Dale, dale! —grita Álex. Pero Eric no reacciona a tiempo y el «*game over*» no tarda en aparecer en la pantalla—. Tío, Eric, así no se puede jugar. Hay que estar más atento.

Suelta el mando encima de la alfombra y se encara con su amigo. Éste se halla recostado en la cama, observando las tablas de madera del techo.

—Tú puedes decir que estás perfectamente, pero a mí no me la das. Llevas unos días que no estás y los dos sabemos desde cuándo es.

—Tienes razón. ¿Pero qué quieres que haga?

Álex se sienta a su lado y le mira fijamente.

—Sabes que yo siempre te he dicho que la amistad es lo primero, que si entre nosotros se mete cualquier chica, primero tú y luego ella. Por eso precisamente he dejado a Clara.

Eric deja de mirar las musarañas para dedicarle una mirada de reojo.

—¿Quién es Clara? ¿Y qué tengo que ver yo en tus relaciones?

—Puede que no lo sepas, pero llevo usándote como excusa para cortar un tiempo. Espero que no te importe.

—¿Cómo que excusa? —pregunta Eric. Luego hace un ademán impreciso con el brazo—. Mira, da igual, no quiero saberlo. Ni siquiera sé de qué me sorprende.

—Sí, mejor que no lo sepas.

Ambos permanecen en silencio un momento, tratando de acordarse de dónde había venido esa conversación. Pero, en lugar de recordar, lo que acude a la mente de Eric es otra duda.

—¿Pero tú no estabas con Mónica?

—Mónica y yo hace una eternidad que lo dejamos. Bueno, que la dejé.

—¿En serio? Yo creía que ésa era la buena. ¿Cuánto tiempo llevabais

juntos ya?

—Rozando la semana.

Eric silba exageradamente.

—¡Guau! —exclama—. Y, ¿cómo la dejaste? Un record como ese merecía algo especial.

—«Te dejo», le dije.

—¿Ya está?

—¿Para qué enrollarme más? Es la economía del lenguaje. El ser humano tiende a ahorrar tiempo y fuerzas en todo lo que dice y hace, y un ejemplo de ello es en las conversaciones. Una persona no dice: «voy a ir al baño que tengo que hacer mis necesidades», dice: «voy a mear». ¿Por qué alargar más las cosas cuando el mensaje es idéntico, pero más corto? Podría inventarme eso de «no es por ti, sino por mí», o «es que he conocido a otra». Pero el mensaje seguiría siendo el mismo: «te dejo».

—Eres un cabrón.

—No soy yo el cabrón, lo es la especie humana. Es pura genética. No me culpes solo a mí.

—Como quieras, pero eres un cabrón.

Ambos se quedan mudos de nuevo. Llevan relaciones muy diferentes, pero su amistad jamás se ha visto afectada. Por un lado está Álex y la cantidad de chicas que han probado sus labios. Y por otro lado muy distinto, Eric, que nunca ha tenido una relación tan intensa como la que tiene con Sarah.

—Ahora llevo un tiempo con otra —dice de pronto Álex sin parar de observar el techo.

Eric, que conoce perfectamente las ambigüedades en la forma de hablar de su amigo, no tarda en preguntar:

—¿Un tiempo cuánto es? ¿Un día, unas horas, unos minutos?

Álex continúa con la vista clavada en los tablones del techo. Normalmente contradeciría a Eric, explicándole que en realidad lleva junto a esa chica algo más de dos días o puede que incluso tres, pero en aquella ocasión sigue meditando sin desviar la mirada. Eric no tarda en darse cuenta de que algo distinto le sucede a su amigo. Se incorpora en la cama y penetra en su campo de visión.

—¿Quién es la afortunada esta vez?

Álex traga saliva y se muerde el labio. Parece que no quiera contárselo.

—Se supone que no debería decir nada todavía. Pero a ti no puedo

ocultártelo más.

—¿Quién es?

—Adriana.

Eric suelta una carcajada.

—Venga ya, Álex. —Le da un codazo en el costado—. Me lo estaba creyendo.

Pero él no tuerce su gesto serio. Eric empieza a pensar que no es ninguna broma.

—Espera, espera. ¿Lo dices de verdad? ¿Tú y Adriana? Pero si os lleváis como el perro y el gato.

—Lo sé. Pero eso es parte de nuestra relación. Hay parejas, como tú y Sarah, que no paráis de besuquearos por aquí y de daros cariñitos por allá. Pero nosotros nos peleamos... hasta que salta la chispa.

—¿Cuánto tiempo lleváis así?

—Casi un mes.

Eric nota que sus ojos se le van a salir de sus órbitas.

—Pero si cuando hicimos la güija casi os tiráis de los pelos —recuerda.

—Ya te lo he dicho. Así es nuestra relación. Se supone que es un secreto, pero a ti te lo quería contar.

Eric sonríe. Sabe que Álex y él siempre se han intercambiado batallitas, sobre todo las de Álex. La mayoría son historias sin importancia, solo para echar unas risas. Pero le agrada pensar que también puede contar el uno con el otro en momentos serios.

—¿Y crees que vas a durar más que de costumbre? ¿Qué pasa con tu teoría de lo interesante? —pregunta Eric.

La teoría de lo interesante es una excusa más que Álex se inventó a la hora de dejar plantada a una chica. Según él, la mente humana tiende a irse a lo interesante. Por eso cuando se cansaba de estar con una por cualquier tontería, Álex siempre se acogía a esa teoría, diciendo que ya se había acabado el interés de esa relación, que su mente tendía a irse con otra chica cuando pasaba por su lado, o que le resultaba más interesante la nueva vecina. Un ejemplo que se ingenió fue el hombre que duerme. Tal y como le explicó a Eric hace ya un tiempo, cuando una persona se duerme es porque su mente está imaginando algo más interesante que la propia realidad. Es decir, que los sueños son más atractivos para la mente que estar metido en una cama con todo a oscuras. Por eso, según él, las personas se quedan dormidas; el cerebro desconecta para irse al mundo de los sueños que es más

interesante.

Eric ha tratado de rebatírsela en varias ocasiones. Una de ellas fue cuando le preguntó qué ocurre con las personas que se duermen en sitios con mucha actividad, a lo que Álex respondió que esas personas tienen una gran imaginación y son capaces de crear mundos muy interesantes, más que todo el barullo que pueda haber a su alrededor. Ha habido más intentos de refutar la teoría, pero él siempre se las apaña para salir del paso.

—Esta vez es distinto. Con ella cada día se convierte en lo más interesante del mundo, aunque no hagamos nada. Sé que no es como las anteriores chicas. Llevo un mes y mi mente no se ha fijado en ninguna otra. Ni siquiera un simple giro cuando pasa una con un trasero de infarto.

—¡Vaya! —dice Eric—. Creo que es la primera vez que tú, Alejandro Fuentes Pirandello, dices que no te giras para mirarle el culo a una chica.

—Yo estoy igual o más sorprendido que tú, créeme —confiesa Álex—. Pensarás que por qué te lo he contado ahora, aparte de porque eres mi amigo y porque te quiero mucho y todo eso.

—No me lo había planteado, pero ahora que lo dices...

—¿Ves? Tienes tal empanada mental que no eres tú, Eric. Antes siempre te preguntabas el porqué de las cosas. Y cuando digo siempre, digo hasta para la más ridícula estupidez. Como aquella vez que buscaste en Internet por qué alguna caca flota y otra no. Pero ahora, mírate, no haces más que mirar al vacío sin prestar atención a nada.

—¿Y qué propones? —pregunta Eric subiendo el tono de voz.

—¡Que reacciones! Que vayas a casa de Sarah, le mires a los ojos y hagas lo que te salga del alma. Pero no quiero verte así de atontado más. Quiero recuperar a mi amigo.

Eric se incorpora, volviendo a recobrar las energías que antaño siempre le sobraban.

—Pero tal vez ella no quiera verme o...

—Si te quedas aquí tirado nunca lo sabrás. Así que ponte guapo, plántate en su puerta y aclara las cosas de una vez.

Álex lo arrastra hasta el cuarto de baño y le enciende la ducha con agua fría. Al cabo de unos minutos, Eric sale con un aspecto más vivo. Parece otro. Álex le ha preparado una ropa que hasta él mismo se pondría en sus noches de ligues. Se la prueba y... ¡un nuevo y apuesto Eric está listo para enfrentarse a su destino!

—Nunca has sido de acicalarte mucho, pero he de reconocer que cuando

quieres, sabes cómo hacerlo.

Ambos salen de la casa de Eric y toman direcciones opuestas. Antes de girar por una esquina, Álex le dice:

—Piensa que si Adriana y yo hemos podido tener algo, tú y Sarah deberíais estar ya casados y con varios hijos.

Eric sonrío. He ahí su mejor amigo.

Conforme se acerca a la casa de Sarah, los nervios aumentan, es directamente proporcional.

Ese recorrido lo ha andado decenas de veces en las últimas semanas y nunca se ha sentido tan tenso. Aunque tampoco ha tenido tantas ganas de ver a Sarah como ahora. Porque sabe que ella es para él. Porque a pesar del desliz del otro día, Sarah y él aún tienen un largo camino juntos. Porque ha sido imaginarse a ambos con sus vidas resueltas, envejeciendo juntos, hasta con hijos, como ha sugerido Álex, y el corazón se le ha acelerado. Ahora lo tiene claro, no quiere separarse de ella, y si tiene que arrodillarse a sus pies para que le perdone, lo hará. Porque cuanto más lo piensa, más reconoce que cometió un error la noche de *Halloween*. Debería haber apoyado a Sarah y no echarle en cara que hubiera puesto en peligro a sus amigos. Después de todo, contactaron con su madre, bastante tiene ya con eso, como para que además le pidiera explicaciones.

«Si es que soy un idiota, un idiota integral», piensa. Pero esta vez no hay otro pensamiento que lo contradiga. Es idiota y punto.

Gira la esquina de la casa de Sarah y...

Se detiene en seco.

En la puerta hay una ambulancia. La casa está abierta. Tiene un mal presentimiento.

Eric corre. Se abalanza al interior. Mira a todos lados. No ve nada. Se va a otra habitación. Tampoco. Un destello le llama la atención en la cocina. Es la brújula de Sarah. La que él le regaló. «¿Por qué se la ha quitado?» La cápsula yace con una fina grieta que surca todo el cristal. Sin meditarlo, se la lleva al bolsillo y la guarda bien hondo.

Al girarse, ve un tablero. Parecido al que usa con sus amigos. Y un vaso encima, hecho añicos.

Su corazón da un vuelco. Está temblando. De miedo, de puro miedo. Desde el otro lado le llegan voces. Y pasos. Se dirige hacia allí. Muy rápido, como una exhalación. Irrumpe en la estancia. Sin importarle nada. Sus ojos

buscan aquello que no quiere ver. «Por favor, que no sea ella; por favor, que no sea ella...». A la derecha, un tumulto de gente. Todos se agolpan, formando un círculo. Hay varios enfermeros, también policías. Reconoce al padre de Sarah, que no para de llorar.

Eric se lanza sobre ellos. Se abre hueco a empujones. No le importa que sean agentes.

Y entonces la ve a ella. Su amor. Sarah. Tumbada en el suelo. Con los ojos cerrados. Con gesto de paz. Eric no da crédito. «No puede ser, esto no puede estar pasando». De repente unas manos lo sacan de allí con fuerza. Él se resiste y consigue zafarse a base de sacudidas.

Llega corriendo a la escena justo cuando el enfermero se levanta del suelo y le dice al padre de Sarah:

—Lo siento, señor Pereira, su hija ha entrado en coma.

## CAPÍTULO 12

*Martes, 3 de noviembre. 4:49 p.m.*

**E**ric corre. Ha salido de la casa de Sarah como alma que lleva el diablo. No sabe hacia dónde, pero no para. Corre para ahogar sus pensamientos, corre para que el cansancio de sus músculos le robe fuerzas a las ganas de llorar. Corre para paliar el dolor, para no gritar.

Porque Sarah está en coma y muy posiblemente sea por su culpa. Se maldice, se muerde el labio hasta hacerse sangre y aprieta tanto los puños que se clava la uñas. Pero aquello no enmendará su error. ¿Por qué ha tenido que tardar tanto en decidirse? ¿Por qué tuvo que darse esa ducha antes de ir a verla? ¿Por qué no fue corriendo como tantas otras veces hasta su casa? Quizás así hubiera llegado antes, tal vez solo unos minutos. Pero suficientes.

Cuando se da cuenta, está en el zaguán de su casa. Se apoya en la puerta y descarga su rabia a golpes contra el quicio. El puño le arde, nota la hinchazón, el dolor agudo. Pero sigue propinándole sacudidas. Una, y otra, y otra... Hasta quedarse sin fuerzas. Se derrumba en el bordillo y rompe a llorar. Las lágrimas se derraman por sus facciones, su llanto irrumpe en la anodina tarde de pueblo. Los vecinos, curiosos, se asoman, pero ninguno se atreve a preguntar, pero, eso sí, no le quitan ojo.

A Eric lo que menos le importa ahora son las apariencias. Ni siquiera se ha dado cuenta de que está siendo observado. En su cabeza ronda la misma pregunta una y otra vez: ¿cómo? ¿Cómo ha podido entrar en coma? ¿Cómo es posible que tuviera una güija? ¿Cómo fue capaz de usarla sin nadie? ¿Cómo no le advirtió de lo peligroso que era hacerla sola? Cómo, cómo y

cómo... Pero ninguna respuesta. Solo una cosa es segura: Sarah está en coma y, por mucho que digan los médicos que se debe a una de esas cardiopatías o enfermedades que pueden provocar la muerte súbita, Eric lo tiene claro: la güija es la responsable. Lo sabe. Como otro poder. Como cuando ve una sombra lejana y de inmediato reconoce que es un espíritu. Solo que este poder no sabe si se debe a su condición de médium. Es simplemente algo en su interior que le advierte de que Sarah no despertará de buenas a primeras, que está lejos, muy lejos de él.

No sabe a ciencia cierta si es posible que la güija induzca un estado de coma. Pero, si no, ¿qué hacía el tablero sobre la encimera con un vaso? Está claro que ella se ha topado con ese chisme en algún sitio y lo ha usado para contactar con su madre. Aunque algo ha tenido que salir mal. Quizás Sarah no sabía cómo cerrar una sesión y no se ha despedido del ente. O le ha preguntado alguna cosa prohibida. O tal vez haya contactado con algo extraño. «Maldita sea, son tantas las posibilidades», piensa Eric. Si él hubiera estado allí con ella, nada habría sucedido.

Pasan los minutos y empieza a recobrar la calma. Ya no le quedan apenas lágrimas y conforme recupera la compostura, su capacidad de análisis vuelve a él. Siempre que se encuentra en un aprieto, se pregunta lo mismo: «¿qué hago?». Porque sabe que por muy peliaguda que sea su situación, por muy callejón sin salida que parezca, siempre hay una solución, una vía de escape, unas escaleras que saltan el muro del callejón. «Tiene que haber algo que se pueda hacer», se repite. Es consciente de que es muy poco probable que Sarah despierte así como así, que seguramente haya que hacer *algo* para ayudarla. La cuestión es que no tiene ni idea de qué puede ser ese *algo*.

Respira hondo y trata de borrar la imagen de Sarah inconsciente de su cabeza. Hace un soberano esfuerzo y al final lo logra. Ahora piensa rápido porque quedarse de brazos cruzados nunca arregla nada. Medita durante un buen rato, pero no encuentra la forma de ayudar a Sarah. No está tan puesto en el tema del espiritismo, como para resolver aquella encrucijada.

«Llama a Félix», parece que le dice una voz en su cabeza.

Eric se queda rígido un instante. ¿Quién ha dicho eso? Mira alrededor, pero no hay nadie. ¿Ha sido su subconsciente? Se mantiene quieto, expectante a que esa voz se repita en su cabeza. Pero no lo hace. Entonces se incorpora de inmediato. ¿Qué más da lo que haya sido? Acaba de dar con la clave. Félix. ¡Claro! Él lo sabe todo sobre los espíritus. Seguro que ha leído algo en algún libro.

Se pone de pie de un brinco y entra en su casa como un obús. Ha encontrado ese *algo* que hacer.

En apenas una hora, el grupo de los espiritistas ya está reunido. Pese a la cita imprevista, han podido acudir todos: Álex y Adriana, que guardan las formas delante de tanta gente, el asustadizo Kevin y, el más importante, Félix. Álex ha sido el primero en llegar, porque era vecino de Eric y solo ha tenido que esperar a que acabase de vestirse. Los otros tres han venido con Adriana en su coche. Eric ha optado por avisarlos a todos para así tener más ayuda.

Se hallan en la plaza del pueblo, a los pies de una fuente redonda que antes solía inundar el lugar con el murmullo de sus chorros, pero que ahora yace apagada por algún motivo. Lo ideal hubiera sido que se encontrasen como tantas otras veces en la casa abandonada, pero debido a la urgente necesidad, han acordado verse allí. De todas formas, el lugar está tan tranquilo como siempre, con sus ancianos incansables sentados al sol, cual salamanquesas, y algún que otro bar terminando de recoger las últimas mesas para echar el cierre.

—Se puede saber a qué viene tanta prisa —dice Kevin, que, junto a Félix, es el último en llegar y trae cara de dormido—. Estaba echando la siesta y con las curvas no he podido retomarla por el camino.

—Por eso has tardado tanto en coger el teléfono, ¿no? —inquire Álex.

—Es que estaba en silencio —se excusa.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunta Félix, preocupado.

Eric narra la historia con pelos y señales, sin omitir ningún pormenor. No es agradable recodar cómo encontró a Sarah tumbada en el suelo con aquella expresión en el rostro, pero hace un esfuerzo y lo cuenta todo. Sabe que cuantos más detalles dé, mejor para que sus amigos le ayuden. Sin embargo, la mente que más piensa es la de Félix y si él no encuentra una solución, difícilmente lo harán los demás.

Al acabar, Eric tiene que reprimir las ganas de llorar, y no resulta nada fácil. Álex no tarda en darle un abrazo de esos que ahogan. Comprende que no tiene que ser sencillo encajar ese duro golpe, después de que finalmente se decidiera a recuperar su relación.

—¿Estás seguro de que Sarah usó la güija? —inquire Félix que no ha pestañeado ni una vez en todo el relato.

Eric hace un gesto contrariado.

—No la vi haciéndola exactamente, pero es demasiada casualidad que haya un tablero a la vista y con los restos de un vaso encima.

—Lo digo para que no saquemos conclusiones precipitadas.

—Os lo he contado tal y como lo vi —asegura Eric con la mano en el pecho.

—¿Es verdad que alguien se puede quedar en coma con la güija? —pregunta Kevin con una nota de temor en su voz.

—No es muy corriente, pero sí —explica Félix—. Lo normal cuando entras en contacto con un ente del otro plano es que tu cuerpo reaccione de forma defensiva. Es igual que si uno de nosotros, que no hemos salido de Europa en la vida, nos vamos de repente a la selva tropical. Nuestras defensas no están preparadas y nuestro sistema inmunológico lucharía contra los nuevos gérmenes.

—No sé si estoy todavía medio dormido, pero no te sigo —confiesa Kevin, restregándose los ojos con el puño de su camiseta.

—Lo que quiero decir —indica Félix—, es que nuestro cuerpo reacciona al contacto con un espíritu. Aunque no veamos nada, algún tipo de energía incide sobre nosotros. Por eso nos puede doler la cabeza, o tener problemas al dormir.

—Vamos, que es como un virus más —resume Adriana, al comprenderlo.

—Más o menos. La diferencia es que un virus provoca unos síntomas concretos, y un espíritu puede afectar de manera más general. Lo que me extraña es que no he leído nada de síntomas tan extremos como el coma. Por regla general cuando alguien hace la güija por primera vez, siente dolor de cabeza, problemas intestinales, náuseas, falta de apetito, depresión, ansiedad...

—¿Entonces? —pregunta Eric.

—Pues quizás sea algo más grave que eso.

Eric se queda perplejo.

—¿A qué te refieres?

—Quizás el hecho de que su madre esté en apuros ha hecho que Sarah se introduzca voluntariamente en el otro plano.

—¿Pero es que Sarah está en el más allá? —pregunta Kevin, atemorizado.

Félix niega con la cabeza.

—No está en el más allá, sino en el otro lado —matiza—. Es el mismo

plano en el que se quedan los espíritus con los que hablamos, un lugar entre la vida y la muerte.

Los amigos se miran unos a otros. Luego depositan toda su atención nuevamente en Félix. No están seguros de haberlo entendido.

—Si estuviera en el más allá —aclara—, estaría muerta y no en coma. Pero si de algo estoy completamente seguro es de que Sarah está en el espacio entre este mundo y el otro. Su conciencia debe de estar vagando entre los dos planos en busca de sabe dios qué.

—Si llego a conocer que era tan peligroso, no hago la güija ni en broma, vamos —declara Kevin.

—Es peligroso si no se tiene el conocimiento necesario.

Eric no da crédito a lo que escucha. Su amor, su chica, Sarah, perdida en un espacio intermedio entre el mundo de los muertos y el de los vivos. Y todo por su culpa. Si hubiera sido más considerado... Ahora estarían los dos dando un paseo, o incluso planeando otra acampada en esta soleada tarde de otoño.

—¿Y qué propones? —pregunta Eric, reprimiendo esos pensamientos—. Algo se podrá hacer para sacarla de allí, ¿no?

Félix se rasca la barbilla.

—Creo que leí algo hace un tiempo sobre ascensiones...

—Vamos, piensa —le presiona un Eric ansioso que no suele tratar así a sus amigos. Se nota que aquella situación le hace perder los estribos.

—Ahora mismo no lo recuerdo exactamente —afirma Félix tras unos minutos—, pero estoy seguro de que he dejado el libro en el coche de Adriana.

La aludida suelta un bufido.

—Estoy harta de que tengas la parte de atrás llena de tus papeles. El día menos pensado van todos a la papelera.

Félix se disculpa con una sonrisa pícara.

—Te acompañamos a cogerlo —zanja Álex, emprendiendo el camino.

El chico niega con la cabeza.

—No, no hace falta. Mejor vosotros buscad las cosas que necesito. Sea lo que sea lo que vayamos a hacer, hará faltan velas, unas mantas y un pulsímetro. Tú padre es enfermero, Álex, quizás tú puedas conseguir el pulsímetro.

—Puedo intentarlo.

—Bien, espero que sepamos cómo funciona. —Se vuelve hacia Eric y murmura—: También necesitaremos un objeto personal de Sarah. No sé si

tú...

Eric se lleva la mano al bolsillo casi en un acto reflejo. Con pesar muestra la brújula que él le regaló y que ahora permanecía con el cristal quebrado. Los amigos observan el balanceo de la cadena, como hipnotizados.

—Eso servirá —confirma Félix.

Todos conocen la historia de ese objeto. El hecho de que ahora esté en manos de Eric hace que recuerden la última discusión entre ambos. Por eso rehúyen de su mirada.

—¿Qué vamos a hacer con todo eso? —inquire Adriana.

—Mucho me temo que más rituales.

Los amigos intercambian miradas de temor. Adriana busca la mano de Álex disimuladamente y la estrecha con fuerza, Kevin aprieta los labios y Eric mantiene su gesto serio. Aun así, ninguno se deja amedrentar tan fácilmente.

Poco tiempo después, los cinco jóvenes ya están reunidos en el viejo caserón abandonado, con los rayos del ocaso como telón de fondo. A nadie le preocupa que se les haga de noche en mitad del campo, excepto a Kevin. El muchacho, que ya es miedoso de por sí, ha tenido que hacer acopio de todo su valor para poder acudir. Tras saber que se están jugando la vida con esa peligrosa afición, ve la güija con otros ojos, unos mucho más asustados.

—Juro que esta vez sí que he notado que alguien nos seguía —afirma el joven, tratando de aparentar serenidad y no ese pavor que de verdad sufre.

—Sí, claro, nuestras sombras —se mofa Álex.

No es la primera vez que Kevin tiene la sensación de estar siendo perseguido, pero esta vez lo ha notado de verdad. Quizás sea por el miedo, o por el hecho de que está más nervioso que nunca. El caso es que no para de lanzar miradas furtivas hacia atrás, y juraría que en una de ellas, ha visto a alguien.

—Nos gustaría creerte, pero ya hemos salido en busca de perseguidores fantasma tres veces y en ninguna hemos encontrado nada —dice Félix, recordando tiempos pasados—. Será mejor que te tranquilices. ¿Habéis traído las cosas?

Todos asienten. Félix y Adriana han recogido el libro del asiento trasero del Nissan de la muchacha. Kevin se ha adueñado de unas mantas roñosas de un tendedero, sintiéndose fatal al descolgarlas. Acto seguido se ha provisto de una bolsa de patatas gigante en un kiosco, las reservadas para ocasiones de

suma tensión. Álex, acompañado de Eric, ha acarreado con la indumentaria de la güija: velas, incienso y linternas. También han cogido el pulsímetro del maletín de su padre, con cierto temor a ser descubiertos.

—Suerte que mi padre tiene un equipo de repuesto en casa —dice Álex, soltando el aparato en el suelo—, ¿qué vamos a hacer con todo esto?

Félix, que ha permanecido más callado de lo habitual desde que entraron por la puerta, exhibe uno de sus más serios semblantes. Sus ojos no paran de recorrer el texto del libro.

—He estado leyendo por el camino el ritual, y no es agradable —confiesa.

Todos se miran con recelo.

—Escúpelo ya, Félix —pide Eric.

—Me temo que la única forma de sacar a Sarah del coma es enviando a alguien al otro lado.

El silencio invade la sala. Solo se oye el zarandeo de las ramas y el ulular de algún búho madrugador.

—¿Estás diciendo que hay que mandar a alguien a buscar a Sarah? ¿Mandar al mundo de los espíritus? —inquire Kevin, con una voz aguda, casi rozando la histeria.

—Sí —corroborra Félix—. El método consiste en llevar al trance a alguno de nosotros para poder rescatar a Sarah del espacio intermedio entre la muerte y la vida. Pero es muy peligroso porque una vez dentro, solo pueden salir del trance aquellos que consiguen lo que han ido a buscar allí. Es como aquellos espíritus que vagan entre este mundo y el otro, apegados a un último objetivo, salvo que al revés: ahora es un vivo el que se introduce en el mundo de los semimuertos. Lo preocupante es que si no se consigue aquello por lo que entramos, mucho me temo que no podremos hacer que regrese.

La voz de Félix se extingue entre las sombras de la habitación y cede paso a un silencio sobrecogedor.

En cualquier otra ocasión, los amigos creerían que están siendo víctimas de una broma, pero después de lo ocurrido a Sarah, saben que dice la verdad. De ahí que les cueste asimilar la situación. Ellos, que hacían la güija como entretenimiento, como quien juega a las canicas o al ajedrez, se ven abrumados ante la posibilidad de que algo que llevan practicando tanto tiempo y que les ha servido para afianzar sus amistades, se vuelva en su contra.

Adriana se repone antes de la impresión y rompe la calma:

—¿Qué pasa si no hacemos nada?

Los amigos se giran hacia ella y, posteriormente, hacia Félix.

—Que Sarah seguirá en coma.

—¿Pero no cabe la posibilidad de que ella solucione por sí sola aquello por lo que ha entrado en ese espacio?

Félix se rasca la barbilla.

—Eso no puedo saberlo. El problema es que desconocemos si Sarah es consciente de que ha pasado al otro plano; tengo entendido que el tránsito de un espacio a otro deja a la persona aturdida y confusa. Además, pueden pasar meses, o incluso años hasta que Sarah logre resolver su asunto pendiente. El problema es que ella necesite ayuda. Cuando una persona pasa a ese plano, deambula de un lugar a otro. Y cuanto más tiempo pase, más lejos andará, reduciendo así las posibilidades de encontrarla más tarde. El otro lado es un lugar igual que la Tierra.

A Eric le da un escalofrío.

—El objeto personal de Sarah —prosigue Félix, ojeando el grueso tomo de tapas erosionadas— o sea, la brújula, es para afinar más al pasar al otro plano. Al enviar a uno de nosotros, vamos a tratar que aparezca lo más cerca posible de Sarah. Aunque es la primera vez que se intenta algo así. Es imposible calcular exactamente dónde aparecerá quien se introduzca. Con la brújula, solo podemos asegurar que el margen de error sea mínimo. Lo más mínimo posible —se corrige.

Eric sostiene el objeto entre sus dedos. La idea de perder a Sarah para siempre le aterra. No quiere separarse de ella, quiere que todo vuelva a ser como al principio, como la primera vez que la besó en la montaña. Daría lo que fuera por poder ir al pasado y quedarse anclado en esos días. Anclado a Sarah.

Y él sabe muy bien cómo hacerlo.

Sujeta con fuerza la brújula en su puño. Un segundo, solo un segundo más. Como si con ese pequeño apretón pudiera acercarse más a Sarah. Luego se despidе llevándosela a los labios y la suelta en la mesa con un sonido hondo.

—Iré yo.

## CAPÍTULO 13

*Martes, 3 de noviembre. 8:35 p.m.*

De repente, el frío inunda la estancia.

El ritual ha comenzado hace ya un tiempo y hasta ahora nada ha ocurrido. Eric se encuentra mal monitorizado con un pulsímetro de dudosa fiabilidad, que emite regulares pitidos cada dos segundos. La brújula reposa sobre su pecho, firmemente apretada.

Desde el primer momento, ninguno de sus amigos se ha opuesto a su elección. Claro que les preocupa que Eric quede atrapado en el plano intermedio entre la vida y la muerte, pero le conocen bien y saben que una vez tomada su decisión, no hay quien la quite de su cabeza. Además, para comentarios del estilo «no vayas, que es muy peligroso», o «puedes quedarte atrapado para siempre», ya tiene a su propia conciencia. Saben que seguramente esté muerto de miedo, por mucho que no lo demuestre. Y si él tiene las agallas de guardar la compostura y no dar una mínima señal de pánico, ellos tampoco tienen derecho a expresar su temor.

Por su parte, Eric trata de pensar en otra cosa, pero el silencio y la espera son el mejor aliado de sus peores miedos. Piensa en lo que se encontrará al otro lado y se imagina a él siendo devorado por las tinieblas. O vagando de un lugar a otro sin recordar quién era. Solo pensar en Sarah le da fuerzas. Las tardes discutiendo sobre temas absurdos, sus dedos enredados en su pelo, su cara de dormida cuando la recogía por las mañanas, sus pedos mal disimulados, aquella primera vez que se encontraron sus miradas allá por septiembre. Pero sobre todo piensa en aquella noche mágica, en los dos

metidos en su saco de dormir, con ella acurrucada en su torso desnudo. Y el valor para continuar gana terreno al miedo.

Por eso no se asusta cuando el frío inunda su cuerpo. Ni cuando las velas de la habitación se desvanecen. Ni cuando el círculo que ha pintado Félix empieza a brillar y todo tiembla. Aun así, sí que se estremece al presentir que algo se aproxima. No sabe si es por ser médium, pero nota cómo los espíritus se le acercan. Y no es igual que siempre. No son meros susurros, o roces del aire. Es algo más evidente. Más real.

Le da un escalofrío. El pulsímetro pita con frecuencia; no lo niega, está empezando a asustarse. Pero eso no significa que vaya a echarse atrás. Luchará por Sarah, por la chica que ha alterado su mundo. Entonces los espíritus comienzan a suspirarle, a susurrarle; nota sus hálitos vacuos en su nuca, en sus oídos. Pero él solo cierra los ojos. El pulsímetro se acelera aún más. Parece que el ritual está funcionando. El suelo comienza a vibrar, pero aguanta dentro del círculo. La sala gira y gira. No lo ve, pero sabe que algo está cambiando a su alrededor. Siente el frío penetrar en su ser con más vehemencia. Le cuesta respirar. El pitido del pulsímetro se hace cada vez más lejano, como si estuviera varias habitaciones más allá. Se está mareando.

Y de golpe los nota. Comienzan a tocarle. Un dedo, luego las manos. Los espíritus jamás le han tocado antes. No de esa forma. Es un tacto frío, penetrante y ligero, como el pinchazo de una aguja de viento. Al principio solo es uno, luego vienen más. Y más, y más. No es capaz de contarlos. Tampoco quiere verlos. Piensa en Sarah y desea que aquello pase pronto. Pero no puede ignorar cuando comienzan a tirar de él, cuando las leves caricias se convierten en zarandeos. Primero de un brazo. Luego del otro. Más tarde de las piernas y hasta de la cara y del pelo. Todo su cuerpo es agitado con violencia. Aprieta cuanto puede los párpados. No quiere mirar. El pitido del pulsímetro está desbocado. Sabe que se aleja de su mundo, porque apenas lo oye ya. Eso, o que se está desmayando. Una de dos.

De repente, todos tiran de él desde todas las direcciones. Y Eric no puede evitar gritar. No de miedo, sino de dolor. Pero su voz no sale. No parece ser poseedor de su cuerpo. Solo el dolor llega hasta él. Los espíritus no dejan de tensar cada extremidad, cada pelo, cada dedo, cada trocito de piel. Como miles de minúsculos pellizcos que tratan de arrancar una parte de su cuerpo.

Hasta que todos esos tirones se desvanecen y comienzan a atravesarle. Uno tras otro, sin pausa. Aguanta esa sensación indescriptible conteniendo la

respiración. Pero son tantos, que lo que primero parece frío, ahora le quema. Trata de gritar, pero sigue sin lograrlo. Intenta zafarse, esquivarlos, aunque tampoco puede moverse.

Al final, el dolor es tan tenaz, el mareo tan fuerte y el frío tan ardiente, que deja de sentir.

«Tengo que salvar a Sarah del mal, tengo que salvar a Sarah del mal». Eric recupera el sentido lentamente. En su mente resuena el objetivo por el que se ha adentrado en el ritual y que Félix le advirtió que no olvidase.

Está tendido en el suelo, con los ojos cerrados. Levanta los párpados, pero no reconoce dónde se encuentra. Al incorporarse todo le da vueltas. Una sensación extraña le recorre; le duele todo, pero en realidad no le duele nada. Es como si su cuerpo estuviera aletargado, como con falta de energía. Parecido a lo que siente cuando duerme mal: ha descansado, pero está destrozado.

Cuando el mareo disminuye, observa su alrededor. Todo está destruido. Hay una especie de bosque, pero la vegetación está maltrecha y los troncos caídos y pútridos. Resulta como si hubiera pasado un huracán por esa zona y nadie se hubiera molestado en retirar los daños. Ni un solo árbol crece vertical, todos están apilados de cualquier manera y en todas direcciones. No hay rastro del caserón abandonado. Es más, ni siquiera está seguro de que se trate del mismo bosque. ¿Dónde ha aparecido? Es cierto que oye un riachuelo que podría coincidir con el río Chorrillo del pueblo, pero su cauce es escueto y sus aguas turbias y espesas. Por lo demás, no hay nada reconocible.

Se observa a sí mismo y ve que es completamente corpóreo. Toca una piedra cercana y comprueba que es también materia. Él se esperaba que su cuerpo fuera traslúcido, que atravesara los objetos y en lugar de andar, que levitase. Pero nada de eso. Es tan normal y corriente como en el mundo del que procede. Supone que la concepción que tenía del otro lado no era más que la creada por las películas, los libros y, en general, la sociedad. Pensándolo con más detenimiento, no tiene sentido que atravesase los objetos de ese plano cuando Eric ya es parte de él, en todo caso debería traspasar las cosas del mundo de los vivos. Aunque, claro, ¿dónde está ese mundo ahora? Vuelve a contemplar su entorno, pero no identifica nada.

«La brújula», recuerda. «¿dónde está?».

No cree haberla soltado. Durante el ritual se ha aferrado a ella con tanta fuerza que pensaba que rompería del todo el cristal. La encuentra en el suelo,

sepultada entre hierbajos grises y raíces secas. «Ojalá señale dónde está Sarah», desea Eric. Pero la aguja no para de danzar en su interior, incansable.

Eric maldice por lo bajo. Se cuelga la cadena al cuello y trata de mantener la calma. Su intención era aparecer en el mismo lugar que Sarah, o al menos no muy lejos, pero surgir en mitad de ninguna parte y sin rastro de ella le ha trastocado los planes.

Comienza a caminar sin saber bien adónde dirigirse.

—¡Sarah! —la llama—. ¡Sarah! Soy yo, Eric. ¿Estás por aquí?

«No grites».

Eric se vuelve hacia todos lados. ¿Qué ha sido eso? Era una voz, pero ha sonado como si estuviera... dentro de su cabeza.

—¿Quién anda ahí?

Pero por más que se gira alrededor, no localiza a nadie. «Bah, me lo habré imaginado», piensa, pasados unos minutos. Entonces prosigue su tarea.

—¡Sarah! ¿Puedes oírme?

Se da cuenta de que su manera de buscarla no es la más indicada, y más teniendo en cuenta que el mundo de los espíritus es de igual tamaño que el de los vivos. Aun así, ¿qué otra forma hay?

Todo se encuentra sumido en una calma inquietante. No corre ni una gota de aire y solo se escucha su respiración. El cielo está gris. Eric lo observa un momento y llega a la conclusión de que no son nubes lo que lo cubren, sino que ese es su tono natural.

Sigue una especie de camino, aunque, con todo tan destrozado, tampoco está seguro de que lo sea. Lleva un tiempo caminando sin rumbo, cuando ve que algo se le aproxima de frente. Fuerza la vista, y descubre a una persona. Asustado, busca un sitio para esconderse, pero no hay ni un mísero arbusto que florezca como es debido. Al agacharse, se da cuenta de que ya es demasiado tarde; seguro que le ha visto. Centra su atención en el desconocido y, a juzgar por sus andares serpenteantes, no parece que tenga ninguna prisa en toparse con Eric. Es más, ni siquiera sigue una dirección concreta.

Eric se arma de valor y decide probar suerte. Quizás pueda ayudarle. Se encamina hacia él con pasos decididos, ocultando el miedo que le corroe por dentro.

Cuando está a escasos pasos, da un brinco. ¿Qué le ocurre a su cara? Es irreconocible. No es que esté deformada o quemada, es como si fuera un borrón. Sus ojos no se distinguen, ni tampoco su nariz, ni su boca, ni sus orejas. En ellos solo hay unas motas más oscuras. Es como si estuviese

desenfocada.

Aun así, lo que quiera que sea esa cosa, parece ver perfectamente. Eric intenta ignorar sus rasgos difuminados y prosigue con su propósito de pedirle ayuda.

—Emmm... perdone —musita, temeroso—, ¿ha visto a una chica joven por aquí? La estoy buscando.

El aludido no se detiene a hablar, sino que lo esquiva, como si de una piedra se tratase, y prosigue su camino.

Eric se queda perplejo. Reacciona al poco rato, aunque el tipo ya le saca varios metros de distancia.

—¿Puedes oírme? —inquire, al darle alcance de nuevo—. Te he preguntado si has visto a una chica.

El individuo sin rostro por fin le presta atención y aproxima su supuesta cara a la de Eric, tratando de identificarlo. Entonces le echa a un lado con su brazo, desinteresadamente.

—Tengo que encontrar mi barco —murmura para sí. Su voz parece un eco lejano—, lo han robado esos granujas de Espronceda y debo recuperarlo. Tengo que encontrar mi barco, lo han robado...

El tipo continúa con su retahíla hasta que se pierde por el paisaje.

Eric le sigue con la mirada. No tarda en comprender que no está en sus cabales. Mejor no insistir.

Se gira... Y se sobresalta. Frente a él, una cara sonriente lo observa. Está a escasos centímetros, escrutándole con los ojos como platos, de ahí su sorpresa.

—¿Quién eres tú? —pregunta el chico retrocediendo.

Se trata de un hombre delgado, con rostro apacible y una sonrisa ancha. Para alegría de Eric, esta vez es perfectamente reconocible; su cara tiene ojos, nariz y boca. Nada fuera de lo común. Parece muy agradecido de toparse con él.

«Corre», le sugiere de nuevo esa voz en su cabeza.

Eric echa un rápido vistazo atrás, pero tampoco ve a nadie. Sabe que esta vez no se lo ha imaginado, pero no está dispuesto a rechazar ayuda así como así.

—He oído que buscas a Sarah —indica el hombre sonriente.

Eric se sorprende al oír el nombre de su chica.

—¿Sabes dónde está?

—Así es —confirma—, acompáñame y te llevaré hasta ella.

El hombre emprende el camino, sin esperar una respuesta. Pero Eric no se fía del todo. Bien es cierto que no tiene ni idea de cómo encontrar a Sarah, pero también sabe que no es conveniente confiar en el primero que le ofrezca ayuda desinteresada. Porque todo el mundo tiene un interés en algo, y Eric no cree que ese espíritu esté allí atrapado por no prestar ayuda a un desconocido.

«Corre», insiste la voz. Por primera vez quizás deba hacerle caso.

El hombre se detiene al comprobar que no le está siguiendo. Eric retrocede, temeroso.

—¿Por qué no vienes? —inquire, acercándose. Su ancha sonrisa ahora parece más siniestra que antes—. ¿No estabas buscando a Sarah? —su tono de voz es demasiado complaciente como para ser normal.

Eric se echa hacia atrás instintivamente. Se maldice a sí mismo por no haber disimulado su desconfianza. O por no haber obedecido a la voz de su cabeza antes. Ahora el tipo se aproxima y no sabe cómo actuar.

—No, es que... he perdido mi... cartera —improvisa.

No obstante, el hombre sonrío y esta vez no deja lugar a dudas de sus intenciones.

—No intentes engañarme, chico. Aquí no hay carteras.

Entonces se abalanza sobre Eric, que reacciona a tiempo. Lo esquiva y echa a correr. Intenta tomar una dirección concreta, pero los troncos, el follaje, las raíces y las ramas retorcidas no se lo permiten. Es consciente de que puede acabar dando vueltas en círculos, aunque es mejor eso que ser atrapado por ese espíritu. No sabe qué pretende, pero prefiere no averiguarlo.

Pasa el tiempo y no es capaz de darle esquinazo. El corazón le va a mil. Sigue saltando, cambiando de dirección, zafándose de ramas, rocas, hojas, barro, troncos... pero le pisa los talones. Eric aprieta el paso, aunque teme caer. Está acostumbrado a moverse por el campo, pero no por un terreno tan abrupto.

Mira de soslayo para ver si le persigue. Entonces tropieza con una raíz de un árbol mustio y cae de bruces.

Intenta incorporarse rápido, pero ya le ha dado alcance. Ahora aferra su pie y no puede soltarse.

—Ya eres mío.

«Tírale tierra», sugiere la voz de su cabeza.

Esta vez Eric no duda. Cierra el puño sobre el suelo y le lanza un manto de polvo con tierra seca. El tipo se lleva una mano a los ojos, y Eric aprovecha para quitárselo de una patada. Luego corre. Como nunca antes.

«Izquierda», le ordena la voz, al llegar a un cruce.

Eric se fía de su instinto o lo que sea y toma ese sendero. Aprieta el paso hasta que las piernas le arden. Escucha pasos que le siguen. No sabe cuánto más aguantará. Pero no mucho.

Entonces se detiene de pronto. Ha llegado a un montón de árboles caídos que bloquean el paso. «Maldito instinto». Eric trata por todos los medios de agarrarse a algo para escalar, pero solo hay hierbas secas y hojarasca.

El hombre le alcanza poco después. Su sonrisa perversa estremece a Eric.

—Gracias a ti, chico, estaré más cerca de ser el elegido, de ser su próximo portador.

—¿Qué quieres de mí?

Él se relame los labios, aunque en realidad pasea su lengua por todos sus dientes. Como si no pudiera parar de sonreír.

—Digamos que...

De repente, una sombra caída del cielo embiste contra el hombre y lo aparta de Eric. El chico no pierde un segundo y se levanta veloz. Apoya su espalda contra un gran tronco y se mantiene alerta. Ahora el hombre está en el suelo, retorciéndose contra algo que Eric no logra identificar. Van de aquí para allá a una velocidad trepidante. Sus gritos de dolor son lo único que se distingue. Se retuercen hasta un matojo y Eric les pierde de vista. Solo se escucha el fragor de la lucha. Piensa huir, pero a la velocidad a la que esa cosa oscura se mueve, seguro que le alcanza.

Entonces el ruido cesa. Todo queda en un silencio tenso. El corazón de Eric está desatado. Espera impaciente a que salga algo de detrás del matorral, pero el sonido de una voz se alza desde la maleza antes de mostrar a su dueño. Solo que la voz le llega directamente a su cabeza.

«¿Estás bien?», dice.

Eric la reconoce. Es la misma que le ha ido hablando mientras huía. El corazón le da un vuelco. No entiende nada. Tampoco puede responder, y aunque quisiera no sabría qué contestar. Todavía está en tensión y no cree que se vaya a relajar pronto.

Una capucha oscura brota del matojo. Ve un hombre vestido completamente de negro. Tiene una barba de varios días, aunque bien cuidada, y su porte grande y esbelto le confieren un aspecto intimidante. Sin embargo, lo que más le llama la atención son sus ojos oscuros como la noche. Al contemplar al muchacho adquieren una nota de interés que Eric juraría

haber visto antes.

—No te acerques —le exige, mostrando sus puños. Nunca se ha peleado, pero en esta situación está dispuesto a cualquier cosa.

«Tranquilízate. Tenemos que salir de aquí cuanto antes. Y será mejor que hables como yo, Eric», le dice, sin mover los labios.

Pero el muchacho, en lugar de tranquilizarse, se pone más nervioso si cabe. ¿Acaba de decir su nombre? Pero si no lo ha dicho en ningún momento.

—¿Cómo sabes cómo me llamo?

El hombre deja asomar una media sonrisa a través de su barba.

«¿Es que todavía no me has reconocido?»

## CAPÍTULO 14

*Martes, 3 de noviembre. 9:36 p.m.*

Una lágrima silenciosa brota de sus ojos y, recorriendo cuesta abajo su mejilla, se precipita al vacío hasta deshacerse en el rostro de su hija.

La mira con dolor, sabiendo que por más que rece, no despertará, que por más que apriete su mano entre sus dedos, no reaccionará. Su gesto beatífico contrasta con su habitual expresión de jovialidad. Varios tubos surcan sus brazos y recorren su pecho para infiltrarse por los orificios nasales e insuflarle un hálito de vida artificial. Como si ya ella no recordase lo que es respirar, como si ya no supiera vivir. Los electrodos se adhieren a su piel cual sanguijuelas de plástico atentas a cada cambio en su corazón, a cada latido descompasado, a cada contracción tardía.

Aaron, su padre, no lo soporta. Dicen que lo más duro en la vida es sobrevivir a un hijo. Pero en realidad, lo peor es sobrevivir a un hijo, solo. Porque él ya no tiene a nadie a su lado. Sarah es su último apoyo y ahora poco queda de ella aparte de ese pitido del electrocardiograma que se clava en sus tímpanos como puñales. Lento, pero inexorable. *Pi...pi...pi...pi*. Aun así, todavía no se ha desprendido de su mano ni un instante en esa larga espera.

Es consciente de lo que los médicos van a decir, aunque se niega a aceptarlo. Se obceca en que está equivocado. Imagina que en cuanto lleguen, le dirán que han detectado la causa que explica el repentino coma de su hija. Que está completamente estabilizada. Que mejora favorablemente. Que despertará en breve. Que es solo cuestión de tiempo. De poco tiempo. Pero,

entonces ¿qué hacía la güija junto a su hija? Cierra los ojos con fuerza, intentando olvidarlo. Pero no puede, porque sabe que ese maldito tablero echa por tierra toda esperanza.

El médico irrumpe en la sala y Aaron estrecha la mano de su hija con más fuerza. Está temblando, aterrado. Repasa sus informes, con gesto contrariado, y carraspea dos veces:

—Señor Pereira —saluda sin dejar de ojear los papeles.

El padre de Sarah se incorpora como un resorte, aunque no se separa de la mano de su hija. No sabe si está preparado para lo que tiene que oír.

—Le hemos hecho a su hija todo tipo de análisis, resonancias, un Tac, electros. —Por primera vez levanta la vista y observa a Aaron con desazón—. Pero mucho me temo que no hemos encontrado la causa de por qué su hija ha entrado en este estado. Creemos que puede deberse a algún fallo metabólico que se nos haya pasado, o a un problema neurológico. El caso es que en pacientes tan jóvenes resulta raro que haya ese tipo de complicaciones, y más sin antecedentes previos.

Aaron apenas escucha al doctor. Simplemente espera paciente a que acabe de excusarse, para luego formular la pregunta. Esa que tanto teme:

—¿Despertará?

El médico desvía la mirada a los informes, buscando refugio ante aquella dura cuestión.

—Aún es pronto para sacar conclusiones...

—Despertará, ¿sí o no? —le corta Aaron, haciendo de tripas corazón.

El médico duda ante su mirada ardiente. Entonces se humedece los labios y dice:

—Me temo que no, no despertará. Al menos no hasta que encontremos la causa y sepamos cómo actuar. Lo siento mucho.

El mundo se le viene encima. Aaron entierra la cabeza en su hija. Y llora. Su llanto destroza el silencio del hospital. Abraza a Sarah, con todo su ser, sintiendo su frágil respiración, su débil corazón. No puede creerlo. Primero Araceli y ahora su hija. ¿No ha tenido bastante el destino ya? ¿Acaso no se ha cebado lo suficiente con él? Cada lágrima se pierde entre los cabellos de su niña. Su razón de ser. Lo único que le queda.

Él creía que Sarah se encontraba bien, que no añoraba tanto a su madre. Y más ahora con su novio Eric. ¿Cómo imaginar que utilizaría la güija? Es más, ¿cómo ha conseguido el tablero? Estaba seguro que se había deshecho de él antes de mudarse. Él mismo lo quemó.

Se odia por no haberlo visto venir, por no afrontar ese problema antes, cuando no era demasiado tarde. Se odia por pensar que cambiando otra vez de ciudad lo resolvería todo. Pero, claro, él siempre volvía. Da igual las veces que se mudasen, siempre regresaba.

Se maldice. Y grita de impotencia. Pero ninguna persona acude. Porque en el fondo no le queda nadie.

Nadie salvo Sarah.

Y está dispuesto a hacer lo que sea por salvarla.

Por primera vez suelta la mano de su hija y le da un beso lento y suave en su frente.

—No me abandones. Tú no, por favor.

Sale del hospital a toda prisa. No tiene muy claro qué hacer, aunque no va a quedarse de brazos cruzados y ver cómo su hija se consume en aquella maltrecha cama de hospital. Por mucha compañía que le haga, allí no conseguirá nada.

El camino de vuelta lo hace más pendiente de sus pensamientos que de la carretera. El asfalto serpentea entre laderas de olivos y acantilados de roca caliza. No hay farolas, solo los faros de su coche quebrantan la oscuridad de la noche. Alguna que otra liebre sale espantada.

Algo en su interior se remueve al pasar junto a unas marcas de neumáticos que ondean sobre la calzada hasta desvanecerse en las tinieblas. Allí fue donde ella murió. Traga saliva y pone toda su atención al volante. Le había prometido que cuidaría de Sarah. No puede fallarle ahora.

Entra en el pueblo casi al doble de la velocidad permitida. Por suerte la gente está cenando o, incluso, a punto de acostarse. Aparca el Ford sin ningún cuidado encima de la acera. Entonces respira hondo y piensa.

Es consciente de que su hija no ha podido aprender a hacer la güija por sí sola. Alguien ha tenido que enseñársela. Y Aaron cree saber quién: Eric. ¿Quién si no? Es el único que ha pasado más tiempo con su hija que él mismo. Cuando cierra la puerta del coche, cae en la cuenta de que no conoce dónde vive. Se maldice de nuevo por no tener más relación con su hija sobre esos temas. «Tampoco creo que Sarah estuviera dispuesta a hablar de ellos así, sin más», piensa.

No le queda otra que dar palos de ciego. Busca por la plaza, por la calle Real y en las zonas donde se reúnen los muchachos de su edad. Pero nada. El pueblo se halla sumido en una tranquilidad desesperante. Ni siquiera hay una persona a quien poder preguntar, aunque teniendo en cuenta que es martes y

la gente trabaja al día siguiente, la cosa encaja. Pero Aaron no puede esperar hasta mañana, tiene que encontrarlo. Siente que con cada segundo que pasa, su hija se aleja más de él.

En la distancia ve que una persona se acerca. Corre hacia ella. Al reconocerlo, se detiene, desilusionado. Es Nico el Loco. Aaron ha oído historias sobre él en la pastelería y en ninguna es aconsejable pedir su ayuda. Viene cantando en voz baja una especie de rima.

Trata de darle esquinazo, con tal de no entretenerse. Hasta que escucha su retahíla:

—Si a una hija anhelas recuperar, al loco de Nico has de preguntar. Pero si decides ignorar, para siempre la perderás.

Aaron se detiene en seco. ¿Se está burlando de él? Espera a que repita su canción para comprobar que sus sentidos no le han jugado una mala pasada. No hay duda, ha dicho «si a una hija anhelas recuperar». Aun así, lo más probable es que haya oído algún rumor por la calle y se lo haya inventado.

Aaron está a punto de darle de lado, cuando oye:

—Si a Eric anhelas encontrar, ¡ayuda, ayuda! has de gritar.

Aquello no puede ser casualidad. Ese tipo tiene que saber algo.

—Nico, espera —le llama Aaron.

El aludido se gira muy lentamente, demasiado para alguien corriente. Conforme vuelve la cabeza, Aaron piensa que se ha equivocado, pero ya es demasiado tarde. Solo espera que los rumores que circulan sobre su agresividad sean falsos.

—¿Qué anhelas? —pregunta con una voz robótica; su mirada fija en el sudor frío que baja por la frente de Aaron.

—Estoy buscando a Eric, ¿tú sabes dónde está?

Aaron aguarda varios instantes a una respuesta que parece que no va a llegar nunca. Ni siquiera da señales de haberle entendido. Sus ojos aún siguen clavados en él, aunque no parece que le esté mirando realmente. Más bien contempla el vacío, o tal vez algo que solo él puede ver y que se encuentra en la frente de Aaron.

Al cabo de un rato, tan lentamente como se ha girado, se da la vuelta y reemprende su marcha, entonando de nuevo esa canción.

Aaron le sigue los pasos y lo intenta nuevamente. «Quizás no me haya escuchado, o vete a saber en qué estaría absorto».

—Espera, Nico, has dicho que...

—¿Qué anhelas? —repite otra vez como un autómeta.

Aaron se lo piensa mejor esta vez. Quizás solo haya que seguirle el juego.

—Anhelo encontrar a Eric.

Pero Nico tampoco responde. Comienza a andar, sin prestar más atención.

Aaron se da por vencido. Es inútil colaborar con él. Lo mejor será seguir buscando por su cuenta y no perder más tiempo.

En la lejanía, Nico el loco continúa entonando la canción con voz melodiosa y grave, esta vez más alto.

—...¡ayuda, ayuda! has de gritar...

Entonces se da cuenta. Al fin y al cabo, la canción no puede ser más clara: «si a Eric anhelas encontrar, ¡ayuda, ayuda! has de gritar». Le ha seguido mal el juego.

—¡Ayuda, ayuda! —grita Aaron hacia Nico aunque ya ha doblado la esquina.

Espera paciente a que surta efecto. Pero el loco no aparece. Y seguro que le ha oído.

Se da la vuelta, decepcionado.

Y se choca de bruces con una chaqueta raída y una barba espesa. Cae al suelo. Ahoga un grito cuando reconoce a Nico el loco con una sonrisa de oreja a oreja y una mano tendida. Su mirada por fin parece observarle plenamente y no a los microbios de su frente.

—¿Cómo has llegado a...?

—He dado la vuelta a la manzana —dice con un registro grave, como si la barba espesase su voz—. He escuchado que anhelas mi ayuda para encontrar a Eric. ¿Es cierto?

Aaron agarra la mano tendida, no sin cierto recelo, aunque la verdad es que le incorpora con una fuerza descomunal para un cuerpo tan desnutrido. Se sorprende por el repentino cambio de personalidad. Si no fuera por su ropa sucia y maloliente y esa barba de varios años, podría pasar por un ciudadano de a pie más.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

Nico el loco lanza una carcajada que le sobresalta.

—Bueno, se puede decir que ahora mismo estoy con él, pero supongo que no me creerías. Así que sígueme.

El loco emprende la marcha sin esperar la reacción de Aaron. Éste duda un segundo si fiarse, pero sabe que no le queda otra si quiere encontrar a Eric

antes de mañana.

Cruzan el pueblo entero a paso rápido. Ni rastro de los andares cabizbajos y sinuosos de antes. Ahora Nico se dirige como una flecha hacia su objetivo, sorteando coches y girando esquinas con una agilidad insólita.

—Todo el mundo cree que los locos estamos locos porque no escuchamos a los demás, pero a veces sois vosotros, los cuerdos, los que no escucháis a nadie. O peor de todo, escucháis a los menos indicados, a cuatro traidores y a un gobierno que no piensa en otra cosa que en su bien particular. En ese caso, ¿quiénes son los locos? ¿Los cuerdos que escuchan, o los locos que ignoran? El mundo está loco.

Aaron asiente, sin saber qué decir. Es consciente que, pese a su apariencia, Nico tiene razón y que si eso lo hubiera dicho un tertuliano de bar de pueblo, los demás le aplaudirían a rabiar.

—¿Qué te ha pasado, Nico? —se atreve a preguntar—. ¿Antes parecías... no sé... distinto?

Él sonríe con una hilera de dientes torcidos y a medio caer.

—No lo entenderías. Es más complejo de lo que parece.

Aaron asiente. Siente curiosidad, pero no está seguro de cuánto puede durar ese brote de cordura.

Salen del pueblo y pronto las casas quedan atrás. Aaron desconfía. Se están adentrando en un camino que nunca ha transitado. Es como una especie de pasaje natural, que remonta un río. Está bordeado por una vegetación frondosa como la barba de Nico y no tiene nada de iluminación. Solo los tenues reflejos de la luna ahuyentan la oscuridad.

—Sé que parece el sitio perfecto para deshacerse de un cadáver, pero tranquilo, hoy no me apetece carne humana.

Aaron se detiene en seco. Nico se da la vuelta y le dedica una sonrisa que pretende ser irónica, aunque a la débil luz de la luna y con esos dientes, resulta aterradora.

—Estoy tomándote el pelo, Aaron. Yo me preocuparía más de no pisar donde no debes. Como caigas al río, te vas a quedar helado.

A pesar de la broma, Aaron no es capaz de relajarse. Hace minutos que han salido del camino y cada vez se introducen más en la maleza. Reza porque aquello salga bien.

—Ya estamos llegando.

El sendero se abre y deja entrever un caserón casi derruido de maderas oscuras que se alza a orillas de un escarpado acantilado. El resplandor de la

luna le confiere un aspecto sombrío.

Aaron duda seriamente que Eric esté allí... hasta que oye unas voces que proceden del interior. Por uno de los ventanales del primer piso distingue un halo de luz anaranjado.

Entonces da rienda suelta a su inquietud. Corre hacia la casa e irrumpe en la estancia de la que emergen esas voces.

Ante sus ojos, un grupo de jóvenes rodea a otro chico que se halla inconsciente, tendido bocarriba y con la brújula de Sarah entre sus dedos. ¡La brújula! ¿Cómo ha llegado hasta allí? El rostro del chico inconsciente está tan pálido que le cuesta reconocer a Eric.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta desde el umbral, con los ojos desorbitados—. ¿Otra güija?

Sin esperar una respuesta, Aaron comprende lo que están haciendo. Un ritual. Otro más. Eso no puede estar pasando. Basta ya de tableros malditos, de fantasmas, de espíritus, de ritos extraños. Ya ha perdido bastante con todo ello.

Recuerdos de Araceli, su amor, cruzan su mente a toda velocidad.

Ella con su camisa de cuadros a modo de pijama y trayéndole su taza de Cola Cao a la cama, a pesar de que habían acordado que esas cosas era él quien tenía que hacerlas.

Ella dormida con esa sonrisa inquietante, como si estuviera soñando con un universo nuevo y fuera su descubridora.

Ella con una Sarah recién nacida en brazos y con esa ternura infinita en sus ojos.

Ella cantándole la nana más dulce del mundo.

Ella sonriéndole.

Ella susurrándole.

Ella abrazándole.

Ella besándole...

Entonces estalla en cólera. Se abalanza sobre los chicos, arrasando todo lo que ve. Velas, inciensos, mesas, cojines. Alguien trata de detenerle. Pero se zafa de él con violencia. Da igual que sean niños.

Entonces le agarran por detrás. Se retuerce, se arquea, se convulsiona. Pero no logra escapar. Más manos le sujetan. Tratan de contener su rabia, su desesperación. Él lucha por salir, por impedir ese maldito ritual.

Hasta que comprende que no puede moverse y desiste.

Una lágrima de impotencia surca su mejilla y, con la pendiente a favor,

desemboca en su barbilla justo antes de precipitarse al vacío.  
Un vacío que solo ella podía llenar y que ya nunca lo hará.

## CAPÍTULO 15

*Miércoles, 4 de noviembre. 0:28 a.m.*

Sus respiraciones agitadas son lo único que rompe el silencio. Los muchachos se reponen del susto, aunque aún desconocen si la situación está bajo control.

El foco de una linterna ilumina a un hombre desolado, que momentos antes ha desatado su cólera contra todo lo que se interponía en su camino. De ahí que dos de los chicos todavía lo retengan con fuerza entre sus brazos, pese a que ahora él no opone resistencia. Ni siquiera parece ser consciente de dónde está, ni de lo que ha pasado. Sus ojos, fijos en el suelo, únicamente enfocan el vacío.

—¿Quién es este tío? —pregunta Kevin, con el corazón en la boca.

—Creo que es el padre de Sarah —responde Álex.

Todos intercambian miradas desconcertadas.

—¿Se puede saber qué hace aquí?

Álex se encoge de hombros.

—Ni idea.

—¿Pero por qué nos ataca?

—Y yo qué sé —se excusa Álex—. ¿Por qué me preguntáis a mí?

—Tú eres quien lo ha reconocido —le sueltan.

—¿Por qué no le preguntamos a él? —sugiere Adriana que hasta entonces no ha hablado.

Se giran hacia Aaron y lo observan con una mezcla de temor e interés. Un chico con gafas de montura gruesa es el primero en aproximarse, eso sí,

lentamente.

—Hola, padre de Sarah —El aludido no reacciona. Parece en estado de *shock*—, ¿por qué nos ataca?

Silencio.

—¿Cómo ha dado con nosotros?

Más silencio.

—Nada, no hay manera —concluye tras varios intentos—. Es como si estuviera traumatizado.

—¿Y cómo quieres que esté? —interviene Adriana, que es la única que no tiene miedo—. Su hija acaba de entrar en coma y muy posiblemente no despierte hasta que Eric consiga encontrarla. Y todo después de que su mujer muriera en un accidente de tráfico.

—No fue un accidente —replica una voz.

Todos se sobresaltan al escuchar que Aaron por fin da señales de vida. Los brazos de Álex y Kevin se tensan como mordazas, temerosos de un nuevo ataque. Pero éste no se produce. Ha recuperado su voz, pero su cuerpo sigue lacio y débil. Si no estuviera bien sujeto, caería como un saco de esparto al suelo.

—Nadie soporta perder a un ser querido —murmura Aaron, sin alzar la cabeza, como si el suelo fuera su más íntimo confesionario—. Cuando Araceli perdió a su hermano mayor Raúl, una parte de ella se fue con él.

—¿De qué está hablando? —susurra Kevin.

—Callad —ordena Adriana—. Parece que tiene algo que contarnos.

—Araceli y Raúl eran uña y carne —prosigue Aaron, sin saber si está narrando la historia a los demás o a él mismo—. Siempre juntos, siempre inseparables. No es para menos después de todo lo que pasaron. Salieron adelante a pesar de tener un padre borracho y maltratador que pegaba a su mujer noche sí y noche también. Él era el alcalde de Navia, un pequeño pueblo de Asturias y su intachable imagen ante los demás, contrastaba con las borracheras que pillaba en casa y las agresiones que le provocaba a su esposa. Vivir en una residencia aislada y el terror de su mujer ayudaron a que solo su familia supiera cómo era realmente. A ojos de los demás fingía ser un hombre afable y atento, que se preocupaba por el bienestar de su pueblo.

»Pero la cosa cambió cuando lo relevaron del cargo. Su adicción por el alcohol llegó a oídos de sus más íntimos seguidores del partido, entre ellos miembros de la directiva, que vieron ese problema como el arma perfecta para la oposición. Por eso, de un mes a otro, fueron apartándolo de la cabeza

del partido poco a poco, hasta que, finalmente, lo destituyeron. A partir de entonces, las palizas se incrementaron, y no era de extrañar que cuando los moratones de su mujer resaltaban demasiado, les tocase a Raúl y Araceli recibir los golpes. Ellos apenas tenían ocho y seis años y su único consuelo era saber que el uno estaría junto al otro, apretándole fuerte la mano, mientras sus cuerpos encajaban los golpes de su padre.

»Una noche, pegó con tal vehemencia a su esposa que la mató. Su buena reputación, pues había sido durante años el alcalde, y su fachada ante el resto de la gente, le sirvieron para convencer a todo el mundo de que se había caído por las escaleras. Pero Araceli y Raúl sabían la verdad y no tardaron en comprender que ellos serían los próximos. Por aquel entonces apenas alcanzaban los trece y quince años y su padre les había metido tanto miedo, que eran incapaces de avisar a nadie. Además, ¿cómo unos críos como ellos iban a demostrar que su padre, un hombre respetado en el pueblo, era un maltratador? Para cuando les creyesen, él ya habría tomado cartas en el asunto. Y, conociéndolo, no tendrían una segunda oportunidad.

»No les quedó otra que fugarse. Fueron ahorrando dinero de lo que conseguían robarle a su padre cuando se emborrachaba y se quedaba frito en el sofá. Un día se marcharon del pueblo y no volvieron a saber de él. Tras muchos años de vivir con miedo, de pesadillas, de sospechar que su padre les acechaba tras cada esquina, llegaron noticias. El periódico local del pueblo titulaba: *Ex-alcalde de Navia agradece a su pareja*. Al parecer, el muy desgraciado se había echado otra novia y, cuando volvió a repetir sus palizas, ella lo denunció. Le cayeron varios años, pero no llegó a cumplirlos porque se suicidó al entrar en prisión. Araceli y Raúl jamás imaginaron que se alegrarían tanto con la muerte de su padre.

»Pero poco les iba a durar la felicidad juntos porque Raúl fue atropellado al día siguiente. Una panda de inconscientes habían cogido el coche tras unas cervezas y, en un paso de cebra, ignoraron que la mancha oscura sobre el asfalto era en realidad una persona. Aunque a Araceli poco le importaron las circunstancias. Cuando la llamaron del hospital, se desmayó. Tuvieron que ingresarla y, pasado un año, le diagnosticaron depresión mayor. Se tiraba las noches llorando, no se levantaba de la cama, apenas probaba bocado, lo poco que dormía soñaba con su hermano. Sarah acababa de cumplir los doce años y le dije que mamá había cogido un virus muy potente que no la dejaba dormir y que le provocaba ganas de llorar. No estoy seguro de que se lo creyera, pero no hizo muchas preguntas. En el fondo creo que

sabía que su madre estaba dolida por la muerte de su hermano. Fuimos al psicólogo pero nada. Yo trataba de animarla, de hacerle ver que aún tenía una vida por delante con su hija. Pero ella no lograba despedirse de su hermano. No se hacía a la idea de que estuviera muerto.

»Un día, la cosa cambió. Araceli parecía otra. Comía, hablaba, jugaba con Sarah. Algo en ella había dicho basta. Y yo no podía estar más contento. Por fin pasábamos esa mala racha. Por fin salía de la depresión... Qué equivocado estaba.

Aaron hace una pausa. Recordar lo duro que había sido aquella etapa de su vida le estremece.

Los amigos, sin comprender del todo a qué viene esa confesión, no pueden pestañear. Las palabras de Aaron suenan con una pesadumbre y un sentimiento tan hondos que les atrapa en su relato.

—Un día volví antes del trabajo —continúa con la vista fija en el entramado de escombros y mugre del suelo. Su voz parece teñirse de oscuridad a cada palabra, como si reabrir esa herida sacase lo peor de sus recuerdos. El lado oscuro de su mente—. Había pasado tanto tiempo que creía que Araceli estaba plenamente recuperada. Cuando entré en casa, lo primero que me recibió fueron unos gritos agudísimos. Por suerte, Sarah estaba en casa de una amiga. Llamé a Araceli, pero no obtuve respuesta. Cogí el atizador de la chimenea para defenderme. Estaba asustado. Los gritos se repetían como una melodía infernal. Subí al segundo piso y abrí la puerta de nuestra habitación. Allí estaba. Jamás olvidaré cómo me miró ese día. Sus ojos desorbitados, sus ademanes veloces e imprecisos, como si no supiera qué hacer. Como si hubiera perdido el juicio. Había tapiado las ventanas por algún motivo que aún desconozco. Los tablones de los armarios estaban rayados con garabatos indescifrables, la moqueta llena de cristales. Las velas la rodeaban formando un amplio círculo sobre el suelo. El tablero estaba a su lado. Y esa silueta oscura... —Aaron se encoge sobre sí—. Se cernía sobre su cabeza, como un espectro, haciendo que la sombra de Araceli se alargase más de la cuenta. No era ella. De eso estoy seguro.

»Cuando logré que volviera en sí, me confesó que se había enganchado a la güija, que hablaba con su hermano desde hacía meses. Tuve que disuadirla, convencerla de que aquello no estaba bien. Entretanto, Sarah llegó a casa y nos pilló en plena discusión. Al vernos tan alterados se sorprendió. Nosotros nunca discutíamos y mucho menos de esa forma. Entonces, al ver la cara de preocupación en su hija de doce años, Araceli entró en razón. Se

arrepintió mucho al comprender que se había vuelto paranoica. Me prometió que no volvería a hacerla nunca más. No quería que su hija recibiera la misma desatención que ella sufrió cuando era pequeña. Dejé mi trabajo de maestro pastelero una temporada y prometí que le ayudaría a superarlo juntos.

»El problema es que ella no era la única adicta. El espíritu con el que entablaba conexión se había enganchado a Araceli. Y cuando ella no hacía la güija, el ambiente se enrarecía. Al principio solo eran cuadros que se caían sin motivo, pasos en el piso de arriba, corrientes de aire repentinas, o una sombra al final del pasillo. Pero más tarde los vasos comenzaron a explotar y hasta nuestra pequeña Sarah pareció enfermar. Araceli me había asegurado que era el espíritu de su hermano con quien había contactado. Al menos eso fue lo que el espíritu dijo. Sin embargo, cuanto más nos atacaba, más sospechábamos que en realidad no era Raúl. Y teníamos razón.

»Una noche, Araceli se despertó sonámbula y cogió el tablero. Yo noté la cama vacía y fui a buscarla. La encontré en una especie de trance, con los mismos ojos desorbitados y en blanco. Aferraba un cuchillo de cocina sobre su muñeca izquierda. Se lo arrebaté y la desperté como pude. Al volver en sí, Araceli sabía perfectamente que ese espíritu no era su hermano, que él nunca le haría daño. Quemé el tablero y nos mudamos. Creíamos que la casa estaba maldita y que poniendo distancia nos libraríamos de aquello que nos atormentaba. Pero nos equivocábamos... otra vez. Es cierto que el espíritu tardaba un tiempo en localizarnos, pero siempre volvía. Y lo hacía más agresivo que nunca. Cada vez que daba con nosotros, preparábamos las maletas y nos alejábamos todo lo que nuestros ahorros nos permitían. En total cambiamos de casa siete veces. ¡Con lo mal que lo pasaba Sarah en cada mudanza! Pero era por su seguridad. Mejor huir que arriesgarnos a que la tomara con nuestra pequeña.

»Llamamos a exorcistas, espiritistas y hasta a un famoso druida que no resolvió nuestro problema, pero sí nos sacó bien los cuartos. No digo que fueran estafadores (que tampoco lo descarto), pero no eran la solución a nuestro problema. Recurrimos a Internet. Buscamos a gente que había pasado por lo mismo que nosotros. Y Araceli encontró Valdepeñas de Jaén. En una extraña página web llamada Sempiterno, su creador aseguraba haber sufrido lo mismo que nosotros. No dejaba nombre, ni teléfono, ni dirección; simplemente afirmaba que yendo a ese pueblo, obtendríamos ayuda. Indecisos ante tanto secretismo, Araceli y yo decidimos esperar. Pero esa

misma noche el espíritu nos encontró en nuestro piso de Murcia. Y esa vez sí que afectó a Sarah. Empezó a chillar en sueños, a sudar, a retorcerse en las sábanas. No sabemos si fue a por nuestra pequeña porque quería torturar a Araceli de esa forma, o por alguna otra razón. Araceli estaba convencida de que el espíritu la buscaba a ella y que atacó a Sarah para atormentarnos. El caso es que pudimos despertarla, y no tuvimos más remedio que marcharnos cuanto antes. No sabíamos ya qué excusa inventarnos para que Sarah no se asustase. Casi siempre le contábamos que necesitábamos un trabajo mejor, o que queríamos cambiar de ciudad. Pero a Sarah esas mentiras le quedaban pequeñas. No obstante, eso era lo de menos, primero teníamos que ponernos a salvo. Y Valdepeñas de Jaén era nuestra última esperanza.

»Llegando al pueblo, la oscuridad era absoluta. No hay apenas iluminación en el tramo de Jaén hasta aquí. Pero eso solo sirvió como un motivo más para que tuviéramos el accidente. La razón principal fue que algo en medio de la carretera me sorprendió. Hubiera jurado que se trataba de una persona. Apareció tan de repente que no tuve tiempo de frenar. Instintivamente traté de esquivarla, y justo cuando el coche pasó rozándola, supe que no era una persona normal. Su mirada tenía los mismos ojos desorbitados y endiablados que habían poseído a Araceli la noche que la pillé haciendo la güija. Era el espíritu. Por algún motivo esta vez nos había seguido sin darnos un respiro. Para cuando quise corregir la dirección, el coche ya derrapaba sin control. En una curva salimos por los aires. Recuerdo las vueltas. Los gritos de Sarah y Araceli. Los miles de cristales arañándonos la piel. El dolor. Y de pronto el silencio. Araceli había muerto. Pero yo tenía que comprobar que la culpa no había sido mía, que todo era por el maldito ser que nos seguía. Salí del coche en su busca, ciego de ira, aunque solo entreví cómo se desvanecía entre los abetos.

Aaron enmudece.

Los amigos intercambian miradas de confusión. Han oído la historia sin parpadear y ahora comprenden su dolor. Sin embargo, no aciertan a adivinar por qué se lo ha explicado a ellos.

Álex es el único que se arma de valor y murmura:

—¿Por qué nos cuenta esto a nosotros?

Aaron por fin levanta la cabeza para clavar una mirada penetrante en el muchacho. Sus ojos, oscuros como el mar en una noche sin luna, son portadores de una amargura tan tenaz que deja helado al chico. Jamás ha visto tanta desdicha en una mirada.

—Araceli murió por culpa de un juego, o por lo que fingía ser un juego. Y vosotros estáis aquí, con ese chico inconsciente, haciendo a saber qué ritual. Yo he pasado por muchas sesiones de brujería, de santería, o como queráis llamarlo. Pero siempre lo hacía para poner a salvo a mi familia. En cambio vosotros os arriesgáis por un poco de diversión.

Los amigos intercambian miradas de arrepentimiento. Bien es cierto que en ese momento el rito que están realizando es para ayudar a Sarah, pero el resto de ocasiones sí que se lo tomaban como un juego. ¿Cómo imaginar que podía salir tan caro? Ahora comprendían que no tenía nada de divertido.

—Este ritual es para salvar a su hija Sarah —interviene Adriana.

Aaron la observa con pesar.

—Dudo que mi hija despierte.

—Lo digo en serio —insiste—, hemos enviado a Eric al lugar donde... digamos... la «conciencia» de Sarah está deambulando.

Ahora su expresión adquiere un tinte de interés.

—Así es —confirma Álex. Por algún motivo, Félix, que es el más indicado para dar aclaraciones, no ha participado en la conversación—. En estos momentos Eric está buscando a su hija para hacerla volver a su cuerpo. Sé que suena todo muy abstracto, pero créanos, señor Pereira, es la única forma que se nos ocurre de que Sarah despierte del coma.

Álex espera que Félix le secunde, pero el muchacho sigue ensimismado. No le gusta el gesto de su amigo y mucho menos su ceño fruncido. Algo ocurre. Y no es bueno.

El padre de Sarah les observa, incrédulo.

—¿De verdad estáis haciendo algo así?

Todos asienten.

—¿Y cómo es posible?

—Eso lo tiene que responder nuestro experto en asuntos esotéricos — responde Adriana, señalando a Félix.

Sin embargo, el aludido no está pendiente. Contempla el horizonte con el horror dibujado en sus facciones.

—Creo que la hemos liado —dice de pronto. Cuando Félix pierde su don de lenguas y le sale la vena vulgar, las cosas van realmente mal.

—¿Qué ocurre?

La habitación se llena de actividad. Todos se han alterado ante tal noticia. Miran en derredor, se vuelven hacia Eric, comprueban que su pulso es constante, que respira. Pero ahí no yace el problema.

—¿No os dais cuenta? Según la historia de Aaron, el espíritu que decía ser la madre de Sarah no tiene por qué serlo. Es más, estoy casi seguro de que no se trata de ella. Podría ser cualquier cosa, incluso un demonio. Y lo peor de todo es que hemos enviado a Eric al otro lado, sin conocer el peligro de la situación, sin saber a lo que se enfrenta. ¡Y no hay forma de contactar con él!

Todos se quedan mudos, el pánico se plasma en sus semblantes pálidos.

—¿Eso qué significa? —pregunta Kevin, que hasta entonces se ha mantenido al margen, muerto de miedo.

—¿No os dais cuenta? —repite—. Hemos sentenciado a muerte a nuestro propio amigo.

En ese momento, unos nudillos tocan en la puerta con rapidez y los amigos ahogan un grito.

—Eso quizás pueda arreglarlo yo —dice una voz áspera.

Todos se vuelven, sobrecogidos, hacia la entrada.

En el umbral, una sonrisa con media docena de dientes torcidos les saluda.

## CAPÍTULO 16

Eric observa de arriba abajo al hombre que tiene delante. Su barba perfilada, su sonrisa irónica, sus ojos oscuros, sus ademanes grandilocuentes... Desde un principio ha tenido la sensación de que le era familiar. Como cuando le presentan a alguien y su personalidad le recuerda irremediable a otra persona. Pero de ahí, a reconocerle, hay un abismo.

—¿Debería conocerte?

El extraño se lleva las manos al pecho fingiendo falsa dolencia.

«Qué decepción. Llevamos más de un año comunicándonos y ahora no eres capaz de saber quién soy».

La voz vuelve a resonar directamente en su cabeza, sin necesidad de emitir sonido alguno.

Eric, concentrado, pasa por alto ese detalle. Se rasca la barbilla, meditabundo. ¿Más de un año hablando con esa persona? Hace memoria... Hasta que lo comprende.

—Eres el espíritu que suele hablar con nosotros a través de la güija. ¡Eres Bartolomé!

Los amigos de Eric contactaban normalmente con un mismo espíritu, pero no sabían su aspecto. Por eso le era imposible reconocerle. Sin embargo, aquello no explica que su forma de ser le resulte tan familiar. Quizás solo sean imaginaciones suyas.

«Muy bien, mi querido amigo. Te ha costado, ¿eh? Es un placer verte cara a cara. Y ahora, si me disculpas, acompáñame. Tenemos que salir de aquí pitando».

Eric está a punto de preguntar cómo es capaz de hablar a través de su mente, pero no tiene tiempo. Cuando quiere darse cuenta está siendo empujado con insistencia. Es agarrado del brazo y juntos atraviesan el bosque a toda prisa. Esquivan troncos, corren, se agachan, saltan, giran, se detienen, vuelven a arrancar... Eric teme tropezar pues a la velocidad que van, seguro que Bartolomé no se detiene y lo lleva incluso a rastras. Apartan ramas, raíces y continúan sin descanso por la intrincada vegetación.

El trepidante ritmo de la carrera hace perder el resuello a Eric, que pronto jadea y ralentiza la marcha.

—¿Adónde vamos? —pregunta, con voz entrecortada—. ¿Y por qué tanta prisa?

«¡No hables en alto! —le grita dentro de su mente con un estallido irritante—. Cuando estemos a salvo te lo contaré».

—¿No me lo puedes ir contando por el...?

«¡Shhhh!», ordena de pronto. Su índice reposa sobre sus labios.

Se han detenido de sopetón y ahora están agazapados al abrigo de un amasijo de arbustos y abetos muertos. Bartolomé le señala a Eric algo en la distancia. El chico sigue la dirección de su dedo y descubre a un grupo de personas que avanzan rápidamente. Se dirigen hacia el lugar donde Eric había sido atacado por el tipo de la sonrisa ancha. Hay algo en sus apariencias que le hace desconfiar. Igual que sucedía con el otro hombre. Los observa fijamente y descubre que ellos también llevan la misma expresión de felicidad implantada en el rostro. Le da un escalofrío. No puede ser coincidencia.

—¿Quiénes son esa...?

«Calla», exige su acompañante, de nuevo sin necesidad de abrir la boca.

Su dedo vuelve a señalar a otro grupo de personas sonrientes, esta vez menos numeroso, que se dirige al mismo punto, aunque desde otra parte del bosque.

«Hasta que no te diga, no hables».

Eric asiente. Está convencido de que quienesquiera que sean, no tienen buenas intenciones.

Al cabo de un rato, reemprenden su camino en sentido opuesto al de sus perseguidores. El bosque se abre, dejando atrás la maleza, y surgen en un camino despejado, sin nada salvo destrucción. Finas grietas negras resquebrajan el asfalto con sinuosos trazos. Amplios cultivos de lo que, por la forma de la tierra y el color, podrían ser calabazas o zanahorias, se extienden

sobre un manto de malas hierbas que sería la pesadilla de todo agricultor. A lo lejos, Eric divisa unas casas derruidas. No hay ni una que se mantenga en pie sin daños. Sobre la maraña de escombros, un campanario maltrecho se alza tímidamente. Eric se queda observándolo, con interés. Aquellas tejas de ladrillo y su torre cuadrangular le son fácilmente reconocibles, por muy pésimo que sea su estado.

—Aquella es la iglesia del pueblo. ¡Estamos en Valdepeñas!

«A ti lo de guardar silencio te cuesta, ¿verdad?»

—Lo siento. Creía que ya había pasado el peligro.

El espíritu le quita importancia con un ademán impreciso del brazo.

«No te preocupes, chico. Yo también flipé cuando llegué aquí por primera vez».

Eric se siente contrariado. Desde que contactaron con Bartolomé, se muere por saber más sobre qué le ha pasado, cuánto tiempo lleva atrapado en ese plano y por qué. Pero su amigo Félix siempre se lo impedía y le echaba el sermón sobre los temas prohibidos con espíritus. Casi lo puede oír, diciendo: «A los espíritus no les puedes preguntar quiénes son, ni por qué están encerrados en ese lugar. Muchas veces ellos ignoran que estén confinados en ese plano y, al recordar lo sucedido, se vuelven agresivos». El caso es que Bartolomé parece muy consciente de dónde se encuentra y no tiene pinta de que vaya a atacarle, y mucho menos después de salvarle la vida. Además, ya se conocen de antes, ¿eso no le da derecho a saltarse las normas?

Siguen avanzando, descendiendo el curso de un río, que si fuera Valdepeñas, se correspondería con el Chorrillo. Sin embargo, ése transporta aguas embarradas y carece del ágil fluir de la corriente del otro. Cuando van a adentrarse en el pueblo, toman un desvío y se infiltran en una vega apartada del camino. Si a Eric no le falla la memoria, ese lugar es propiedad de una familia que solo va allí a veranear. Al menos en el mundo del que procede.

Se introducen en la casucha, cómo no, en ruinas y cierran la puerta tras de sí. El interior permanece igual de destrozado que la fachada: los muebles carcomidos, las sillas podridas, los cristales de los relojes reventados... La luz gris del exterior se cuela por las rendijas de las tejas, por los agujeros de la pared y por las contraventanas, otorgándole un aspecto lúgubre y tétrico al salón.

—¿Por qué estamos aquí?

Bartolomé le agarra de un salto y le tapa la boca con la mano.

«¿Es que no sabes hablar como lo hago yo?»

Eric, sorprendido por su reacción, niega con la cabeza. Siente el tacto de su fría piel sobre su cara. Bartolomé no tarda en liberarle de su abrazo y asiente repetidas veces.

«De modo que eres un potente receptor y no sabes cuáles son tus poderes».

Eric le mira sin comprender.

—¿Soy un qué? —repite, lo más bajo que puede.

Bartolomé tuerce el gesto con aire cansado.

«Un receptor. Tienes la capacidad de percibir a los espíritus incluso desde el otro plano. Puedes sentirlos, ver sus auras. ¿No me digas que no te habías dado cuenta?»

—Eso es ser médium —susurra Eric.

«Da igual cómo quieras llamarlo. Lo que importa es que tienes unos poderes muy útiles aquí, así que úsalos».

—¿Qué clase de poderes? —inquire Eric, intrigado.

Bartolomé se encoge de hombros.

«Bueno, eso lo tienes que saber tú mejor que yo. Para empezar puedes comunicarte a través de este canal», indica, señalándose la sien.

—¿Qué canal?

«El que tú mismo creaste cuando os pusisteis en contacto conmigo la última vez que hicisteis la güija. Os recuerdo que en esa sesión no cerrasteis el portal.

Eric frunce el ceño.

—Sí lo cerramos, siempre lo hacemos.

«No, Eric. La comunicación se interrumpió, pero eso no es cerrarlo».

Eric hace memoria y asume que es cierto. Cuando la madre de Sarah se puso en contacto con él y sus amigos, la conexión se cortó de pronto. Todos creyeron que al detenerse así la conversación, se habían despedido correctamente. O mejor dicho, no hacía falta hacerlo. Al parecer se equivocaban.

«Normalmente un portal que permanece abierto de ese modo, suele cerrarse si nadie lo reclama tras un tiempo. Pero gracias a tus poderes, éste quedó abierto. Y eso me permitió ponerme en contacto contigo incluso desde la distancia. Fui yo quien te aconsejó que pidieras ayuda a Félix, quien te guio por el bosque para que me encontraras. ¿O vas a decir que no has oído mi voz mientras escapabas, o mientras pensabas cómo ayudar a tu chica?»

Eric asiente con un vaivén continuo de su cabeza. Ahora lo comprende.

No había sido su subconsciente lo que le sugirió que avisara a su amigo, ni que escapara por un camino u otro, sino Bartolomé. Todo había sido él. Le debía la vida. Quizás la de Sarah también.

—¿Pero cómo es posible? Yo no puedo comunicarme así contigo.

«Inténtalo. El canal resulta muy ventajoso cuando no quieres ser oído por algún fisgón porque no hay riesgo de que nadie se entrometa. Es nuestro medio privado de comunicación. Solo tienes que pensar bien lo que quieres decir y lanzármelo».

«No sé si podré...»

Eric se lleva las manos a la boca, impresionado. Acaba de enviar su pensamiento casi sin querer. Y por la sonrisa de Bartolomé, sabe que lo ha recibido.

«No es tan difícil, ¿verdad? —dice el espíritu—. A partir de ahora será mejor que nos comuniquemos así. Aunque ahora mismo este sea el único lugar seguro del pueblo, nunca se sabe quién puede estar escuchando. Ya has visto la de Abyectos que hay dando vueltas.

«¿La de qué?», repite Eric sin comprender. Ahora que ha aprendido a usar el canal, le resulta cómodo no tener que mover los labios para hablar. Aunque aún tiene que acostumbrarse.

«Ah, es verdad. Olvidaba que aún no tienes ni idea de cómo funciona este plano».

Eric asiente. Se siente un poco idiota por tener que pedir tantas explicaciones, pero si no fuera por ese espíritu, probablemente ahora estaría perdido, o incluso muerto.

«En resumidas cuentas: la cosa en este mundo está jodida, bien jodida».

Eric arquea una ceja. No sabe a qué se refiere. El espíritu, al ver la cara de extrañeza del joven, suspira.

«Supongo que hay que dártelo todo bien mascado. En fin, te lo explicaré. En este lugar, se podría decir que hay tres tipos de espíritus. Por un lado están los que se han quedado atrapados en este plano, pero que aún conservan sus recuerdos. Son los espíritus “relativamente” recientes».

«¿Relativamente?», repite Eric.

«Sí, relativamente. Si algo es completamente cierto en este mundo es que todo es relativo. O lo que es lo mismo, nada es completamente verdad. Todo está distorsionado, sobre todo el tiempo. Que no haya una noche y un día bien diferenciados nos hace perder la noción del tiempo muy deprisa y eso puede ser fatal según la fortaleza mental de cada uno. Me explicaré —

aclara al ver la expresión de desconcierto del joven—; aquí una persona se puede quedar mal de la azotea una vez pasado un determinado tiempo, y en cambio otra necesita el doble. Por norma general, los espíritus recientes, debido a que llevan poco tiempo en este plano, son capaces de acordarse de por qué están aquí, cómo han llegado y, lo más importante, cuál es su aspecto. En definitiva, son los únicos que están bien de la sesera. Esta clase son los menos numerosos, porque con el paso de los años se acaban perdiendo en el olvido».

«Nosotros somos espíritus recientes, ¿no?», inquiera Eric.

«Así es».

Eric se estremece.

«¿Pero yo aún no estoy muerto? Quiero decir...»

«Tranquilo, nadie ha dicho que lo estés —aclara el fantasma—. Ya sé que estáis haciendo un ritual para mandar a tu alma, conciencia, o como queráis llamarlo, a este lugar. Pero eso es diferente. Yo me refiero a que somos de los pocos que tenemos memoria».

Eric suspira de alivio. Aunque al instante le devuelve la mirada, intrigado.

«¿Cómo sabes lo del ritual?»

Bartolomé suelta una sonrisa inquietante. Sus ojos se posan en algún punto de la pared que solo él parece apreciar. Eric sigue su dirección, pero no logra ver nada especial.

«Lo sé porque prácticamente lo estoy presenciando en este justo momento».

Bartolomé continúa absorto en el vacío durante un tiempo que a Eric se le antoja eterno. Finalmente sacude la cabeza. Parece que vuelve en sí.

«En fin, eso es lo de menos —prosigue—. Tú y yo somos de los pocos espíritus recientes que quedan. Se podría decir que somos unos privilegiados».

Le da un codazo cómplice en las costillas a lo que Eric no sabe qué responder. Sonríe muy a su pesar; en el fondo no cree que ese sea motivo para sentirse afortunado.

«¿Cuánto tiempo tenemos hasta que perdamos nuestros recuerdos?»

Su acompañante lanza una carcajada sonora que le hace dar un brinco. ¿No se supone que debían guardar silencio?

«¿Acabas de llegar y ya estás temiendo el olvido? Disfruta de tus primeros momentos como ser fantasmal».

«No estoy aquí de vacaciones —replica el joven, serio. Con tanto ajetreo ha olvidado por qué está allí—. He venido a salvar a Sarah del mal».

Bartolomé se siente tentado a hacer una broma al respecto, pero ve tanta determinación en los ojos del muchacho que prefiere callar.

«Ah, es cierto, casi olvidaba que habían sido tus gritos llamando a esa tal Sarah lo que ha alertado a todo el pueblo. Gran idea la tuya».

Eric ignora el tono irónico.

«¿Sabes dónde está?»

El espíritu exhibe una media sonrisa torcida que remueve algo en los recuerdos de Eric. ¿Dónde la ha visto antes?

«Es posible», dice misterioso.

«¿Cómo que es posible?», repite indignado Eric.

«Puede que sepa dónde está, o puede que no», explica, con el mismo tono odioso.

Eric observa la sonrisa de Bartolomé, entre perplejo e incrédulo. ¿Le está tomando el pelo? ¿Sarah está en peligro y ese maldito espíritu pretende jugar a los acertijos? Cada segundo cuenta y no está dispuesto a tolerar sus tonterías, por mucho que le haya salvado la vida.

«Esto es ridículo. Me marchó».

Eric le da la espalda y sale de la estancia con pasos firmes y decididos.

«¿Adónde vas?», quiere saber Bartolomé.

«A buscar a Sarah».

«¿Pretendes encontrarla con una brújula estropeada? ¿O vas a pegar voces de nuevo?»

«Pretendo encontrarla con o sin tu ayuda», termina Eric, poniéndose en pie.

«Oh, vamos, estaba bromeando. ¿No te habrás enfadado?»

El chico le ignora. Si tiene que encontrar a Sarah por sus propios medios, que así sea. No perderá el tiempo de esa forma.

Aunque no pueda verlo, Bartolomé le sonrío exultante.

«Me gusta tu entusiasmo —grita cuando ya ha salido por el umbral—, pero si vas tú solo, lo único que conseguirás es que te maten».

Eric se detiene a escuchar. No sabe hasta qué punto es eso cierto.

Bartolomé se aproxima al muchacho y le pasa el brazo por los hombros en señal de paz.

«Creo que sé dónde está tu chica —confiesa con tono suave—, pero lo difícil es llegar hasta ella».

«¿Por qué?»

«Para entender eso primero necesitas saber la embrollada y compleja dinámica de este mundo. ¿O es que pretendes empezar la casa por el tejado? Aunque viendo cómo están las casas por aquí, quizás sea mejor no hacerle caso a ese refrán. Anda, volvamos, adentro estaremos seguros».

Eric se plantea si hacerle caso o no. Baraja las opciones que tiene si emprende su búsqueda en solitario. Y comprende que no son muy prometedoras. Lo único que se le ocurre es dar palos de ciego por el pueblo aunque esta vez sin gritar; visto lo visto, no es buena idea.

«¿Y qué se supone que debo saber?», cede Eric.

«Como iba diciendo —prosigue el espíritu, arrastrando suavemente al chico hacia el interior de la vivienda—, hay tres tipos de espíritus. El primero hemos dicho que son los espíritus “relativamente” recientes, es decir, tú y yo».

«Hasta ahí lo he cogido».

«Luego están los espíritus pasivos, aquellos que vagan sin rumbo fijo, incapaces de recordar qué es lo que estaban buscando, o la razón por la que están aquí».

Eric ata cabos.

«O sea, que los espíritus “relativamente” recientes se convierten en espíritus pasivos una vez hayan olvidado sus recuerdos».

«Así es. Vas a resultar menos estúpido de lo que habías parecido».

«Yo no soy estúpido».

«Lo siento, pero tus anteriores berridos por el bosque de “Sarah, Sarah, ¿dónde estás?”, indican lo contrario».

Eric guarda silencio. Reconoce que no ha sido muy acertada esa forma de buscar, aunque en su defensa alegraría que tampoco estaba al tanto del peligro.

«Los espíritus pasivos son pacíficos y fácilmente reconocibles porque su cara suele estar emborronada, como si la vieras a través de unas gafas empañadas».

La imagen del tipo que buscaba su barco robado acude a la memoria de Eric. Recuerda que no pudo reconocerlo, porque sus facciones estaban como desdibujadas.

«¿Por qué tienen la cara así?»

«Mi querido amigo, ese es el triste destino de la mayoría que estamos aquí. El olvido afecta a todos nuestros recuerdos, incluidos los de nuestra

propia imagen. Tener la cara emborronada es solo una muestra de que ya ni se acuerdan de quiénes eran. En este mundo no hay espejos, y si los hubiera nuestra imagen no se reflejaría porque al fin y al cabo solo somos la esencia de lo que fuimos en el mundo real. Por mucha apariencia que tengamos de seres corpóreos y de carne y hueso, solo sucede en este plano. En realidad somos nuestra conciencia, y ésta adopta el molde de nuestro cuerpo real. Pero cuando olvidemos cómo éramos, qué forma tenía nuestro rostro, el color de nuestros ojos, el contorno de nuestros labios; solo seremos un ente sin forma, que al mirarse en el reflejo del agua, únicamente verá la nada».

Eric enmudece. Por primera vez es consciente del grave riesgo de quedarse atrapado en ese mundo. Y tiene miedo. Miedo de no regresar. Miedo de perder sus recuerdos. Miedo de ser sorprendido por algún espíritu perverso. Pero sobre todo tiene miedo de no recuperar a Sarah. De que ella quede confinada en ese plano gris y distorsionado de por vida.

«No te preocupes, chico —comenta el espíritu al ver su semblante descompuesto—. Después de todo, eso es lo menos peligroso que hay por aquí».

«¿Cuál es el peligro entonces?»

Bartolomé suelta una risa seca e inquietante.

«Los Abyectos».

A Eric le invade un escalofrío. Volver a oír esa palabra no le da buena espina y mucho menos con el tono frío y cortante que la mente de Bartolomé la ha expresado.

«¿Qué son los Abyectos?»

«Son esclavos. Espíritus que han sido engañados por alguien y que ahora le obedecen sin tener voluntad propia. El que te atacó en el bosque era uno de ellos. Son fáciles de diferenciar porque no dejan de enseñar una risita forzada. Y si hay algo que los espíritus de por aquí no hagan, es ser felices».

Eric recuerda una sonrisa con dobles intenciones a escasos centímetros de su cara. Se acuerda de que estuvo a punto de dejarse engañar por ese espíritu, pero que la voz de Bartolomé y tal vez su instinto le hicieron desconfiar.

«¿Quién los controla?»

«No estoy seguro. Solo tuve ocasión de verle una sola vez hace varios años y no supe quién era. Desde aquel encontronazo, se mantuvo inactivo... hasta ahora. Quiquiera que sea llegó hace apenas dos meses y está creando un ejército. Espíritu que se encuentra con un Abyecto, espíritu que es raptado

y convertido en uno de ellos. Ya casi no quedan normales; todos son capturados y transformados en caras sonrientes».

«¿Para qué?»

«Eso lo desconozco».

Eric se toma un segundo para procesar la información. Su mente empieza a estar saturada. Aun así, todavía le surgen dudas que no logra despejar por sí solo.

«¿Pero por qué alguien quiere hacer el mal en un sitio como este? Quiero decir, prácticamente todos los que están aquí son unos pobres desdichados, no hay razón para que se les capture y se les anule la voluntad. ¿Qué ganan con ello?»

Bartolomé suelta un atisbo de sonrisa teñida de una tristeza honda.

«Yo me he preguntado eso varias veces, pero tampoco lo logro entender. Verás, Eric, no hay espíritus malos por naturaleza. En cualquier caso hay espíritus que tienen un objetivo que no han cumplido, o que están tan apegados a una persona, que simplemente son capaces de causar daños si algo se interpone en su camino. Pero por regla general, no tiene por qué haber espíritus malignos».

Eric arquea una ceja. Sus razonamientos van por derroteros que no sabe si coinciden con los de Bartolomé.

«¿Acaso insinúas que quienquiera que sea el creador de esos Abyectos no es...?»

«Exacto. No es un espíritu».

Eric teme preguntar, cada vez tiene la sensación de que su vida peligra más y más. Respira hondo y trata de mantener la calma.

«¿Entonces qué es?»

«No lo sé», concluye con voz queda.

Su expresión se torna cohibida: desvía la mirada al suelo, se encoge, se rasca el pelo, aprieta los labios... Ni rastro de la insolencia y el desparpajo de antes.

«Solo puedo decir que la primera y única vez que me topé con eso, casi muero de terror».

Eric traga saliva. Lleva todo el tiempo escuchándole con una pregunta guardada en la recámara. Pero la pregunta cada vez se hace más y más difícil conforme descubre un nuevo dato que complica la situación. Ahora que Bartolomé guarda silencio, es el momento de sacarla a la luz. Se arma de valor y temiendo lo peor, proyecta con su mente:

«¿Y Sarah?»

Bartolomé alza los ojos y observa a Eric como si recayera en su presencia por primera vez.

«Llevo esquivando Abyectos desde que empezaron a crearse. Prácticamente los conozco a todos. Y para bien o para mal, a Sarah no la he visto formar parte de ellos».

«¿Entonces está bien? ¿Está a salvo?»

«Eso todavía es pronto para saberlo. Si fuera lista se habría escondido en algún lugar remoto que no haya sido invadido por los Abyectos. Pero teniendo en cuenta que ella tampoco tiene ni idea de cómo están las cosas aquí, lo más probable es que la hayan atrapado».

El corazón de Eric da un vuelco. Que Sarah haya sido capturada por esos monstruos, le aterra.

«Pero Sarah no estaba sola, su madre debería estar con ella».

La duda surge en la cara de Bartolomé.

«¿Su madre?»

Eric no entiende a qué viene esa pregunta.

«Sí, la mujer que nos interrumpió en *Halloween*, la última vez que contactamos contigo haciendo la güija. Estaba junto a ti, ¿no? Tú mismo nos dijiste que había alguien que quería hablar con Sarah. Esa persona era su madre. Ella misma nos lo dijo».

Eric observa cómo el rostro de Bartolomé pasa de la incertidumbre al desconcierto, hasta desembocar en el horror.

«No había nadie conmigo esa noche, Eric. Alguien interfirió en nuestra conversación desde otro lugar».

Eric no da crédito. Le mira fijamente, intentando adivinar la broma en sus ojos sinceros.

«¿Y eso qué significa?»

«Que alguien os engañó. La madre de Sarah jamás ha estado en este plano».

## CAPÍTULO 17

*Miércoles, 4 de noviembre. 1:04 a.m.*

El trueno retumba en los tablones de madera del caserón en ruinas. La estructura parece tambalearse ante la sacudida del relámpago que no ha debido de caer muy lejos. Sin embargo, los amigos permanecen sobrecogidos por otra razón. En el umbral de la habitación, una figura en tinieblas les observa con una sonrisa torcida y destartalada.

—Chicos, ¿quién es ese? —exclama Kevin, exaltado, agarrando tan fuerte el hombro de Álex que le clava las uñas en su piel—. ¿De dónde ha salido? Dios mío, es un asesino y viene a matarnos.

Los amigos retroceden de quienquiera que sea esa persona. En otra situación habrían mostrado a Kevin que sus temores son infundados, como ocurre cientos de veces. Pero en aquella ocasión no saben controlar sus miedos, quizás porque no encuentran una explicación coherente a la presencia de ese sujeto. O tal vez ya están bastante atemorizados por la anterior visita sorpresa del padre de Sarah. O también porque la situación ya es bastante peculiar como para no dejarse llevar por el pánico. Cómo echan de menos en esos momentos a Eric. Él habría hecho alarde de una falsa valentía y, aunque también estaría muerto de miedo, habría dado un paso adelante. Y no hacia atrás, como ellos acaban de hacer.

—Tranquilos, amigos, no vengo a mataros. Si esa fuera mi intención, lo habría hecho hace mucho, cuando os veía jugar con vuestro tablero.

Los amigos retroceden más todavía ante aquellas palabras. Adriana atrae a Álex hacia sí con el brazo, en un intento por protegerlo. Kevin y Félix se

juntan tanto que sus hombros chocan el uno con el otro. Si por ellos fuera echarían a correr río abajo, pero no pueden abandonar a Eric en pleno trance. Además ese tipo bloquea la puerta y la idea de atravesar una ventana no es demasiado tentadora... por ahora.

El padre de Sarah no entiende a qué viene ese terror.

—¿Qué os pasa? —pregunta—. ¿No lo conocéis? Es Nico el lo... Bueno, Nico el del pueblo.

Los amigos agudizan la vista, tratando de distinguir la espesa barba y sus harapos característicos entre las sombras. Al final, reconocen su gesto sagaz y su mirada indescifrable. Y suspiran aliviados.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta Félix, en quien por fin vuelve a reinar la cordura. Se gira hacia el padre de Sarah y le dice—: ¿te ha seguido?

Aaron está a punto de negar, cuando Nico se le anticipa.

—¿Seguirle? Perdona, he sido yo quien le ha traído hasta aquí. Si no fuera por mí, ahora mismo estaría dando tumbos por el pueblo, lloriqueando y chillando. ¿Quién sería el loco entonces?

Félix le ignora dando por sentado que por algún motivo Nico el loco ha dado con ellos y ahora les supondrá un estorbo.

—Ya está delirando otra vez.

—Lo que ha dicho es verdad —interrumpe Aaron. Los amigos se giran hacia él, con curiosidad—. Fue Nico quien me condujo hasta aquí. Estaba buscando a Eric y él se ofreció a traerme.

El rostro de Félix se tiñe de interés. Ahora observa a Nico con nuevos ojos.

—Lo más difícil para un loco es volver a recobrar la credibilidad —dice el nuevo invitado, al que todos prestan atención—. Hacen falta mil acciones cuerdas para que la gente vuelva a creer en ti, y un solo gesto para que dejen de hacerlo. Es lo que tenemos los locos. Pero, ¿a que ya no parezco tan loco?

—¿Cómo nos has encontrado? —pregunta Álex, haciendo las veces del valor que hubiera mostrado Eric.

—Ya os lo he dicho, no es la primera vez que veo cómo jugáis a los fantasmas con esa tabla vuestra. Digamos que os he estado observando desde las sombras.

Kevin sale del seguro cobijo de la espalda de Adriana y exclama:

—¡Lo veis! —dice señalando con el dedo, aunque no sabe muy bien a quién apunta—. Os lo dije, dije que había visto a alguien escondido detrás de la ventana y vosotros os burlasteis de mí. Sé lo que vi. Tenía razón.

—Es cierto, era yo —admite Nico levantando la mano y con una sonrisa pícaro—. Una vez estuvisteis a punto de pillarme, pero, ¿ves lo que digo? Hacen falta mil acciones correctas para confiar en un loco y una sola para dejarlo de creer. Lo mismo te ha pasado a ti, Kevin.

—¿Y por qué nos espiabas? —pregunta Adriana retomando el hilo de la conversación.

—Espiar es una palabra muy fea, querida. Digamos más bien que os vigilaba, que custodiaba vuestra seguridad, que era vuestro seguro de vida. No, mejor: que era vuestro guardaespaldas particular.

La joven enarca una ceja en una mezcla de desagrado y extrañeza. No le ha gustado nada cómo ha sonado ese «querida».

—Si eres nuestro guardaespaldas, como tú dices —dice Félix—. ¿de qué se supone que tienes que protegernos?

Nico tuerce el gesto y lo observa con una mirada penetrante. Félix lamenta haber formulado la pregunta.

—Siempre pensé que tú eras el chico más inteligente de esta provincia, por eso me sorprende que no sepas contestar a esa pregunta por ti mismo.

De repente, Nico se acerca mucho a Félix, tanto que el muchacho se queda rígido. Nadie hace nada, todos se quedan petrificados ante la rapidez pasmosa del vagabundo. Félix teme lo peor. Sus rostros casi se tocan. El muchacho cierra los ojos. Hasta que la voz de Nico le llega como un susurro arrastrado por el viento:

—Y me sorprende mucho más cuando tú acabas de dar la respuesta hace un momento.

Entonces se aleja con pasos lentos y sin quitarle ojo, atento a cómo cala la idea en la mente del joven. Cuando Félix parece comprenderlo, Nico suelta una risa aguda y estridente que estremece a los presentes.

—¿Sabes de lo que habla? —pregunta Adriana a Félix.

—No estoy seguro —confiesa él, medio sumido en sus pensamientos.

Álex es el primero en reaccionar.

—Se acabó. No podemos perder tiempo con este chiflado. Adriana, tú quédate con Eric; nosotros echaremos a este tío.

Nico se lleva una mano al pecho, como si estuviera escandalizado por lo que acaba de oír.

—¿Echarme? ¿A mí? —pregunta, indignado, con un tono teatrero sobreactuado—. Me temo que aquí el único que tiene derecho de echar a alguien soy yo.

Los amigos comienzan a agarrarlo por los brazos, pero Nico no ofrece resistencia alguna.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué? —preguntan mientras lo arrastran.

—Porque estáis en mi casa.

Los empujones se detienen. Álex libera a Nico inconscientemente.

A juzgar por su semblante serio, no parece que se trate de una broma. Aunque con alguien tan impredecible, nunca se sabe.

—Esta casa lleva abandonada muchos años —replica Adriana, reacia a creerle.

—Siete años y seis meses, exactamente. Bueno y... —Desvía la mirada al techo y cuenta con los dedos—. Ocho días, creo.

—¿Por qué la abandonaste? —inquire Kevin sin pensar la pregunta.

—Me alegra que lo preguntes, chico. Estaba empezando a creer que después de la historia del padre de Sarah no iba a tener la oportunidad de contaros la mía. Era una cálida y gélida tarde de verano, el sol brillaba con fuerza tras las nubes y yo regresaba antes de tiempo de mi trabajo de escultor profesio...

—Mira, dejadlo —sugiere Álex—, este tío no está bien de la azotea. Será mejor que lo echemos de aquí y busquemos una forma de ayudar a...

—Perdona que te interrumpa, joven, pero ¿vas a rechazar la única ayuda que tienes para rescatar a tu amigo? Van a pensar que el loco aquí eres tú.

Álex se muerde el labio, impotente. Está harto de aquella ridícula situación y solo pensar que Eric puede encontrarse en apuros, mientras ellos siguen los jueguecitos de ese tipo, le pone aún más histérico.

—Muy bien, si de verdad sabes tanto, ¿cómo pretendes ayudar a Eric?

Nico muestra su sonrisa piadosa.

—Ese es el problema que tenéis los jóvenes de ahora, queréis empezar a construir la casa por el tejado. Siempre a lo fácil, siempre a lo rápido. Deseáis saberlo todo, aunque no entendáis nada.

Álex hace un esfuerzo por contener las ganas de abalanzarse sobre él y quitarle de un puñetazo toda arrogancia. En su lugar, dice:

—¿Y qué se supone que tenemos que saber primero?

—Era una cálida y gélida tarde de verano, el sol brillaba con fuerza tras las nubes y yo regresaba antes de...

—Se acabó —zanja Álex—. Fuera de aquí.

Los muchachos agarran por las solapas del desgarrado abrigo a Nico y tiran de él hacia la puerta.

—Espera —les detiene una voz.

Todos se vuelven y observan a Félix, el cual se ha quedado pensando lo que Nico le había susurrado.

—Ya sé a qué te referías —le dice encaminándose hacia él, con una sonrisa de satisfacción, como si hubiera resuelto el mayor de los acertijos—. Nos estabas protegiendo de lo mismo que atacó a Sarah y que ahora acecha a Eric. De ese espíritu, o de lo que quiera que sea.

—¡Bingo! —aplaude Nico con entusiasmo.

—Y si nos vigilabas antes incluso de que contactásemos con esa... cosa, es porque tú ya sabías que existía. O sea que tú ya has contactado antes con el mismo ente.

—Bravo, muchacho. Por un momento creía que me defraudarías.

—Pero, ¿cómo contactaste? ¿Cuándo...?

—Veo que ahora sí os interesa saber mi historia. Ya había pensado que tenía que hacerme el deprimido, como el padre de Sarah, para que me escuchaseis.

Los amigos intercambian miradas de indecisión y al final le ceden la palabra a Nico:

—Era una cálida y gélida tarde de verano, el sol brillaba con fuerza tras las nubes y yo regresaba antes de tiempo de mi trabajo de escultor profesional. Mi mujer, Laia Gómez Echeverría, y yo nos acabábamos de mudar a este pueblo en busca de un remanso de paz y tranquilidad. El anterior dueño de esta casa había fallecido ahorcado de una viga. Si no recuerdo mal, de la que tienes justo encima, querida —indica, señalando a Adriana. La chica sigue la dirección de su dedo y discretamente se aparta a un lado—. En fin, por dónde iba... ah, sí, mi mujer había fallecido ahorcada y entonces yo...

—No —le interrumpen los amigos—, habías dicho que el dueño había fallecido ahorcado, no tu mujer.

—Ah, es verdad —repite, asintiendo varias veces—. Vaya, hombre, ya os he chafado el final.

Los amigos intercambian más miradas de incertidumbre. No saben si tomarle en serio. Tal vez esté enterado del asunto porque es cierto que ha estado observándoles y se ha quedado con la historia. El problema es que parece estar tan al tanto de la situación, que resulta difícil comprender cómo alguien tan trastornado como Nico puede recordar tantos detalles.

—¿Tu mujer murió ahorcada? —inquire Adriana, horrorizada.

—¿Ahorcada? ¡¿De dónde sacas semejante disparate?! —se escandaliza Nico.

—Pero tú acabas de decir...

—Laia murió al resbalar de la escalera mientras colgaba el retrato de nuestros padrinos de boda, Luis Alfonso Mena Rodríguez y María del Pilar García Gracia. ¿O era Gracia García? Bueno, qué más da. El caso es que no murió ahorcada.

—¿Y qué tiene que ver eso con nuestro amigo Eric? —se enerva Álex.

—¡Es lo que estoy tratando de explicaros! Pero vosotros no me dejáis.

—¿Pero qué dices? Si has sido tú qui...

—Álex —le corta Adriana frenándolo con el brazo, pues el muchacho se empieza a acercar peligrosamente a Nico—, dejémosle que termine y ya luego vemos qué hacemos.

Los dos cruzan una mirada cómplice durante un instante y asienten.

—Continúa —le piden a regañadientes.

—Ya qué más da. Tampoco voy a conseguir tanto sentimentalismo como el padre de Sarah con su historia. Y mucho menos como tengo yo últimamente la memoria. Además, será mejor que nos demos prisa, las cosas en el otro lado se están complicando —comenta como para sí.

—¿De qué está hablando? —cuchichea Kevin.

—Ni idea —murmura Félix—. Tú piensa que es tu bisabuelo y que le tienes que dar la razón como a los locos.

—Nunca mejor dicho.

—Veréis —prosigue Nico ajeno a la paralela conversación—, como ya he dicho, mi mujer falleció de una manera muy ridícula. Estaba colgando el cuadro de nuestros sobrinos Miguel Rivas Dorado y Mónica Durán Podadera y, como salí un poco antes de mi trabajo de sepulturero, se asustó y cayó. La suerte es traicionera y lo que podía haber sido solo un susto, acabó siendo una tragedia. Se golpeó en la base de la nuca con el borde del escalón y poco pude hacer por ella porque murió en el acto. La pobre ni siquiera supo que quien había entrado en casa no era un ladrón, sino su marido.

»Como os podéis imaginar estaba muy unido a ella. De hecho nos mudamos a este recóndito lugar porque los dos solos teníamos todo lo que necesitábamos. Laia y yo éramos amantes de vivir al margen de la sociedad, de aislarnos y disfrutar de la naturaleza. Pero sobre todo, éramos amantes de nosotros mismos. Yo me debía a ella y, sé que ella se debía a mí. No necesitábamos nada más. En nuestro tiempo libre tallábamos figuras de

madera de cedro y con lo que sacábamos vendiéndolas y mi trabajo de apicultor, teníamos más que suficiente para subsistir. El resto del día lo pasábamos el uno junto al otro. No teníamos amigos, ni siquiera conocíamos a nadie del pueblo, simplemente estar los dos unidos nos bastaba. Jamás podré expresar con palabras lo que vivimos en esa época.

—Así que era cierto lo que dicen en el pueblo de que enloquecí cuando perdí a su mujer —musita Kevin al oído de Félix.

Nico se detiene bruscamente y le dedica una mirada inquisitiva.

—Un simple rumor no puede simbolizar todo lo que yo he sufrido, muchacho. Ni la mejor de las historias es capaz de expresar con burdas palabras una décima parte de la realidad. Y mucho menos un rumor de la gente del pueblo, que inventa más que habla.

—Lo... siento —murmura Kevin, arrepentido y asustado.

—He oído cientos de historias sobre mí. Tantas que ya he empezado a olvidar quién soy. Pero de cuando en cuando mi cordura regresa, como ahora. El problema es que nadie cree a un loco, por muy cuerdo que sea su mensaje.

Los amigos desvían la mirada al suelo. Entienden el calvario que ha debido pasar y en parte tienen la culpa de ese aislamiento pues al igual que el resto del pueblo, ellos también le han ignorado cuando murmuraba cosas sin sentido, o le han dado esquinazo si se les acercaba demasiado.

—Cuando mi mujer se fue, yo quedé destrozado. He oído que la gente dice que fue entonces cuando enloquecí, pero eso no es así exactamente. Cuando falleció traté de adaptarme, pero nada era igual, ¿cómo iba a sobrevivir solo si toda mi vida la había compartido con ella, si ella era la razón de mi existencia? Por si fuera poco, el sentimiento de culpa me martirizaba todas las noches: no paraba de pensar que si hubiera llegado a la hora habitual, o si al menos hubiera esperado a que bajase de las escaleras para saludarla, ella estaría viva. Perder al amor de tu vida es una de las cosas más horribles que dios haya podido crear. Y más aún si se carece del apoyo de alguien. Sopesé la idea del suicidio, al fin y al cabo nadie me echaría de menos. Estuve a punto de bañarme con la tostadora hasta que llegó a mí la noticia del tablero mágico güija. No recuerdo bien cómo di con él, creo que leí algún artículo en un periódico cuando deambulaba sin rumbo por el pueblo. El caso es que la posibilidad de poder entablar conversación con mi mujer, con Laia, mi amor, me pareció un rayo esperanzador en medio de la tempestad.

Nico guarda silencio un momento. Atrás queda cualquier atisbo de

locura; en su lugar, pesadumbre y resignación, como si hubiera repetido la historia incontables ocasiones y tuviera asumido que recordarla una vez más no va a cambiar nada.

—¿Qué pasó con la güija? —se atreve a preguntar Félix.

—Creo que os podéis imaginar que nunca llegué a contactar con Laia — contesta, amargamente. Hay algo en su manera de decir las cosas que conmueve a los oyentes—. En cierto modo me alegro porque supongo que eso es señal de que descansa en un lugar mejor. Aunque me gustaría despedirme de ella. Pedirle perdón. Repetirle lo mucho que la amo.

El silencio vuelve a ser estremecedor. Nadie sabe qué decir, ni mucho menos qué hacer. La tormenta amaina y lo que antes era una tromba de agua, ahora es un fino manto de lluvia que baña el caserón con un rocío suavísimo. Los relámpagos aún carraspean tímidamente, como señalando que lo peor está por venir.

—Estuve cerca de cinco meses creyendo que era ella la que hablaba, que mi amor estaba esperando al otro lado. Pobre de mí, estaba tan ciego, me gustaba tanto esa mentira... qué iluso. Mi supuesta Laia fue convenciéndome de que aquel lugar era el paraíso, que ella no podía ascender definitivamente al más allá hasta que no la acompañase, que yo era la parte que le faltaba. Y yo, Nicolás Bartolomé Alfredo Castillo de Romarategui, ingenuo como un chiquillo, me lo creí. Hice todo lo que ordenó, obedecí como un crío de tres años engatusado con un caramelo. Fue una sensación extraña, como en un sueño. Al principio pude ver cómo la imagen de mi esposa me acogía en sus brazos. Al contemplarla de nuevo sentí que volvía a vivir. Entonces dijo: «ven conmigo», tomó mi mano y me guio por una senda blanca. Ni siquiera cuestioné adónde nos dirigíamos, simplemente me dejé llevar. ¿Qué mal podía pasar en brazos de mi amor? Cuanto más caminábamos, más perdía el control de mi cuerpo, más vueltas daba todo. Era como si me estuviesen arrancando del lugar al que realmente pertenecía. Estaba mareado y no era una sensación agradable en absoluto. Ahí comencé a dudar. Pensé que aquello sería normal, pues al fin y al cabo me encontraba en el espacio de los espíritus, o como a mí me encanta llamarlo, el espacio de los no-difuntos. Pero cuando miré a Laia en busca de su reconfortante apoyo, no fue a ella a quien vi.

La voz de Nico se extingue entre los penumbrosos rincones del caserón. Todos los amigos le escuchan sin mediar palabra. Alguna que otra vez intercambian miradas desconcertadas, como cuando Nico cambia de trabajo a

su antojo, o gesticula exageradamente con ademanes imposibles de descifrar. Todos, salvo Félix. Álex le vigila de reojo y siempre le ha pillado pensando. Se rasca la barbilla, observa el vacío y tuerce el gesto... Algo debe estar rondando por su cabeza.

—¿Qué fue lo que viste? —rompe finalmente Adriana el silencio.

—Vi una silueta oscura. Un ser negruzco y sin forma. Era la muerte, iba cogido de la mano de la muerte.

Todos dan un respingo. Kevin se cobija aún más en la espalda de Adriana y la toma con las migas de su bolsa de patatas. Hace rato que ya se las ha zampado, pero necesita pensar en otra cosa si no quiere pasar toda su vida con pesadillas.

—Intenté resistirme, escapar de su garra. Pero no me soltaba. Arrastraba mi esencia por esa senda espeluznante. Cada vez estaba más lejos de mi mundo, más cerca de mi muerte. Y no podía escapar. Mis piernas no respondían, los brazos me pesaban toneladas. Solo mirar a ese ser me dejaba sin sentido. Como si absorbiese mi voluntad. Apenas consciente de mí, sabía que tenía que reaccionar si no quería morir. Cerré los ojos y me opuse con toda mi alma a ser doblegado por la muerte. Pensé en Laia, en su voz, en su sonrisa... Hasta que logré escapar, al menos en parte.

Nico enmudece y los amigos quedan con la duda de si ese es el final de la historia.

—¿Cómo que escapaste... en parte?

—He ahí la razón de mi locura. El contacto con ese ser me dejó tocado, nunca mejor dicho, y solo una parte de mí regresó, la otra quedó atrapada.

De repente, Félix alza la cabeza y se abre paso entre sus amigos. Se encamina con el rostro iluminado hacia Nico y le señala con el dedo.

—¡Eres Bartolomé! ¡Tú eres Bartolomé!

El aludido aplaude con entusiasmo.

—Bravo, muchacho. No se te escapa una.

—¿De qué estás hablando? —le interrogan Adriana y Álex—. ¿Bartolomé? ¿Qué Bartolomé? ¿Nuestro espíritu?

—Antes lo ha dicho —explica Félix tan agitado que no encuentra las palabras—. Ha dicho que se llama Nicolás Bartolomé Alfredo Castillo de no sé qué.

—De Romarategui, es vasco —aclara Nicolás, que parece divertirse.

—¿Qué más da? El caso es que el ente con quien contactábamos también se llama Bartolomé.

—Pero eso es pura coincidencia —replica Álex—, el nombre se lo puede haber inventado, como el ochenta por ciento de la historia.

—No es eso. ¿Es que no lo entendéis? —continúa Félix—. ¿Por qué solo podíamos contactar con él en esta casa? La historia es cierta, por lo menos la gran parte. ¿Por qué si no iba a...?

—Déjame a mí —le interrumpe Nico, echándolo a un lado delicadamente—. Sé que tú lo has pillado, pero a tus amigos parece que les cuesta un poco más. Como he dicho, al escapar de esa cosa, una parte de mí quedó atrapada en el espacio de los no-difuntos. No sé cómo, pero mi alma se partió en dos. Una mitad quedó confinada en el otro lado y la otra la tenéis delante. Y sí, era conmigo con quien contactabais en vuestras sesiones güija. Prefería que os entretuvierais con mi otro yo antes de que el demonio os cazase y engañase como a mí. Ya he causado bastantes problemas al invocarlo por primera vez. De haber sabido que también atormentaría a la familia de este pobre hombre... —se lamenta, dando palmadas sobre el hombro de Aaron—. Por eso digo que soy vuestro guardaespaldas. Cuando no estaba detrás de la puerta con la oreja puesta, mi otro yo se ponía en contacto con vosotros para que nadie se inmiscuyera. No sé si sois conscientes, pero al hacer la güija estáis haciendo un llamamiento a todos los seres cercanos. Imaginaos a vosotros mismos dando un fuerte grito en medio de un bosque lleno de depredadores hambrientos.

—Si es tan peligroso, ¿por qué no nos avisaste antes? —le reprocha Álex—. Quizás Eric estaría aquí con nosotros y no perseguido por esa cosa oscura.

—¿Me habríais creído? —replica Nicolás.

Pero nadie contesta. Álex retira tácitamente la pregunta.

—Pero no lo entiendo —murmura Kevin, debatiéndose entre la curiosidad y el miedo a preguntar—. ¿Cómo vas a ser tú Bartolomé? Llevamos hablando meses, podrías habernos dicho que eras Nico el...

—Nico el loco —termina Nicolás—, no te preocupes, estoy acostumbrado. Verás, chico, la memoria me falla a ratos y tener el alma, la conciencia, o como quieras llamarlo, fragmentada, no ayuda. Si no fueran por estos momentos de lucidez, seguiría creyendo que Nico el loco es una persona y Bartolomé, otra. Quizás en un futuro me invente otra personalidad con Alfredo, mi tercer nombre.

—¿Entonces puedes volver a perder tus recuerdos?

—Puedo no, los voy a perder —afirma, categórico—.

Desgraciadamente, siempre vuelve a mí la locura. Tengo dos conciencias que se intercambian a su antojo de cuerpo y me hacen perder el norte. Por eso a veces voy diciendo majaderías sin sentido por ahí, porque mi conciencia de este plano se ha pasado al otro, y viceversa. Llega un momento que las imágenes de los dos espacios se solapan y pierdo la orientación y, por supuesto, la cordura. A veces logro controlarme y puedo mandar una conciencia en su plano original, con su cuerpo correspondiente. Otras, meto la pata y envío la conciencia que no es al cuerpo equivocado, y así permanece hasta que me doy cuenta. También hay veces que las dos partes están en un mismo cuerpo y el otro se queda inconsciente un tiempo... Es gracioso.

Los amigos cruzan miradas de extrañeza. No ven la gracia por ningún sitio.

—Pero no puedes abandonar un cuerpo así como así, al menos no en el otro plano —cuestiona Félix, pasando las páginas de su volumen sin cesar—. Lo ves, aquí está: «si el cuerpo del otro lado queda inconsciente (es decir, fallece), ese cuerpo se desvanecerá completamente, sin dejar rastro alguno de que una vez estuvo allí».

—Eso no es del todo cierto. El cuerpo se desvanecerá, *pasado un tiempo* —puntualiza Nicolás—. No es algo instantáneo. Me muero y, ala, desaparezco. ¡Menudo disparate! ¿Quién ha escrito ese libro? Es un proceso, como la descomposición de un cadáver. Solo que en el otro lado, la descomposición es más rápida. Primero empieza a humear y luego tu esencia se evapora por completo. Suerte que yo introducía una parte de mi alma en ese cuerpo antes de que desapareciese por completo. Si no, no sé lo que habría pasado.

Félix se rasca la barbilla y frunce el ceño.

—Si el problema es que estás... ejem, loco, porque tu alma ha sido fragmentada en dos, ¿por qué no abandonas tu cuerpo en el otro lado? Quiero decir, podrías dejar tus dos pedazos de alma en este cuerpo, el que está aquí, en el plano de los vivos, y así recuperarías la cordura. Supongo...

—Eres más inteligente de lo que creía, chico. Yo tardé medio año en llegar a esa conclusión. Como digo, no soy plenamente consciente de mis actos. A veces puedo controlar mis almas, otras no. El caso es que siempre vuelve a mí la locura. Debe de ser el contacto con ese *ser oscuro*, lo que me dejó así, medio ido.

—En ese caso, si dices que puedes perder el juicio en cualquier momento, no malgastemos más tiempo y dinos cómo puedes ayudar a mi

pequeña.

Todos se giran y ven a Aaron levantarse de su rincón. Sus ojos brillan con una mota de nueva esperanza. Ha estado escuchando a Nico en completo silencio desde la penumbra y por un momento han olvidado su presencia. Ahora todos le observan como si estuvieran viendo un fantasma.

—Mi querido amigo —dice Nicolás, acercándose y pasándole el brazo por los hombros—, los dos hemos sufrido tanto. Los dos conocemos el dolor de perder al amor verdadero. Los dos conocemos la desesperación y lo que ésta es capaz de hacernos por recobrar la esperanza. Los dos somos capaces de remover cielo con tierra por volver a vivir, por recuperar la esperanza. Y, aunque desgraciadamente yo la perdí hace mucho, tú, Aaron, todavía tienes una oportunidad.

—Pero, ¿cómo?

—Tener una parte en el otro lado, tiene sus ventajas. ¿O acaso creíais que toda locura iba a ser mala?

## CAPÍTULO 18

Eric trata de asimilar las palabras de Bartolomé lo mejor que puede. Ha tenido que procesar que en ese plano hay tres clases de espíritus y que los Abyectos son sus potenciales enemigos. También que Sarah no ha sido convertida en uno de ellos, al menos que él sepa. Pero la última frase le ha dejado descolocado totalmente.

«¿Cómo que la madre de Sarah nunca ha estado en este plano?», repite.

Bartolomé no sabe qué hacer para que el chico no se tome a mal lo que le va a decir. Aun así alguien tiene que abrirle los ojos, por muy dura que sea la verdad.

«No sé quién interrumpió nuestra conversación en *Halloween*, pero una cosa sí tengo clara: la madre de Sarah no fue».

Eric es la viva imagen del desconcierto. Su mente se aturulla de miles de preguntas, pero no logra encontrar la más adecuada.

«Pero, ¿quién nos ha podido engañar? ¿Entonces Sarah por qué ha...? ¿Y cómo...?»

Eric deja la cuestión en el aire. Al observar a Bartolomé, comprueba que no le presta atención. Parece sumido en una especie de trance... otra vez. Sus brazos caen lacios, su mirada permanece fija en la pared y su gesto, impertérrito. Eric le agarra por los hombros y lo zarandea. No es la primera vez que le asusta de esa forma y está tan cansado que no le importa descargar parte de su irritación agitándolo con vehemencia.

—Bartolomé, ¿quieres escucharme? —dice en voz alta. Da igual que se pongan en peligro al hablar normal. Necesita salir de dudas.

Pero por más que lo agita, no reacciona.

Eric retrocede lentamente. Aquello no puede ser normal. Cualquiera hubiera vuelto en sí con semejantes sacudidas, por muy abstraído que estuviese. Lo observa detenidamente y puede ver su mirada desenfocada. Es como si se encontrara en otro lugar, en uno muy lejos.

Un espasmo exagerado saca de su ensueño a Bartolomé. Eric se sobresalta también, sintiéndose idiota por su reacción.

—Vaya —murmura para sí el espíritu, mientras se acaricia su barba de pocos días con delicadeza—, parece que Félix ya ha descubierto que en realidad soy Nicolás el loco. Qué chico tan interesante.

Eric no pasa por alto el comentario.

—¿Cómo? ¿Tú eres Nico el loco?

Bartolomé da media vuelta hacia él y choca con el ceño fruncido del joven muy cerca de su rostro. Al verlo, se sorprende sobremanera.

—Ah, eres tú, Eric. Por un momento creía que me pillarían esos Abyectos.

—No te hagas el loco —le reclama Eric, aunque quizás no sea esa la forma más acertada de decírselo.

—Todos me llamáis loco, cuando en realidad soy vuestra única esperanza, tanto en este, como en el otro plano. Qué curioso.

—¿Qué has dicho...

«¡Shhh! —le regaña Bartolomé—. Háblame por el canal».

Eric obedece, pero sin despistarse de su interrogatorio.

«¿Qué has dicho de que Félix te ha descubierto? —insiste Eric—. ¿Qué sabes de él y de mis amigos? Vamos, explícate».

Trata de sonar lo más amenazador posible, aunque reconoce que ha quedado lejos del efecto que deseaba.

«Está bien, está bien. La he pifiado. Me quería guardar el secreto, pero ya veo que no se te escapa una —dice, propinando un codazo amistoso en su costado—. El loco del pueblo, como coloquialmente decís, y yo, Nicolás Bartolomé Alfredo Castillo de Romarategui, somos la misma persona, sí. Como mi nombre ya es suficientemente largo, decidí utilizar en este plano Bartolomé; y en el otro, Nicolás. ¿No es ingenioso?»

Eric no da crédito.

«Pero, ¿cómo vas a estar en dos sitios al mismo tiempo? Es imposible».

«¿De verdad crees que es imposible? Tú, que estás vagando en un plano intermedio entre la vida y la muerte con tu cuerpo inconsciente lejos de

aquí».

Eric recapacita. Con los últimos acontecimientos ya no sabe en qué creer, y mucho menos en qué es posible y qué no.

«Vale, puede suceder —reconoce a regañadientes—, pero, ¿cómo?»

Nicolás Bartolomé suelta un bufido de cansancio.

«No pienso repetir mi historia dos veces hoy. Me niego. Además, no creo que sea momento para anécdotas personales. Digamos simplemente que yo también hice la güija y un espíritu me engañó igual que a vosotros, solo que acabé peor parado. El resto que te lo cuenten tus amiguitos cuando regreses».

«Pero, ¿se lo has contado a ellos?»

«No he tenido más remedio; ¡querían echarme de mi propia casa!»

Eric le mira sin comprender del todo. No sabe si tomarle en serio. El caso es que ya son demasiadas coincidencias como para no haber nada de cierto en toda su historia.

«¿Y cómo sabes lo que está ocurriendo en el plano terrenal?»

«Oh, vamos, Eric. Estoy seguro de que puedes deducirlo por ti mismo».

El muchacho sostiene su mirada, tratando de encontrar la respuesta en sus ojos. Esos ojos oscuros y profundos que antes parecían estar sumergidos en otra dimensión...

—Los trances —murmura, tras comprenderlo.

«Exacto. Cada vez que me quedo ido, mirándote fijamente a ti, o algún punto sin importancia, estoy echando una ojeada al plano de los vivos, a lo que mi otro yo está viendo. Solo tengo que enviar mi conciencia al otro lado un segundo, y listo».

A Eric se le escapa un «oh» de asombro. Así que ese tipo y Nico el loco son la misma persona y, por algún motivo que no logra entender, pueden comunicarse.

«Eso es increíble —admite—. Podemos hablar con mis amigos cuando quiera. Estoy convencido de que Félix...»

«No tan deprisa, muchacho —interrumpe, cortando su entusiasmo—. Las cosas no funcionan así. No siempre decido cuándo contactar, muchas veces ocurre en el momento menos esperado. Por algo me llaman loco».

Eric aguarda a que prosiga, pero comprende que Nicolás Bartolomé pretende que el joven siga el curso de sus pensamientos. Cosa que él está lejos de conseguir. Por eso pregunta:

«¿Qué quieres decir?»

«Ahora estás viendo mi mejor yo —explica—, pero desconozco cuánto tiempo permaneceré lúcido. Puede llegar el momento en que pierda mis recuerdos. O mejor dicho, llegará el momento en que pierda mis recuerdos».

La sombra de una amenaza invisible se cierne sobre el rostro de Nicolás que ahora se muestra compungido y apenado, como si no pudiera evitar su triste destino.

«¿Por qué te sucede eso?», inquiriere Eric, que no sabe si está metiendo el dedo en la llaga.

«Llevo atrapado en este lugar muchos años, tantos que hace tiempo que perdí la cuenta. Y me temo que estoy cayendo en el olvido. Mis arrebatos no son más que síntomas de mi ineludible final: el olvido».

El silencio anega la casucha en ruinas. Una calma total se instala entre los dos y Eric no sabe qué hacer para animarle. Cuanto más tiempo pasa, más pesa la absoluta tranquilidad. No corre ni una gota de viento entre las grietas del techo, o por los agujeros de la pared. Eric lo medita un instante y ni siquiera está seguro de que en ese plano exista el viento.

Finalmente decide que lo mejor es ir al grano, al asunto por el que está allí.

«¿Cómo podemos ayudar a Sarah?»

Nicolás Bartolomé le dedica una mirada, como quien ve un fantasma. Y se queda observando fijamente al muchacho mucho tiempo. Demasiado tiempo. «Genial, otra vez ha entrado en trance», piensa Eric. Se dispone a esperar sentado en una silla que duda que se mantenga en pie, cuando Nicolás le agarra por el brazo con fuerza.

«Tenemos que salir de aquí».

Sin que le dé tiempo a replicar, Eric es arrastrado a toda prisa por los pasillos de la casa derruida. Corren de puntillas, pero los desgastados tabloncillos del suelo les traicionan con algún quejido estruendoso. Eric desconoce qué sucede. Giran por un corredor mugriento, saltan escombros y abren una puerta lentamente. Ésta no chirría para alivio del muchacho. Cruzan el umbral y surgen en un cuarto con una ventana a media altura.

«¿Qué hacemos aquí?», proyecta Eric en voz baja, aunque no tiene necesidad de hablar en ese tono.

Nicolás hace caso omiso. Se gira a todos lados, con movimientos bruscos de su cabeza, como si tratase de localizar un mosquito en mitad de la noche.

De repente queda petrificado con la mirada clavada en la ventana. Tras

un instante completamente quieto, salta sobre Eric y el muchacho no puede esquivarlo. Los dos caen al suelo con un sonido sordo.

—A qué ha ve...

Nicolás silencia a Eric tapándole la boca. El muchacho se sorprende. No sabe qué sucede, pero debe ser peligroso. Su corazón se ha desbocado con el placaje de Nico. Éste le sujeta con firmeza y le mantiene pegado al suelo. La caída ha dejado un dolor punzante en su espalda, seguramente al clavarse algún escombros. Pero Nico no se detiene ahí. Ahora arrastra por el suelo su cuerpo y se lleva consigo a Eric. Llegan a la pared de la ventana, pegan sus cuerpos contra la misma y esperan. La mano de Nico aún presiona la boca del joven. Con la que tiene libre, señala la ventana. Entonces lo comprende. Se están escondiendo. Si alguien echa un mero vistazo al interior de la estancia, la verá vacía. Tendría que asomar la cabeza y mirar hacia abajo para sorprenderles.

Eric contiene la respiración. Ha oído pasos en el exterior. Nico se tensa también. Aprieta la mano contra Eric y se agazapa más contra los ladrillos de la pared. Los pasos se acercan. Les han encontrado, no hay duda. Eric cierra los ojos. Nico también. No tienen escapatoria. Ya están muy cerca, puede sentir el crujir de las hojas, el partir de las ramas. Una pisada más. ¡Lo tienen encima! Se ha detenido al otro lado de la ventana. Eric tiembla. Nunca ha tenido tanto miedo. Nico le aferra con fuerza la boca, pese a que no va a hablar. Los dos yacen rígidos, atentos a cualquier señal. Listos para defenderse con uñas y dientes si fuera necesario.

Hasta que oyen cómo los pasos se alejan y continúan bordeando la casa. Eric exhala una bocanada de aire. Relaja la tensión de su estómago y se incorpora rascándose la zona del golpe.

«Eso ha estado a punt...»

«Tenemos que irnos —le corta—. Van a registrar el interior».

Sin mediar palabra, saca la cabeza por la ventana y tras mirar a ambos lados, salta por ella. Eric le imita sin pensarlo dos veces y se dice a sí mismo que no volverá a dudar de Nicolás Bartolomé. Por muy raras que parezcan sus intenciones.

Ahora ambos se hallan en un huerto amplio con pocos sitios donde cobijarse. Las malas hierbas siembran las tierras y extienden su manto pútrido hasta donde alcanza la vista. El pueblo queda al otro lado, a pocos minutos caminando. Pero ir en línea recta sería demasiado arriesgado. Y más teniendo en cuenta que un vasto campo de tierras yermas, sin escondite

posible, se extiende ante ellos.

«Hay que llegar al pueblo. Allí, aunque esté lleno de Abyectos, será más fácil escondernos».

«No podemos atravesar este cultivo sin más. Seríamos fácilmente visibles desde lejos», señala Eric, que vuelve a recuperar el liderazgo del que solía presumir.

«Bien visto —coincide Nicolás—. Los Abyectos no son muy avispados, pero sí tienen buena vista. Es mejor movernos en distancias cortas con ellos, tendremos más posibilidades de darles esquinazo en lugares embrollados que en campo abierto».

«¿Qué pasa si nos descubren?»

Nicolás se gira un instante para dedicarle una mirada penetrante. Se acerca mucho a su rostro y, cuando sus narices están a punto de rozarse, le proyecta:

«Eric, el dolor es tan real en este plano como en el otro. Tienes que saber que cualquier herida que sufras aquí, tendrá su repercusión en tu cuerpo de verdad. Si pierdes una pierna, te quedarás cojo en el mundo de los vivos. Si pierdes las manos, te quedarás manco. Si mueres aquí, allí también morirás. Y lo mismo sucede si te ocurre algo en tu cuerpo del mundo real. Si a tus amigos se les fuera la mano con tus constantes vitales y, por ejemplo, te ahogasen, me temo que tu yo de este plano, también moriría. Sarah y tú, que os habéis adentrado voluntariamente en este plano, sois como armas de doble filo. Por un lado tenéis dos cuerpos que podéis usar a vuestras anchas, pero si alguno de ellos queda sin vida, el otro también lo hará. En cambio, yo...».

«¿Qué te pasa? ¿No te sucede lo mismo a ti?»

«Llevo atrapado mucho tiempo aquí y, desgraciadamente, me he caído, arañado y magullado más veces de las deseadas. Pero al comprobar si las heridas se reproducían en mis dos cuerpos por igual, descubrí que no. Por alguna razón, mis cuerpos son independientes; lo que le pase a uno, no le ocurre al otro. Creo que el ente que me atacó debió de dividir mi alma en dos partes autónomas. Supongo también que esa es la razón de que puedan actuar por separado al mismo tiempo. No como tú, que solo puedes ver lo que ocurre en este plano mientras tu cuerpo del mundo de los vivos sigue inconsciente».

Eric lo asimila todo tan rápido como puede.

«Entonces tengo dos cuerpos, pero si uno de ellos fallece, el otro también lo hará», comprende.

Se lleva la mano a la espalda, sopesando si el golpe que ha recibido tendrá alguna consecuencia en el mundo de los vivos.

Nicolás asiente.

«Eso es. Técnicamente no falleces igual que en tu plano original, pero básicamente, sí, lo has pillado».

«¿Cómo que no fallezco igual?»

«Me refiero a que el proceso es distinto. Aquí tu cuerpo no es materia, es en realidad una proyección de tu conciencia que adopta la forma de tu cuerpo. De modo que si mueres, no te pudres como en el mundo de los vivos. Aquí te disipas como vapor de agua».

Eric reflexiona contemplando alternativamente una mano y otra. No parece que sea una proyección, ni mucho menos vapor de agua...

«Pero, claro —continúa Nicolás con una sonrisa espeluznante—, si nos capturan con vida, nos aguarda un destino peor incluso que la propia muerte. Nos convertirán en Abyectos y seremos fieles súbditos para toda la eternidad. Seremos obligados a hacer cosas que no queremos, cosas que odiamos, cosas que ni siquiera somos capaces de imaginar».

Eric se mantiene tenso. Suena aterrador. Sin embargo, no piensa ser esclavo de nadie. Y mucho menos sin encontrar a Sarah antes.

«Entonces debemos evitar que nos cojan. Y para eso hay que dar un rodeo hasta llegar al pueblo».

Nicolás cambia su expresión de espanto por una sonrisa orgullosa. Le gusta la determinación que brilla en los ojos de ese chico. Ni siquiera se ha amedrentado un poco.

«Primero tenemos que salir de aquí».

Nicolás guarda silencio. Ha oído unos pasos procedentes del interior de la casa. Eric también los oye. El Abyecto de antes debe de estar deambulando dentro. Los dos todavía siguen en el exterior, con la espalda apoyada contra el muro de la vieja casa, ajenos a que ése no es lugar seguro. Tienen que escapar cuanto antes. Pero no hay nada donde refugiarse. Solo un bosque de arbustos y pinos al pie de la montaña. Está en dirección opuesta al pueblo, pero es lo más próximo y al menos ofrece algún sitio donde esconderse.

Eric le señala el lugar a Nicolás. Éste asiente y, sin pensarlo dos veces, emprenden la carrera como una exhalación hacia la montaña. Las piernas les arden, pero el miedo es más poderoso que el dolor. En cuestión de segundos ya se hallan detrás de un tronco caído. Echan la vista atrás justo cuando el Abyecto abandona la casucha y se encamina hacia el pueblo.

Eric suspira de alivio. Mantiene la mirada fija en la vivienda destartalada, a la espera de que salgan más personas sonrientes. Hasta que comprende que no hay más Abyectos. Todo ha sido por culpa de uno solo.

«¿Por qué no le hemos atacado? —pregunta Eric—. Quiero decir, nosotros somos dos, podíamos haberle derrotado».

Nicolás Bartolomé se gira, escandalizado. Acerca su rostro al de Eric, apoya sus manos en sus hombros y murmura con un deje sombrío en la voz:

«Nunca luches contra un Abyecto. —Sus ojos oscuros están tan cerca de los de Eric, que por primera vez distingue la pupila del resto del iris—. Si consigues derrotarle, el resto de Abyectos lo notarán. Tienen una especie de conexión entre ellos que les hace saber exactamente dónde ha muerto su compañero, y por consiguiente, dónde estás tú».

Eric asiente repetidas veces.

«Por eso tenías tanta prisa en que nos marchásemos del bosque cuando me salvaste».

«Si nos quedábamos allí, pronto llegarían más Abyectos. Posiblemente por eso estén patrullando todos los rincones. Saben que un desconocido anda suelto y que ha acabado con uno de los suyos. Por eso te aconsejo que no luches contra ninguno si no tienes un buen plan de huida. Además, son terriblemente poderosos. Te hablo desde la experiencia».

«Pero tú venciste a uno».

«Tenía el factor sorpresa a mi favor —explica—. Si me hubiese enfrentado a él cara a cara, sin saltarle desde un árbol, yo estaría ahora en el otro barrio... bueno, más en el otro barrio todavía, porque éste sería un barrio intermedio. No sé si me explico, ¿tú qué opinas?»

Eric arquea una ceja, extrañado. No entiende ese cambio de tema. Teme que pueda estar perdiendo el juicio momentáneamente.

«No sabría decirte».

De pronto Nicolás se irgue, estirando mucho el cuello. Señala algo en la lejanía.

«Tenemos compañía».

Eric sigue la dirección de su dedo y descubre a una batida de Abyectos desperdigados por el horizonte. Por la cantidad y los muchos caminos que están tomando, no parecen dirigirse hacia ellos concretamente. Pero eso sí, avanzan rápido.

«Debemos llegar al pueblo cuanto antes. Lo mejor será bordear el río y entrar por abajo», opina Eric que, aunque en ese plano el pueblo está muy

cambiado, conoce Valdepeñas de Jaén como la palma de su mano.

«Estoy de acuerdo».

Reemprenden la marcha. Eric mira de reojo a Nicolás. Suspira. Parece que ha recobrado la cordura y que su comentario fuera de lugar no ha ido a mayores.

Avanzan sorteando toda clase de vegetación. Los Abyectos no les persiguen directamente, pero son tan numerosos que podrían acabar rodeándoles. Eric lleva corriendo varios minutos cuando repara en algo:

«Nicolás, ¿por qué tenemos que ir al pueblo? ¿Sabes si Sarah está allí?»

«Es el único lugar que no he inspeccionado desde que ella se adentró en este plano. Si hay un sitio donde pueda estar, es allí. Con suerte quizás esté muerta de miedo en alguna recóndita habitación».

La imagen de Sarah encerrada durante horas, sola y sin saber qué hacer, estremece a Eric. El chico cierra los ojos y aprieta el paso. La brújula de Sarah, bien cerca de su pecho, le entrega las fuerzas que el miedo le roba.

El bosque se abre a escasos metros de una calle del pueblo. Nicolás y Eric se detienen antes de abandonar su seguro escondrijo entre la maleza y comprueban que no haya nadie merodeando.

«Muy bien, Eric, ahora debemos tener el doble de cuidado. Dentro del pueblo hay muchos más Abyectos y si alguno de ellos nos descubre, estaremos perdidos. Algunas casas están abiertas, si nos acorralan podemos refugiarnos en ellas».

Eric asiente de nuevo. Nota un cosquilleo en el estómago que le incomoda e inquieta.

Tras echar un último vistazo, penetran en el pueblo. Las calles son anchas y rectas, sin árboles donde ocultarse o callejones en los que introducirse. El puente del río que conecta la carretera comarcal con el pueblo se encuentra medio caído y solo pueden cruzarlo por un lateral.

El pueblo parece sacado del escenario de una película de terror. No hay nadie, todo está destruido, las casas derrumbadas, los cristales por el suelo, el asfalto agrietado. La luz gris del ambiente se confunde con un manto de fina niebla. No corre el viento y el denso silencio solo es roto por las pisadas de Eric y Nicolás sobre los escombros.

Eric se siente un poco cohibido ante semejante paisaje. Él, que ha deambulado toda su vida por esas calles, no soporta ver su pueblo en ese estado. Su hogar. Solo recuerda que Valdepeñas haya estado tan tranquilo, tan muerto como en ese momento, cuando es la hora de la siesta un día de

feria. Eric recuerda la última borrachera de Álex, que acabó encaramado a una farola sin poder bajarse y no puede evitar reírse por lo bajo. Se pregunta qué estarán haciendo sus amigos. ¿Será verdad que han hablado con Nicolás?

Un codazo en las costillas saca a Eric de sus pensamientos.

«He oído algo», musita Nicolás.

Rápidamente rehacen sus pasos hasta llegar a un recodo y permanecen atentos. Tenía razón. Dos Abyectos acaban de torcer la esquina. Caminan con calma. No les han visto. Giran a la derecha y los pierden de vista.

Eric suspira. La tensión vuelve a embriagar al joven. Teme que un Abyecto aparezca al fondo de la calle y no les dé tiempo a esconderse. Avanzan con rapidez, para llegar cuanto antes a la siguiente esquina. Allí, Nicolás frena a Eric con un gesto, se agacha y asoma el rabillo del ojo. A un lado. Luego al otro. Nadie. Los dos corren casi sin apoyar los talones. Las aceras están tan desquebrajadas que crujen al pasar. Como arenisca.

Repiten la maniobra una vez. Luego otra. Pero a la cuarta vez, Nicolás se levanta rápidamente. Retroceden. Hay alguien justo al torcer. Continúan todo lo que pueden hacia atrás. Pero unas voces les frenan en seco. Más Abyectos están a punto de sorprenderles por la espalda también. No tienen salida. Están arrinconados.

El terror cunde en Eric, pero Nicolás le agarra del brazo y tira de él con fuerza. Mucha fuerza. Eric tropieza y cae. Aun así es arrastrado por el suelo. Hasta introducirse en una casa. Tras de sí, la puerta se cierra. Tiene el impulso de gritar de dolor; se ha raspado la rodilla derecha y el abdomen. Nicolás le ordena silencio. Eric se muerde el labio y soporta la quemazón como puede. Al otro lado de la puerta, los dos grupos de Abyectos se detienen enfrente de la casa. Nicolás y Eric contienen la respiración. Eric aprieta los dientes. «Nos han pillado, nos han pillado», repite. Pero entonces comienzan a hablar. No entiende lo que dicen, pero parece una conversación sosegada. Nada indica que les hayan descubierto.

Nicolás hace un gesto con el brazo para que se aparte de la puerta. Una vez dentro, pasean la mirada por lo que podría ser el salón. Hay cuadros sin fotos, sofás y tresillos corroídos y estanterías con libros irreconocibles. Todo está igual de destruido que el resto del pueblo: el mármol del suelo agrietado, las paredes desconchadas, el techo sembrado de cráteres pequeños... Llama su atención una lámpara de araña con la mitad de patas y cuyos cristales están tan mugrientos que parecen ónices.

«Tenemos que esperar a que nos dejen vía libre para salir, porque dudo

que la casa posea una puerta trasera».

Eric asiente con la cabeza. Observa la herida de su pierna y comprueba para su sorpresa que no sangra. Aun así el escozor es agudo. La examina a fondo. En su interior hay algo incrustado. Un cristal. Trata de extraerlo con la mano, pero es imposible, se resbala. Decide esperar a que el dolor remita, hasta que al cabo de un rato no puede soportarlo más.

«Voy a buscar algo para sacarme esto», dice, mostrándole a Nicolás la magulladura.

«Como quieras, aunque no creo que haya nada».

Eric vaga por la vivienda y encuentra el cuarto de baño por los azulejos. Rebusca en los armarios que aún conservan su puerta, pero no tiene suerte. Prosigue su busca en la cocina, y en el suelo localiza unas tijeras polvorientas y desafiladas. Tal vez eso le pueda servir. Agarra la punta del cristal con el filo y tira con fuerza. Tras varios intentos, el cristal se desprende de la piel y Eric ahoga un grito. Sigue sin salir sangre de la herida aunque está convencido de que en el plano de los vivos tendrá su repercusión.

Después de reponerse del mal rato, se pone en pie con lentitud y empieza a andar. Parece que no ha afectado a ningún tendón, ni hueso. Prueba la pierna un par de veces más y luego se encamina hacia Nicolás. Quizás los Abyectos hayan terminado su charla.

Cuando va a cruzar el umbral de la entrada del salón, se paraliza.

Nicolás se retuerce en el suelo. Sobre él, un desconocido le tiene agarrado con una soga al cuello. Nicolás intenta zafarse, pero no puede. El sujeto le aprieta con fuerza. En su cara, una sonrisa de gusto.

Los gemidos angustiosos sacan a Eric de su asombro. ¡Le va a asfixiar! Aferra las tijeras. Las alza en alto y, apretando los dientes, las hunde en el cuello del Abyecto.

El sujeto cae, inerte. Un golpe seco retumba en los oídos de Eric.

Nicolás se incorpora cogiendo aire atropelladamente. Poco después le da las gracias al muchacho

Peró Eric no le oye. Mira sus manos, temblorosas, incapaz de creer lo que acaba de hacer.

—Lo he matado... lo he matado.

## CAPÍTULO 19

«¡Eric, muévete!»

Una voz resuena en su cabeza una y otra vez.

«¡Corre, vamos!», insiste. Pero su mente no procesa el mensaje. La imagen de un hombre tumbado en el suelo, con el rostro lívido y unas tijeras oxidadas hincadas en el cuello lo ocupa todo. No ve otra cosa, solo su mirada opaca. Aquellos ojos que poco a poco se han ido apagando, dejando a Eric como único causante de su muerte. Su cuerpo se desvanece como el humo de un cigarro pisado sobre el asfalto. Pero no es humo, sino... vapor de agua.

—Lo he matado, lo he matado —repite.

Entonces alguien le arrastra. Le coge del brazo y tira de él con vehemencia. Eric solo tiembla. Su cuerpo se tambalea como una torre de naipes a punto de ser zarandeada por el viento. Su mirada sigue fija en ese bulto inerte. Aún retumba en sus oídos aquel golpe sordo.

Alguien sigue hablando, pero no es capaz de escuchar nada. Los empujones cesan y justo después le abofetean la cara. El dolor agudo sí hace que reaccione. Se lleva su mano a la mejilla en un acto reflejo.

«Eric, tenemos que salir de aquí. Están a punto de llegar más», le ruega Nicolás.

Pero el joven le mira sin verle en realidad. Tiene la mente como aletargada.

Nicolás aferra sus hombros con fuerza y choca su frente con la suya. Sus ojos oscuros como las sombras son lo único que puede ver.

«Eric, has hecho lo correcto. Si no le llegas a atacar, yo estaría muerto.

Me has salvado la vida».

Eric por fin espabila. Los temblores se aplacan poco a poco, su mirada vuelve a enfocar y la imagen del cuerpo tendido bocabajo desaparece de su cabeza. En su lugar reconoce la sonrisa de Nicolás muy cerca de su rostro.

«Muy bien, así me gusta. Sé que resulta traumático, pero es preferible un trauma a la muerte, ¿no te parece?»

Eric no sabe qué decir. Aún está tratando de reconocer dónde se encuentra. Unas baldosas de mármol mugriento soportan su cuerpo. Un techo agujereado y una lámpara de araña destartalada amenazan con precipitarse sobre ellos.

«Seguimos en la casa», comprende.

«¿Y dónde quieres estar? He tratado de arrastrarte, pero no hay manera».

«Creía que estaríamos rodeados de Abyectos».

«Como no salgamos de aquí, pronto lo estaremos. El que te has cargado estaba en la casa cuando nosotros entramos. Suerte que no te vio».

«Pero, ¿y los que estaban fuera?»

«Se han marchado antes de que lo mataras. Vamos, tenemos que irnos. No sé cuánto tiempo tardarán en volver».

Abandonan la casa, no sin antes comprobar que no hay nadie al otro lado del umbral. Eric deja escapar un suspiro de alivio. Todo está tranquilo. Lo que menos desea ahora es enfrentarse a todo un escuadrón de Abyectos. Ni siquiera ha tenido tiempo de asimilar lo que acaba de hacer, como para tener que repetirlo.

«Parece que todavía no han saltado las alarmas», señala Eric.

«O quizás no hayan llegado aún —apunta Nicolás—. Tenemos que poner distancia de por medio. Cuanto más lejos de la escena del crimen, mejor».

Eric le da la razón con la cabeza. Cruzan la calle como una exhalación. Tuercen por una esquina. Luego por otra. No sabe adónde se dirigen, solo sigue a Nicolás con el corazón en la boca. En cada recodo aguarda a que le dé el visto bueno para continuar.

A lo lejos se oyen unos pasos apresurados. Eric se queda rígido.

«No nos siguen —explica Nicolás—, solo se han dado cuenta de que otro de los suyos ha muerto».

«¿Y eso qué significa?»

«Que pronto todo esto estará plagado de Abyectos. Y más teniendo en cuenta que muchos de ellos andaban buscándonos por las afueras del

pueblo».

Ambos miran alrededor, atentos a cualquier sombra o ruido imprevisto. Pero la pequeña calle se halla varias manzanas por encima de la vivienda del asesinato. No hay motivo para que algún indeseado pase por allí... Al menos que Eric alcance a conocer.

«Antes has dicho que Sarah podía estar encerrada en alguna casa, esperando a que la rescatemos. ¿Cómo vamos a encontrarla? No podemos ir puerta por puerta por todo el pueblo».

«Visto lo visto, está claro que no —coincide Nicolás—. No me extrañaría que la casa en la que hemos entrado no sea la única habitada por un Abyecto».

Eric se muerde el labio. Registrar todas las viviendas del pueblo no es un plan ni factible para solo dos personas, ni mucho menos seguro. Aunque por otro lado, ¿qué otra opción les queda? Están en un callejón sin salida.

Observa a Nicolás en busca de un rayo de esperanza. Para su sorpresa, el ceño fruncido de éste sugiere que algo se cuece en su cabeza.

«¿Qué piensas? ¿Alguna idea?»

Pero Nicolás no responde. Contempla el fondo de la calle con gesto de concentración. A Eric le encantaría poder ver lo que ronda por su mente en ese instante.

«Tengo que comprobar una cosa —murmura después de un tiempo de tensión—. Sígueme».

Eric le obedece sin rechistar. Desconoce sus intenciones, pero se prometió a sí mismo que no volvería a dudar de él.

Salen de su cobijo y se aproximan al foco del revuelo. En el centro del pueblo ya no reina el silencio. Conforme van acercándose, el alboroto es mayor. Los pasos van de aquí para allá, alguna que otra voz se alza entre el murmullo general y las calles se empiezan a plagar de Abyectos.

Eric y Nicolás aguardan en un callejón con una montaña de escombros que les sirve de refugio. Desde ahí pueden observar sin ser vistos. El problema es que sean sorprendidos por la espalda.

Eric espera paciente a que Nicolás dé instrucciones, pero está absorto en sus pensamientos. Solo presta atención cuando los Abyectos pasan de un lado a otro.

«¿Qué estás buscando exactamente?», pregunta Eric al cabo de un rato.

Nicolás se gira hacia él y le señala los Abyectos.

«¿Todavía no te has dado cuenta?»

Eric vuelve a girarse, pero no descubre qué es tan obvio.

«Presta atención», indica.

Eric continúa mirando.

«Lo único que veo son Abyectos yendo arriba y abajo». Se siente estúpido.

«¡Exacto! ¿Y qué hay arriba de la calle?»

«La calle Real».

«¿Y un poco más adelante?»

«¿La plaza?»

Eric no sigue el hilo de sus cavilaciones.

Nicolás asiente repetidas veces.

«Así es, la plaza. Llevo un rato observándolos y todos parecen dirigirse hacia la plaza... o salir de ella».

Eric cree comprenderlo por fin.

«¿Quieres decir que es allí donde tienen a Sarah?»

«Bueno, eso sería arriesgar mucho. Yo prefiero pensar que es allí donde tienen su centro de mandos. La base de los Abyectos».

Eric levanta una ceja en señal de desconcierto.

«Hace no mucho —explica Nicolás— yo paseaba libremente por este plano. De hecho, no conocía espíritus malignos. Entonces llegaron los Abyectos y comenzaron a invadirlo todo. Durante un tiempo pude mantenerme en el pueblo, dándoles esquinazo de un sitio a otro. Pero, ahora que lo pienso, hay un lugar en el que no he vuelto a entrar: la plaza. Apuesto lo que quieras a que es en la plaza donde se encuentra su líder, el ente oscuro que los dirige e impone el mismo mandato a todos».

Eric, receloso, ha escuchado a Nicolás con los ojos puestos en los Abyectos. No se fía de que estén tranquilamente charlando a solo unos metros de distancia.

Aparta la mirada de la muchedumbre un instante y la desvía con confusión hacia Nicolás.

«Vale, es posible que quienquiera que controle a los Abyectos esté en la plaza. ¿Y a nosotros qué? Quiero decir, no hemos venido aquí a solucionar los problemas de este plano, al menos yo no. Lo único que quiero es rescatar a Sarah».

Nicolás esboza una leve sonrisa.

«Eric, ¿de verdad crees que tu chica lleva escondida por aquí tanto tiempo, sola? Sobre todo cuando nosotros apenas hemos sido capaces de

pasar desapercibidos durante una hora».

Eric contempla el semblante piadoso de Nicolás con gesto serio. Aquella idea ya rondaba por la mente del joven, pero prefería aferrarse a la posibilidad de que ella estuviese a salvo. Eric rememora su entrada en ese plano, lo poco que tardó en llamar la atención de un Abyecto y lo fácil que hubiera sido capturado de no ser por la ayuda de Nicolás. Recuerda también lo patosa que era Sarah, la de veces que tropezó por el pasaje del Chorrillo, su poco sentido de la orientación y su facilidad para acabar en el suelo. Encima ella no tiene a nadie que le saque de apuros.

Eric guarda silencio, no quiere afrontar esa verdad. Desvía la mirada, lejos de la aterradora realidad que encierran los ojos de Nicolás.

«Lo raro sería que no la hubieran pillado —señala él, con una palmadita en la espalda en afán alentador—, y convertido en uno de ellos».

«Eso no podemos probarlo. No hasta que veamos a Sarah con nuestros propios ojos», se empeña Eric.

«Ese es el quid de la cuestión».

Eric frunce el entrecejo.

«¿Cómo el quid?»

«No hemos visto a Sarah —explica Nicolás—. Como ya te dije antes, no hemos comprobado con nuestros propios ojos que tu chica sea un Abyecto. Cosa extraña, muy extraña».

«Por eso todavía puede estar escondida».

«Es una posibilidad —dice con tono apaciguador Nicolás—, pero tienes que admitir que tu chica no era muy avispada como para dar esquinazo a toda una horda de Abyectos».

Eric se muerde de nuevo el labio. «Mierda, tiene razón. Tiene toda la razón», piensa.

«¿Entonces?»

«Lo que quiero decir es que es muy posible que Sarah haya sido capturada, pero que por algún motivo, el ente oscuro, el supuesto líder, no la ha transformado en un Abyecto. Vamos, que tiene otros planes para ella».

«¿Quieres decir que el ente ha reservado a Sarah para algún propósito distinto a ser un Abyecto?»

«Así es».

Eric, aunque algo reacio a aceptar esa conjetura, empieza a ver por dónde van los tiros en la mente de Nicolás.

«Entonces, como se supone que Sarah es valiosa para él por alguna

razón, debe tenerla a buen recaudo», señala el joven.

«Y no hay sitio más seguro en cualquier ejército, que su base», completa Nicolás.

«Quieres que vayamos a la plaza», afirma, categórico, Eric.

Nicolás se encoge de hombros y se incorpora del suelo, listo para partir.

«Solo así saldremos de dudas».

Eric no tiene tiempo de plantear los muchos inconvenientes que se le ocurren para ese plan, cuando Nicolás ya sale de su escondrijo y emprende la carrera, sigiloso y veloz como un felino. El muchacho sigue sus pasos antes de que gire por un recodo y le pierda el rastro. No le gusta su manera tan drástica de tomar decisiones, y mucho menos tratándose de algo tan peligroso. Aun así reconoce que, por muchos riesgos, terminarían yendo a la plaza.

Avanzan con rapidez, siempre mirando antes de doblar la esquina. La plaza posee tres accesos: por la calle Real, por el cruce de la calle Ánimas, que está detrás de la Iglesia, y el acceso de la calle Sol, donde estaba la casa de Sarah. Por el rumbo que están tomando, Eric deduce que bordearán la calle Real, pues da por hecho que esa entrada es impracticable. Solo quedan las otras dos vías.

Al disponerse a entrar en la calle Ánimas, Nicolás le da el alto.

«Por aquí es imposible».

Eric ni siquiera comprueba que sea cierto. Prosiguen su rodeo, desviándose un par de veces por culpa de los Abyectos. Hasta que por fin alcanzan la calle Sol.

En esa ocasión sí que pueden adentrarse en ella. Cuando encuentran el cruce que les conduce hasta la plaza, Nicolás vuelve a detenerse. Con un gesto, Eric tiene luz verde para asomarse. Desde allí tampoco es posible ver la plaza; dos Abyectos bloquean el camino.

Nicolás y Eric retroceden y se ocultan tras los restos de lo que podría ser un tractor agrícola, pero que ahora no es más que un montón de chatarra.

«La plaza está totalmente blindada», dice Eric.

«¿No hay otra forma de entrar? O al menos un sitio por donde podamos echar una ojeada al interior».

Eric se rasca la barbilla un instante. Quizás entrar no puedan, pero sí que conoce un lugar desde el que las vistas de la plaza son inmejorables.

«Tengo una idea».

Se ponen en marcha, esta vez con Eric a la cabeza. Suben la calle Sol

hasta pasar el cruce con la plaza. Eric se detiene ante una cochera destartada. Las puertas de metal están a medio caer, lejos del buen estado que solían exhibir en el plano de los vivos. Eric empuja con suavidad una de ellas y un leve chirrido les invita a entrar.

«Este edificio conecta con el Ayuntamiento —declara—. Si las demás puertas están tan destrozadas como ésta, podremos llegar hasta la terraza y ver toda la plaza».

«Menudo descubrimiento —aplaude Nicolás—. ¿Cómo lo conocías?»

«Mi tío tenía el coche aquí aparcado y cuando era pequeño me lo enseñó».

El pasillo se halla oscuro y polvoriento, aunque estaría en plena penumbra de no ser por las rendijas de los ladrillos y dos tragaluces que otorgan al cochambroso garaje un aspecto aún más desmejorado. Eric avanza con el temor de que un Abyecto esté merodeando dentro. Camina sin aflojar la tensión de su estómago, ni de sus puños. Recuerda que Nicolás le ha dicho que los Abyectos son muy poderosos, pero no por ello se va a dejar amedrentar. Si hay que luchar, luchará.

Nicolás sigue pegado a su espalda, tanto que casi puede sentir su respiración en la nuca. Eric aún tiene que hacer un esfuerzo por asumir que una parte de esa persona está en su mundo; y la otra, allí con él. «Normal que de vez en cuando se le vaya la cabeza». Eric le mira de soslayo. De momento parece que está perfectamente. Reza por que no le dé uno de sus brotes cuando menos lo espere.

Recorren la cochera y suben los peldaños de unas escaleras. Por suerte la madera de las puertas está carcomida y los obstáculos de los pasillos se esquivan con facilidad.

Nota que llegan al ayuntamiento porque el suelo cambia de un hormigón mal alisado a un mármol sin pulimentar y ennegrecido. Poco después ya se encuentran en el balcón del bajo primer piso, donde unas banderas que parecen roídas por ratas caen marchitas, sin ondear lo más mínimo.

Con disimulo y lentitud se asoman por los barrotes de los mástiles. Ante sus ojos se extiende una jauría de Abyectos que no para de entrar y salir de la iglesia. Ni rastro de Sarah.

«Nos hemos equivocado —proyecta Nicolás en la mente de Eric—. La base no es la plaza, sino la iglesia».

Eric asiente de manera casi imperceptible. Le preocupa que le pillen *in fraganti*. Sabe que con una simple mirada hacia arriba de algún Abyecto, las

cosas pueden torcerse... y mucho.

«Dudo que podamos entrar en la iglesia. Y menos sin ser vistos», apunta, cabizbajo.

Nicolás no dice nada. Otea el horizonte con la mirada perdida. Eric lo observa, temeroso. Reconoce esos cambios drásticos de comportamiento y tiene miedo de que sufra uno de sus trances.

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, Nicolás sufre uno de sus ataques. Este es distinto, bien distinto. Se levanta de un salto, acerca su cuerpo a la barandilla del balcón y empieza a lanzar besos al aire y a saludar con la mano.

Eric no da crédito. «¿Qué se cree, el alcalde de Ciudad Fantasma o qué?»

«Nicolas, para. ¿Te has vuelto loco?», le ordena Eric a través de su mente.

Intenta meterlo para dentro por el tobillo, aunque se sacude de él como una mota de polvo.

Demasiado tarde. Los Abyectos no tardan en verle. Los gritos de alerta se desatan. Cunde el caos. Las carreras se multiplican, las pisadas se hacen estrepitosas. Eric sigue agachado, tratando de no ser visto, aunque no hay escapatoria. Les han pillado. «Se acabó, este es nuestro fin».

Entonces Nicolás deja de lanzar besos y salta desde el balcón.

Eric queda boquiabierto. ¡Ha saltado! La caída apenas es considerable. Pero los Abyectos sí.

Eric logra vislumbrar cómo un aluvión de Abyectos se abalanzan sobre Nicolás y lo agarran por todos lados. Nicolás no opone resistencia, solo se deja hacer.

«Nicolás, ¿qué demonios estás haciendo?», le grita Eric.

Pero éste continúa sin contestar.

Los Abyectos se agrupan como animales. Al tenerlo bien asido, los gritos cesan y la revolución se ralentiza. Ya no corren de aquí para allá, sino que todos se agolpan por aferrar cualquier parte del intruso. Entre todos lo llevan en brazos a la iglesia.

Justo antes de cruzar el umbral, Eric distingue entre el barullo que Nicolás guiña un ojo. No, no guiña un ojo; *le* guiña un ojo. Eric se plantea que sean imaginaciones suyas. Pero entonces una sonrisa fugaz recorre su semblante.

Y lo comprende. Todo es una estrategia. Un plan que no se ha molestado

en contarle. Observa, ahora atento, la escena. Todos los Abyectos se introducen en la iglesia con Nicolás en alto. No ha quedado nadie. La plaza de repente está sumida en una tranquilidad total tras cerrar los portones de la iglesia.

Esa es su oportunidad. La zona está despejada. Solo queda él. Ni siquiera los Abyectos que flanqueaban el cruce de la calle Sol.

Salta desde el balcón, pero solo siente un pequeño cosquilleo en la planta de los pies. Atraviesa la plaza de un esprint y se pega a la entrada de la iglesia. Nota su respiración acelerada, su pulso enloquecido. Eric desconoce cómo piensa Nicolás salir de aquel lío. Quizás él sea su única esperanza.

Dentro se oyen gritos, pasos y voces. Luego algo que se cae y se hace pedazos. E incluso agua derramándose sobre el mármol. Eric no entiende nada. Aprovecha el hueco de la cerradura de uno de los portones para introducir su ojo. Primero ve un cúmulo de Abyectos que se agolpan por acercarse al altar. Entretanto, distingue a Nicolás, que no entiende cómo se ha zafado de ellos, y que esparce un charco de agua alrededor de la entrada. Le agarran de nuevo, pero él no cesa en su afán por dibujar algo en el suelo con el agua. Hasta termina dándole con los pies mientras lo alzan en brazos. Cuando está bien retenido, Nicolás se deja hacer, mientras es zarandeado por la muchedumbre y arrastrado hasta el altar. Su rostro transmite una sensación de paz extraña.

De repente un chillido agudísimo acalla todo ruido. Eric se lleva las manos a los oídos. Los tímpanos le retumban como si alguien los retorciera desde dentro. Cuando el estruendo cesa, abre los ojos. Todos los Abyectos se han girado hacia el altar.

Eric sigue sus miradas. Y reconoce aquella silueta a través de la madera.  
«No puede ser».

Empuja la puerta, creyendo que el agujero por el que miraba le ha jugado una mala pasada. Necesita verlo bien, sin barreras.

Todos se giran ahora hacia él.

Pero a Eric no le importa. Su mirada sigue clavada en esa figura.

Ella solo sonríe.

—Cuánto has tardado en venir a buscarme.

Eric reconoce esa voz... su voz.

—¿Sarah?

## CAPÍTULO 20

Sus miradas se cruzan salvando la distancia que les separa a la velocidad de la luz.

El tiempo parece congelarse. El mundo se detiene, el silencio se condensa, la oscuridad se adueña del lugar. Poco a poco las luces van atenuándose y lo que antes era una iglesia ahora queda reducido a ella. Solo ella. Como si un foco iluminase en medio del escenario su silueta con un negro telón de fondo y únicamente existiera ella.

Sarah, su amor, le devuelve la mirada, pero en sus ojos no está la ternura con la que él la observa. En ellos alberga una pena profunda e inquietante, como si algo le atemorizara por dentro y no fuera capaz de disimularlo.

—Sarah, ¿qué haces aquí? —dice Eric. Su voz suena rara, como si algo en el ambiente la distorsionara, como si ambos se hubieran trasladado a un espacio privado donde solamente estuvieran ellos.

Eric no se atreve a parpadear. La mirada de Sarah resulta hipnótica, como si le atrajera de alguna forma y no pudiera quitar sus ojos de encima.

Ella se acerca, cabizbaja. Sus pasos firmes y su tranquilidad transmiten una serenidad embriagadora. Tal es así que poco a poco empieza a olvidar dónde se encuentra. Aun así no deja de desconcertarle la seriedad de su rostro.

—Eso no importa —murmura ella, parándose a pocos pasos de Eric. Ahora desvía la mirada, incómoda.

Eric trata de acercarse, pero su cuerpo no obedece. Quizás sea eso, o el miedo que siente por dentro.

—¿Qué te pasa, Sarah?

Ella alza la cabeza y clava sus penetrantes ojos en los de Eric, incrédulos.

—Para ti es muy fácil olvidar, ¿no? Pretendes actuar como si nada hubiera pasado.

Eric hace nuevo ademán de aproximarse, de tranquilizarla, de sofocar sus sollozos con un abrazo. Pero se detiene. Porque es un cobarde. Siempre ha alardeado de no tener miedo a nada, de ser el valiente del grupo, de ir siempre en cabeza. Pero ahora se detiene. Por más que quiere no puede llegar hasta Sarah, consolarla a besos, comprenderla. Porque en el fondo entiende su enfado. Porque le parece estar viviendo de nuevo esa noche de *Halloween*, la última que vio a Sarah antes de que entrase en coma. Puede verse a sí mismo echándole en cara que le haya ocultado la muerte de su madre. Luego la discusión, los gritos y, finalmente, las lágrimas y su adiós. Eric cree estar viéndola marchar por el bosque, adentrándose en las tinieblas sin posibilidad de recuperarla nunca más.

Vuelve en sí y las mismas lágrimas de su pesadilla fluyen por el rostro de Sarah. Entonces algo se remueve en su interior y recobra el habla.

—Sarah, lo siento. Todo es culpa mía.

—Eso no es suficiente —dice ella, con la mirada fija en el suelo.

A Eric le gustaría poder arroparla con sus abrazos, pero sabe que con eso no bastará, que la herida de su corazón no cicatrizará por más que ahogue su llanto entre sus brazos.

—Sé que fui un idiota, un completo idiota. No debí culparte a ti por lo que pasó la noche de *Halloween*. Y más cuando fui yo quien te presionó para que hicieses la güija con nosotros. La culpa es solo mía y no sabes cuánto lo siento.

Eric busca su mirada, pero Sarah mantiene su gesto serio y sin cruzar sus ojos con los de él.

—Te pido perdón por haberte gritado, por no apoyarte cuando más lo necesitabas. ¡Era tu madre la que te pedía ayuda! No sé en qué estaba pensando...

—Ah, claro, ahora no sabes en qué estabas pensando —le recrimina Sarah—. Te lo diré, Eric. —Camina hacia el chico. En las profundidades de sus ojos, la ira y la desolación se mezclan en una vorágine de dolor aterradora—. Yo no te importo una mierda.

La dureza de sus palabras, el desprecio con el que las escupe a tan solo

un palmo de su cara, hace mella en Eric. No comprende qué, pero algo se retuerce en su interior y le destroza por dentro.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí, Sarah? —musita. Por primera vez siente que no puede controlar su cuerpo, que sus sentimientos son dueños de él.

—¿Y qué quieres que piense, Eric? —Sarah llora de rabia, las lágrimas resbalan por su mejilla a todo correr—. Me gritaste a la cara, delante de tus amigos, exigiste que me disculpara, Eric, ¡que yo me disculpara! ¿Por qué? ¿Por haber contactado con mi madre muerta? —El llanto se entremezcla con sus palabras formando un balbuceo angustioso—. Me humillaste, Eric, me trataste como si fuera la peor de las asesinas. ¿Acaso tienes idea de lo que significa perder a una madre? ¿Sabes lo que es sentir que la persona que amas te abandone?

Ahora es Eric quien no puede sostenerle ni un segundo más la mirada. Sus ojos anegados le hacen sentirse tan culpable, tan imbécil, tan... miserable.

—Me imagino que no —prosigue ella, implacable—. Y lo peor de todo, es que no creo ni que te importe.

A Eric se le parte el alma verla así. Él también llora. Hasta ahora no había sido consciente del daño que ha causado, de lo mal que se lo ha hecho pasar. Estaba tan obstinado en buscarla, en ir al rescate de su amor, de su chica, que no había pensado que lo primero que tenía que rescatar era su relación.

—Lo siento... Sarah... yo...

—Tú no me quieres, Eric.

A Eric esas palabras le duelen como si le hubieran aporreado el estómago con un mazo de acero macizo.

—Sí te quiero.

—Si de verdad me quisieras, habrías tenido un poco de consideración al menos.

Eric traga saliva, pero su boca está reseca.

—Tienes toda la razón. No sé qué me pasó, me superó la situación.

—Qué estúpida —continúa Sarah para sí—, y pensar que eras distinto...

Da media vuelta y emprende la marcha, alejándose poco a poco de él.

Eric tarda un tiempo en reaccionar, pues el último comentario de Sarah se repite en su mente una y otra vez. «Y pensar que eras distinto...»

—¡Sarah! —grita—. No te vayas. No me abandones.

Pero la oscuridad ya ha engullido a su amor.

Eric rompe a llorar. Su cuerpo se convulsiona como si un frío sagaz le recorriera por dentro. Se siente solo en medio de un abismo. ¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Cómo han llegado a esta situación? Él siempre la ha querido. Desde que la conoció tuvo la sensación de que aquella chica era distinta, de que ella era importante. No tiene nada que ver con sus poderes de médium. No sabría explicarlo, pero es así. Hay cosas que se escapan a la razón y esa es una de ellas. Desde entonces no se imagina la vida sin Sarah.

—Yo te quiero, Sarah. ¡Te quiero! —grita con todas sus fuerzas.

Pero nadie responde. Solo obtiene el sonido de su propio llanto como respuesta. Eric cae, desolado, y la oscuridad lo devora.

No puede creer que haya perdido a Sarah, que el amor de su vida se haya escapado así, de repente, después de todo lo que ha luchado, después de haber llegado tan lejos. Después de darse cuenta de que la quería de verdad. Ahora ya es demasiado tarde, comprende. Así de injusta es la vida.

Cuando lleva tanto tiempo lamentándose que ya no brotan las lágrimas, un eco de esperanza resuena entre las sombras.

—Si de verdad me quieres, ven conmigo.

Eric se levanta de un salto, enjuga sus lágrimas como puede y emprende la carrera. Entonces una mano le sale al encuentro. No duda un segundo en tomarla. La aferra con fuerza, sin intención de soltarla jamás. El frío ha desaparecido, el dolor parece remitir. Camina guiado por esa mano, la mano de Sarah. La de su chica. Y él no puede ser más feliz. Deambula sin rumbo por un mar de oscuridad, pero a su lado la luz comienza a brillar. Una luz infinita, que le deja sin aliento y le devuelve la alegría que creía perdida. Pronto empieza a notarse más ligero, como si Sarah le estuviese llevando en peso. Eric se extraña.

—No te preocupes. Ya mismo llegamos —dice ella, con esa voz tan dulce y suave.

Eric cierra los ojos y se deja llevar. Nada malo puede pasarle a su lado.

De pronto otro eco lejano, como si Eric estuviese sumergido bajo el agua, se eleva entre la luz. Salvo que esta vez no procede de Sarah.

«¡Es él, Eric. No te dejes engañar. Esa no es Sarah! ¡Despierta!»

Eric prosigue su camino sin oponer resistencia a la mano que tira de él. Reconoce esa voz, aunque no logra ponerle cara. «¿Quién habrá dicho eso?».

—¿Sarah? ¿Has dicho algo?

Silencio.

Eric no comprende lo que sucede. Abre los ojos. La luz le ciega. Ya no

hay rastro de oscuridad. Mira alrededor. No ve nada. Contempla sus manos y se asusta. Su cuerpo se transparente. Palpa su pecho. Lo nota frágil y arenoso, como si miles de cristallitos lo formaran. Se gira hacia Sarah. Su pelo rubio ondea al aire como una bandera, o como las olas en el mar al amanecer. No puede evitar pensar lo hermosa que es. Entonces se relaja. «Habrán sido imaginaciones mías...»

Baja los párpados y sonríe. Aferra su mano con más fuerza y vuela...

Pero la nota distinta. Algo ha cambiado. La mano ya no es suave, sino áspera y rugosa. Vuelve a abrir los ojos y la observa, esta vez con detenimiento. Entonces lanza un grito que no suena en ninguna parte. Lo que antes era la mano de Sarah, ahora es un muñón negruzco y deforme. ¿Qué está pasando?

—¿Sarah?

Pero ella no responde; ni siquiera se gira.

El eco vuelve a resonar en su mente.

«Eric, despierta. Es una trampa».

Eric reacciona. Se opone con todas sus fuerzas a ser arrastrado. La mano se arremolina en torno a la suya, pero él es más fuerte. Pronto la oscuridad va inundándolo todo de nuevo. La luz se hace cada vez más pequeña y Eric nota que vuelve a ser corpóreo. Ni rastro hay de Sarah ahora. Pronto la oscuridad vuelve a reinar y de un momento a otro Eric recobra el sentido de la realidad.

Se descubre a sí mismo de pie, dentro de la iglesia de su pueblo. Da un sobresalto y mira a todos lados. El enjambre de Abyectos sigue colmando el lugar. En lo alto del altar, la figura de Sarah lo observa con una risa macabra recorriéndole el rostro. Todo parece estar igual que cuando entraron. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Y Nicolás?

Eric aprecia todo lo que le rodea, pero no lo localiza. En cambio, sí cruza la mirada con Sarah, y en sus ojos descubre una malicia que poco tiene que ver con la Sarah que acaba de presenciar.

—¿Qué ha sido eso?

## CAPÍTULO 21

La realidad jamás ha sido tan abrumadora.

Eric observa todo su alrededor con los ojos a punto de salirse de sus órbitas. La iglesia se alza ante él, con sus pilares deteriorados, sus bancos astillados y sus dibujos sobre el mármol polvorientos, lo cual sugiere que todavía sigue en el plano entre la vida y la muerte. No sabe dónde acaba de estar, pero poco a poco va cayendo en la cuenta de que esa extraña experiencia no ha sido real.

Los recuerdos van llegando a su memoria con cuentagotas. Los Abyectos en la plaza del pueblo, el salto de Nicolás desde el balcón. Luego él adentrándose en la iglesia, el alboroto, el agua... y el encontronazo con los ojos de Sarah. A partir de ahí todo se distorsiona.

—¿Qué ha sido eso? —repite Eric sin parar de mirar a todos lados.

Sarah baja del altar de un salto.

—Suerte que eres un maldito médium y el loco te ha abierto los ojos... Si no ahora serías mío. —El sonido de su voz es idéntico al de siempre, sin embargo, esconde un matiz macabro que nada tiene que ver con la Sarah de sus recuerdos.

—¿Ha sido un sueño? ¿Cómo es posible?

Ella simplemente sonríe con un gesto arrogante.

Eric la observa con detenimiento. Busca algún rasgo fuera de lo común, algo que revele que aquella no es su chica, que es un impostor, que de alguna forma un Abyecto se ha disfrazado con su aspecto. Pero por más que mira, no encuentra diferencias. Aquella es Sarah, al menos en apariencia.

«Eric, ¿estás bien?»

El muchacho trata de hallar la procedencia de esa voz con bruscos giros de su cabeza. Entonces recuerda que es Nicolás, que está comunicándose a través de sus pensamientos.

«Creo que sí. ¿Dónde estás? No puedo verte», proyecta Eric.

«Estoy al lado del altar, detrás de todos los Abyectos».

—Chicos, chicos —interrumpe Sarah exagerando muchos sus ademanes con las manos—, es de mala educación tener secretos en público. ¿Por qué no compartís vuestra conversación con nosotros?

Eric contempla el rostro de Sarah con una ceja arqueada. Por mucho que parezca ella, no lo es.

«¿Puede oírnos?», pregunta Eric a través del canal que comparte con Nicolás.

—Por supuesto que puedo oírlos —responde Sarah—, vuestros poderes no pueden compararse a los míos. En distancias cortas, no hay canal de comunicación que se me resista.

Eric cambia el peso de su cuerpo de una pierna a otra. Nadie, salvo Nicolás, es capaz de transmitir mensajes con él a través del canal que ha creado como médium. ¿Cómo entonces puede saber ella lo que están diciendo? Por su mente cruza un pensamiento fugaz. La primera vez que vio a Sarah, en el instituto, sintió algo distinto en ella. ¿Podría ser alguna clase de poder oculto? Eric sacude la cabeza, desechando esa idea. Una cosa tiene clara: Sarah no es una médium, ni mucho menos tiene poderes.

—¿Quién eres? —pregunta Eric a voz en grito.

Da un paso al frente, obviando la sarta de Abyectos que se agolpan cerca de él. Tropieza con un cascote de piedra pulida y un pequeño charco.

«¡Eric no traspases el agua!». Por primera vez, Eric distingue la angustia en el tono de Bartolomé. Se queda con el pie paralizado, y su mirada sigue una línea de agua, que le rodea con trazos irregulares por el suelo. Aquel dibujo es por lo que Nicolás luchó contra los Abyectos con uñas y dientes. Ellos se agolpan al otro lado, como buitres carroñeros a expensas de un pedazo de carne que llevarse a la boca. Por algún motivo, aún no le han puesto la mano encima.

—Muy astuto al tirar la pila bautismal y crear una barrera —murmura Sarah, aplaudiendo lentamente—. Pero si crees que un poco de agua bendita va a detenerme, estás equivocado. Es cuestión de tiempo que el agua se seque. Y entonces...

Una potente carcajada reverbera entre los pilares, sobresaltando a Eric.

—¿Quién eres? —repite él con toda su determinación.

—¿Es que ya te has olvidado tanto de mí, que ni me reconoces?

—Tú no eres ella. Has poseído su cuerpo, pero no eres Sarah. Dime quién eres —Eric vuelve a recuperar la determinación, tras reponerse del mal trago de la anterior ilusión, de la anterior tortura...

—Veo que ya no vas a dejarte engañar tan fácilmente.

Eric no la escucha; su mente trabaja a destajo tratando de descubrir la posible identidad de ese farsante.

—¿Eres la madre de Sarah?

La aludida suelta una carcajada que retumba con un eco siniestro por toda la iglesia.

—Ay, Araceli, Araceli —dice para sí, como añorando una época pasada —, le debo tanto. Ella me trajo de nuevo a este pueblo, ella me sirvió en bandeja a su hija y ahora me deleita con un más que apetecible médium. Es una lástima que esté muerta. O mejor dicho, que yo la matara.

—¿Tú la mataste?

La supuesta Sarah se lleva un dedo a la barbilla y finge pensar.

—Para ser exactos, en realidad la mató su propio padre, al fin y al cabo era él quien conducía el coche. Aunque, claro, si no llega a ser por mí, que aparecí de repente en la carretera, nada hubiera pasado. —Suspira con lástima fingida y mal disimulada—. Qué ilusos; pensar que podrían escapar de mí...

Eric se tapa la boca, escandalizado. La sencillez con la que lo cuenta, la falsa modestia, la crueldad... No es capaz de creer que haya alguien tan rencoroso, que contenga tanta maldad. Ningún espíritu podría ser tan maligno, tan... diabólico.

Entonces lo comprende. Incluso le parece oír a Félix advirtiéndole del peligro: «la güija no solo sirve para atraer espíritus».

—Eres un demonio.

La sonrisa de Sarah se ensancha, mostrando una mueca de horror espeluznante.

—Ya era hora de que te dieras cuenta.

A Eric se le hiela el corazón. Por dentro le invade un terror que hasta ahora no conocía. Siempre había pensado que contactar con un ser maligno eran meras habladurías de su amigo, que era muy raro que les pasara a ellos... Ahora la realidad le golpea de lleno. Y le aterra.

Trata de mantener la calma y respira hondo.

—Vosotros, simples mocosos —continúa el demonio—, lleváis haciendo la güija mucho tiempo sin nada que temer, creyendo que es solo un juego. Os creíais sabedores de todos sus secretos, de todas sus alternativas. Sin embargo, os habéis dejado engañar por la opción más simple, la que nadie olvida: la güija puede contactar con demonios. Como bien creíais saber, no solo sirve para hablar con lo que vosotros llamáis espíritus; la güija es un portal a lo desconocido. Y a los demonios nos encanta rondar por esos portales.

—Pero, la madre de Sarah... nosotros hablamos con ella en *Hallowe*...

—¿Es que no lo entiendes? —interrumpe la voz de Sarah—. Era yo en todo momento. Nunca existió la madre de Sarah en este plano. Ella pasó al más allá el mismo día que murió. Aproveché la oportunidad de que en *Halloween*, como vosotros decís, la línea que separa nuestros mundos se debilita. Entonces interrumpí la conexión con Bartolomé y me hice pasar por Araceli. Vosotros os creísteis hasta la última palabra que os dije. Bebíais de mí como cachorros. Y el resultado fue grandioso. —Hace un gesto, como exhibiendo el cuerpo de Sarah a una multitud imaginaria. Mostrando su gran trofeo—. Nunca pensé que podría llevarme a madre e hija en tan poco tiempo. Sabía que marcando el aura de Sarah con mi propia esencia, no le perdería la pista a la familia. Pero jamás pensé que podría adueñarme de su cuerpo también. He de admitir que me ha salido la jugada redonda. Y todo gracias a ti, Eric. Tú fuiste quien trajo a Sarah hasta mí. Debido a tus poderes de médium viste algo en ella que te llamó la atención desde el principio. Su aura alterada, tus poderes más intensos... ¿Cómo era posible que una persona despertase todo eso en ti? —Levanta la mano y sonríe—. *Mea culpa*. Al acosar a Sarah la noche en que se mudaron, dejé una huella en ella, una pequeña parte de mí que ha servido como un localizador de su posición. De ese modo no la perdería. Es frustrante, pero desde este plano no es fácil seguirle la pista a un humano del mundo de los vivos. Pero gracias a esa marca, pude perseguirla esa misma noche y acabar con Araceli.

Eric aprieta con fuerza los puños. Puede ver cómo el demonio se recrea con la rabia que cada palabra despierta en él. Esa sonrisa despiadada no da lugar a dudas, está disfrutando. Intenta contenerse, pero resulta complicado.

Eric creía que el aura de Sarah era especial, que su alteración podía deberse a que algo le estaba avisando de que esa chica era distinta, de que esa chica era *su* chica. Como una especie de nuevo poder que solo ha surgido con ella. Pero estaba equivocado. Lo único que estaba viendo era la esencia de un

demonio. Ni amor, ni nuevos poderes, ni nada. ¿Cómo ha podido dejarse engañar? Si lo hubiera sabido antes, si solo se hubiera detenido a pensar con frialdad los acontecimientos, tal vez así...

Pero ahora ya es demasiado tarde, el cuerpo de Sarah ha sido poseído por un demonio y no tiene idea alguna de cómo liberarlo. Encima está rodeado por una muchedumbre de Abyectos que en cuanto se evapore la barrera de agua que Nicolás ha creado, se lanzarán sobre él.

—¿Y para qué quieres todos estos Abyectos? —inquire Eric, tratando de ganar tiempo para pensar.

—Qué nombre tan curioso para mis fieles súbditos —comenta con naturalidad, como si solo le faltase una taza de café y pastas—. Ellos son solo el comienzo de un proyecto. Verás, Eric, los demonios carecemos de un cuerpo físico como el tuyo; somos mera esencia flotando en un espacio indefinido. Pero bien es cierto que no hay cosa que deseemos más que un cuerpo material, un muñeco con el que poder realizar el mal. Y quien dice un cuerpo, dice cientos de ellos. ¿Por qué conformarse con una sola forma de hacer el mal, cuando puedes disponer de miles de esclavos que cumplan todas tus órdenes?

A Eric cada vez le repugna más ese ser. La gracia que parece hacerle la perversión de sus planes resulta irritante. Pero no es solo eso; su sonrisa, sus ademanes, sus paseos por lo alto del altar... Todo desprende una despreciable y atroz sensación.

—Además —prosigue, con una elocuencia propia de un profesor nato—, como bien sabes, los cuerpos no son eternos. Incluso este precioso cuerpo en el que me hallo perecerá algún día, y más teniendo en cuenta que vaga entre este plano y el otro. He ahí la razón de poseer tantos. En el hipotético caso de que el cuerpo de esta pobre chica resultase mal parado, mi esencia saldría de él antes de fallecer y se introduciría en el Abyecto más cercano. Si permaneciese dentro de un cuerpo hasta su muerte, mucho me temo que yo moriría con él. Pero teniendo a tantos esclavos donde elegir, nunca moriré. Yo los considero mis seguros de vida. Si uno se estropea, puedo adueñarme de otro y continuar.

Eric se muerde el labio hasta que le arde. No concibe forma alguna de derrotar a ese ser.

—¿Por qué ellos? ¿Por qué elegiste a Sarah?

—Yo no elegí a nadie. Fue Araceli quien vino a mí, por equivocación, sí, pero por su propia voluntad. El problema es que ella se dio cuenta de

quién era yo realmente antes de tiempo y, claro, eso no me gustó nada. Por eso la perseguí. Dio la casualidad de que me condujo hasta este pueblucho donde unos críos también jugaban con la güija. Y, como entenderás, no pude resistirme.

Muestra una hilera de dientes que le produce una mezcla de miedo y desagrado. No comprende cómo alguien puede albergar tanto odio.

—¿Cómo eres capaz de hacer algo así?

Ahora la expresión que muestra Sarah le hace estremecer. Instintivamente, como movido por un resorte, da varios pasos hacia atrás, hasta que pisa el borde de su círculo protector, el cual apenas es visible ya. Se queda sin tiempo.

—Vosotros, los humanos, siempre pensáis en el porqué. Por qué esto, por qué lo otro, cuando no siempre existe un por qué. La maldad no tiene que dar explicaciones a nadie para sembrar la destrucción. Del mismo modo que la luz brilla, o que el león devora a la gacela. La devora porque es un depredador, porque es así, porque esa es su esencia. Yo hago el mal porque soy el mal.

—¡Eric no puedes matarlo. Si lo haces, matarás también a Sarah! ¡Tienes que convencerla! —advierte, de pronto, la voz de Nicolás desde algún rincón.

Sarah se vuelve hacia él cambiando por completo su gesto. Pasa de la falsa vulnerabilidad, a la ira más aterradora.

—¿No ves que es una conversación privada, maldito entrometido?

Acto seguido hace un gesto impreciso con el brazo y el grito ahogado de Nicolás se extiende por la iglesia con un eco desolador.

—¿Nicolás? —pregunta Eric, preocupado.

Pero nadie contesta.

Eric se gira hacia la supuesta Sarah y descubre una media sonrisa en su rostro.

—¿Qué le has hecho? —inquieta con rabia.

—Oh, vamos, no la tomes conmigo. He visto que tenía sueño y le he dado un descanso.

—¿Lo has matado?

—No del todo. Solo... un poco.

A Eric no le gusta nada cómo ha sonado ese «un poco».

La sonrisa de Sarah se ensancha aún más.

—Oh, vamos, no pongas esa cara. Solo le he destruido la conciencia de

este plano. El muy egoísta tenía dos partes y, claro, me ha dado envidia. ¿Qué se ha creído? Ahora solo le queda la del mundo de los vivos. Al principio pensé que dejándolo con el alma rota podría serme útil. Alguien que tiene la conciencia dividida entre este plano y el otro no se ve todos los días. Creí que tal vez se convertiría en mi medio para entrar en el otro mundo, el de los vivos... —Se encoge de hombros y sonríe—. Supongo que ya no podré saberlo. De momento tengo una opción más apetecible: infectaré el aura de la pobre Sarah lentamente, sin descanso. Esta joven algún día dejará de resistirse y entonces regresará del coma. Aunque, claro, no será ella realmente, sino yo...

Sus fauces caninas hacen estremecer a Eric. Imaginarse a ese ser diabólico, dentro del cuerpo de Sarah, campando a sus anchas por su mundo... Sacude la cabeza. «No le dejaré entrar, no le dejaré entrar», se repite. Pero su convicción se desvanece a medida que aumenta su desconcierto. «¿Pero cómo puedo pararlo?»

Entonces la respuesta parece llegar como caída del cielo en forma de un pensamiento que se cuela en su mente y que lo arrastra la voz de Nicolás:

«Tienes que convencerla, Eric. Hay posibilidades de que Sarah luche en su interior y expulse al demonio —dice la voz de Nicolás, en un último murmullo quejumbroso—. Saca a Sarah de su interior».

Su voz se extiende en su mente como arrastrada por el viento.

«¡¿Nicolás?! ¿Sigues ahí? ¿Estás bien?»

Pero el canal de comunicación se ha cortado. Y por más que lo intenta, no hay receptor al otro lado.

Su cuerpo, junto al altar, comienza a desintegrarse lentamente.

Vapor de agua...

En ese instante, en el otro plano, Nicolás Bartolomé produce un espasmo tan exagerado que parece una convulsión.

Hace varios minutos que ha perdido el contacto con su yo del otro lado, pero ahora todos los recuerdos le han asaltado de golpe y porrazo. La muchedumbre de Abjectos, la entrada en la iglesia del pueblo, la presencia de Sarah, su verdadera identidad... Todo se amontona en imágenes fugaces. Hasta que el recuerdo de un dolor es tan intenso que lo sume en la oscuridad.

Realiza varios intentos por recuperar la conexión con su otro yo, pero es imposible. Esa parte de su conciencia ha desaparecido. El demonio la ha destruido. Ahora únicamente le queda una parte de conciencia para abastecer

a dos cuerpos.

Nicolás Bartolomé alza la vista. Mira a su alrededor y varios pares de ojos esperan una respuesta. Aquellos chicos han llegado demasiado lejos. Él ya tenía hecha la idea de que su conciencia había quedado dividida por el demonio, al fin y al cabo, fue él quien lo empezó todo. Él fue quien hizo la güija por primera vez al morir su esposa. Él fue quien contactó con el demonio. Él fue el primero en dejarse engañar y en cederle las fuerzas suficientes como para quedar atrapado en el otro lado. Por su culpa el demonio ha creado tantos Abyectos. Por su culpa esos chicos ahora se encuentran en la misma situación que él. Por su culpa Aaron, el marido de Araceli, ha perdido a su mujer y las esperanzas de recuperar a su hija se diluyen con el tiempo. Poco a poco Aaron va perdiendo el brillo en su mirada, ese brillo que le devuelve el deseo de vivir.

Nicolás suspira, agobiado. Si no hubiera hecho el maldito tablero para hablar con su esposa. Si no hubiera sido tan ingenuo al pensar que era ella quien le hablaba. Si no hubiera sido tan imbécil de cederle sus fuerzas...

Si no la hubiera amado tanto.

Jamás creía que tantas personas, tantas familias, tantos mundos se verían involucrados. Es cierto que intuía que él no sería el último perjudicado por aquel ser. Que traerlo a ese plano entre la vida y la muerte, tendría sus consecuencias. Por eso abrió esa página web, ese portal que diese ayuda a quienes estaban en la misma situación que él, a quienes sufrían el acoso de seres malignos como ese demonio. «Sempiterno», recuerda que lo llamó. Ojalá le pudiera haber dedicado más tiempo. Ojalá sus brotes de locura no le hubieran hecho perder la memoria antes de que terminara esa web. Ojalá Araceli no la hubiera visto, así no se habrían desplazado a Valdepeñas de Jaén y nada de eso estaría sucediendo.

Ahora piensa en la situación de Eric, solo ante ese ser monstruoso, y se siente más atormentado aún. Es cuestión de tiempo que el agua que lo protege se termine de secar. Él no será capaz de combatir, y menos con un séquito de Abyectos cubriéndole la espalda. Solo se puede recuperar a Sarah expulsando al demonio de su interior, pero después de tanto tiempo, la personalidad de la chica debe de estar mermada. Probablemente esté totalmente doblegada y no opongá ni siquiera resistencia. Es verdad que existe la remota posibilidad de que sea capaz de llegar hasta su interior y hacer que Sarah luce por recobrar su cuerpo. Nicolás sacude la cabeza. «Es imposible que ese chico logre algo así. Y mucho menos solo».

Coge una bocanada de aire. «Ya es hora de que me enfrente a los problemas que yo he creado», piensa.

Entonces alza la mirada, vuelve a respirar hondo y se enfrenta a esos ojos, ávidos de respuestas, que no paran de observarle. «Tengo que informar a todos de lo que ocurre y de cuáles son las opciones. Después de todo, este es mi último plan».

Entonces comienza a hablar. Sereno, frío, pero, sobre todo, resignado.

Al acabar, Aaron parece recobrar el brillo de su mirada.

## CAPÍTULO 22

Eric no le quita ojo a la masa de Abyectos que enseñan los dientes, como sabuesos a punto de lanzarse sobre su más deliciosa presa. El agua sobre el suelo apenas es un hilo sinuoso. Un hilo del que pende su vida.

Desde que el demonio en el cuerpo de Sarah mató a Nicolás, los Abyectos han ido moviéndose de un lado a otro, inquietos. Sus sonrisas cada vez se expanden más por sus facciones, como si realmente fueran felices por el festín que les espera.

«Tienes que convencerla». El consejo de Nicolás resuena en su mente como su última esperanza. Sabe que no puede enfrentarse a él directamente, porque si hace daño al cuerpo de Sarah, tendrá su repercusión en el plano de los vivos. Además, él solo contra todo un ejército de Abyectos es prácticamente un suicidio. «Tienes que convencerla», repite la voz de Nicolás en su cabeza. Pero, ¿cómo? La idea no parece muy complicada, pero llevarla a la práctica... ¿Cómo puede conseguir que Sarah vuelva a recuperar su cuerpo? ¿Qué debe hacer para lograrlo? ¿Qué puede decir?

Su mente trabaja a toda velocidad. Intenta encontrar un modo, una solución, la luz al fin del túnel. Busca y busca. Pero no aparece. Los ojos de Sarah se ciernen sobre él, inapelables. Tiene que ganar tiempo, tiene que hacer lo posible por salir de ese aprieto. Piensa en Félix, en qué haría en su lugar. Seguro que encontraría una vía de escape, él siempre tiene recursos para toda clase de situación; un ritual extraño que le convierta en invisible, un cántico que le hiciera inmune a los golpes, o una danza para regresar a su plano original. Pero Félix no está allí, ni tiene forma de contactar con él.

Mientras tanto, los Abyectos se aglomeran. Sarah se acerca a Eric. Poco a poco, recorta distancias. Está muy cerca. A escasos metros. Puede apreciar el miedo en los ojos de Eric, la desesperación en su gesto inquieto.

Eric retrocede todo lo que su pequeña barrera le permite. Debe actuar antes de que su escudo líquido desaparezca.

—Sarah, soy yo, Eric —empieza. Su voz trata de ser dulce, embriagadora, como si realmente le estuviera hablando a ella. Eric leyó en algún lugar que las personas cambian el tono de voz dependiendo de a quién se dirijan. Hasta ese momento no había sido consciente de ello.

«Ya no sé ni lo que pienso», se dice a sí mismo.

—Así que vas a tratar de sacar a tu querida chica. Lamento decepcionarte, pero dudo mucho que funcione.

Eric hace caso omiso.

—Sarah, lo siento. Sé que no es el mejor momento para hablar de esto, pero quizás sea nuestra última conversación y no quiero despedirme sin antes pedirte perdón. Perdón por obligarte a acompañarme al bosque en *Halloween*...

—No va a funcionar —interrumpe el demonio con voz cantarina.

—Perdón por hacer que me acompañes en la güija. Perdón por haberte gritado, por no haber sido capaz de controlar la situación, por no apoyarte cuando más lo necesitabas.

—Me aburro.

—Perdón por haber tardado tanto en ir a verte. Supongo que no lo sabrás, pero fui a tu casa justo después de que hicieras la güija. Ahora lo pienso y me maldigo a mí mismo. Si hubiera tardado menos en decidirme, si no me hubiera duchado antes de ir a verte, si hubiera ido corriendo...; tal vez ahora nada de esto estaría pasando. Tú no estarías en coma y yo no habría atravesado la línea entre dos mundos para salvarte del mal. Sé que suena muy peliculero, pero no podré regresar a mi mundo hasta que no te salve del mal.

—Te honra tu valía —aplaude la voz de Sarah, aunque desgraciadamente sigue sin ser ella—, pero tú chica sigue encerrada. Y mucho me temo que no quiere salir a verte.

Eric aprieta tanto los puños que nota las uñas hundiéndose en su piel. Está haciendo acopio de todos sus sentimientos, abriendo su corazón a aquel ser, esperando que reciba una respuesta, un atisbo de la Sarah que él conoce, de su chica, de su amor... Y lo único que obtiene a cambio son mofas.

—Eres tú quien no la deja salir, maldito demonio —estalla de ira.

Sarah sonríe. Y esa sonrisa despierta en Eric un sentimiento de familiaridad y rabia. Es aquella sonrisa tímida, la misma que enseñaba cuando metía la pata y creía que nadie estaba mirando. La misma que le dedicaba cuando derramaba el zumo, o cuando se le escapaba un pedo e intentaba disimular. Y ahora ese canalla, ese demonio, la está utilizando a su antojo, sin saber todas las implicaciones, sin saber todos los recuerdos que despierta en Eric.

—Tú chica está escuchando todo lo que dices, pero no está surtiendo efecto. Su corazón aún está dolido. Puedo sentirlo. ¿Acaso sabes las noches que ha pasado llorando? La de veces que miraba por la ventana a la espera de que aparecieras por la esquina. La de veces que se imaginaba que llamaban a la puerta, creyendo que eras tú quien venía a disculparse. La de veces que ha acariciado esa brújula que tienes, deseando volver atrás en el tiempo. Todo eso puedo verlo en sus recuerdos y siento comunicarte que son muy desoladores, justo como me encantan.

Eric aprieta los dientes. Trata de ignorar al demonio, pero la idea de que Sarah le esté oyendo y no quiera salir a su encuentro le destroza por dentro como una apisonadora ante un castillo de arena.

—Sarah, no todo ha sido malo. Piensa en la primera vez que nos conocimos, en cómo te escondiste en medio del camino creyendo que no me daría cuenta. Tienes que admitir que disimulé bastante bien cuando pasé de largo, ¿de verdad creías que no te vería? —Una sonrisa amarga invade el rostro de Eric—. Ojalá todo fuera como entonces. Piensa en nuestras rutas por el pueblo, por nuestro pueblo fantasma a la hora de comer. Piensa en nuestro primer beso, en aquel peñón, y en cómo salí pitando después porque contigo mis poderes de médium se disparaban.

El demonio se detiene. Aquel brillo aterrador en la mirada de Sarah parece difuminarse con cada palabra. ¡Lo está logrando!

—Piensa en cómo te arriesgaste y te plantaste en mi casa, harta de que te diera esquinazo después de haberte besado. Imagino la cara de embobado que se me tuvo que quedar.

Eric nota que el rostro de Sarah ha perdido esa expresión de maldad. Que ya no mantiene esa sonrisa de ególatra tan chocante.

—Piensa en aquella noche en la montaña. La guitarra, la música, el fuego... Piensa en los dos durmiendo en una tienda de campaña, en el mismo saco de dormir, con miles de estrellas sobre nosotros... ¿Lo recuerdas, verdad? —Hace una pausa, coge aire y continúa—: Porque yo no he olvidado

ni un detalle.

Eric traga saliva. No ha hablado de esos temas tan abiertamente con nadie. Solo con Álex tiene tal grado de confianza. Pero parece que sus esfuerzos están dando resultado y aquel recuerdo es el único que puede recuperar a su Sarah. Nunca ha compartido lo que sucedió esa noche, ni siquiera con su mejor amigo, pero está dispuesto a contárselo a ese demonio con tal de hacer que Sarah lo expulse de su ser.

El demonio mientras tanto sigue de pie, inmóvil, en la iglesia. Los Abyectos se han apartado ligeramente de la escena. Permanecen pegados a las paredes como sombras expectantes. De reojo, Eric ve un bulto en el suelo. Deduce que es el cuerpo de Nicolás, inconsciente. Pequeñas briznas traslúcidas se desprenden de él como arrastradas por un viento irreal. Cada vez es más transparente...

Eric se lleva una mano al pecho y siente algo redondo. Entonces repara en la brújula de Sarah, la que él le regaló. Tira de la cadena y la muestra con pesar. Permanece quieto, observando la brújula, como si los giros de la aguja le trasladasen a esa noche al abrigo de las estrellas. A esa noche junto a ella.

—Recuerdo cómo caía el mechón de tu pelo sobre tu espalda. Recuerdo la comisura de tus labios, cada una de las líneas que los recorre. Recuerdo tu pestañeo de ojos mañanero, como si fueras un bebé recién salido de su madre. Recuerdo tu mancha rosada en el abdomen en forma de pétalo. Recuerdo cada curva de tu cuerpo, cada lunar, cada peca, cada espinilla como si alguien la hubiera grabado a fuego en mi memoria. Recuerdo el reflejo de mis ojos en los tuyos y nuestras respiraciones desacompañadas. Recuerdo el vaho de tus suspiros y cómo se quebraban nuestras voces. Recuerdo cómo sofocamos nuestros temblores en un abrazo, y cómo el abrazo se transformó en más besos. Y en pasión y en más besos.

»Lo recuerdo todo como si lo estuviera viviendo ahora mismo. Sé que no voy a olvidarlo. Pero, por favor, Sarah, no hagas que solo se quede en un recuerdo. Regresa. Una vez te dije que a veces la mejor opción es perderse. —Desvía la mirada a la brújula un instante, y luego la clava en Sarah de nuevo—. Perdámonos juntos, Sarah. Los dos.

Eric llora. No sabe cuándo ha empezado, pero las lágrimas surcan sus mejillas como caídas de una tempestad. Nunca antes ha llorado así. Son lágrimas sinceras. Lágrimas de amor.

Sarah se ha quedado completamente rígida. Su rostro encierra una expresión indescifrable. Eric, entre sollozo y sollozo, reza por recuperarla.

Por reconocer el resplandor de su mirada, más allá de esos ojos poseídos por la maldad.

Entonces Sarah sonrío. Y, muy a su pesar, Eric reconoce esa sonrisa.

—El amor —dice— es la debilidad más grande del ser humano. ¿Cómo alguien puede hacer tantas estupideces por otra persona? Nunca lo entenderé. Supongo que por eso soy un demonio.

Eric no reacciona. Ha hecho todo lo que ha podido por convencerla, hasta ha abierto su corazón. Y aun así, ha fracasado.

Los Abjectos se arremolinan en torno a él, más sonrientes que nunca. El agua es cada vez más escasa. Faltan pocos minutos. Quizás menos.

De repente, detienen su ajeteo nervioso. Alzan la mirada por encima de su hombro. Alguien ha llegado. La puerta de la iglesia está abierta. La claridad grisácea del exterior se cuela dentro.

Eric desvía la mirada hacia la entrada. Una silueta penetra dentro de su círculo de agua.

Y en sus ojos vuelve a resurgir ese rayo de esperanza que creía perdido.

## CAPÍTULO 23

El tiempo parece detenerse de nuevo. Todo se paraliza. Las miradas se congelan, los movimientos se ralentizan más y más hasta quedar petrificados. Y un mismo gesto es imitado por los presentes. Ese desvío de miradas, ese giro de cabezas, ese entrecerrar de ojos, esa forma de enfocar. Todos lo ejecutan, como títeres conectados a los mismos hilos invisibles. Eric, Sarah, los Abyectos, hasta el mismísimo Nicolás, inconsciente, parece realizarlo.

Una sombra recortada en el umbral de la iglesia se alza, impasible. El polvo de las desquebrajadas y sucias baldosas de mármol cruje bajo sus pies.

Sarah por primera vez tiene algo de asombro en su semblante. Pero no es la única. Eric pestañea repetidas veces, incrédulo.

El demonio abre la boca, pero las palabras tardan varios instantes en salir.

—¿Qué haces tú aquí? —murmura con voz queda.

—He venido a acabar contigo de una vez por todas —el tono de Aaron suena solemne y con una decisión tan honda que hace estremecer al mismísimo demonio.

Aaron clava la mirada en Sarah. En sus ojos hay un odio tan intenso, una rabia contenida tan ferviente que todo parece vibrar a su alrededor.

Eric puede distinguir la furia bullendo en su interior, y no tiene nada que ver con sus poderes de médium para poder notarla. Simplemente la desprende, como el calor que flota sobre la carretera en un caluroso día de verano.

Aaron avanza con determinación. Sus pisadas resuenan por las paredes

con un eco fantasmagórico. Nadie mueve un dedo. Se planta en el límite del agua, lo más cerca posible de su hija.

Eric contempla cómo los Abyectos se retiran, volviendo a congregarse en las esquinas del templo, como la marea que sube y baja. Al dejar despejado el lugar, Eric puede observar su alrededor. Sarah mantiene la vista clavada en Aaron. Detrás de ella, el cuerpo de Nicolás contempla la escena con una mirada opaca. Eric mantiene la mirada fija en él unos segundos. Ya no desprende ese halo humeante, el vapor de agua que simboliza que su alma abandona ese cuerpo. Parece como si su descomposición se hubiese congelado, o quizás ya haya terminado. Solo que el cuerpo sigue allí. ¿No debería desaparecer también?

«¿Hola?», intenta contactar Eric. Sin embargo, el canal continúa sin receptor.

Eric suspira. No hay motivo para que Nicolás haya recuperado la conciencia. «Ahora solo le queda su parte del mundo de los vivos», recuerda.

Sarah y Aaron mantienen un impenetrable duelo de miradas. En contra de lo que pueda parecer no es un recuento entre padre e hija; no se respira cariño, ni mucho menos alegría. Entre ambos fluyen unos sentimientos oscuros que poca relación tienen con el amor paternal.

Eric deduce que el Nicolás del mundo de los vivos ha tenido que alertar a sus amigos de lo ocurrido en la iglesia y, de algún modo, han enviado a Aaron a ese plano para combatir al demonio. Apuesta a que Félix ha tenido algo que ver en todo ello. Lo que no entiende es cómo pretende acabar con el demonio. Él ya ha intentando todo lo que está en su mano para recuperar a Sarah, para salvarla del mal. Aunque la suerte no le ha sonreído.

La voz de Aaron se expande por el templo, suave, pero fría y letal.

—Llevo dos años intentado darte esquinazo, dos años mudándonos de ciudad en ciudad, de país en país. Dos años de no pegar ojo, de noches en vela, de despertarme en mitad de la noche al más leve ruido. Dos años de deudas, de pedir préstamos a los bancos, de miseria. Dos años de angustias, de mentiras, de lágrimas, de desesperación. En esos dos años he perdido a Araceli, al amor de mi vida. Creía que cuando ella muriese, todo acabaría, que nos dejarías en paz. Y ahora pretendes arrebatarme lo único que me queda. —Su voz se quiebra y un halo brillante cubre sus ojos. Suspira y toma aire—. Siempre pensaba que eras un espíritu, una de esas cosas que no podría ver nunca. Ahora que te tengo aquí delante me gustaría destrozarte la vida, igual que tú has destrozado la mía.

»Pero sé que los golpes no sirven, que solo eres un ser amorfo que invade como un parásito el cuerpo de mi hija. E incluso así, puedes estar seguro de que no te vas a llevar a Sarah porque juro que antes acabaré contigo.

El rostro de Sarah ahora se muestra inexpresivo. Eric, que esperaba una risa burlona como respuesta, se sorprende de la seriedad del demonio. La tensión que desprende la voz de Aaron es insoportable. Ha de admitir que el amor de un padre es la fuerza de convicción más poderosa. El demonio parece saberlo también, por eso no le menosprecia, sino que analiza la situación con el entrecejo fruncido, prudente, como tratando de medir hasta qué punto será capaz de suponerle un problema.

—Sarah no va a salir, da igual quién seas —murmura con firmeza, aunque su tono no desprende la misma seguridad apabullante.

Aaron no parece escucharle. Permanece cabizbajo, con la mirada perdida en algún punto del suelo. ¿Estará calculando el tiempo que falta para que el agua se evapore?

—Siempre creí que serías mi niña, mi pequeña mujercita —dice con una voz llena de añoranza—. Esa niña que chupaba las pilas de los mandos a distancia, o la que no conseguía pronunciar la letra «r» bien y la decía como una «g». En lugar de carro decías cago. Pero, claro, de eso hace ya mucho tiempo. ¿Cuántos años tenías? ¿Tres... cuatro? Tú ni siquiera te acordarás. Por aquel entonces empezaste a decir tus primeras mentiras. Comiendo el postre se te escapaban unos pedos tremendos y luego me echabas la culpa a mí, incluso cuando no estaba. «Ha sido papá», decías. Han pasado muchos años y todavía sigues siendo una pedorra sin igual. Solo que ahora te buscas mejores excusas. No me di cuenta de que te hacías mayor poco a poco. Aunque por muy mayor que te hicieras, tu cabezonería seguía ahí.

Una risa fugaz cruza por su rostro con un destello de alegría.

—Recuerdo cuando mamá compró la *scooter* y te empecinaste en que querías cogerla, ¡solo tenías siete años! Insististe e insististe hasta que, con tal de no escucharte, tu madre decidió que condujeras la dichosa moto, eso sí, con ella llevando la dirección. Siempre decía eso de arriésgate. Pero, claro, semejante mezcla no podía ser más explosiva. Tú, que nunca has tenido buena mano con los vehículos, y tu madre, que apenas se había sacado el carnet. Como no podía ser de otra forma, acabasteis en el hospital. Fractura de cúbito y luxación del hombro para ti, y seis puntos en la ceja por no llevar el casco para Araceli. Aun así, no dejasteis de sonreír en ningún momento. Ni

cuando le eché la bronca. Recuerdo cómo os tronchabais de risa las dos, allí tiradas en el suelo, con la sangre corriendo por su cabeza y tú con un brazo roto. Parecíais las personas más felices del mundo.

Aaron enmudece. Sonríe entre nostálgico y resignado. Eric lo observa, conmovido por la tristeza que encierra, no tanto su historia, sino su forma de contarla. Sus palabras desprenden pesar y melancolía, como si Aaron deseara regresar a esa época pasada aunque sabe que no podrá. Que su esposa está muerta; y su hija, poseída por el demonio.

Eric mira al demonio, pero su expresión no transmite emoción alguna. Arquea una ceja, indeciso. No sabe si eso es bueno o malo. Los Abjectos encierran una expresión audaz, como sopesando sus opciones además de esperar que pase el tiempo. De momento aguardan a que desaparezca el fino manto de agua que les repele.

Aaron recobra el habla:

—Aquella no fue ni la primera ni la última de vuestras locuras. Recuerdo cuando fuimos a Formentera y descubrimos unos acantilados preciosos junto al mar. Debía de haber ocho metros de caída. Apenas eras una niña de diez años, pero cuando tu madre te propuso saltar, no lo pensaste. Yo le advertí que no sabíamos la profundidad, que aunque era verdad que se veía bastante bien el fondo, un mal salto y se acabó. Mientras tanto, ella ya tomaba carrerilla y se quitaba el vestido. Era como una cría. Las dos erais como crías. Por suerte aquella vez salió bien; ninguna herida. El peor parado fui yo; la guardia civil os vio lanzaros al vacío y me lo recriminó a mí. ¡Cómo si yo no os lo hubiera advertido! Recuerdo vuestras risas traviesas, escondidas bajo la toalla, mientras el agente me echaba la regañina.

Un suspiro prolongado interrumpe su relato. No observa a Sarah, Aaron sigue con los ojos clavados en algún lugar remoto de su mente. Un lugar inalcanzable.

—El agente se llamaba Claudio, Claudio Montero. Es curioso cómo la mente puede acordarse de detalles insignificantes. Y pensar que cada vez recuerdo menos su rostro. Cómo me miraba. El color exacto de sus ojos...

El silencio invade la iglesia. Aaron no es capaz de levantar la mirada. Eric no logra verle la cara, pero sabe que llora. Que los sollozos que se cuelan por las grietas de la iglesia no son más que una pequeña muestra de la desolación de ese hombre, de ese padre que lo ha dado todo por su familia.

—Más tarde, cuando llegó ese primer novio tuyo, creasteis esa asociación, la *Top Secrets Organization*, donde, por supuesto, yo estaba

excluidísimo. «Solo chicas», decíais. Todos los martes os encerrabais en el desván y yo solo podía oír las risitas que se colaban por la rendija de la puerta. Allí contabais toda clase de cotilleos. Yo me moría de ganas por saber qué tramabais.

La expectación es total. Las palabras de Aaron son recibidas en un silencio sepulcral. Ni la maraña de Abyectos se atreve a perturbar la calma; siguen contando los segundos que faltan para su banquete.

De repente, la voz de Aaron pasa de la melancolía a la desesperación.

—Los problemas llegaron ese año, al morir el hermano de Araceli. Fue cuando mamá enfermó gravemente, ¿recuerdas? Apenas tenías doce años, pero eras inteligente de sobra como para saber lo que ocurría. Los días se hacían eternos escuchando a tu madre llorar. No sabía qué hacer, lo probamos todo. Hasta que un día se recuperó. Tú no cabías en ti de la alegría, volvisteis a abrir la *Top Secret Association*, volvíais a hacer locuras juntas. Hasta reparamos la moto que ya empezaba a coger telarañas. Pero, claro, todo era una fachada.

Aaron hace una pausa. En su rostro está a punto de aflorar una lágrima silenciosa, pero él la retiene enjugándose con el puño de su camisa.

—Debí contarte esto desde el primer momento, todo lo que nos estaba pasando, todo lo que se nos venía encima. Tú ahora no estarías en esta situación y quizás ella...

Su voz se fragmenta y el eco se esconde entre las columnas de la iglesia. Respira hondo, y en sus ojos vuelve a brillar esa determinación que había quedado eclipsada por las nubes de su amor fallecido.

—Tu madre era adicta a la güija, Sarah. Ella llevaba haciéndola en secreto mucho tiempo, desde el día que se recuperó milagrosamente. Decía hablar con su hermano, pero cuando la convencí de que aquello no estaba bien, de que debía pasar página, las cosas se torcieron. El espíritu con el que contactaba no era su hermano. Se cebó con nosotros, nos persiguió, nos hacía la vida imposible. ¿Sabes lo que es sentirse indefenso en tu propia casa? ¿No saber cuándo estallará el siguiente vaso entre tus dedos, cuándo una fuerza invisible te empujará por la escaleras, cuándo la puerta del baño se atascará, o la ducha te quemará con agua hirviendo?

»Creímos que la casa estaba maldita, que el espíritu se había adueñado de ella. Por eso nos mudamos, Sarah. Era la única opción que se nos ocurría. Poner distancia. Pero nos equivocábamos. El espíritu regresaba, y con más fuerza. A veces la tranquilidad duraba meses; otras, semanas. Cuando nos

encontraba, volvíamos a cambiar de casa. Era la única solución para ponerte a salvo.

»Recuerdo cuando vinimos a Valdepeñas. Aquella noche te despertamos de golpe porque tú parecías sufrir algún tipo de pesadilla. Sudabas, chillabas, te retorcías, tu espalda se arqueaba en una postura antinatural. Araceli y yo nos temimos lo peor; creíamos que el espíritu te había atrapado y que no despertarías. Logré levantarte a gritos. Aun así, no podíamos arriesgarnos a permanecer en esa casa, teníamos que irnos cuanto antes. Por eso cogimos el coche en plena madrugada. Recuerdo la carretera, la oscuridad, las curvas. Entonces surgió esa sombra en mitad del camino. Esa silueta oscura. Creí que se trataba de una persona. Apenas pude reaccionar. La esquivé movido por mis reflejos, ¡por mis malditos reflejos! Ojalá la hubiera atropellado, ojalá hubiera estado algo más adormilado, ojalá hubiera cerrado los ojos y simplemente acelerar. Pero no. Di un volantazo. Nos salimos de la carretera. Dimos vueltas. Noté los impactos contra el suelo, los cristales. Todo estallaba. Todo giraba. Gritamos. De repente, un golpe más fuerte. Fue un tronco. Los gritos de Araceli cesaron. Y tuve esa sensación, como si me ahogara. De algún modo supe que ella había muerto, que ese árbol la había matado.

Contiene la respiración un segundo y, apretando los ojos muy fuerte, logra mantener a raya su llanto.

—Cuando paramos, vi de nuevo a esa figura. Habíamos caído por un terraplén de veinte metros, pero allí seguía ella, al final de los matorrales. Yo tenía que comprobarlo, tenía que averiguar que era el espíritu, que no había sido mi culpa. Entonces la vi desaparecer. Y lo comprendí. Esa cosa nos había seguido. Nosotros creíamos que poniendo tierra de por medio, el espíritu tardaría en localizarnos. Jamás sospechamos que podría perseguirnos mientras escapábamos. Ese fue nuestro error.

»Esperaba que con su muerte, todo acabase. Pero me equivocaba. Una vez más...

Aaron alza la vista y sus ojos brillan de desesperación. Un reguero cristalino baña sus mejillas pintando su rostro de amargura y dolor.

Sarah lo observa sin pestañear. Aaron mira con detenimiento a su hija y ve que un ligero temblor recorre su cuerpo. No comprende lo que está ocurriendo, pero algo en su ser sugiere que tiene complicaciones, como si sufriera el inicio de un ataque.

—Maldito humano.—Su voz ha dejado de ser la de Sarah. Un tono

grave y desgarrado ocupa su lugar.

Eric da un brinco. Nunca ha escuchado sonido igual. El agua de sus pies ya se ha secado del todo. No les queda tiempo.

Ahora Aaron sí clava sus ojos en los de su hija. No los aparta ni un segundo. Sarah da señales de recuperar su cuerpo.

—El problema fue —prosigue Aaron sin descanso. Parece consciente del poco tiempo que les queda— que no supe tratarte como la adulta que eres. Para mí siempre fuiste mi pequeña Sarah, mi princesita. Fui idiota al no darme cuenta de que mi princesa se había hecho mayor. De que se había convertido en una reina.

Conforme habla, los aspavientos de Sarah aumentan.

—Yo siempre estaba tan preocupado, tan pendiente de que estuvieras protegida, que no me di cuenta de que al ocultarte la verdad, estaba haciendo todo lo contrario. ¡Te estaba exponiendo!

—No permitiré que me echéis. ¡Id a por él! —ordena de repente la voz de ultratumba de Sarah.

Eric echa un vistazo al suelo. El agua ha desaparecido. Se acabó el tiempo. Los Abyectos cobran vida y salen de las esquinas. Eric los esquiva, pero él no es su objetivo. Todos, sin excepción, se lanzan al unísono sobre Aaron y le agarran. Le toman de los hombros, de las piernas, de la ropa, del cuello. Tratan de derrumbarlo, de alejarlo de su hija, de acallar su voz por la fuerza.

Aaron no desiste, pero es inútil. Son muchos, y sus manos oscuras se ciernen sobre sus labios, silenciándolos.

Eric reacciona. Corre y se lanza de un salto sobre un grupo de ellos. El placaje derriba a varios. Las garras de alguno se hunden en su piel. Nota el hombros ardiéndole, pero libera a Aaron de su prisión de brazos. De una parte.

Aaron, con un esfuerzo estoico por mantenerse en pie, logra zafarse del resto de Abyectos de un empujón sobrehumano, como si Araceli desde el más allá le lanzase sus últimas fuerzas. Su último hálito de vida por salvar a su hija.

Entonces dice:

—Por eso lo siento, Sarah. Siento que no te haya considerado como la adulta que eres. El demonio no consiguió apoderarse de tu madre. Haz tú lo mismo, Sarah. ¡Lucha como ella! No dejes que te venza. Demuestra lo que has crecido. Por mí. Por ella. ¡Demuéstranoslo!

Más Abyectos logran alcanzar a Aaron. Lo tiran al suelo, con un golpe hueco. Aun así, eso no acalla sus gritos.

—Eres lo único que me queda, Sarah. Te necesito para superar su pérdida. ¡Los dos nos necesitamos! Porque todavía tenemos una vida por la que arriesgarnos juntos. Por favor, Sarah. ¡Arriésgate!

Y sucede.

Un resplandor de oscuridad emana del cuerpo de Sarah. Le sale de los ojos, de la boca, de la nariz. Su espalda se encorva en una posición imposible. Un chirrido intenso destruye el silencio. El suelo tiembla, las paredes se balancean. La iglesia entera parece a punto de derrumbarse. Algunos cascotes caen al vacío y se rompen en mil pedazos contra el mármol. Pronto todo se llena de más escombros, de polvo y de tinieblas. Unas tinieblas que engullen con lentitud la claridad de ese plano gris.

Eric se echa las manos a la cabeza, protegiéndose como puede de la tempestad desatada. La gravilla salpica su cara con ráfagas de un viento huracanado. Apenas puede mantener los ojos abiertos. Observa todo a través de un filtro de polvo y destrucción. Los Abyectos se han paralizado y quedado como estatuas.

Sarah sigue vomitando ese espectro oscuro. Sus ojos se han convertido en dos esferas negras como una noche sin luna, de las cuales parece brotar un mar de sombras. Poco a poco todo va quedando sumido bajo su manto de oscuridad. De poco sirve la tenue claridad que brinda la claraboya o los ventanales.

Junto a ella, Aaron se protege con ambos brazos el rostro. Observa a su hija con temor y preocupación. Eric parece distinguir una pequeña sonrisa entre tanto caos. Una sonrisa de triunfo.

Cuando las columnas empiezan a desquebrajarse, amenazantes, y el aire está tan cargado de esa oscuridad que parece condensarse, el chirrido cesa.

Sarah deja de expulsar esa sustancia. Se mantiene en pie unos segundos, pero finalmente se desploma. Su padre llega justo antes de que se dé de bruces contra el suelo. La estrecha entre sus brazos y la cubre con su propio cuerpo.

Entonces un fuerte viento sacude los cimientos de la iglesia. Eric busca su procedencia, pero no la encuentra. Es como si soplase de todas direcciones. Las tinieblas se arremolinan como un torbellino. Proceden de todos lados: rincones, suelo, tejado, ventanas, columnas, altar, bancos..., y se concentran en torno al cuerpo de un Abyecto. Flotan encima de él, igual que

una nube negra de tormenta. El Abyecto sigue rígido, como un soldado en plena batalla sin una orden de su capitán. Aunque por su mirada opaca y vacía, más que un soldado parece un fantasma.

Eric comprende lo que sucede. El demonio ha salido del cuerpo de Sarah, sí, pero ahora se adueñará de otro de sus Abyectos y proseguirá su labor. «Yo los considero mis seguros de vida. Si uno se estropea, puedo adueñarme de otro y continuar», recuerda sus palabras.

Eric se muerde el labio, impotente. Por mucho que hayan ganado ese asalto, la guerra está decantada para el demonio. Da igual que acaben con el nuevo portador, su esencia abandonará su cuerpo antes de que muera y se introducirá en otro Abyecto.

—¡Nicolás, ahora! —grita el padre de Sarah.

Todo sucede muy rápido. Eric lo observa desde un lateral del templo, como un espectador privilegiado.

El cuerpo de Nicolás, que hasta ahora había estado inconsciente por culpa del demonio, toma vida. Se levanta. Anda. Salta desde el altar. Corre. Cruza la iglesia a toda prisa. Entonces alcanza la masa oscura, se abalanza sobre el Abyecto que yace bajo ella y coloca su cuerpo bajo la masa negruzca, apartando de una acometida al Abyecto, que rueda por el suelo.

—Cariño, voy contigo —escucha Eric que dice Nicolás, mirando al cielo.

Entonces recibe un impacto certero de la oscuridad.

Nicolás permanece tieso mientras la masa penetra en su ser. Un grito desgarrador rompe su garganta. Sus músculos se tensan. Su piel se eriza y cambia de tonalidad. Se ensombrece, como si de repente hubiera pasado varios días al sol.

La oscuridad entra en él en pocos instantes, pero a Eric se le antojan eternos. Observa cómo el cuerpo de Nicolás es poseído, incrédulo. No logra encontrar una explicación a lo que sucede. Para empezar, ¿Nicolás no estaba muerto?

Al terminar, Nicolás cae al suelo. Se retuerce con espasmos bruscos y con alaridos de dolor.

Hasta que los temblores cesan. A Eric le invade una sensación extraña. La misma que sintió cuando vio a Sarah por primera vez en ese plano. La sensación de peligro.

El demonio en el interior de Nicolás mesa su cabello y contempla su nuevo cuerpo con fascinación. Observa sus manos como quien acaba de

recibir un implante y las abre y cierra como probando su margen de movimiento.

Entonces se mueve y trata de incorporarse. Pero justo cuando apoya una rodilla en el suelo, una barra de metal afilado le atraviesa el estómago por completo.

Eric da un respingo, sorprendido. Busca al portador de semejante arma. Y se topa con el rostro, enrabiado, de Aaron. Aferra con tanta fuerza el acero, que los tendones se le marcan en la muñeca.

—Esto es por Araceli, maldito —le susurra con un desdén sobrecogedor.

El demonio le devuelve la mirada. En su rostro, el asombro y el desconcierto. El mismo que sufre Eric.

—Tú... ¿Por qué...?

—Si hubieras invadido el cuerpo de un Abyecto y hubiéramos acabado con él, tú lo habrías abandonado para meterte en otro. Pero al ser el de Nicolás, la cosa cambia. Él no te va a dejar que huyas. Te llevará consigo al más allá. A dondequiera que sea. Esta vez vas a ser tú quien desee salir de ese cuerpo. Y no lo lograrás.

Los ojos de Nicolás están al borde de salirse de sus órbitas.

—Pero... Nicolás... él estaba... muerto... ¿cómo...?

—Nicolás estaba muerto en este plano. Pero te recuerdo que tú le dividiste el alma en dos. Él ha decidido sacrificar la parte que le quedaba en el mundo de los vivos para recuperar su cuerpo en este plano, y así sorprenderte. Se hizo pasar por muerto hasta que logré sacarte de dentro de mi hija. Entonces ofreció su cuerpo para que lo poseyeras y yo acabase contigo.

Eric tarda en entenderlo. Pero entonces recuerda que el cuerpo de Nicolás había dejado de evaporarse y las piezas encajan en su cabeza como en un rompecabezas. Él pensó que había vuelto a la vida. ¡Y así era! Solo que lo había ocultado a ojos de los demás.

La incredulidad en el rostro de Nicolás va dejando paso a la ira. Con un hilo de voz logra decir:

—Si yo muero, él también morirá.

Aaron tuerce el gesto.

—Nicolás lo ha querido así. Lleva años vagando entre dos mundos, perdido y solo. Pronto perdería sus recuerdos por el olvido. Pero supo que acabar contigo era su verdadero destino. Su último fin antes de partir.

La rabia que anega el rostro de Nicolás resulta espeluznante y temible.

—Malditos...

Intenta alcanzar a Aaron, aunque solo logra que la barra de metal se clave más en él y le arrebate más rápido su último suspiro de vida.

—Hay más como yo... —musita con una sustancia viscosa saliendo de su boca— tarde o temprano...

Aaron retuerce la barra apretando los dientes. No va a permitir que el demonio le amenace en su lecho de muerte.

Entonces, entre indulgente y complacido, dice:

—Mi familia ya ha sufrido bastante.

Y asesta una última estocada, que provoca que la vida se desvanezca en ese rostro macabro. Sus ojos pierden el brillo, su expresión abandona la maldad. Aaron contempla cómo ambas vidas, la de Nicolás y la del demonio se van apagando poco a poco. Briznas vaporosas se desprenden de ese cuerpo, que poco a poco se hace más y más transparente. Entonces cae al suelo. Inmóvil. Inerte.

Muerto.

El silencio se instala en la iglesia. Nadie se atreve a decir nada, ni siquiera a mover un dedo.

Aaron suspira. No cree que haya acabado, que por fin haya terminado.

Eric respira aliviado. Nota cómo esa sensación tenebrosa que le invadió al entrar en ese plano se evapora. Mira al cielo, como incapaz de aceptar que, al fin y al cabo, lo hayan conseguido.

De repente nota que su cuerpo se va haciendo traslúcido. Parpadea varias veces, sospechando que su mente le juega una mala pasada, pero sus manos son menos corpóreas. Su respiración se acelera. ¿Qué ocurre ahora?

Busca a Aaron con la mirada. Lo encuentra sosteniendo a su hija sobre su regazo. Corre hacia ellos y cuando está detrás, comprueba que él también se va haciendo más y más transparente.

—¿Qué está pasando? —pregunta Eric con voz histérica.

Aaron le mira de reojo, sin soltar a su hija, y dice:

—Ya hemos cumplido nuestro objetivo aquí. Regresamos a nuestro plano.

Eric asiente. Al acabar con el demonio ya han salvado a Sarah del mal y por tanto la tarea por la que habían entrado en ese mundo se ha cumplido. Su esencia solo está volviendo al lugar del que procede.

—Lo que no entiendo es esto —señala Aaron.

Al echarse ligeramente a un lado, Eric contempla que Sarah empieza a

abrir los ojos. Arruga la nariz y aprieta los labios, como si estuviera despertando de una horrible pesadilla. A Eric se le acelera el corazón. Por fin... ella.

Sin embargo, al fijarse bien, algo le inquieta.

Sarah no se evapora. Sigue completamente corpórea.

## CAPÍTULO 24

Los Abjectos se derrumban como fichas de dominó. Uno a uno van cayendo y los golpes sordos se suceden como redobles de tambor. Pasado un tiempo se levantan del suelo y, rascándose la cabeza, miran a todos lados, desorientados. Algunos salen de la iglesia, otros observan su interior como sacados de un espeso sueño. También los hay quienes comienzan a dar tumbos, o los que preguntan dónde están en voz alta. Poco a poco van abandonando el templo en ruinas y dejando únicamente a tres personas dentro.

Aaron y Eric cada vez son más transparentes. Se diluyen como los restos del humo de una fogata agitado por el viento. Pronto regresarán a su plano, el mundo de los vivos. Sin embargo, por algún motivo, Sarah permanece tan corpórea como antes de acabar con el demonio. Eric sospecha que ella lleva más tiempo en trance y por tanto tardará más en volver a su plano.

La chica comienza a recobrar la conciencia con varios mohines: se agita, gesticula, mueve las manos...

—¿Ma... má? —musita aún entre sueños.

Aaron sostiene su cabeza con suma delicadeza, como si fuera de frágil porcelana. Le aparta el pelo de la cara con un gesto infinitamente tierno.

—Cariño, soy yo. Descansa, todo irá bien.

Pero Sarah hace caso omiso. Tras apretar fuerte los párpados, consigue abrir los ojos. La recibe la silueta de una cara emborronada. Para cuando consigue enfocar, su padre ya la estrecha entre sus brazos. Entonces, se echan a llorar. Y los dos se abrazan de nuevo. Fuerte. Sin barreras. Sin demonios.

Solo padre e hija.

—Oh, papá —logra decir entre sollozos—. Creía que no volvería a verte. Creía que quedaría atrapada para siempre, que esa cosa oscur...

—Ya está, Sarah. Ya se ha ido.

Aaron también llora, pero sus lágrimas carecen de la rabia de antes. Ahora son de felicidad, de recuento, de salvación.

—Lo siento, papá. —Su voz entrecortada hace casi ininteligibles sus palabras—. Me dejé engañar como una estúpida.

—Tú no eres ninguna estúpida.

—Sí lo soy. Si no hubiera creído que quien me hablaba era mamá, yo nunca habría hecho el maldito tablero y todo esto... nunca...

Aaron silencia a su hija envolviéndola entre sus brazos otra vez. Se mantienen así durante un tiempo. Porque lo necesitaban. Porque Aaron ya creía que nunca compartiría con su hija un abrazo tan sincero. Porque creía que nunca la volvería a escuchar, que nunca abriría sus ojos otra vez. Porque creía que siempre quedaría postrada en aquella cama de hospital, conectada a un sinfín de cables.

Sarah tampoco quiere soltarle. Sentir la seguridad de su padre, arropándola con su cuerpo, es la mejor manera de reconfortarla. Ella pensaba que jamás podría reencontrarse con él, que siempre yacería encerrada en ese plano, sin controlar su propio cuerpo. Con aquella oscuridad...

Entonces lo recuerda. Su amor. Eric.

Lo busca con la mirada, ansiosa de repente. Se maldice por haber tardado tanto en acordarse de él. Lo ve allí, apartado ligeramente de la escena familiar, esperando paciente su turno. Su cara refleja la desesperación, las ganas de abrazarla, de besarla, de no soltarla más. Porque es cierto que Eric se muere por hacer todo eso y mil cosas más con Sarah.

La chica señala con un movimiento de cabeza hacia él. Su padre, aunque reacio a cederla tan pronto, comprende que el chico tiene derecho. Después de todo, también se ha adentrado en ese mundo, arriesgando su vida por recuperarla. Con un asentimiento, se echa a un lado.

Aquel gesto es la señal que Eric esperaba. Cruza la distancia que les separa como un rayo y se lanza sobre ella. Sarah no puede esperar a su llegada. Se pone en pie y corre, corre como nunca antes. Entonces se fusionan en un abrazo inmenso, gigante. Eric reconoce el aroma dulce de su cabello; Sarah, la sensación de sus dedos enredados en su nuca. Los dos se estrechan con tanta fuerza que nada ni nadie podría separarlos. Entonces

salen de su cobijo; él saca la cara de sus enredos; ella, de su pecho firme. Se miran a los ojos un instante, para luego fundirse en un beso. Cálido, intenso, vibrante... pero sobre todo, deseado, muy deseado. El tiempo parece congelarse de nuevo, pero esa vez por una buena causa. Los dos jóvenes se funden en un solo ser, unidos para siempre. Engarzan sus emociones con sus labios, sincronizando sus sentimientos con otra bocanada de él, de ella. Se desean tanto que les cuesta no dar rienda suelta a sus emociones. De poco sirve que su padre esté allí, mirando a su hija, orgulloso. Hasta él comprende que ha encontrado a alguien muy especial y que por muy jóvenes que sean, quizás estén hechos el uno para el otro. Al contemplarlos, sonrío. Porque reconoce en ellos esa mirada. La misma que Araceli y él intercambiaban. La misma que tanto decía solo con los ojos. Porque solo un tipo de personas pueden dedicar esa mirada.

Una lágrima se desliza por la mejilla de Eric. Ha luchado tanto, ha sufrido tanto... Pero ahora la tiene ahí, entre sus brazos. No la soltará jamás.

—Lo siento, Sarah —logra decir el joven cuando sus rostros se separan un ápice para que sus voces den vida a sus pensamientos, a sus inquietudes—. Siento haberte tratado mal la noche de...

Sarah silencia sus disculpas con un dedo sobre sus labios. Su suave gesto derrite a Eric.

—Lo sé. Sé lo que has hecho, lo que has pasado por mí. No tienes que dar explicaciones. Esto es lo único que importa. —Señala la brújula que cuelga del cuello de Eric—. Porque al final me has encontrado.

—Y eso que la brújula está rota.

Una sonrisa deslumbra en el rostro de Sarah.

—Así es el amor; no hacen falta brújulas para encontrarnos, sino motivos para perdernos.

Eric suspira. Ha soñado con ese recuento, con ese momento justo. Pero ni sus mejores sueños reflejan la realidad. Porque en ese instante, su vida supera cualquier sueño. Su realidad es mejor que toda su imaginación, que todos los deseos a los que pueda aspirar. Porque todo lo que necesita está ahí delante, mirándole fijamente, con esos ojos verdosos como universos dedicándole la más bonita de las sonrisas.

Eric sonrío y sonrío y no puede parar. Duda que haya alguien más feliz en el mundo. Que dos personas sean más felices que ellos dos en ese instante.

Ambos se aproximan dispuestos a otra sacudida de placer. Eric inclina su cuello, Sarah estira el suyo, listos para encontrarse, para otro beso

hipnótico, eléctrico.

Sin embargo, cuando sus labios se rozan, una sensación distinta les recorre.

Se separan lentamente y no tardan en mirarse el uno al otro. Sarah se topa con el entrecejo fruncido de Eric; y éste, con la ceja arqueada de ella. ¿Qué ha ocurrido? Por algún motivo sus labios no se han unido igual que antes. Como si Sarah fuera de agua y sus labios se hubieran deformado al entrar en contacto con los suyos. Como si estuviera hecha de otra pasta, de algo distinto a la piel. ¿O tal vez es Eric?

—¿Lo has notado? —preguntan los dos al unísono.

Asienten.

Eric se retira lo suficiente como para observar a Sarah por completo. Y descubre que su cuerpo sigue sin evaporarse. Que por alguna razón, Sarah no ha empezado su viaje de vuelta a su plano. A su mundo. En cambio, él continúa humeando, como una taza de té hirviendo. Ya hasta puede ver lo que hay a través de la punta de sus dedos. Pero, ¿por qué Sarah no? La hipótesis de que ella ha permanecido más tiempo en ese espacio deja de tener sentido.

—¿Por qué sigues tan...?

—¿Corpórea? —completa Sarah.

—Sí.

Eric nota cómo su ser se hace más y más volátil. Sus gestos son más fugaces, su cuerpo más ligero. Hasta la voz parece distinta.

Al alzar los ojos hacia ella, choca con una sonrisa triste. Aquella que Sarah mostraba cuando quería y no podía, cuando acertaba pero no le gustaba, cuando lo entendía pero lo odiaba. Eric conoce esa sonrisa. Es la misma que le mostró esa noche de *Halloween* cuando le decepcionó. Aquella que daba por sentado que todos los tíos son iguales y que él no era una excepción, aunque detestase tener razón. Pero, ¿por qué ahora? ¿Qué hace ese gesto en su rostro? Ya está todo arreglado: el demonio ha desaparecido, Sarah le ha perdonado, conoce la verdad sobre su familia... Entonces, ¿por qué?

Eric desvía la mirada hacia Aaron en busca de respuestas. Pero él mantiene el mismo gesto de pesar y resignación que su hija. No comprende nada. ¿Qué ha pasado por alto? Alterna su mirada de uno a otro, a la espera de una explicación.

Mientras tanto, sus cuerpos se diluyen en el aire, como el humo de las cenizas de un incendio.

—¿No lo entiendes? —pregunta Aaron.

Eric trata de encontrar la solución en sus ojos, pero por más que bucea en ellos, no lo averigua.

—¿Qué tengo que entender?

Aaron aprieta los labios, sopesando la mejor manera de revelárselo. Sus manos temblorosas auguran malas noticias. Eric teme lo peor. Quizás esté herido, quizás no sepan salir de allí. Su mente empieza a imaginarse miles de alternativas, cada una más espantosa que la anterior.

Es entonces cuando Sarah dice:

—Vosotros ya habéis cumplido vuestros objetivos. —Se le quiebra la voz y apenas puede mirar a Eric a los ojos.

El muchacho lo piensa un momento. Hasta que lo comprende. Contiene la respiración. Sus ojos se abren. Sus manos tiemblan también. Empieza a sudar. Un sudor frío.

—No —musita, horrorizado—, no, no, no.

Sarah rompe a llorar incapaz de contener más el llanto. Tras ella su padre tampoco puede soportarlo más. Su cuerpo ya es tan traslúcido que se puede ver el altar a través de su pecho. Los gimoteos inundan de desconsuelo la tranquilidad de la iglesia en ruinas.

Eric no reacciona. Se mantiene congelado, bloqueado por la aterradora verdad. Sus labios, paralizados en un «no» que no deja de murmurar. Pero por más que lo repite, la voz de Félix, como águila de mal agüero, resuena con fuerza en su mente: «es muy peligroso porque una vez dentro sólo pueden salir del trance aquellos que consiguen lo que han ido a buscar...». «Lo preocupante es que si no se consigue aquello por lo que entramos, mucho me temo que no podremos hacer que regrese». Félix, el sabelotodo, su fiel amigo, su luz guía. Él lo advirtió antes de entrar en ese plano. Solo pueden salir aquellos que hayan cumplido su objetivo. Eric recuerda el suyo: «salvar a Sarah del mal», y comprende que lo ha cumplido. El demonio ha desaparecido, y ahora mismo no hay ninguna amenaza sobre ella. Por eso regresa a su mundo.

—Vosotros ya habéis cumplido vuestros objetivos —repite Sarah, con voz queda—. Yo no.

A Eric se le encoge el corazón. Comienza a temblar, a ver borroso, a marearse. Nota el frío sacudir su cuerpo, el miedo adueñándose de él de nuevo. Solo que esta vez no es el miedo al mal, al demonio; ese miedo irracional, a lo desconocido, a la muerte. Ese terror puro. No. Esta ocasión es

distinta. Es miedo a perderla para siempre. A dejarla atrás. A no poder abrazarla, besarla, acariciarla... Y es mucho peor.

Mira, desesperado, a Sarah. Espera que se eche a reír como cuando le engañó con el test de embarazo. Busca un titubeo, una sonrisa, un gesto... cualquier cosa, lo que sea con tal de salir de esa pesadilla. Pero las lágrimas en su rostro son la verdad más sincera.

—Cuando hice la güija —explica Sarah entre sollozos—, creía que hablaba con mi madre. Ella me dijo que tenía que sacarla de allí, que la rescatase. Al pasar al otro lado, mi único objetivo era ayudarla, hacer que pasase al más allá.

Sarah guarda silencio.

Eric no puede creer lo que escucha. No asimila cómo esa aterradora verdad va formándose en su cabeza. Sus cuerpos cada vez son más y más etéreos, las briznas de su esencia se desprenden como hojas arrancadas por el viento.

Sarah inspira hondo. Eric puede ver el esfuerzo que está haciendo por mantener a raya sus lágrimas. Cae en la cuenta de lo que ha madurado, de lo mucho que ha crecido. Apenas puede reconocer a la chica de la que se enamoró, aquella chica torpe que se escondía en mitad del camino fingiendo ser una piedra. Aquella que se sonrojaba cuando quedaba sin excusas. Esa Sarah seguro que estaría llorando sin consuelo en sus brazos, incapaz de articular dos palabras seguidas. Pero ahora... con esa sonrisa amarga y esos ojos cautos y serenos, le da una última lección. Una que jamás olvidará.

Sarah coge aire y hace de tripas corazón.

—Mi madre no está en este plano. Está muerta. No puedo ayudar a alguien que no existe. Por eso no regreso, porque jamás podré cumplir mi objetivo de ayudarla. Porque simplemente ella no está. No hay nadie a quien ayudar.

Eric retrocede. Como intentando escapar. Como si así huyera de aquella aterradora realidad. Como si pudiera...

Pero no es posible. No hay escapatoria. Todo es real. Esa vez no es una ilusión. Su cuerpo se desvanece, y el de Sarah permanece.

Mira a su alrededor, buscando un apoyo, algo que le sirva para solucionar esa situación. Pero no hay nada que pueda hacer. El objetivo de Sarah es irrealizable. Imposible. Se cruza con los ojos de Aaron que están anegados de lágrimas.

—Yo entré aquí con el objetivo de acabar con el demonio que atormentó

a mi familia. Creía que cuando lo destruyese, todo acabaría... pero... ahora...

—No, no, ¡NO! —grita Eric, incapaz de aceptar la realidad.

Corre hacia ella. Ciego de amor, ciego de miedo. Nadie le volverá a arrebatarse a su Sarah. Después de tanto esfuerzo, de tanto sufrimiento... Nota las lágrimas golpeándole las rodillas, sus piernas dar zancadas más largas de lo normal, como si flotara. Entonces se tira a sus brazos.

Y la atraviesa como si solo fuese aire. Sus cuerpos no llegan a tocarse. Solo un mero cosquilleo recorre su espalda. Un cosquilleo que cruza sus venas y traspasa su corazón.

Se da de bruces contra el suelo. Sarah intenta levantarlo, pero es inútil; pronto regresarán.

Eric llora. Sarah también. Las lágrimas de ella caen como gotas de lluvia en la arena; las de él se disuelven en el aire como la espuma.

Contemplan sus rostros lo más cerca que pueden, tanto que sus narices estarían rozándose.

—Tenía razón —murmura Eric—. Nunca tenía que haberte besado.

Sarah niega con la cabeza.

—No podías contenerme —le excusa.

Ambos sonríen. Una sonrisa sincera, como las de antes. Entonces se acercan y sus labios se rozan un momento. Solo un instante. Porque luego una brisa sacude la iglesia y ella se queda inmóvil, esperando un beso que nunca llega. Un adiós que nunca acaba.

En el aire, dos lágrimas se encuentran. Una sube hacia el cielo. La otra se hunde en las sombras. Por un instante se sueldan, se acarician entre la vida y la muerte. Forman una única gota inmensa. Gigante.

Luego una de ellas desaparece y la otra cae y se pierde en la oscuridad.

## EPÍLOGO

—¿Otra vez aquí, Eric?

Eric asiente con la cabeza, mientras se sienta en el banco de madera de la segunda columna, el mismo de todos los días.

—Así es, padre.

El anciano sacerdote intercambia una sonrisa entristecida con el muchacho. Desde que pasó lo de la chica, ha venido todos los días, sin excepción. Algunos hasta en dos ocasiones. Cuando le ven entrar, la gente susurra a sus espaldas y desvían la mirada. Muchos admiran su constancia, su amor por la joven, su espiritualidad. Otros creen que ha enloquecido, que en lugar de rezar sobre ese banco, lo que de verdad hace es hablar con su amada. Igual que Nico el loco antes de desaparecer. Algunos hasta dicen que cierra los ojos y sonrío, como si estuviera viéndola enfrente de él. Como si aquel ratito en la iglesia fuera la mejor parte del día.

Lo que no saben es que todos esos rumores son ciertos. Incluso que ha enloquecido. Porque es verdad que Eric no es el mismo. Que en cierto modo una parte de él se quedó en el otro lado. Una parte muy importante.

—Hoy cerramos antes —le recuerda el padre Alfonso—. Es Nochevieja. Eric contesta con un asentimiento casi imperceptible.

—De todas formas —continúa el cura—, si necesitas más tiempo, ya sabes que puedes salir por atrás. Solo tira bien de la puerta al marcharte.

—Gracias, padre. Hoy creo que será la última vez

El anciano de túnica sacra se encoge de hombros y se aleja con un caminar lento y arrítmico, fruto de su cojera.

Eric se queda solo bajo la atenta mirada del Cristo que cuelga sobre el altar. Una cadena plateada pende de su cuello. Enreda los dedos en sus eslabones y contempla la brújula sobre su palma. Poco le importa el movimiento errático de su aguja, porque lo que él desea no se puede señalar en una dirección.

Cierra los ojos y la aprieta con fuerza en su puño. Se concentra. Nota el frío, el silencio, las presencias pasar junto a él. Le rozan, le agarran. Algunas hasta susurran, hablan, gritan. Pero Eric se desprende de ellas con facilidad. Tiene claro a quién busca.

Tarda casi dos minutos, pero finalmente la encuentra. Ella nunca se separa de esa iglesia. Siempre le espera. Solo tiene que esperar a que la brújula haga de imán.

«Hola, Sarah», dice a través de ese canal que tantas veces ha construido.

Sin embargo, la chica se resiste a recibir el mensaje. Reconoce la brújula, por eso se ha acercado. Pero la voz es diferente... Intenta zafarse, huir de él. No es la primera vez que sucede. Tiene miedo. El problema es que últimamente se repite con demasiada frecuencia.

«Sarah, soy yo, Eric. Tu Eric».

Hace lo posible por mantener el contacto. Al oír esas palabras, ella deja de resistirse, aunque tampoco da muestras de querer comunicarse. Ha empezado a no reconocerle, a olvidar.

«Nos conocimos hace muchos años. Tú eras una chiquilla que se acababa de mudar. Yo un pueblerino sin nada que destacar. Desde el primer momento yo me sentí atraído por ti. Tú sentiste lo mismo, aunque no sé cómo pudiste fijarte en mí. Te conté mi gran secreto, que era médium y, aun así, seguiste conmigo. Supongo que estábamos hechos el uno para el otro. Entonces tuve la mala idea de obligarte a hacer la güija. Las cosas se torcieron y tú acabaste atrapada en ese lado. Tu cuerpo físico sigue en coma, en el hospital comarcal de Jaén. Lo hemos intentado todo por rescatarte, pero...».

Condensar toda su vida junto a ella tan rápidamente mientras trata de mantenerla dentro de su canal, es un mal trago que no sabe hasta cuándo podrá aguantar. Que su amor, su vida, no quiera hablarle, aunque sea debido al olvido, es doloroso. Muy doloroso.

Sin embargo, después de todo, Sarah le reconoce. Le recuerda. Sus esfuerzos por escapar cesan y su esencia se entrega a él. Eric la recibe con los brazos abiertos, eternamente agradecido. Ese debe de ser el momento en el

que la gente dice que sonrío en la iglesia. Porque es verdad que la ve, que puede ver a Sarah. Bien es cierto que no es la misma imagen que tiene guardada en su memoria. Nunca es igual. Cada vez la chica olvida algún rasgo de su ser. El otro día fue el color de su pelo; ayer, la forma de su nariz. Hoy, sus ojos son grises como los suyos, en lugar de verdemar.

Eric no puede disimular una ligera mueca de sorpresa. Pero no le importa. Es ella. Aún lo es.

«Oh, Eric, por fin vienes. Has tardado mucho».

«Lo mismo que todos los días. Siempre vengo a la misma hora».

Sarah guarda silencio. En su rostro, una expresión de preocupación.

«Lo siento, cada vez tengo la sensación de que olvido antes las cosas».

Ahora es Eric quien enmudece. Siempre tienen que pasar por esa parte de la conversación para luego poder hablar con normalidad. Otro trago amargo que superar. No obstante, hoy será el último... aunque espera que se equivoque.

«¿Cuánto hace ya?», pregunta.

«Más de cinco años».

Sarah se queda mirando el vacío, ensimismada. Eric recuerda a Nicolás Bartolomé. Lo ve reflejado en Sarah, en sus gestos, en sus embotamientos, en sus cambios de tema repentinos, en sus pérdidas de memoria. Cada vez ella se parece más a quien dio su vida por salvarla. Eric no puede soportarlo. Porque tarde o temprano ella acabará como Nico; vagando entre los espíritus eternamente.

«Tienes que abandonarme, Eric».

«No puedo hacer eso».

«No seas estúpido. Llegará un momento en que no querré hablar contigo, pronto no recordaré quién eres, ni quién soy».

«Yo estaré aquí para recordártelo».

«¡Por favor, Eric, no! —Su grito retumba en la mente del joven, pero está acostumbrado—. No permitiré que desperdicies tu vida por mí. Aún eres joven, te enamorarás de nuevo. Ya lo verás».

Las lágrimas interfieren con su voz. Le duele pronunciar esas palabras, pero son sinceras. Eric lo sabe. Como todas las veces que han mantenido esa conversación.

«No pienso dejarte aquí».

Sarah se echa a sus brazos con pesar.

«No seas cabezón, Eric. Por favor. La última vez que te empecinaste de

esa manera, mira cómo salió».

Eric se muestra curioso. Ese dato es nuevo.

«¿A qué te refieres?», pregunta.

«¿No lo recuerdas? Tú te empeñaste en creer que la culpa de contactar con mi madre era mía, querías que me disculpara delante de todos tus amigos. Tus otros amigos».

Eric asiente repetidas veces. Él había olvidado ese detalle y, sin embargo, ella todavía lo recuerda.

«Prométete que esta es la última vez que hablamos», exige ahora ella, con nueva determinación.

Eric rehúye de su mirada, incapaz de encontrarse con sus ojos.

«No puedo prometértelo».

«¿Por qué no?»

«¡Porque ya lo he hecho!», grita Eric.

Sarah se queda perpleja. Sus ojos dejan de enfocar. Observan a Eric, pero en realidad ven más allá.

«Siempre me haces prometer que no volveré a contactar contigo, que esta es nuestra última conversación, que tire esta maldita brújula que me guía hasta ti. Pero nunca puedo, Sarah. Nunca logro separarme de ti. Siempre guardo la brújula aquí, junto a mi pecho».

Sarah siente un nudo en el estómago. ¿Cuántas veces han pasado por aquello? La cuenta se pierde en esos ojos hinchados. Puede ver el sufrimiento en ellos.

Eric alza la cabeza y se enfrenta a esa mirada desvalida.

«Así que no me pidas que te olvide —continúa— porque siempre vendré a por ti. Por mucho tiempo qu...».

Sarah le silencia con un abrazo. Lo acalla como él hizo aquella noche de *Halloween*. Solo que Eric no pone resistencia y se deja hacer. Porque encuentra alivio entre sus brazos. Por muy distinto que sea, por muy poco corporal que parezca. Porque, aunque no sea cálido, es lo único que le queda. El acercamiento de sus esencias. Dos seres que se aman, pero que nunca podrán estar juntos.

Eric la estrecha con fuerza. Quizás sea la última vez... Era el momento de despedirse, pero para no volver. Para siempre.

Se arma de valor y confiesa:

«Sarah, tu padre ha muerto esta mañana».

Ella conserva su gesto serio, tratando de asimilar sus palabras.

«Desde que quedaste atrapada, no ha vuelto a ser el de siempre. Los médicos dicen que ha sufrido un infarto de miocardio, pero yo sé que ha sido la depresión, que su amor por ti se lo ha llevado».

Sarah sigue sin decir palabra. Eric sabe que le ha escuchado, aunque no le esté observando.

«Lo siento».

Ella asiente y, lentamente, se deja caer en sus brazos. Ahora es Eric quien la sostiene. Los dos permanecen unidos un tiempo que a Eric se le antoja muy corto. No quiere soltarla, no quiere afrontar lo inevitable.

Entonces ella se separa lentamente de él. En su rostro, de nuevo esa sonrisa triste. La misma que mostró en la iglesia. La misma que aparecía cuando tenía razón, aunque detestaba tenerla.

«Eso significa que esta sí que es nuestra última despedida».

Eric había rezado porque olvidase ese acuerdo, esa dichosa promesa..., no, ese dichoso juramento que ella le forzó hacer. Pero Sarah siempre lo mencionaba. Siempre preguntaba por su padre, siempre recordaba que el día que él se fuera, Eric no volvería. Que destruiría la brújula al despedirse de ella y reharía su vida lejos de ese pueblo, lejos de ella. No solo lo había prometido, lo había jurado. Ella le había obligado.

«Lo siento, Eric. Es mejor para ti».

Asiente, enjugándose las lágrimas.

Creía que estaba preparado para dar ese paso, pero ahora que llega el momento, el miedo se apodera de su ser, haciéndole ver que no es más que otro cobarde con aspecto de valiente.

«Siento haberte besado ese día», murmura.

«Para un beso hacen falta dos. No tienes que arrepentirte de nada, y menos de amar».

«Adiós, Sarah».

Ella sonrío abiertamente. Habrá olvidado muchas cosas, pero aún conserva esa sinceridad en su sonrisa, esa forma de animar a los caídos. Entonces se besan. Solo un roce, un ínfimo contacto entre dos esencias lejanas.

«Piensa que yo acabaré olvidándote».

Eric vuelve a asentir. Acaricia su mejilla con el dorso de la mano y observa sus ojos por última vez.

Entonces corta la conexión. Su lágrima se des-hace antes de rozar los labios de Sarah.

Regresa a la iglesia de un sobresalto. El trance le deja mareado y confuso. Hasta cree distinguir la figura de Sarah entre los pilares...

Abre su mano y contempla la brújula que encierra su puño. Puede ver la forma de las esquinas marcada en su palma de tanto apretarla.

Ha llegado la hora. Debe romperla. Contempla la aguja danzar a sus anchas, sin decidirse por ningún punto.

«Piensa que yo acabaré olvidándote».

Entonces se guarda la brújula bajo su abrigo, en su pecho. Lo más cerca de su corazón.

«Yo a ti no».

## AGRADECIMIENTOS

He tardado más de cuatro años en escribir esta historia y ojalá pudiera agradecer a todas y cada una de las personas que han colaborado en ella, ya sea de manera consciente, o porque mi imaginación las haya tomado como fuente de inspiración. Por eso me disculpo por las personas que no aparezcan en estas meras líneas. Aun así, hay personas que no puedo pasar por alto.

En primer lugar, quiero dar las gracias a mi compañero de profesión, mi primer lector, pero, sobre todo, mi gran amigo, David Román, por sus correcciones, críticas y su habilidad para localizar fallos de argumento invisibles para mí. Juntos empezamos en esto, aprendiendo el uno del otro, y sé que sin ti esta novela no sería nada. Gracias.

A mi prima Ana Belén, por enfocar su atención en aspectos más técnicos que solo ella puede ver y dedicarle tiempo a algo tan laborioso.

También agradezco a mi amigo Adrián Alba por ser el crítico más exigente del mundo, cebándose con los clichés y las explicaciones gratuitas, y además por proponer ese giro al final. Me minas la moral, pero razón no te falta, amigo.

A mi enorme amigo Lucio Durán por ser el apoyo que nunca me va a faltar.

Por supuesto no puedo olvidar a mis amigos Tatiana García, Sandro López, Sandro Medina, Alba Liñán y Miguel Galindo por compartir mil vivencias e inspirarme de alguna forma que ni yo mismo sabría decir.

También quiero agradecer a Raquel Santos, por ser la amiga más crítica del mundo, porque, aunque apenas nos veamos, sé que siempre

estarás ahí.

A todo el Club Natación Marbella y Club Deportivo Natación Limoneros por ser compañeros de brazadas en el agua y grandes amigos en tierra firme.

A las joyas de la universidad: Nerea Escobar, por ayudarme cuando más lo necesitaba y por compartir sueños juntos; Adrián Durán, por creer en mi historia y por ese enorme videojuego que vas a crear con ella; Elena Reina, por hacerme reír con tus comentarios.

Cómo no, miles de gracias a toda mi familia. A mi hermano Agustín, por leerte por fin la novela y pensar que es mejor que *1984*; a mi madre y mi padre, por ayudarme siempre; y a mi hermana, por ser la mejor razón por la que seguir adelante, luchando.

Por último, gracias a ti, mi vida. Por ser la primera en leer y llorar con esta historia. Porque hay aspectos tuyos y míos muy presentes en ella. Porque eres mi Sarah, y siempre lo serás (aunque no seas tú la de los pedos). Pero también por ser la que más me apoya siempre, por creer en todo lo que hago, por ayudarme a conseguirlo. Por emocionarte más que yo con la publicación de este libro. Pero sobre todo por seguir enamorada de un pobre tonto que sueña con ser escritor. De verdad, gracias. Si la muerte es inevitable, tú eres lo que me salva de la vida. Te quiero, María.

© Primera edición: mayo de 2020

El Otro Lado © by Samuel Estepa Chica (2018)

© De esta edición: 2020, Editorial Hidra, S. L.  
editorialhidra@editorialhidra.com  
[www.editorialhidra.com](http://www.editorialhidra.com)

BIC: YFH

ISBN: 978-84-18359-07-1

Síguenos en las redes sociales:

Twitter: [@EdHidra](https://twitter.com/EdHidra)

Facebook: [/editorialhidra](https://www.facebook.com/editorialhidra)

Instagram: [editorialhidra](https://www.instagram.com/editorialhidra)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser ni total ni parcialmente reproducida, almacenada, registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, ni mediante fotocopias o sistemas de recuperación de la información, o cualquier otro modo presente o futuro, sin la autorización previa y por escrito del editor.

# Índice de contenido

## Primera Parte

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

## Segunda Parte

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Epílogo

Agradecimientos